TROPAS DEL ESPACIO

Robert A. Heinlein



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Al sargento Arthur George Smith, soldado, ciudadano, científico, y a todos los sargentos que han trabajado para hacer hombres de simples muchachos.

Librodot

Capitulo 1

¡Vamos, micos! ¿Acaso queréis vivir para siempre?
Alocución de un sargento desconocido a su pelotón, en 1918.

Siempre me entran escalofríos antes de una bajada. Ya me han dado las inyecciones, por supuesto, y me han sometido a la preparación hipnótica; por tanto, cabe suponer que no debo sentir miedo. El psiquiatra de la nave ha comprobado mis ondas cerebrales, haciéndome preguntas tontas mientras yo estaba dormido, y me dice que no es miedo, que no es nada importante..., que sólo es como ese temblor característico del caballo de carreras ansioso por lanzarse en la puerta de salida.

Sobre eso no puedo opinar, pues nunca he sido caballo de carreras, pero la verdad es que cada vez siento un terror mortal.

Treinta minutos antes de la hora D, tras haber pasado lista en la sala de bajadas del Rodger Young, nos inspeccionó nuestro jefe de pelotón. No era el jefe de siempre, porque al teniente Rasczak se lo habían cargado en nuestra última bajada; se trataba en realidad del sargento Jelal, sargento profesional de navío. Jelly era un turco-finlandés de Iskander, cerca de Próxima; un hombrecillo moreno con aspecto de clérigo pero a quien yo he visto coger a dos soldados enloquecidos, tan grandes que tuvo que ponerse de puntillas para agarrarles, golpearles la cabeza como si fueran dos cocos y echarse atrás tan sereno mientras los otros caían.

Fuera de servicio no estaba mal... para ser sargento. Incluso se le podía llamar «Jelly» en sus narices. No los reclutas, claro, pero sí cualquiera que hubiera hecho al menos una bajada de combate.

Sin embargo, ahora estaba de servicio. Todos habíamos pasado ya la inspección del equipo de combate (claro, se trata del propio cuello, ¿no?), el sargento del pelotón nos había repasado cuidadosamente después de pasar lista, y ahora Jelly volvía a concentrarse en nosotros, con el rostro muy serio y los ojos atentos al menor detalle. Se detuvo al pasar junto al hombre que estaba delante de mí, apretó el conmutador de su cinturón que daba la lectura del estado físico, y le dijo:

—¡Fuera!

—Pero, mi sargento, ¡si no es más que un resfriado! El médico dijo...

Jelly le interrumpió:

—«Pero, mi sargento...» —remedó burlón—. No es el médico el que va a bajar..., ni tú tampoco, con grado y medio de fiebre. ¿Crees que tengo tiempo para charlar contigo justo antes de una bajada? ¡Fuera!

Jenkins nos dejó con aire triste y furioso, y yo me sentí muy mal también. Como se habían cargado al teniente en la última bajada, y con eso de los ascensos yo era ahora jefe ayudante de sección —segunda sección en esta bajada—, ahora iba a tener un hueco en mi sección y sin medios de llenarlo. Lo cual es malo, pues significa que un hombre puede verse en un problema muy grave, pedir socorro y no encontrar a nadie que le ayude.

Jelly no retiró a nadie más. De pronto, se detuvo delante de nosotros, nos miró de arriba abajo y agitó la cabeza con pesadumbre.

—¡Vaya una pandilla de micos! —gruñó—. Tal vez si se os cargaran a todos en esta bajada, los jefes podrían empezar otra vez y conseguir el tipo de hombres que el teniente esperaba que fuerais. Pero probablemente no

será así, con la clase de reclutas que nos vienen en estos tiempos. —De pronto, se puso en posición de firmes y gritó—: ¡Sólo quiero recordaros, micos, que todos y cada uno de vosotros le habéis costado al gobierno, contando las armas, el traje acorazado, las municiones, los instrumentos, la instrucción y demás, e incluido todo lo que coméis de más, habéis costado, digo, un total de más de medio millón! Añadid a eso los treinta centavos que valéis realmente, y es una gran suma. —Nos miró furioso—. ¡De modo que hay que devolverlo todo! No nos importa perderos a vosotros, pero no podemos quedarnos sin ese precioso traje que lleváis. No quiero héroes en este equipo. Al teniente no le gustaría. Tenéis un trabajo que hacer. Bajáis, lo hacéis, mantenéis los oídos bien abiertos para la llamada de regreso, y aparecéis para que os recojan a paso ligero y por números. ¿Entendido?

De nuevo nos miró con el ceño fruncido:

—Se supone que conocéis el plan. Pero, por si alguno de vosotros no tiene cabeza que le hayan podido hipnotizar, lo repetiré otra vez. Se os dejará caer en dos líneas de guerrillas, calculadas a intervalos de dos mil metros. Os pondréis en contacto conmigo en cuanto piséis tierra, y tomaréis la posición y distancia de los compañeros de pelotón, a ambos lados, mientras os cubrís. Ya habréis perdido diez segundos, de modo que os dedicaréis a destruir todo lo que tengáis a mano hasta que los hombres de los flancos aterricen.

Hablaba de mí; como jefe ayudante de sección yo iba a estar en el flanco izquierdo, sin nadie al lado. Empecé a temblar.

—Apenas lleguen ellos —prosiguió—, ¡enderezad las líneas! ¡Igualad los intervalos! Dejad lo que estéis haciendo y poneos en formación. Doce segundos. Luego avanzad a salto de rana, pares e impares, mientras los jefes ayudantes llevan la cuenta y dirigen la maniobra de envolvimiento —me miró—. Si habéis hecho todo eso con cuidado, cosa que dudo, los flancos establecerán contacto cuando suene la llamada de recogida. En cuyo momento volveréis a casa. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna; jamás las había. El continuó:

—Una palabra más: esto sólo es una incursión, no una batalla. Es una demostración de potencia de armamento, y una intimidación. Nuestra misión consiste en que el enemigo comprenda que podríamos destruir su ciudad, aunque no lo hagamos, pero que no pueden sentirse seguros aunque nos abstengamos de realizar un bombardeo total. No cogeréis prisioneros. Sólo mataréis cuando no podáis evitarlo. Pero toda la zona en que bajéis ha de quedar destruida. No quiero que ninguno de vosotros, holgazanes, vuelva a bordo sin haber gastado todas las bombas. ¿Entendido? —Miró el reloj—. Los Rufianes de Rasczak tienen fama de cumplir bien. Antes de que se lo cargaran, el teniente me encargó que os dijera que él siempre tendrá los ojos fijos en vosotros, cada minuto...,¡y que espera que vuestros nombres reluzcan!

Jelly miró ahora al sargento Migliaccio, primer jefe de sección.

—Cinco minutos para el padre —declaró.

Algunos chicos salieron de las filas, se acercaron y se arrodillaron delante de Migliaccio, y no necesariamente los de su propio credo, pues había musulmanes, cristianos, agnósticos, judíos.. El siempre estaba allí para todos cuantos quisieran hablar con él. He oído decir que antes solía haber cuerpos militares cuyos capellanes no luchaban junto a los soldados, pero jamás he comprendido que eso pudiera funcionar. Quiero decir, ¿cómo

puede bendecir un capellán algo que no está dispuesto a hacer personalmente? En cualquier caso, en la Infantería Móvil todo el mundo baja a tierra y todo el mundo lucha, desde el capellán hasta el cocinero y el secretario del Viejo. Una vez bajáramos por el tubo no quedaría un solo Rufián a bordo, excepto Jenkins, por supuesto, pero no por culpa suya.

Yo no me acerqué. Siempre temía que alguien me viera temblar si lo hacía y, de todas formas, el padre podía bendecirme con la misma facilidad desde donde estaba. Pero él se acercó a mí cuando los últimos rezagados se pusieron en pie, y aproximó su casco al mío para hablarme en privado.

—Johnnie —dijo en voz baja—, ésta es tu primera bajada como oficial subalterno.

—Sí —contesté.

Yo no era realmente un subalterno, como tampoco Jelly era realmente un oficial.

—Sólo esto, Johnnie. No te quieras hacer el héroe. Conoces tu trabajo; hazlo y nada más. No intentes ganar una medalla.

—De acuerdo. Gracias, padre. No lo haré.

Añadió algo en un lenguaje que no conozco, me dio un golpecito en el hombro y se apresuró a volver a su sección. Jelly gritó entonces: «Aten... ción!» y todos hicimos chocar los talones.

—¡Pelotón!

—¡Sección! —gritaron Migliaccio y Johnson como un eco.

—Por secciones. A babor y estribor. ¡Preparados para la bajada!

—¡Sección! ¡Métanse en las cápsulas! ¡Adelante!

—¡Escuadra!

Yo tuve que esperar mientras las escuadras cuatro y cinco se metían en las cápsulas y bajaban por el tubo de disparo, antes de que mi cápsula apareciera en el remolque de babor y pudiera meterme en ella. Me pregunté si aquellos guerreros de la antigüedad también sintieron escalofríos al meterse en el caballo de Troya. ¿O sólo me pasaba a mí? Jelly verificaba la identidad de cada hombre que iba siendo encerrado en la cápsula, y a mí me puso el sello personalmente. Al hacerlo se inclinó hacia mí y me dijo:

—No hagas estupideces, Johnnie. Sólo se trata de un ejercicio.

La tapa se cerró sobre mí y quedé solo. «¡Sólo se trata de un ejercicio, dice!» Empecé a temblar de modo incontrolable.

Entonces oí por los audífonos a Jelly, desde el tubo de la línea central:

—¡Puente! Los Rufianes de Rasczak... ¡dispuestos a bajar!

—¡Dieciséis segundos, teniente! —oí la alegre voz de contralto de la capitana Deladrier...., y me molestó que ella llamara «teniente» a Jelly. Porque, sí, nuestro teniente había muerto y, claro, Jelly conseguiría su mando..., pero nosotros seguíamos siendo los Rufianes de Rasczak—. ¡Buena suerte, chicos! —añadió.

—Gracias, mi capitana.

—¡Preparados! Cinco segundos.

Yo estaba amarrado por todas partes con correas: la frente, el vientre, las piernas... Pero temblaba más que nunca.

Es mejor una vez te han lanzado. Porque hasta ese momento estás sentado allí en una oscuridad total, envuelto como una momia contra los aceleradores, casi incapaz de respirar... y sabiendo que apenas hay nitrógeno a tu alrededor en la cápsula, aun en el caso de que uno pudiera abrir el casco, cosa que no se puede hacer, y sabiendo que, de todos modos,

la cápsula está rodeada por los tubos de lanzamiento, y que si la nave recibe un buen disparo antes de lanzarte nadie rezará por ti y morirás allí solo, incapaz de moverte, impotente. Esa espera interminable en la oscuridad es lo que le hace temblar a uno, porque piensa que se han olvidado de él... o que la nave ha sido alcanzada y se va a quedar en órbita como algo muerto, y que uno pronto morirá también, incapaz de moverse, de respirar. O que ha chocado con una nave en órbita y se le ha cargado a él de paso, si es que no se asa al bajar.

Entonces empezamos a sufrir los efectos del programa de frenado de la nave y yo dejé de temblar. Ocho g (unidad estándar de gravedad) diría yo, o quizá diez. Cuando una piloto maneja la nave no resulta demasiado cómodo; uno acaba con moretones en todos los puntos donde aprietan las correas. Sí, sí, ya sé que las mujeres son mejores pilotos que los hombres, que sus reacciones son más rápidas y que pueden tolerar más g. Pueden entrar y salir con mayor rapidez, lo que supone más probabilidades para todos, para uno mismo y para ellas. Pero sigue sin ser divertido el verse proyectado contra la espina dorsal con una fuerza equivalente a diez veces el propio peso.

Sin embargo, debo admitir que la capitana Deladrier conoce su oficio. No hubo pérdida de tiempo en cuanto el Rodger Young hubo frenado. Inmediatamente le oí decir: «Tubo de línea central... ¡fuego!», y hubo dos retrocesos cuado Jelly y su sargento de pelotón fueron descargados; y al cabo de un segundo: «Tubos de babor y estribor... ¡fuego automático!», y los demás comenzamos a dejar la nave.

¡Bump!, y la cápsula pega un salto hacia delante. ¡Bump!, y salta de nuevo, lo mismo que los cartuchos que van entrando en la cámara de un arma automática antigua. Bien, eso es exactamente lo que somos. Sólo que los cañones del arma eran dos tubos de lanzamiento gemelos montados en una nave espacial de transporte de tropas, y cada cartucho era una cápsula lo bastante grande —pero apenas— para llevar a un soldado de infantería con todo el equipo de campaña.

¡Bump! Yo estaba acostumbrado al número tres, que salía más pronto. Ahora me había convertido en «el último de la cola», el último después de tres escuadras. Eso supone una espera muy tediosa a pesar de que se dispara una cápsula cada segundo. Intenté contar los que salían: ¡bump! (doce), ¡bump! (trece), ¡bump (catorce) con un sonido extraño: la cápsula vacía en la que debía haber ido Jenkins, ¡bump!...

Y luego, ¡clang!, ya es mi turno, ahora que mi cápsula entra en la cámara de disparo. Entonces, ¡buump!, la explosión golpea con una fuerza que hace que la maniobra de frenado de la capitana parezca un golpecito cariñoso.

Y luego, de repente, nada.

Nada en absoluto. Ni sonido, ni presión, ni peso. Flotando en la oscuridad... Caída libre, quizás a cincuenta kilómetros sobre la atmósfera efectiva, cayendo sin peso hacia la superficie de un planeta que jamás has visto. Pero ahora ya no hay temblor; es la espera de antes lo que agota. Una vez descargado ya no pueden herirte, porque si algo va mal, sucederá tan aprisa que uno ni se entera de que ha muerto. Bueno, apenas se entera.

Casi en seguida sentí que la cápsula giraba y se enderezaba de modo que todo mi peso vino a gravitar sobre mi espalda; un peso que ascendía rápidamente hasta alcanzar el total (0,87 g, según nos habían dicho) para ese planeta cuando la cápsula tuviera la velocidad terminal adecuada a la

fina atmósfera superior. Un piloto que sea un auténtico artista (y la capitana lo era) se aproxima y frena, de modo que la velocidad de lanzamiento al salir del tubo le ponga en punto muerto en el espacio relativo a la velocidad de rotación del planeta en aquella latitud. Las cápsulas cargadas son pesadas; se lanzan por la atmósfera superior sin desplazarse demasiado de la posición, si bien un pelotón tiene que dispersarse algo en la bajada, perdiendo un poco la perfecta formación en que es lanzado. Un piloto torpe puede estropear las cosas esparciendo un grupo de ataque sobre una extensión tan grande que no permita reagruparse para la retirada, y mucho menos para llevar a cabo su misión. Un soldado de infantería sólo puede luchar si alguien le coloca en su zona; en cierto sentido, supongo que los pilotos son tan esenciales como nosotros.

Por la suavidad con que mi cápsula entraba en la atmósfera, comprendí que la capitana nos había dejado caer con un vector lateral tan próximo a cero como pudiera pedirse. Me sentí feliz, no sólo porque seríamos una formación compacta al caer en tierra y no habría pérdida de tiempo, sino también porque un piloto que baja adecuadamente a los hombres es asimismo un piloto preciso para la recogida.

El casco exterior de la cápsula se quemó y empezó a desprenderse con una sacudida, y yo di la vuelta. Al fin cayó todo y volví a enderezarme. Los frenos de turbulencia del segundo casco entraron en acción y la marcha se hizo difícil, más violenta a medida que se iban quemando de uno en uno y el segundo casco se hacía pedazos. Una de las cosas que ayuda a que el que viaja en la cápsula viva lo suficiente para cobrar la pensión es el hecho de que esa caída de las envolturas de la cápsula no sólo reduce la velocidad de bajada, sino que también llena el espacio sobre el área del blanco de tanta porquería que el radar recoge reflejos a docenas por cada soldado que está bajando, y cualquiera de ellos puede ser un hombre, o una bomba, o lo que sea. Lo bastante para que una computadora balística sufra un ataque de nervios..., cosa que ocurre a veces.

Para complicar más las cosas, la nave deja caer una serie de cápsulas falsas en los segundos que siguen inmediatamente a la bajada de los soldados, y que caen más aprisa porque no van desprendiendo capas. Adelantan pues a los soldados, explotan, arrojan restos, actúan como cohetes, y aún hacen más cosas para aumentar la confusión del comité de recepción en tierra.

Mientras tanto, la nave sigue con firmeza la señal luminosa direccional del jefe de pelotón, sin hacer caso de los «ruidos de radar» que ha creado, y va siguiendo a los soldados y computando su situación para uso futuro.

Una vez se desprendió el segundo casco, el tercero abrió automáticamente mi primer paracaídas. No duró mucho, pero eso ya lo esperaba yo; un buen tirón a varios g y él se fue por su lado y yo por el mío. El segundo paracaídas duró un poco más, y el tercero bastante más aún. Ya empezaba a hacer demasiado calor dentro de la cápsula, de modo que deseé llegar a tierra.

El tercer casco se desprendió al desaparecer el último paracaídas, y ya no tuve nada en torno excepto mi traje acorazado y un huevo de plástico. Aún seguía atrapado por correas en su interior e incapaz de moverme. Era el momento de decidir cómo y dónde iba a caer. Sin mover los brazos —porque no podía—, apreté el conmutador para una lectura de proximidad, que apareció en el reflector instrumental, dentro del casco y delante de mi frente.

Dos kilómetros. Un poco demasiado cerca para lo que me gustaba, en especial sin compañía. La cápsula interior casi había alcanzado la velocidad normal; en nada me ayudaría seguir dentro de ella, y su temperatura indicaba que no se abriría automáticamente durante algún tiempo, de modo que apreté un conmutador con el Otro pulgar y me libré de aquel huevo.

La primera descarga cortó todas las correas; la segunda hizo explotar el plástico a mi alrededor en ocho trozos separados, y me vi fuera, sentado en el aire y ¡capaz de ver! Además, los ocho pedazos estaban cubiertos de metal, excepto el pequeño trozo por donde yo había podido leer la proximidad, y darían el mismo reflejo que un hombre con el traje acorazado. Cualquier visor de radar, vivo o cibernético, pasaría ahora un mal rato tratando de identificarme entre todos los desechos que me rodeaban, por no mencionar los miles de restos en muchos kilómetros a la redonda, por encima y por debajo de mí. Parte del entrenamiento de un miembro de la Infantería Móvil consiste en dejarle ver desde tierra, a simple vista y por radar, lo confusa que es una bajada para los que esperan en el terreno, porque uno se siente terriblemente desnudo allá arriba. Es fácil dejarse dominar por el pánico y abrir un paracaídas muy pronto, con lo que uno se convierte en un blanco demasiado fácil, o dejar de abrirlo y romperse los tobillos, y también la columna vertebral, y el cráneo.

De modo que me estiré para desentumecerme y miré en torno; luego me doblé de nuevo y me enderecé, como hace un ave que planea, y eché una buena ojeada. Era de noche allá abajo, como estaba planeado, pero los visores infrarrojos permiten calcular muy bien el terreno una vez uno se ha acostumbrado a ellos.

El río que cortaba en diagonal la ciudad estaba casi debajo de mí y parecía ascender muy aprisa, brillando claramente y con una temperatura más alta que la de la tierra. No me importaba en qué lado fuese a caer, pero lo que no deseaba era caer en el mismo río, porque me hundiría hasta el fondo.

Observé un resplandor a la derecha, hacia mi altura: algún nativo poco amistoso, allá abajo, había quemado lo que probablemente era un pedazo de mi cápsula. De modo que disparé contra mi primer paracaídas en seguida, tratando de alejarme de su pantalla mientras él seguía los blancos que caían. Me preparé para el choque del retroceso, giré luego y continué flotando hacia abajo unos veinte segundos antes, de descargar el paracaídas, porque no deseaba llamar la atención sobre mí al no bajar a la misma velocidad que todo lo que me rodeaba.

Y debió de funcionar, porque no me acertaron.

A unos doscientos metros de altura solté el segundo paracaídas. Vi de inmediato que iba a dar en el río, y descubrí que estaba a punto de pasar a unos treinta metros sobre una especie de almacén de tejado plano junto al río. Me libré del paracaídas y logré un aterrizaje bastante bueno, aunque algo brusco, sobre el tejado, mediante los propulsores del traje. Estaba buscando la señal luminosa del sargento Jelal cuando aterricé.

Y descubrí que estaba en el mal lado del río. La señal de Jelly aparecía en la brújula dentro de mi casco mucho más al sur de donde debía estar; luego yo estaba demasiado al norte. Troté hacia el río por el tejado mientras establecía contacto con el jefe de la escuadra más próxima a mí, descubrí que él estaba a un par de kilómetros de dónde debía, le grité: «Ace, ¡endereza tu fila!», arrojé una bomba detrás de mí y salté desde el tejado hasta el otro lado del río. Ace contestó, como era de esperar, porque él debería haber

estado en mi sitio pero no quería abandonar su escuadra; sin embargo, no le gustaba aceptar órdenes de mí.

El almacén estalló a mis espaldas y la explosión me alcanzó mientras aún estaba sobre el río y no escudado por los edificios del otro lado, como era mi deseo. Casi me destrozó los giróstatos, y estuve a punto de caer. Había puesto la bomba para que estallara a los quince segundos... ¿o no? De pronto comprendí que me había excitado en exceso, lo peor que se puede hacer una vez en tierra. «Sólo se trata de un ejercicio», había dicho Jelly, y así debía ser. Tómate tu tiempo y hazlo bien, aunque se necesite otro medio segundo más.

Al caer tomé otra lectura sobre Ace y le dije de nuevo que realineara su escuadra. No me contestó, pero ya lo estaba haciendo. Lo dejé pasar. Mientras Ace hiciera su tarea, podía permitirme el aceptar su malhumor... de momento. Mas una vez de nuevo a bordo de la nave (si Jelly me mantenía como jefe ayudante de sección), ya nos las arreglaríamos para buscar eventualmente un rincón tranquilo donde descubrir quién era el jefe. Él era un cabo de carrera, y yo sólo un hombre en servicio temporal actuando como cabo. pero él estaba a mis órdenes, y uno no puede permitirse el menor desliz en esas circunstancias. No para siempre.

No obstante, ahora no tenía tiempo de pensar en eso. Mientras saltaba sobre el río había distinguido un espléndido blanco y quería alcanzarlo antes de que lo viera nadie más: un grupo muy grande de lo que parecían ser edificios públicos sobre una colina. Templos quizás... o un palacio. Estaban a kilómetros del área que barríamos, pero una de las reglas del programa «destroza y sal corriendo» consiste en emplear al menos la mitad de las municiones fuera del área elegida: de ese modo se confunde al enemigo en cuanto a la posición verdadera. Eso y estar siempre en movimiento, y hacerlo todo de prisa. Ellos siempre nos sobrepasan en número; la sorpresa y la velocidad es lo que nos salva.

Estaba ya cargando mi lanzacohetes mientras volvía a ponerme en contacto con Ace y le decía por segunda vez que se realineara. La voz de Jelly llegó hasta mí por el circuito general:

—¡Pelotón! ¡A salto de rana! ¡Adelante!

Mi jefe, el sargento Johnson, repitió como un eco:

—¡A salto de rana! Números impares. ¡Adelante!

Eso me evitaba toda preocupación por unos veinte segundos, de modo que salté sobre el edificio más cercano, me coloqué el lanzador sobre el hombro, hallé el blanco y apreté el primer gatillo para que el cohete-bomba pudiera fijarse en su blanco, luego apreté el segundo gatillo, eché un beso al cohete que ya salía y salté de nuevo a tierra.

—Segunda sección, ¡números pares! —grité. Fui contando mentalmente y ordené—: ¡Adelante!

Y yo lo hice también, saltando sobre la siguiente fila de edificios. Mientras estaba en el aire, barrí con el lanzallamas la primera fila junto al río. Parecían ser construcciones de madera, de modo que era el momento de iniciar una buena fogata. Con un poco de suerte, algunos de esos almacenes contendrían petróleo, o incluso explosivos. Al tirar, los lanzadores sobre mis hombros arrojaron dos pequeñas bombas H. E. a un par de metros a cada lado, a mi flanco izquierdo y derecho, pero nunca vi el resultado pues, justo en ese instante, dio en el blanco mi primer cohete. con ese brillo inconfundible —si uno lo ha visto alguna vez— de una explosión atómica.

Era muy chiquitita, por supuesto, menos de dos kilotones de producto nominal, con una compresión de implosión para producir resultados de una masa menos que crítica, pero, claro. ¿quién desea estar próximo a una catástrofe cósmica? Ya era suficiente barrer la cumbre de aquella colina y hacer que en la ciudad todos se refugiaran contra lo que caía. Mejor aún, cualquiera de los tipos de la localidad que por casualidad estuviera fuera de casa y mirando hacia aquí, no vería nada más por un par de horas..., es decir no me vería a mí. El resplandor de la explosión no me afectaba, ni afectaría a ninguno de nosotros; nuestros cascos son muy pesados, llevamos visores sobre los ojos y estamos adiestrados para encogernos y que todo lo reciba el traje acorazado, si es que miramos donde no debemos.

Así es que me limité a parpadear, luego abrí bien los ojos y vi un ciudadano de la localidad que salía precisamente por una abertura del edificio que se hallaba frente a mí. El me miró, yo le miré. Empezaba a alzar algo —un arma, supongo— cuando Jelly gritó:

—Números impares. ¡Adelante!

No podía perder el tiempo con él. Estaba a unos buenos quinientos metros de donde debía encontrarme en ese momento, y aún tenía el lanzallamas en la mano izquierda. De modo que le dejé frito y salté sobre el edificio del que él saliera cuando yo empezaba a contar. Por supuesto, un lanzallamas de mano tiene propósitos incendiarios en primer lugar, pero es una buena arma defensiva antipersonal en un momento de apuro; no hay que apuntar con demasiado cuidado.

Entre la excitación y la ansiedad por unirme a los demás pegué un salto demasiado alto, y demasiado amplio. Siempre es una tentación el obtener la máxima potencia del mecanismo del salto, pero no hay que hacerlo. Eso te deja colgado en el aire por unos segundos, un blanco demasiado fácil. El modo de avanzar es pasar por encima de cada edificio cuando se llega a él, apenas rozándolo y aprovechando cualquier punto ventajoso para cubrirse al caer, sin quedarse jamás en el mismo lugar más de un par de segundos, ni darles nunca tiempo para que apunten. Estar ya en otro sitio, en cualquier sitio. Moviéndose siempre.

Calculé mal este salto —demasiado para una fila de edificios, muy poco para la fila de detrás—, así que me encontré bajando sobre un tejado. Pero no un buen tejado liso donde podría haber esperado tres segundos para lanzar otra bomba A; éste era un conglomerado de cañerías, puntales y hierros en confusión. Una fábrica tal vez, quizá de productos químicos. No era lugar para aterrizar. Peor aún: allí había media docena de nativos. Los de este planeta son humanoides, de unos tres metros de altura, mucho más huesudos que nosotros y con una temperatura del cuerpo más alta. No llevan ninguna clase de ropas, y se mantienen en pie sobre una serie de puntales, como un anuncio de neón. Todavía resultan más extraños a la luz del día y viéndolos con los ojos desnudos, pero prefiero luchar con ellos que con los arácnidos. Las Chinches me ponen enfermo.

Si esos tipos estaban ya allí treinta segundos antes, cuando estalló mi cohete-bomba, entonces no podían verme en absoluto. Pero yo no estaba seguro de ello, ni en modo alguno quería luchar con ellos; no era ese tipo de incursión. De modo que di otro salto cuando aún estaba en el aire, lanzando un puñado de píldoras de fuego de diez segundos para mantenerlos ocupados, caí en tierra, salté de nuevo, grité: «¡Segunda sección! ¡Números pares! ¡Adelante!», y también yo avancé para cerrar el círculo mientras

trataba de hallar, cada vez que saltaba, un blanco digno de otro cohete. Me quedaban aún tres pequeñas bombas A y, desde luego, no quería volver con ellas. Pero se me había quedado bien grabado que uno ha de conseguir todo el valor de su dinero en lo referente a las armas atómicas, y era sólo la segunda vez que me permitían llevarlas.

Precisamente ahora trataba de divisar sus depósitos de agua. Un tiro directo allí convertiría la ciudad en inhabitable, les forzaría a evacuaría sin que nosotros tuviéramos que matar a nadie, es decir exactamente el fin con el que habíamos bajado. Según el mapa que yo había estudiado bajo hipnosis, debían de estar a unos cinco kilómetros corriente arriba de donde me hallaba.

Pero no conseguía verlos; mis saltos no me llevaban a bastante altura. Tuve la tentación de subir más, mas entonces recordé lo que me dijera Migliaccio acerca de no buscar una medalla, de modo que me limité a cumplir órdenes. Puse el lanzador automático y le dejé lanzar un par de pequeñas bombas cada vez que lo apretaba, seguí incendiando cosas al azar mientras lo hacía, e intenté descubrir los depósitos de agua o cualquier otro blanco que valiera la pena.

Bien, había algo allá arriba y a mi alcance. Tanto si se trataba de depósitos de agua como si no, era grande. Así que salté sobre el edificio más alto que tenía cerca, me afirmé en él y disparé. Cuando bajaba de allí oí a Jelly:

—¡Johnnie! ¡Red! ¡Empezad a doblar por los flancos!

Contesté, oí que Red contestaba, puse en marcha mi señal luminosa para que Red me hallara con seguridad, y capté la suya mientras yo gritaba:

—¡Segunda sección! ¡En marcha hacia dentro para rodear! ¡Contesten, jefes de escuadra!

La cuarta y quinta contestaron.

—Wilco —dijo Ace—. Ya estamos haciéndolo. Recoge bien los pies.

La señal de Red me mostró que el flanco derecho estaba casi delante de mí, y a unos buenos veinticinco kilómetros. ¡Estupendo! Ace tenía razón: yo tendría que levantar mucho los pies o nunca cerraría la curva a tiempo, y aún tenía un par de bombas pesadas y diversas municiones cuya utilización requería hallar el momento preciso. Habíamos aterrizado en formación Y, con Jelly en el vértice y Red y yo en los extremos de los dos brazos de la v: Ahora teníamos que cerrarnos en círculo en torno al punto de recogida, lo que significaba que Red y yo habíamos de cubrir más terreno que los otros y seguir haciendo todos los destrozos posibles.

Al menos, el avance a salto de rana ya había concluido una vez empezamos a cerrar el círculo. Podía dejar de contar y concentrarme en la velocidad. Porque cada vez iba a ser más peligroso estar por allí, incluso moviéndonos de prisa. Habíamos empezado con la ventaja enorme de la sorpresa, llegando a tierra sin ser alcanzados —por lo menos confiaba en que nadie hubiera sido alcanzado en la bajada—, y habíamos ido saltando de acá para allá de modo que pudiéramos disparar sin temor a darnos unos a otros, mientras ellos corrían peligro de acertar a los suyos al disparamos..., si es que llegaban a descubrirnos para disparar, claro. (No soy un experto en teórica, pero dudo que cualquier computadora hubiera logrado analizar lo que estábamos haciendo con tiempo para predecir lo que haríamos después.)

Sin embargo, las defensas de aquellas gentes empezaban ya a devolver el fuego, coordinado o no. Casi me dieron un par de veces con explosivos, lo

bastante para que los dientes me entrechocaran incluso dentro del traje acorazado, y en una ocasión me rozó cierto rayo que me puso los pelos de punta y casi me paralizó por un momento, como si me hubiera dado en el nervio del codo pero en todo mi cuerpo. Si el traje no hubiera estado programado para saltar, supongo que habría palmado allí mismo.

Cosas así hacen que uno se pare a preguntarse por qué demonios se hizo soldado..., sólo que estaba demasiado ocupado para detenerme por nada. En dos ocasiones, saltando a ciegas sobre los edificios, caí justo en medio de un grupo de huesudos y me largué en seguida mientras hacía girar salvajemente el lanzallamas.

Así espoleado, cerré la mitad de mi parte del circulo, quizá seis kilómetros, en un tiempo mínimo pero sin causar más que destrozos casuales. El lanzador se había quedado vacío hacía dos saltos; al encontrarme solo en una especie de patio, me detuve a poner mis reservas de bombas H. E. en él, mientras establecía contacto con Ace y descubría que aún estaba lo bastante lejos delante del pelotón del flanco como para emplear mis últimos cohetes A. Salté pues al edificio más alto del vecindario.

Ya había luz suficiente para ver. Me levanté los visores sobre la frente y registré el panorama con los ojos sin proteger buscando a mis espaldas algo a lo que valiera la pena disparar, cualquier cosa. No tenía tiempo de ser meticuloso.

Había algo en el horizonte, en la dirección de su puerto espacial: administración y control quizás, o tal vez incluso una nave espacial. Casi en línea, y como a medio camino, había una estructura enorme que no podía identificar. La distancia hasta el puerto espacial era excesiva pero dejé que el cohete lo viera, le dije: «¡Ve a buscarlo, encanto!» y lo lancé. Luego metí el último, lo apunté sobre el blanco más próximo y salté.

El edificio recibió un impacto directo justo cuando yo lo dejaba. O bien un huesudo había juzgado (correctamente) que valía la pena cargarse uno de sus edificios para destrozar a uno de nosotros, o bien alguno de mis compañeros se estaba descuidando mucho con los disparos. De cualquier forma, no quería saltar desde aquel punto tan alto, y decidí cruzar por otro par de edificios en vez de pasarles por encima. De modo que cogí el pesado lanzallamas de la espalda al llegar allí, me puse los visores sobre los ojos y derribé la pared frente a mí con un rayo a toda potencia. Cayó una sección del muro y entré por el hueco.

Y me eché atrás a toda prisa.

No sabía qué había abierto. Una congregación en la iglesia quizás, o una posada, o incluso su cuartel general de defensa. Lo único que sabía es que se trataba de una habitación enorme, y llena de más huesudos de los que deseaba ver en toda mi vida.

No debía de tratarse de una iglesia, ya que alguien me disparó cuando yo me eché atrás y salí a toda prisa; un disparo que rebotó en el traje acorazado, que me ensordeció por un instante y que hizo que me tambaleara. Pero eso me recordó que no debía irme sin dejarles un recuerdo de mi visita. Cogí lo primero que encontré en el cinturón, lo arrojé y vi que empezaba a sonar. Como te dicen en la Básica, hacer algo constructivo en seguida vale más que discurrir algo mejor para hacerlo horas más tarde.

Por pura suerte había hecho lo adecuado. Se trataba de una bomba especial, de las que se nos habían dado para esta misión con instrucciones de utilizarlas si hallábamos el modo más efectivo de hacerlo. El ruido que yo

escuché al lanzarla era la misma bomba gritando en idioma huesudo (traducción libre):

—¡Soy una bomba de treinta segundos! ¡Soy una bomba de treinta segundos! Veintinueve..., veintiocho..., veintisiete...

Se suponía que eso les destrozaría los nervios. Tal vez fuera así; desde luego, a mí me dejó hecho polvo. Es más amable matar a un hombre de un tiro. No esperé la cuenta atrás y salté mientras me preguntaba si ellos encontrarían bastantes puertas y ventanas para largarse de allí a tiempo.

Capté la señal luminosa de Red en el punto más alto del salto, y la de Ace cuando ya caía. Estaba retrasándome de nuevo... Era el momento de correr.

Tres minutos más tarde habíamos cerrado el círculo. Tenía a Red a mi flanco izquierdo, a un kilómetro. El se lo comunicó a Jelly. Oímos que éste gruñía, más relajado ya, a todo el pelotón:

—El círculo está cerrado, pero la nave de recogida no ha bajado aún. Adelantaros lentamente para reuniros; seguid haciendo daño, pero cuidado con el compañero que tenéis a cada lado; ¡no le deis a él! Buen trabajo hasta ahora. No lo estropeéis. ¡Pelotón! ¡Por secciones! ¡A contarse!

A mí sí me parecía un buen trabajo. Gran parte de la ciudad estaba ardiendo y, aunque ahora ya había mucha luz diurna, apenas podía decirse que los ojos desnudos sirvieran más que los visores, tan espeso era el humo.

Johnson, nuestro jefe de sección, gritó:

—¡Segunda sección, informen!

Yo contesté:

—¡Escuadras cuatro, cinco y seis! ¡Llamen e informen!

El conjunto de circuitos de seguridad de que disponíamos en las nuevas unidades apresuraba desde luego las cosas. Jelly podía hablar con todos, o con sus jefes de sección; uno de éstos podía llamar a todos sus hombres o a los suboficiales; y el pelotón podía identificarse en la mitad de tiempo cuando los segundos contaban. Escuché las respuestas de la cuarta escuadra mientras hacía el inventario del armamento que me quedaba, y lancé una bomba hacia un huesudo que sacaba la cabeza por una esquina. El se largó y yo también. «A reunirse», había dicho el jefe.

La cuarta escuadra no consiguió hacerse oír hasta que su jefe se acordó de conectar con el número de Jenkins; la quinta contestó como un ábaco y yo empezaba a sentirme bien... cuando se hizo el silencio tras el número cuatro de la escuadra de Ace. Yo grité:

—¡Ace! ¿Dónde está Dizzy?

—Cállate —dijo él. Número seis. ¡Responda!

—¡Seis! —contestó Smith.

—¡Siete!

—Sexta escuadra. Falta Flores —completó Ace—. Jefe de la escuadra a la búsqueda.

—Falta un hombre —informé a Johnson— Flores, de la escuadra seis.

—¿Desaparecido o muerto?

—No lo sé. El jefe de la escuadra y el jefe ayudante de sección salen a buscarle.

—¡Johnnie, deja que lo haga Ace!

Pero yo no le oí, de modo que no contesté. Sin embargo, él informó a Jelly, y pude oír sus juramentos. Ahora bien, yo no andaba buscando una medalla, pero es cosa del jefe ayudante de sección el ir a recoger a la gente. Es su trabajo; al fin y al cabo, es el último mono. Los jefes de escuadra

Librodot

tienen otro trabajo que hacer. Como sin duda se habrá adivinado ya, el jefe ayudante de sección no es necesario mientras el jefe de sección esté vivo.

En ese preciso momento me sentía de verdad el último mono y olvidado ya, porque estaba oyendo el sonido más dulce del universo: el soporte en el que la nave de recogida aterrizaría nos estaba llamando. Ese punto de aterrizaje es un cohete robot que se lanza por delante de la nave de recogida, una especie de soporte que se introduce en tierra y empieza a emitir su música de bienvenida. La nave de recogida llega a él automáticamente tres minutos más tarde, y más vale estar cerca porque ese autobús no espera y ya no hay otro después.

Pero nadie se larga dejándose a un compañero, al menos mientras exista la posibilidad de que aún esté vivo. Es algo que no se hace en los Rufianes de Rasczak, ni en el cuerpo de la Infantería Móvil. Se procura recogerlo. Oí que Jelly ordenaba:

—¡Cabeza arriba, muchachos! ¡Apiñaos en el círculo de recogida! ¡A paso ligero!

Y oí la dulce voz del soporte: —«...para gloria eterna de la infantería brilla el nombre, brilla el nombre de Rodger Young»— y yo deseaba tanto dirigirme hacia allí que casi sentía el deseo en todo mi cuerpo.

Pero me fui en otra dirección siguiendo la señal de Ace y utilizando lo que me quedaba de bombas, de píldoras de fuego y de cualquier cosa que me pesara.

—¡Ace! ¿Has captado la señal?

—Sí. ¡Vuélvete, inútil!

—Ahora ya puedo verte. ¿Dónde está él?

—Justo delante de mí, quizás a medio kilómetro. ¡Lárgate! Es uno de mis hombres.

No contesté. Simplemente, corté en oblicuo hacia la izquierda para alcanzar a Ace donde él decía que estaba Dizzy.

Y encontré a Ace de pie junto a él, con un par de huesudos caídos bajo el lanzallamas y alguno más corriendo a lo lejos. Bajé a su lado.

—Quitémosle el traje acorazado. ¡La nave bajará en cualquier momento!

—Está demasiado malherido.

Miré y vi que era cierto. Había un agujero en su traje, y salía sangre. Estábamos en apuros. Para recoger a un herido se le quita el traje acorazado, se le lleva sencillamente en brazos —no es problema con un traje electrónico— y uno se larga a paso ligero. Un hombre desnudo pesa menos que el traje y las municiones que uno ya ha disparado.

—¿Qué hacemos?

—Llevarlo —contestó Ace—. Cógele por el lado izquierdo del cinturón. —El le cogió por el derecho y pusimos a Flores en pie—. ¡Agárralo bien! Ahora, dispuesto a saltar. Uno..., dos...

Saltamos. No muy lejos, ni bien. Un hombre solo no hubiera podido levantarle del suelo ya que el traje acorazado pesa demasiado. Pero repartiendo el peso entre dos hombres sí puede hacerse.

Saltamos y saltamos una y otra vez, Ace llevando la cuenta y los dos enderezando a Dizzy cada vez que dábamos en tierra. Por lo visto, tenía rotos los girostatos.

Oímos cómo se interrumpía la música del soporte cuando la nave de recogida aterrizó sobre él. Lo miré... Estaba demasiado lejos. Oímos gritar al sargento del pelotón:

—En sucesión. ¡Dispuestos a embarcar!

Y Ace gritó:

—¡Retrase la orden!

Saltamos al fin al espacio abierto y distinguimos la nave sobre su cola, oímos el ulular de sus sirenas, vimos al pelotón todavía en tierra a su alrededor, en círculo de interdicción, encogidos tras el escudo que habían formado.

Y oímos gritar a Jelly:

—En sucesión, atención a la nave... ¡Adelante!

¡Pero nosotros estábamos aún demasiado lejos! Vi cómo iban separándose los de la primera escuadra y metiéndose en la nave, a medida que se cerraba el círculo de interdicción.

Una sola figura salió del círculo y corrió hacia nosotros a toda la velocidad posible con un traje de comando.

Jelly nos cogió mientras estábamos en el aire, agarró a Flores por su soporte en Y y nos ayudó a alzarle.

Tres saltos más nos llevaron a la nave. Todos estaban ya dentro, pero la puerta seguía abierta. Le metimos y la cerramos mientras la piloto de la nave gritaba que le habíamos hecho perder el punto de reencuentro y que nos íbamos a matar todos. Jelly no le hizo el menor caso. Depositamos a Flores en el suelo y nos echamos a su lado. Cuando la explosión de salida nos sacudió, Jelly hablaba para sí:

«Todos presentes, teniente. Tres hombres heridos... ¡pero todos presentes!».

Diré esto en favor de la capitana Deladrier: no hacen mejores pilotos. El reencuentro de la nave de recogida con la nave en órbita está calculado con toda precisión. No sé cómo pero es así, y eso no lo cambia nadie. Es imposible.

Sólo que ella lo hizo. Vio en su pantalla que la nave de recogida no había hecho la explosión a tiempo, frenó en seco, tomó velocidad de nuevo... y consiguió introducirnos en el momento preciso y a ojo, pues no había tiempo para computarlo. Si el Todopoderoso necesita alguna vez un ayudante para mantener a las estrellas en su curso, yo sé donde puede encontrarlo.

Flores murió antes de llegar a la nave en órbita.

Capítulo 2

Me asustó tanto que me largué
y no me paré que yo recuerde,
ni me volví hasta llegar a casa,
y me encerré en el cuarto de mi madre.
Yanqui Doodle, ánimo,
Yanqui Doodle, dandy,
cuidado con la música y el paso.
y atiende bien a las chicas.

La verdad es que yo nunca me había propuesto enrolarme.

¡Y, desde luego, no en infantería! Primero habría aceptado diez latigazos en la plaza pública y que mi padre me dijera que yo era una vergüenza para el orgulloso apellido de la familia.

Claro, le había mencionado a mi padre, en mi último año en la escuela superior, que estaba meditando la idea de presentarme voluntario para el servicio federal. Supongo que es lo que piensa todo chico cuando va a cumplir los dieciocho años, y yo los cumplía en la semana de mi graduación. Por supuesto, la mayoría de los muchachos se limitan a pensarlo, juegan un poco con la idea y luego se dedican a otra cosa: van a la universidad, o buscan empleo, o algo por el estilo. Supongo que lo mismo habría hecho yo, de no ser porque mi mejor amigo estaba pensando muy en serio en unirse al ejército.

Carl y yo lo habíamos hecho todo juntos en la escuela superior: seguir a las chicas, citarnos con ellas, participar en el equipo de debates y trabajar en electrónica en el laboratorio de su casa. Yo no sabía demasiado acerca de la teoría electrónica, pero tengo buena mano con el soldador. Carl era el cerebro y yo llevaba a cabo sus instrucciones. Era divertido; cualquier cosa que hiciéramos juntos resultaba divertido. Los padres de Carl no tenían, ni mucho menos, tanto dinero como mi padre, pero eso no importaba entre nosotros. Cuando mi padre me compró un helicóptero Rolls al cumplir los catorce años, éste fue tan de Carl como mío, y por otra parte su laboratorio del sótano era mío también.

Por tanto, cuando Carl me dijo que no iba a seguir con los estudios, sino que primero se alistaría por un plazo de servicio en el ejército, eso me hizo pensar. Porque él hablaba muy en serio, como si creyera que eso era lo más natural, correcto y obvio.

Así que le dije que yo me alistaría también. Él me lanzó una mirada extraña.

—Tu viejo no te dejará.

—¿No? ¿Y cómo va a impedírmelo?

Por supuesto, no podía. Legalmente no. Es la primera elección libre por completo que tiene uno, y quizá la última. Cuando un chico o una chica cumple dieciocho años puede presentarse voluntario y nadie puede oponerse a ello.

—Ya lo verás —y luego Carl cambió de tema.

De modo que lo hablé con mi padre, tentativamente, empezando con subterfugios.

El soltó el periódico y el cigarro y me miró.

—Hijo, has perdido la cabeza.

Murmuré que no lo creía así.

—Bueno, pues a mí me lo parece —suspiró—. Sin embargo..., debía haberlo esperado. Es una etapa previsible en el desarrollo de un chico. Recuerdo cuando aprendiste a caminar y dejaste de ser un bebé... Francamente, fuiste un diablillo durante algún tiempo. Rompiste uno de los jarrones Ming de tu madre, y estoy seguro de que a propósito, pero eras demasiado joven para conocer todo su valor, así que sólo te castigamos con unos golpecitos en la mano. Recuerdo el día en que me cogiste uno de mis puros, y lo malo que te pusiste. Tu madre y yo no hicimos el menor comentario al ver que eras incapaz de cenar aquella noche, y nunca te lo he mencionado, hasta ahora... Los chicos han de probarlo todo y descubrir por sí mismos que los vicios de los hombres no son para ellos. Te observamos cuando, al llegar a la adolescencia, empezaste a notar que las chicas eran diferentes... y maravillosas —suspiró de nuevo—. Todo etapas normales. Y la última, justo al término de la adolescencia, es cuando un chico decide unirse al ejército y llevar un bonito uniforme. O decide que está enamorado, con un amor como nadie experimentó antes, y que tiene que casarse en seguida. O las dos cosas —sonrió amargamente—. En mi caso fueron ambas cosas. Pero las superé a tiempo para no hacer el ridículo y arruinar mi vida.

—Pero, papá, yo no voy a arruinar mi vida. Sólo es un plazo de servicio, no la carrera militar.

—Dejemos eso, ¿quieres? Escúchame bien, porque voy a decirte lo que vas a ser, y por qué quieres serlo. En primer lugar, esta familia se ha mantenido alejada de la política y se ha dedicado a trabajar en su propio beneficio durante más de cien años. No veo razón para que rompas ese palmarés tan estupendo. Supongo que todo es influencia de ese tipo de la escuela superior..., ¿cómo se llama? Ya sabes a quién me refiero.

Se refería a nuestro profesor de historia y filosofía moral. Un veterano, naturalmente.

—El señor Dubois.

—Hum, qué nombre más idiota. Le va. Extranjero, sin duda. Debería ir contra la ley utilizar las escuelas como estaciones de reclutamiento simuladas. Creo que voy a escribir una carta muy fuerte al respecto. ¡Un contribuyente tiene ciertos derechos!

—Pero padre, él no hace eso en absoluto. El... —Me detuve, pues no sabía cómo describirlo. Dubois tenía un aire arrogante, superior. Actuaba como si ninguno de nosotros valiéramos lo suficiente como para presentarnos voluntarios al ejército. A mí no me gustaba—. En todo caso, trata de desanimarnos.

—Ya. ¿Sabes cual es el mejor modo de obligar a caminar a un cerdo? No importa. Cuando te gradúes vas a estudiar comercio en Harvard, eso ya lo sabes. Después irás a la Sorbona y viajarás un poco también, conocerás a algunos de nuestros distribuidores y averiguarás cómo funciona el negocio en otros países. Luego volverás a casa y te pondrás a trabajar. Empezarás con los trabajos habituales, empleado de almacén o algo así, sólo por aquello de las apariencias, pero serás un ejecutivo antes de que te des cuenta, porque yo ya no soy joven y, cuanto antes me liberes de la carga, mejor. En cuanto estés preparado y bien capacitado, serás jefe. ¿Qué tal te suena ese programa, comparado con perder dos años de tu vida?

No dije una palabra. Nada de eso era nuevo para mí. Pensaría en ello. Mi padre se puso en pie y me cogió por los hombros.

—Hijo, no creas que no te comprendo. Pero entiende bien la realidad. Si hubiera una guerra, yo sería el primero en enviarte a ella y transformar el negocio en producción bélica. Sin embargo, no la hay y, si Dios nos ayuda, nunca la habrá otra vez. Hemos vencido a las guerras. Este planeta es ahora pacífico y feliz, y disfrutamos de relaciones bastante buenas con los demás planetas. Así pues, ¿a qué se reduce ese llamado «Servicio Federal»? A parasitismo; puro y simple parasitismo. Un organismo sin función, anticuado por completo, y que vive de los contribuyentes. Un estilo de vida decididamente caro, para gentes inferiores que de otro modo no tendrían empleo, y que así viven a expensas del pueblo unos años para darse luego importancia durante el resto de su vida. ¿Es eso lo que quieres hacer?

—¡Carl no es inferior!

—Lo siento. No, él es un chico estupendo..., pero equivocado. —frunció el ceño y luego sonrió—. Hijo, yo quería reservarme esto como una sorpresa para ti, el regalo de tu graduación... Pero voy a decírtelo ahora para que te sea más fácil quitarte esas tonterías de la cabeza. No es que tema lo que puedas hacer; confío en tu sentido común, incluso a tu tierna edad. Pero ahora estás preocupado, lo sé, y esto te animará ¿No adivinas de qué se trata?

—Pues no.

—Un viaje de vacaciones a Marte —sonrió.

Yo debí de quedarme como pasmado.

—¡Caray, padre, no tenía idea...!

—Había de ser una sorpresa para ti, y veo que en efecto lo ha sido. Sé lo que los chicos sienten acerca de los viajes, aunque me desconcierta qué placer encuentran en ello después de la primera vez. Pero es un buen momento para que lo hagas. Y por tu cuenta, créeme, que te alejes por una vez del sistema, porque estarás demasiado ocupado para pasar siquiera una semana en la Luna una vez aceptes todas las responsabilidades. —Recogió el periódico—. No, no me des las gracias. Vete y déjame que termine de leer el periódico, porque van a venir unos señores a verme esta tarde, ahora mismo. Por negocios.

Me largué corriendo. Supongo que él creyó que todo estaba arreglado, y creo que yo también. ¡Marte! ¡Y solo! Pero no le hablé a Carl de ello. Tenía la terrible sospecha de que él lo consideraría un soborno. Bien, quizá lo fuera. En cambio, le dije sencillamente que mi padre y yo teníamos, al parecer, ideas muy diferentes al respecto.

—Sí —dijo—. Y el mío también. Pero se trata de mi vida.

Pensé en ello durante la última sesión de nuestra clase de historia y filosofía moral. Esa asignatura era diferente de las demás, porque todos teníamos que estudiarla pero no era obligatorio aprobarla. Además, a Dubois nunca parecía preocuparle si nos interesábamos por la clase o no. Se limitaba a señalar con el muñón de su brazo izquierdo (jamás se molestaba en aprender los nombres) y a lanzar una pregunta. Y así empezaba la discusión.

No obstante, el último día trataba de averiguar, por lo visto, lo que teníamos aprendido. Una chica le dijo algo bruscamente:

—Mi madre dice que la violencia nunca resuelve nada.

—¿Que no? —Dubois la miró furioso—. Estoy seguro de que los padres de la ciudad de Cartago se alegrarían de saberlo. ¿Por qué no se lo dice su madre? ¿O usted?

Ya se habían enredado así antes; como no podían suspender el curso, no era necesario dar coba al señor Dubois. Ella dijo;

—¿Se está burlando de mí? ¡Todo el mundo sabe que Cartago fue destruida!

—Pues usted no parecía saberlo —replicó él secamente—. Puesto que lo sabe, ¿no diría que la violencia sí influyó, y mucho, en su destino? Sin embargo, yo no me burlaba de usted; sólo expresaba mi desprecio por una idea estúpida e inexcusable, práctica que sigo siempre. A cualquiera que se aferre a esa doctrina históricamente falsa, e inmoral por completo, de que la violencia jamás resuelve nada, yo le aconsejaría que conjurara a los fantasmas de Napoleón Bonaparte y del Duque de Wellington, y les dejara discutirlo. El fantasma de Hitler podría ser el árbitro, y el jurado bien podrían formarlo el dodo, la gran alca y la paloma silvestre. La violencia, la fuerza bruta, ha arreglado más cosas en la historia que cualquier otro factor, y la opinión contraria constituye el peor de los absurdos. Los que olvidan esta verdad básica siempre han pagado por ello con su vida y su libertad — suspiró.

»Otro año, otra clase... y, para mí, otro fracaso. Uno puede llevar a un chico al conocimiento, pero no puede obligarle a pensar. —De pronto me señaló con el muñón—. A ver, usted, ¿cuál es la diferencia moral, si es que hay alguna, entre el soldado y el civil?

—La diferencia —contesté cuidadosamente— se basa en la cuestión de la virtud cívica. Un soldado acepta la responsabilidad personal por la seguridad de la política del cuerpo del que forma parte, defendiéndola si es necesario con su vida. El civil, no.

—Las palabras exactas del libro —dijo despectivamente—. Pero, ¿lo entiende? ¿Lo cree?

—No lo sé, señor.

—¡Claro que no! ¡Dudo que cualquiera de ustedes reconociera «la virtud cívica» aunque apareciera de pronto y les gritara a la cara! —miró el reloj—. Y eso es todo. Un todo definitivo. Quizá nos encontremos de nuevo en circunstancias más felices. Pueden irse.

Después de eso la graduación y, tres días más tarde, mi cumpleaños, seguido menos de una semana después por el cumpleaños de Carl; y yo todavía no le había dicho que no iba a alistarme. Estoy seguro de que él ya lo suponía, pero jamás hablábamos de ello; resultaba embarazoso. Me limité a quedar en reunirme con él al día siguiente de su cumpleaños, y entonces nos dirigimos juntos a la oficina de reclutamiento.

En los escalones del Edificio Federal tropezamos con Carmencita Ibáñez, compañera nuestra de clase y una de las razones más agradables de pertenecer a una raza con dos sexos. Carmen no era mi chica, ni la de nadie. Jamás se citaba dos veces seguidas con el mismo chico, y nos trataba a todos con idéntica dulzura y de un modo bastante impersonal. Pero yo la conocía muy bien, ya que solía venir a nuestra piscina (porque ésta tenía las medidas olímpicas), a veces con un chico, a veces con otro. O sola, porque mamá la animaba a hacerlo, ya que la consideraba «una buena influencia». Y, por una vez, mi madre tenía razón.

Nos vio y nos esperó sonriendo, con la cara llena de hoyuelos.

—¡Hola, muchachos!

—Hola, Ochee Chyornya —contesté—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿No lo adivinas? Hoy es mi cumpleaños.

—¿Qué? Muchas felicidades.

—Así que voy a alistarme.

—Oh... —creo que Carl quedó tan sorprendido como yo. Pero Carmencita era así. Jamás andaba contando chismes y era muy reservada sobre sus cosas—. ¿No bromeas? —pregunté tontamente.

—¿Por qué había de bromear? Voy a ser piloto espacial. Al menos voy a intentarlo.

—No hay razón para que no lo consigas —dijo Carl rápidamente.

Tenía razón. Ahora sé muy bien cuánta razón tenía. Carmen era pequeña y linda, con una salud a toda prueba y reflejos perfectos (viéndola tomar parte en ella, hasta una competición submarinista parecía fácil), muy rápida en matemáticas. Yo había terminado con un aprobado en álgebra y un notable en aritmética comercial; Carmen había seguido todos los cursos en matemáticas que ofrecía la escuela, y además uno avanzado. Sin embargo, nunca se me había ocurrido preguntarme por qué. La verdad era que Carmencita resultaba tan ornamental que nadie la calificaba jamás de útil.

—Nosotros..., bueno, yo —dijo Carl— estoy también aquí para alistarme.

—Y yo —dije—. Nos alistamos los dos.

No había tomado ninguna decisión; la verdad es que mis labios hablaban por su cuenta.

—¡Ah, estupendo!

—Y además, también yo quiero ser piloto espacial —añadí con firmeza.

No se rió. Contestó muy en serio:

—¡Magnífico! Quizá nos encontremos en los entrenamientos. Así lo espero.

—¿Cursos de colisión? —bromeó Carl—. No me parece un buen camino para ser piloto.

—No digas tonterías, Carl. En tierra, por supuesto. ¿También tú vas para piloto?

—¿Yo? Yo no soy un camionero. Ya me conoces. Investigación y Desarrollo. Electrónica.

—¡Camioneros! Espero que te manden a Plutón y te dejen allí para que te congeles. Bueno, es una broma. Buena suerte. ¿Entramos?

La oficina de reclutamiento estaba al otro lado de una barandilla, en la rotonda. Allí estaba sentado ante una mesa un sargento de Flota, con uniforme de gala, tan refulgente como un circo. Llevaba el pecho lleno de cintas que yo era incapaz de descifrar, pero le faltaba el brazo derecho tan por completo que la chaqueta había sido cortada sin esa manga y, al acercarse uno a la barandilla, veía que no tenía piernas.

Eso no parecía molestarle. Carl dijo:

—Buenos días. He venido a alistarme.

—Y yo también —añadí.

No nos hizo caso. Consiguió inclinarse ligeramente sin moverse de la silla y dijo:

—Buenos días, señorita. ¿Qué puedo hacer por usted?

—También yo deseo alistarme.

—Buena chica —sonrió él—. Si quiere ir a la sala doscientos uno y preguntar por la mayor Rojas, ella se ocupará de usted. —La miró de arriba abajo—. ¿Piloto?

—Si es posible.

—Ya parece una. Bien, vea a Rojas.

Se fue Carmen, dándole a él las gracias y con un «hasta luego» para nosotros. Entonces el sargento nos miró y pareció sopesarnos con una total ausencia de la complacencia que demostrara ante Carmencita.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Para qué? ¿Batallones de trabajo?

—¡Oh, no! —dije—. Yo voy a ser piloto.

—¿Usted? —me miró fijamente y luego apartó la vista.

—Yo estoy interesado en el cuerpo de Investigación y Desarrollo —dijo Carl con sobriedad—, especialmente en la electrónica. Creo que las oportunidades son bastante buenas.

—Lo son si es usted capaz —replicó el sargento de Flota secamente—, pero no si carece de lo que se necesita, tanto en preparación como en habilidad. Miren, muchachos, ¿tienen idea de por qué me han puesto aquí, tan a la vista?

Yo ni siquiera lo entendí. Carl preguntó:

—¿Porqué?

—¡Porque al gobierno no le importa un pito si ustedes se alistan o no! Porque se ha vuelto muy meticuloso, con eso de que ahora hay tanta gente, demasiada gente, que pretende servir un plazo, obtener sus privilegios políticos y llevar una cinta en la solapa para que todos sepan que es veterano, tanto si ha visto el combate como si no. Ahora bien, si ustedes se empeñan en alistarse y yo no consigo convencerles de que no lo hagan, entonces tendrán que aceptarles porque ése es su derecho constitucional. La Constitución dice que todos, hombres o mujeres, tienen derecho, por su nacimiento, a servir en el ejército y poseer la ciudadanía plena. Pero la verdad es que tenemos muchas dificultades para hallar quehaceres para todos los voluntarios que sean auténticas glorias. No todos pueden ser militares de verdad; no necesitamos tantos y, de todas formas, la mayoría de los voluntarios no son material de primera clase como soldados. ¿Tienen alguna idea de lo que se necesita para hacer de un hombre un soldado?

—No —admití.

—La mayoría de la gente piensa que sólo se necesitan dos manos, dos pies y una mente idiota. Tal vez sea así, para carne de cañón. Posiblemente, eso es todo lo que requería Julio César. Pero un soldado raso es hoy en día un especialista tan altamente cualificado que más le valdría dedicarse a cualquier otro oficio; no tenemos plazas para los torpes. Por eso, para los que insisten en servir un plazo pero que carecen de lo que nosotros deseamos y de lo que han de tener, hemos preparado toda una lista de trabajos sucios, desagradables y peligrosos que, o bien les obliguen a volverse a casa con el rabo entre las piernas y sin acabar el servicio, o por lo menos les hagan recordar durante el resto de su vida que el derecho de ciudadanía es muy valioso para ellos, porque lo han pagado caro. Por ejemplo, esa señorita que estaba aquí quiere ser piloto. Espero que lo consiga; siempre necesitamos buenos pilotos, ya que nunca hay suficientes. Tal vez logre serlo, pero si falla puede acabar en la Antártida, con esos ojos tan lindos enrojecidos a fuerza de no ver más que luz artificial y con las manos llenas de callos a causa de trabajos duros y desagradables.

Yo deseaba decirle que lo menos que conseguiría Carmencita sería un puesto de programadora para la vigilancia espacial, porque era un as en matemáticas, pero él seguía hablando:

—De modo que me han puesto aquí para que les desanime, muchachos. Mírenme bien. —hizo girar la silla para asegurarse de que veíamos que no tenía piernas—. Supongamos que no terminan cavando túneles en la Luna, o haciendo de cobayos humanos para estudiar nuevas enfermedades, porque carecen de talento. Supongamos que los convierten en buenos luchadores. Échenme una mirada... esto es lo que pueden conseguir. Eso si no les matan en combate y sus padres reciben un telegrama de «profunda condolencia». Que es lo más probable, porque en estos tiempos, tanto en el adiestramiento como en el combate, no hay muchos heridos. Si se empeñan, lo más probable es que acaben en un ataúd. Yo soy la pura excepción. Tuve suerte; aunque tal vez ustedes no lo consideren suerte. —Hizo una pausa y añadió—: Entonces, ¿por qué no se van a casa o a la universidad, y se hacen químicos o agentes de seguros o algo por el estilo? Un plazo de servicio no es un campamento de críos; es el auténtico servicio militar, duro y peligroso incluso en tiempo de paz, y de lo más irrazonable después. Sin vacaciones. Sin aventuras románticas. ¿Y bien?

Carl dijo:

—Yo he venido a alistarme.

—Y yo también.

—¿Se dan cuenta de que no les permitirán elegir el servicio?

—Pensé que podíamos declarar nuestras preferencias —dijo Carl.

—Desde luego. Y ésa es la última elección que harán hasta el fin del servicio. El oficial de colocaciones también atiende a esa elección, claro. Lo primero que hace es comprobar si esta semana hay demanda de sopladores de vidrio zurdos, si es que es eso lo que ustedes desean ardientemente. Si se ve obligado a admitir que sí hay demanda de lo que ustedes han elegido, probablemente en el fondo del Pacífico, entonces vienen las pruebas de preparación y de habilidad innata. En una ocasión de cada veinte se ve forzado a admitir que todo va bien, y ustedes consiguen ese puesto, a menos que algún bromista les entregue los despachos para hacer algo muy distinto. Pero en las otras diecinueve ocasiones se limita a rechazarlas, diciendo que ustedes hacen falta para el equipo de pruebas de supervivencia en Titán. —Y añadió pensativo—: Hace un frío espantoso en Titán. Muy a menudo fallan los equipos experimentales. Hay que hacer auténticas pruebas sobre el terreno, claro; los laboratorios nunca obtienen todas las respuestas.

—Yo puedo cualificarme para electrónica —aseguró Carl con firmeza— si hay posibilidades de conseguir un puesto.

—¿Y usted, amigo?

Vacilé..., y de pronto decidí que, si no corría el riesgo, toda la vida estaría preguntándome si era algo más que el hijo del jefe.

—Acepto el riesgo.

—Bien, no dirán que no les avisé. ¿Traen los certificados de nacimiento? Enséñenme el carnet de identidad.

Diez minutos después, aunque todavía no habíamos jurado, estábamos en el piso superior, donde nos examinaron, pincharon, controlaron... Decidí que el examen físico se basaba en que, si uno no está enfermo, ellos hacen todo lo posible para ponerle enfermo. Si no lo consiguen, entonces ya se ha ingresado.

Pregunté a uno de los médicos qué porcentaje de víctimas dejaban de pasar el examen físico. Pareció sobresaltarse.

—¿Cómo? Nosotros nunca eliminamos a nadie. La ley no nos lo permite.

—Pero entonces... disculpe, doctor, entonces ¿para qué todo este desfile de tíos en cueros y con carne de gallina?

—Bueno, el propósito consiste en descubrir... —me dió un tirón y me golpeó en la rodilla con un martillo (yo le di una patada, pero no muy fuerte)—, en descubrir qué deberes es físicamente capaz de cumplimentar. Pero si usted viniera aquí en una silla de ruedas, y ciego de ambos ojos, y fuera lo bastante idiota para insistir en enrolarse, encontrarían algo igualmente idiota que encajara con usted. Por ejemplo, contarle al tacto las patitas a una oruga. El único fallo posible en este examen es que los psiquiatras decidan que usted no es capaz de comprender el juramento.

—Ya. Doctor, ¿era usted ya médico cuando se alistó? ¿O decidieron ellos que debía ser médico y le mandaron a la facultad?

—¿Yo? —Habló escandalizado—. ¿Le parezco tan idiota? Yo soy un funcionario civil.

—Oh, lo siento, señor.

—No importa. El servicio militar es para las hormigas. Créame, yo les veo ir y les veo volver..., cuando vuelven. Veo lo que el servicio les ha hecho. Y ¿para qué? Para obtener un beneficio político puramente nominal que no rinde un centavo y que, de todas formas, la mayoría de ellos no saben ni siquiera utilizar con prudencia. Ahora bien, si dejaran que los médicos dirigieran esto... Pero vamos a dejarlo; usted podría pensar que cometo traición, tanto si tenemos libertad de palabra como si no. Ahora bien, jovencito, si tiene cabeza suficiente para contar hasta diez, se echará atrás mientras pueda. Tome, entregue estos papeles al sargento de reclutamiento. Y recuerde lo que le he dicho.

Volví a la rotonda. Carl ya estaba allí. El sargento repasó mis papeles y dijo con tristeza:

—Por lo visto, los dos están vergonzosamente sanos, aparte de algún agujero en la cabeza. Un momento, he de traer unos testigos.

Apretó un botón y acudieron dos empleadas, una con aire de hacha de guerra y la otra bastante linda. El señaló nuestros formularios de examen físico, nuestros certificados de nacimiento y tarjetas de identidad, y dijo con aire formal:

—Pido y exijo de ambas que, por separado y con toda gravedad, examinen estas pruebas, decidan lo que son y comprueben, también por separado, qué relación, si la hay, tiene cada uno de estos documentos con los dos hombres que se hallan en su presencia.

Lo hicieron como si se tratara de una rutina aburrida, como así era —estoy seguro— para ellas. Sin embargo, escrutaron cada documento, nos tomaron las huellas dactilares —¡otra vez!— y la más agraciada de las dos se aplicó una lupa de joyero en el ojo y comparó las huellas actuales con las del certificado de nacimiento. Lo mismo hizo con las firmas. Yo empecé a dudar de si sería yo mismo.

El sargento añadió:

—¿Han averiguado si esas pruebas demuestran su competencia para prestar el juramento de alistamiento? En ese caso, ¿qué dicen?

Respondió la mayor:

—Unida a los informes del examen médico hemos hallado la conclusión, debidamente certificada por una cámara autorizada por psiquiatras, que declara que ambos son mentalmente competentes para prestar el juramento,

y que ninguno de los dos está bajo la influencia del alcohol, los narcóticos o cualquier droga que incapacite legalmente, ni tampoco de la hipnosis.

—Muy bien. —Se volvió hacia nosotros diciendo—: Repitan conmigo: «Yo, mayor de edad, y por mi propia voluntad...»

—Yo —repetimos por separado—, mayor de edad y por mi propia voluntad..., sin coerción, promesa ni inducción de ninguna clase, tras haber sido debidamente aconsejado y avisado acerca del significado y consecuencias de este juramento... Me enrolo en el Servicio Federal, de la Federación Terrena, por un plazo no inferior a dos años, y que puede prolongarse mientras las necesidades del Servicio así lo exijan...

(Tragué saliva al llegar a esa parte. Siempre había pensado que «el plazo» eran dos años, aunque ya sabía algo más porque algunos lo habían contado. ¡Vaya, estábamos alistándonos de por vida!)

—Juro mantener y defender la Constitución de la Federación contra sus enemigos en Tierra o fuera de ella, proteger y defender las libertades y privilegios constitucionales de todos los ciudadanos y residentes legales de la Federación, sus estados y territorios asociados, y cumplir en Tierra o fuera de ella todos los deberes de carácter legal que me sean asignados por autoridad legal, directa o delegada...

Y obedecer todas las órdenes legales del comandante en jefe del Servicio Terreno, y de todos los oficiales o personas delegadas que se hallen por encima de mí...

Y exigir la misma obediencia a todos los miembros del Servicio u otras personas, o seres no-humanos, que se encuentren legalmente a mis órdenes...

Y, una vez sea honorablemente licenciado, al término de mi plazo de servicio activo, o bien me encuentre en situación de retiro inactivo después de haber terminado dicho plazo, juro llevar a cabo todos los deberes y obligaciones, y disfrutar de todos los privilegios de ciudadanía de la Federación, incluidos el deber, la obligación y el derecho de disfrutar de los privilegios políticos durante el resto de mi vida natural, a menos que sea privado de tal honor por el veredicto de un tribunal de mis pares soberanos.

¡Caray! Dubois nos había hecho analizar el juramento del servicio en la clase de historia y filosofía moral, y nos había obligado a aprenderlo frase por frase, pero uno no comprende realmente toda su importancia hasta que aquello se desmorona sobre uno mismo en un solo bloque, tan abrumador e irremediable como el carro de Visnú.

Al menos me hizo comprender que yo ya no era un civil, aunque estuviera con los faldones de la camisa colgando y la cabeza vacía. No sabía aún lo que era, pero si lo que no era.

—¡Así Dios me ayude! —terminamos ambos, y Carl se santiguó, y lo mismo hizo la empleada más joven.

Después aún hubo más firmas y huellas dactilares de los cinco que estábamos allí, y se sacaron cromofotografías de Carl y de mí que se unieron a nuestros papeles. El sargento de Flota alzó finalmente la vista:

—Bien, ya pasa de la hora del almuerzo. Es hora de que se vayan, muchachos.

—Oiga, sargento... —dije yo, tragando con dificultad.

—¿Qué dice? Hable claro.

—¿Podría llamar a mis padres desde aquí? Decirles lo que... lo que he hecho.

—Podemos hacer algo mejor que eso.

—¿Señor?

—Disponen de cuarenta y ocho horas de permiso. —Sonrió fríamente—. ¿Saben lo que ocurrirá si no vuelven?

—Pues... ¿un consejo de guerra?

—Nada. Nada en absoluto. Sólo que se escribirá en sus documentos: Plazo no completado satisfactoriamente, y jamás, jamás conseguirían una segunda oportunidad. Ese es nuestro «período de refresco», durante el cual nos libramos de unos críos inmaduros que no se proponían en realidad alistarse y que jamás debieron haber prestado el juramento. Eso ahorra dinero al gobierno, y mucho dolor a esos críos y a sus padres. Los vecinos no tienen por qué saberlo. Ni siquiera tienen por qué decírselo a sus padres. —Apartó la silla de la mesa—. Así que hasta el mediodía de pasado mañana. Si les veo. Recojan sus efectos personales.

Fue una salida muy poco airosa. Mi padre me armó una bronca, luego dejó de hablarme. En cuanto a mamá, se llevó el disgusto a su habitación. Cuando al fin me marché, una hora antes de lo necesario, sólo salieron a despedirme el cocinero y los criados.

Me detuve ante la mesa del sargento de reclutamiento, pensé en saludar y decidí que aún no sabía hacerlo. El alzó la vista.

—¡Ah!, aquí están sus papeles. Llévelos a la sala doscientos uno, allí le meterán en el molino. Llame y entre.

Dos días más tarde ya sabía que no iba a ser piloto. Algunas de las cosas que los examinadores escribieron acerca de mí fueron:

Insuficiente captación intuitiva de las relaciones espaciales. Insuficiente talento matemático. Deficiente preparación matemática. Reacción de tiempo adecuada. Buena vista. Me alegró que al menos dijeran esas dos cosas, porque ya empezaba a pensar que mi velocidad de cálculo no pasaba de contar con los dedos.

El oficial de colocación me permitió hacer una lista de mis preferencias en orden inverso, y todavía padecí cuatro días más los tests de aptitud más absurdos que había visto en la vida. Por ejemplo, ¿qué pretenden averiguar cuando un estenógrafo salta de la silla y chilla: «¡Serpientes!»? Porque no había ninguna serpiente, sólo un pedacito inocente de tubo de plástico.

Los tests escritos y orales me parecieron igualmente idiotas, pero por lo visto a ellos les encantaban, de modo que los hice. En lo que tuve más cuidado fue en la lista de mis preferencias. Naturalmente, declaré que trabajar en la marina espacial, y en cualquier puesto —aparte del de piloto— , tanto si iba como técnico de la sala de máquinas o como cocinero. Sabía que prefería cualquier trabajo en la marina antes que en el ejército. Deseaba viajar.

Después puse en la lista Inteligencia, ya que un espía también viaja mucho y pensé que no podía ser aburrido (estaba equivocado, pero no importa). A continuación hice una lista muy larga: guerra psicológica, guerra química, guerra biológica, ecología de combate (no sabía qué era eso, pero parecía interesante), cuerpo de logística (una simple equivocación: yo había estudiado lógica en el equipo de debate, y resultó que «logística» tiene un significado totalmente distinto), y una docena más. Lo último que elegí, con cierta vacilación, fue el cuerpo K-9 de Infantería.

No me molesté en escribir los diversos cuerpos auxiliares no combatientes porque, si no me elegían para un cuerpo de combate, no me importaba que

me utilizaran como animal experimental o me enviaran como obrero para la colonización de Venus. Cualquiera de los dos era el premio de consolación más idiota.

Weiss, el oficial de colocación, me llamó una semana después de prestar el juramento. En realidad era un comandante retirado de la guerra psicológica, en servicio activo de momento, pero vestía de paisano e insistía en que le llamáramos solo «Mister», y uno podía relajarse y hablar con calma con él. Tenía ante él mi lista de preferencias y los informes de todos mis tests, y también el informe de mis resultados en la escuela superior, lo cual me satisfizo, pues allí me habían calificado estupendamente. Había llegado bastante alto, pero no demasiado para que me tacharan de empollón; no me habían suspendido ningún curso, y yo sólo había dejado una clase y había sido bastante popular en la escuela:

equipo de natación, grupo de debate, equipo de carreras, tesorero de la clase, medalla de plata en la competición literaria anual, presidente del comité de bienvenida y cosas así. Un record muy completo, y todo estaba en los informes. Me miró cuando entré y dijo:

—Siéntate, Johnnie. —Volvió a mirar el informe; luego lo dejó—. ¿Te gustan los perros?

—¿Cómo? Sí, señor.

—¿Hasta qué punto? ¿Te llevabas el perro a la cama? Y a propósito, ¿dónde está tu perro ahora?

—Bueno, es que no tengo perro de momento. Pero cuando lo tenía, pues, no, no dormía en mi cama. Verá, mi madre no me dejaba meter al perro en casa.

—¿Pero no lo metías de contrabando?

—Verá... —Pensé en explicarle aquella táctica de mi madre, del «no estoy enfadada, pero si muy dolida», cuando intentaba hacer algo que no entraba en sus propósitos. Mas ni siquiera lo intenté—. No, señor.

—Hum... ¿Has visto alguna vez un neo-perro?

—Sí, una vez, señor. Lo exhibieron en el teatro MacArthur hace dos años. Pero la Asociación Protectora de Animales protestó.

—Déjame explicarte lo que significa un equipo K-9. Un neo-perro no es sólo un perro que habla.

—Yo no pude entender a aquel neo en el MacArthur. ¿Es cierto que hablan?

—Sí. Sencillamente hay que adiestrar el oído para comprender su acento. No pueden pronunciar ciertas letras: b, v, p, m, y uno tiene que acostumbrarse a sus equivalentes; algo similar al handicap de un labio leporino, pero con otras letras. No importa, su habla es tan clara como la de un humano. Ahora bien, un neo no es un perro que habla, no es un perro en absoluto. Es un simbiótico mutado artificialmente y derivado de la raza canina. Un neo, un Caleb adiestrado, es seis veces más inteligente que un perro, digamos tan inteligente como un humano deficiente mental; sólo que esa comparación no es justa para el neo. Un deficiente mental es algo defectuoso, mientras que un neo es un genio estable en su propia línea de trabajo.

Soltó un gruñido:

—Siempre, claro está, que tenga su simbiótico. Ése es el problema. Hum... Eres demasiado joven para haber estado casado, pero sí habrás visto de

Librodot

cerca el matrimonio, por lo menos el de tus padres. ¿Puedes imaginarte casado con un Caleb?

—¿Cómo? No, imposible.

—La relación emocional entre el perro-hombre y el hombre-perro en un equipo K-9 es mucho más íntima y mucho más importante que la relación emocional en la mayoría de los matrimonios. Si el amo muere, nosotros matamos al neoperro en seguida. Es todo lo que podemos hacer por el pobrecillo. Una muerte misericordiosa. Y si el neo-perro muere..., bueno, no podemos matar al hombre, aunque sería la solución más sencilla. En cambio le cogemos, le hospitalizamos y lentamente conseguimos que se recupere. —Cogió una pluma e hizo una seña—. No creo que podamos arriesgarnos a destinar a K-9 a un muchacho que no sabía vencer en ingenio a su madre para que el perro durmiera con él. De modo que pensemos en alguna otra cosa.

Sólo entonces comprendí que debía haber fallado en todos los puntos de mi lista por encima del cuerpo de K-9, y que ahora había fallado en esto también. Me quedé tan atónito que casi se me pasó por alto su observación siguiente. El mayor Weiss dijo con aire meditabundo y carente de expresión, como si hablara sobre otro que ya llevara mucho tiempo muerto:

—Una vez fui la mitad de un equipo K-9. Cuando mi Caleb murió en accidente me tuvieron bajo sedantes durante seis semanas; luego me rehabilitaron para otro trabajo. Johnnie, estos cursos que has seguido... ¿Por qué no estudiaste algo útil?

—¿Señor?

—Ahora es demasiado tarde. Olvídalo. Hum..., tu instructor de historia y filosofía moral parece tener muy buena opinión de ti.

—¿Sí? —Me sorprendí—. ¿Qué ha dicho?

—Dice —sonrió Weis— que no eres torpe, sólo ignorante y cargado de prejuicios por culpa de tu ambiente. Viniendo de él es una gran alabanza. Yo le conozco.

¡A mi no me sonaba a alabanza!

—Y un chico que consigue un aprobado justo en apreciación de la televisión no puede ser tan malo —continuó Weiss—. ¿Qué te parecería ir a Infantería?

Salí del Edificio Federal algo alicaído, pero no me sentía del todo desgraciado. Por lo menos era un soldado. Llevaba en el bolsillo documentos que lo demostraban. No me habían calificado como demasiado torpe e inútil para otra cosa que no fuera el trabajo manual.

Pasaban unos minutos de la hora de salida y el edificio estaba vacío, aparte del escaso personal nocturno y unos cuantos rezagados. Tropecé en la rotonda con un hombre que salía en ese momento; su rostro me pareció familiar, pero no conseguía situarle. El me pescó mirándole, y me reconoció.

—Buenas tardes —dijo alegremente—. ¿No ha embarcado todavía?

Y entonces le reconocí: era el sargento de Flota que nos había tomado el juramento. Supongo que me quedé con la boca abierta. El hombre vestía ropas civiles, caminaba sobre dos piernas y tenía dos brazos.

—Ah, buenas tardes, mi sargento —murmuré.

Comprendió perfectamente mi expresión. —me miró de arriba abajo y sonrió tranquilamente:

—Relájese. muchacho. No tengo que hacer el show del terror después de las horas de trabajo, y no lo hago. ¿No le han destinado aun?

Librodot

—Acabo de recibir mis órdenes.

¿Para qué?

—Infantería Móvil.

Su rostro se abrió en una amplia sonrisa de gozo y me tendió la mano.

Mi equipo! Chócala, hijo. Haremos de ti un hombre... o te mataremos en el intento. Quizá las dos cosas.

—¿Es una buena elección? —pregunté dudoso.

—¿Buena? Hijo, es la única elección. La Infantería Móvil es el ejército. Todo lo demás son gentes que aprietan botones, o profesores que sólo sirven para entregarnos la faena.. nosotros hacemos el trabajo. —De nuevo me estrechó la mano y añadió—: Envíame una tarjeta: «Sargento de Flota Ho, Edificio Federal»; con eso me llegará. Buena suerte.

Y se marchó con los hombros echados atrás, haciendo resonar los tacones y con la cabeza muy erguida.

Me miré la mano. La que él me había ofrecido —la que le faltaba— la mano derecha. Sin embargo, me había parecido de carne, y había estrechado la mía con firmeza. Había leído algo acerca de esas prótesis electrónicas, pero resulta asombroso la primera vez que uno se tropieza con ellas.

Volví al hotel donde los reclutas se alojaban temporalmente hasta que los distribuyeran. Ni siquiera teníamos uniformes aún, sólo monos sencillos que llevábamos durante el día, y nuestra propia ropa después del servicio. Fui a mi cuarto y empecé a hacer el equipaje, ya que me marchaba temprano a la mañana siguiente, quiero decir el equipaje que enviaría a casa. Weiss me había aconsejado que no me llevara nada más que fotografías familiares y quizás un instrumento musical, si es que tocaba alguno, cosa que yo no hacía. Carl había embarcado tres días antes, pues había conseguido lo que deseaba: Investigación y Desarrollo. Yo estaba tan feliz por ello como desconcertado se habría quedado él al ver lo que yo había conseguido. Carmencita había embarcado también con el rango de cadete guardiamarina (a prueba). Iba a ser piloto, después de todo, si podía conseguirlo. Y sospechaba que sí podría.

Mi compañero de habitación entró mientras yo estaba haciendo la maleta.

—¿Recibiste las órdenes? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué?

—Infantería Móvil.

—¿Infantería? ¡Oh, pobre payaso idiota! Lo siento por ti, de veras que si.

Me enderecé y le grité furioso:

—¡Cállate! La Infantería Móvil es el mejor cuerpo del ejército. ¡Es el ejército! El resto de vosotros sólo servís para entregarnos la faena. ¡Nosotros hacemos el trabajo!

—¡Ya lo descubrirás! —dijo riéndose.

—¿Quieres que te parta los dientes?

Capítulo 3

Él las regirá con cetro de hierro
Apocalipsis, 2-27

Hice la Básica en el Campamento Arthur Currie, en las praderas del norte, junto con un par de miles de víctimas más. Y al decir «campamento» me refiero al único edificio permanente que había allí para alojar el equipo. Nosotros dormíamos y comíamos en tiendas; vivíamos al aire libre (si a eso se le podía llamar «vivir», cosa que no creía entonces). Yo estaba acostumbrado a un clima más cálido, y me parecía que el Polo Norte estaba a pocos kilómetros del campamento y que se acercaba día a día. Que volvía la Era del Hielo, sin duda alguna.

Pero el ejercicio le mantiene a uno caliente, y ellos se preocupaban de que hiciéramos mucho ejercicio.

En nuestra primera mañana allí nos despertaron antes del amanecer. Yo había tenido problemas para ajustarme al cambio de hora según las zonas y creí que no había hecho más que dormirme. Me era imposible aceptar que cualquiera pensara en serio que yo iba a levantarme a media noche.

¡Vaya si lo pensaban! De un altavoz, situado no sé dónde, salía, atronadora, una marcha militar capaz de despertar a los muertos, y un tío peludo que había bajado corriendo por la calle del campamento y gritando: «¡Todo el mundo fuera! ¡Piernas fuera! ¡A paso ligero!» volvió de nuevo, justo cuando yo me echaba las sábanas sobre la cabeza y me encogía en la litera. Me tiró al suelo, duro y frío. Fue una atención impersonal; ni siquiera esperó a ver si yo me había caído.

Diez minutos más tarde, vestido con pantalones, camiseta y zapatos, formaba con los demás, en filas desordenadas, para hacer ejercicios precisamente cuando el sol asomaba por el este. Frente a nosotros había un hombre de anchos hombros y aspecto astuto, vestido exactamente igual que todos, salvo que mientras yo parecía un cadáver mal embalsamado (y como tal me sentía), su barbilla estaba azulada por un magnífico afeitado, los pantalones tenían una raya perfecta, podían utilizarse los zapatos que llevaba como espejo y se le veía totalmente alerta, con los ojos bien abiertos, relajado y descansado. Uno tenía la impresión de que aquel hombre jamás necesitaba dormir, sólo una revisión cada diez mil kilómetros y quitarle el polvo de vez en cuando. Entonces rugió:

—¡Compañía! ¡Aten... ción! Soy el sargento de nave Zim, oficial al mando de la compañía. Cuando se dirijan a mí deben saludar y decir «señor»; en realidad, saludarán y dirán «señor» a todo el que lleve el bastón de mando de instructor.

Llevaba un bastoncillo de caña en la mano, e hizo un rápido molinete con él para demostrar a qué se refería con lo del bastón de mando del instructor. Yo había observado que algunos lo llevaban cuando llegamos la noche anterior, y me había propuesto hacerme con uno, porque parecían estupendos. Ahora cambié de opinión.

—Ya que no tenemos bastantes oficiales por aquí para que practiquen —prosiguió—, practicarán con nosotros. ¿Quién ha estornudado?

No hubo respuesta.

—¿QUIÉN HA ESTORNUDADO?

—Yo —respondió una voz.

—Yo ¿qué?

—Yo he estornudado.

—Yo he estornudado, ¡SEÑOR!

—Yo he estornudado, señor. Tengo frío, señor.

—¡Ooooh! —Zim se dirigió al hombre que había estornudado, le puso la férula del bastón a un par de centímetros de la nariz y exigió—: ¿Nombre?

—Jenkins..., señor.

—Jenkins —repitió Zim, como si fuera una palabra repugnante, vergonzosa incluso—. Supongo que alguna noche que estés de guardia estornudarás sólo porque tienes una nariz muy sensible, ¿no?

—Espero que no, señor.

—Y yo también. Pero tienes frío. Hum..., arreglemos eso. —Señaló con el bastón—. ¿Ves ese arsenal de ahí? —Yo miré y no vi más que la pradera, a excepción de un edificio que parecía estar casi en el horizonte—. Sal de la fila. Corre a su alrededor. ¡Corre! ¡Rápido! ¡Bronski!, Márquele el paso.

—De acuerdo, sargento.

Uno de los cinco o seis que llevaban bastón corrió en pos de Jenkins, le alcanzó con facilidad y le pegó en el trasero con el bastón. Zim se volvió al resto de nosotros, que seguíamos firmes y temblorosos. Se paseó arriba y abajo, nos examinó detenidamente y pareció tristísimo. Al fin dio un paso atrás, se irguió ante todos nosotros, agitó la cabeza y dijo, como si hablara consigo mismo pero con una voz resonante:

—¡Y pensar que esto había de sucederme a mí! —Nos miró—. Unos micos..., no, micos no; ni siquiera llegáis a eso. Una recua repugnante de burros piojosos, con el pecho hundido, la barriga fuera, llorosos porque acabáis de soltaros del delantal de mamá. En mi vida había visto un puñado tan repugnante de hijitos de mamá. Vosotros... ¡eh, tú, mete la barriga, mira al frente! ¡Estoy hablando contigo!

Metí el vientre aunque no estaba seguro de que se hubiera dirigido a mí. Él continuó hablando y hablando, y yo empecé a olvidarme de la carne de gallina al oír su perorata. Ni una sola vez se repitió, ni una sola vez utilizó blasfemias u obscenidades —supe después que las ahorraba para ocasiones muy especiales, y ésta no lo era—, pero describió nuestros fallos físicos, mentales, morales y genéticos con detalles insultantes y perfectos.

Sin embargo, no sé por qué, no me sentí insultado. Me interesaba profundamente estudiar su dominio del lenguaje. Ojalá lo hubiéramos tenido en el equipo de debate. Al fin se detuvo; parecía a punto de llorar.

—No puedo soportarlo —dijo amargamente—. Habré de librarme de algunos como sea. Tenía mejores soldaditos de madera a mis seis años. ¡Vamos a ver! ¿Alguno de vosotros, piojos de la selva, cree que puede pegarme? ¿Hay un hombre entre toda esta gente? ¡Hablad!

Hubo un breve silencio, al que contribuí. Porque yo no tenía la menor duda de que él sí podía azotarme. Estaba convencido de ello.

Entonces se oyó una voz al extremo de la fila.

—Creo que yo sí puedo..., señor.

Zim pareció encantado.

—¡Estupendo! Ven aquí donde pueda verte. —El recluta lo hizo y era impresionante; al menos diez centímetros más alto que el sargento Zim, y más ancho de hombros—. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Breckinridge, señor, y peso ciento cinco kilos; no tengo nada de barriga.

—¿Te gustaría luchar de algún modo en particular?

—Señor, usted puede elegir su propio modo de morir. No soy tan meticuloso.

—De acuerdo, no hay reglas. Empieza cuando quieras.

Zim echó el bastón a un lado y aquello empezó... y se acabo. El recluta grandote estaba sentado en el suelo, sosteniéndose la muñeca izquierda con la otra mano. No dijo nada. Zim se acercó a él.

—¿Rota?

—Creo que sí..., señor.

—Lo siento. Hiciste que me apresurara un poco. ¿Sabes dónde está el dispensario? No importa. ¡Jones! Llévate a Breckinridge al dispensario. —Cuando se iban, Zim dio a éste un golpecito en el hombro derecho y le dijo serenamente—: Lo probaremos otra vez dentro de uno o dos meses. Ya te demostraré lo que ha ocurrido.

Creo que se proponía hablarle en privado, pero estaban de pie a unos dos metros delante del punto en que yo me iba convirtiendo poco a poco en un bloque de hielo.

Zim se echó atrás y gritó de nuevo:

—De acuerdo, tenemos un hombre en esta compañía, por lo menos. Ahora me siento mejor. ¿Hay otro? ¿Hay otros dos? ¿Acaso dos de vosotros, escuerzos escrofulosos, creéis que podéis vencerme? —Miró nuestras filas de arriba abajo—. Vosotros, pusilánimes con la piel de gallina... ¡Ah!, ¿sí? ¡Salid!

Dos muchachos, que estaban hombro con hombro en las filas, salieron juntos. Supongo que lo habrían concertado en un susurro allí mismo, pero estaban bastante lejos y yo no les había oído. Zim sonrió.

—Nombres, para vuestros parientes más cercanos, por favor.

—Heinrich.

—Heinrich ¿qué?

—Heinrich, señor. Perdone un momento —habló con rapidez al otro recluta, y añadió cortésmente—: El no habla mucho inglés estándar todavía, señor.

—Meyer; mein Herr —dijo el segundo.

—De acuerdo, hay muchos que no lo hablan al llegar aquí; tampoco yo lo sabía. Dile a Meyer que no se preocupe, que ya lo aprenderá. Pero ¿entiende lo que vamos a hacer?

—Jawohl —contestó Meyer.

—Ciertamente, señor. Entiende el estándar, pero no lo habla con fluidez.

—De acuerdo. ¿Dónde os hicieron esas cicatrices en la cara? ¿En Heidelberg?

—Nein... No, señor. En Königsberg.

—Es lo mismo. —Zim había recogido el bastón después de luchar con Breckinridge. Lo hizo girar y preguntó—: ¿Os gustaría tener uno de éstos?

—No sería justo con usted, señor —contestó Heinrich cuidadosamente—. Con las manos desnudas, si quiere.

—Como gustéis. Aunque podría engañaros. ¿Königsberg, eh? ¿Alguna regla?

—¿Cómo puede haber reglas, señor, siendo tres?

—Un punto interesante. Bien, convengamos en que, si alguien le saca los ojos a otro, tiene que volver a ponérselos en su sitio cuando todo haya terminado. Dile a tu camarada que ya estoy listo. Empezad cuando queráis.

Librodot

Zim echó su bastón a un lado; alguien lo recogió.

—¿Bromea, señor? No queremos sacarle los ojos.

—Entonces nada de sacar los ojos, de acuerdo. ¡Disparad ya!

—¿Cómo?

—¡Que vengáis y luchéis! ¡O volved a las filas!

La verdad es que no estoy seguro de haber visto lo que ocurrió; tal vez me lo contaron más tarde, en el adiestramiento. Pero he aquí lo que yo creo que sucedió. Los dos se colocaron a ambos lados del oficial de nuestra compañía, hasta tenerle bien flanqueado, mas sin contacto entre ellos. En esa situación, el hombre que actúa solo puede elegir entre cuatro movimientos básicos, movimientos que sacan ventaja de su propia movilidad y de la coordinación superior de un hombre comparado con dos. El sargento Zim dice, y tiene toda la razón, que cualquier grupo es más débil que un hombre solo, a menos que todos estén entrenados para actuar conjuntamente. Por ejemplo, Zim pudo haber iniciado una finta contra uno, atacado después al otro con algún golpe paralizante, por ejemplo en la rodilla, y acabado después tranquilamente con el primero.

En cambio les permitió que le atacaran. Meyer cayó sobre él con rapidez, tratando de aferrarse a su cuerpo y derribarle, supongo que para que Heinrich pudiera acabar con él, tal vez con las botas. Así creo que empezó.

Y esto es lo que creo que vi. Meyer jamás llegó a tocarle. El sargento Zim dio media vuelta y se le enfrentó a la vez que daba una patada a Heinrich en el vientre, y luego Meyer salió volando por el aire, vuelo iniciado por un buen golpe de Zim.

De lo que tengo plena seguridad es de que la pelea empezó, y de que ahora teníamos a dos muchachos alemanes durmiendo pacíficamente, uno casi al lado del otro, uno boca abajo y otro boca arriba, y Zim, de pie sobre ellos, ni siquiera respiraba agitadamente.

—Jones —dijo—. No, Jones ya se fue, ¿verdad? ¡Mahmud! Un cubo de agua y a recomponerlos. ¿Quién tiene mi mondadientes?

Momentos más tarde, los dos estaban conscientes, mojados y de nuevo en las filas. Zim nos miró y preguntó con voz serena:

—¿Alguien más? ¿O empezamos ya con los ejercicios de calistenia?

Yo no esperaba que saliera otro, ni creo que lo esperara Zim. Pero del extremo del flanco izquierdo, donde colocan a los más bajos, salió un muchacho de las filas y se adelantó hasta el centro. Zim le miró de arriba abajo.

—¿Sólo tú? ¿O quieres elegir un socio?

—Sólo yo, señor.

—Como quieras. ¿Nombre?

—Shujumi, señor.

Zim abrió los ojos de par en par.

—¿Pariente del coronel Shujumi?

—Tengo el honor de ser su hijo, señor.

—¡Ah, ya! ¡Bien! ¿Cinturón negro?

—No, señor. Todavía no.

—Me alegro de que lo hayas dicho. Bien, Shujumi, ¿vamos a luchar según las reglas, o envío ya por la ambulancia?

—Como quiera, señor. Pero, si se me permite una opinión, creo que las reglas serían lo más prudente.

—No sé exactamente lo que quieres decir con eso, pero de acuerdo.

Zim echó a un lado la insignia de su autoridad y luego, así Dios me ayude, ambos se echaron hacia atrás, se pusieron uno frente a otro y se hicieron una reverencia.

Después comenzaron a hacer círculos sin perderse de vista, semi-inclinados, lanzando algunos pases tentativos y mirándose como un par de gallos de pelea. De pronto se tocaron..., y el bajito estaba en tierra y el sargento Zim volaba por el aire sobre su cabeza. Pero no llegó a aterrizar con aquel ¡bum! que quitaba el aliento, como le ocurriera a Meyer. Cayó girando sobre sí mismo, y estaba en pie casi a la vez que Shujumi y frente a él.

—¡Banzai! —gritó Zim, y sonrió.

—Arigato —contestó Shujumi devolviéndole la sonrisa.

Se rozaron de nuevo casi sin pausa y yo creí que el sargento iba a volar otra vez. Pero no; se lanzó contra el otro, hubo una confusión de brazos y piernas y, cuando fue aclarándose el embrollo, vi que Zim estaba metiéndole a Shujumi su propio pie izquierdo en la oreja derecha, algo que encajaba muy mal.

Shujumi dio en el suelo con la mano libre. Zim le soltó en seguida. Volvieron a hacerse una reverencia.

—¿Otro intento, señor?

—Lo siento, tenemos trabajo que hacer. En otra ocasión. ¿eh? Por la diversión... y el honor. Quizá debí habértelo dicho. Tu honorable padre me adiestró en la lucha.

—Ya me lo había imaginado, señor. Otro día entonces.

Zim le dio un golpe en el hombro.

—Vuelve a las filas, soldado. ¡Compañía!

Entonces, durante veinte minutos, nos dedicamos a los ejercicios de calistenia, y quedé tan empapado en sudor como antes estuviera helado. Zim los dirigía personalmente, haciendo lo mismo que nosotros y gritando la cuenta. Por cuanto podía ver, no estaba alterado ni respiraba siquiera con dificultad cuando terminamos. Jamás volvió a dirigir los ejercicios a partir de esa mañana (ya no le vimos de nuevo antes del desayuno; el rango tiene sus privilegios), pero sí lo hizo ese día y, cuando todo hubo acabado y nos sentíamos agotados, él nos dirigió al trote hasta la cantina gritándonos todo el camino:

—¡A paso ligero! ¡A paso ligero! ¡Sin arrastrar los pies!

Siempre íbamos trotando a todas partes en el Campamento Arthur Currie. Nunca averigüé quién era Currie, pero debió de haber sido un gran corredor.

Breckinridge estaba ya en la cantina, con la mano enyesada. Más bien la muñeca, pues se le veían los dedos. Le oí decir:

—Nada, una fractura idiota, por haber jugado con el jefe. Pero, esperad, ya le arreglaré.

Yo tenía mis dudas. Quizá lo hiciera Shujumi, pero no aquel gorila. Sencillamente, era incapaz de comprender que estaba derrotado. Me disgustó Zim desde el momento en que le puse los ojos encima. Pero tenía estilo.

El desayuno estaba bien; todas las comidas en realidad. Allí no regía esa estupidez de algunos internados consistente en fastidiarles la vida a los chicos en la mesa. Si uno quería agarrar lo que fuera y comérselo con las manos, nadie se metía con él, lo cual era estupendo, ya que las comidas eran prácticamente el único momento del día en que no se daban órdenes. Claro que el desayuno no era nada en comparación con lo que yo tomaba en

Librodot

casa, y los civiles que nos servían nos lanzaban la comida de un modo que hubiera hecho que mi madre perdiera el color y se largara a su habitación, pero estaba caliente y era abundante, y la cocina era buena aunque sencilla. Yo devoraba como cuatro veces más de lo que comía normalmente, y lo hacía pasar con una taza tras otra de café con crema y mucho azúcar. Me habría comido un tiburón sin pararme a pelarlo.

Jenkins apareció con el cabo Bronski tras él cuando yo me llenaba el plato de nuevo. Ambos se detuvieron por un instante ante la mesa donde Zim comía solo, y luego Jenkins se dejó caer en un taburete vacío junto a mí. Estaba hecho una lástima: pálido, exhausto, respiraba roncamente. Yo le dije:

—Voy a servirte café.

Agitó la cabeza.

—Es mejor que comas —insistí—. Unos huevos revueltos...¡eso es fácil de tragar!

—No puedo comer. Ese asqueroso hijo de tal y cual... —Y se puso a maldecir a Zim en un tono monótono, casi inexpresivo. Todo lo que le pedí fue que me dejara saltarme el desayuno para echarme un rato. Bronski no me dejó; dijo que tenía que ver al oficial al mando de la compañía. Así que fui y le dije que estaba enfermo; se lo dije. Se limitó a tocarme la frente y a tomarme el pulso, y me contestó que la visita de los enfermos era a las nueve. No quiso dejarme volver a la tienda. ¡Oh, esa rata! Le cogeré en una noche oscura, sí señor.

Le serví unos huevos de todos modos, y café. De pronto empezó a comer. El sargento Zim se levantó para salir mientras la mayoría de nosotros seguíamos comiendo y se detuvo junto a nuestra mesa.

—Jenkins.

—¿Qué? Sí, señor.

—A las nueve en punto acuda a la enfermería y que le vea el doctor.

Jenkins apretó bruscamente las mandíbulas y contestó con voz lenta:

—No necesito píldoras..., señor. Ya me las arreglaré para salir adelante.

—A las nueve en punto. Es una orden —dijo, y se fue.

Jenkins inició de nuevo su monótona cantinela. Al fin se calmó, empezó a comer los huevos y dijo en voz un poco más alta:

—No puedo por menos de preguntarme qué clase de madre trajo eso al mundo. Me gustaría echarle una mirada, nada más ¿O es que no tuvo madre?

Era una pregunta retórica pero obtuvo respuesta. Al extremo de la mesa, varios taburetes más allá, estaba uno de los cabos instructores. Había terminado de comer y estaba fumando y hurgándose los dientes con el palillo simultáneamente. Era indudable que nos había oído.

—Jenkins...

—¿Señor?

—¿No sabe nada de los sargentos?

—Bien..., estoy aprendiendo.

—No tienen madre. Puede preguntárselo a cualquier recluta después del adiestramiento. —Lanzó el humo hacia nosotros—. Se reproducen por fisión..., como las bacterias.

Librodot

Capítulo 4

Yahveh dijo a Gedeón: Demasiado numeroso es el pueblo que te acompaña. [...] pregona esto a oídos del pueblo: «El que tenga miedo y tiemble, que se vuelva y mire» [...] Veintidós mil hombres de la tropa se volvieron, y quedaron diez mil. Yahveh dijo a Gedeón: «Hay todavía demasiada gente; Hazles bajar al agua y allí te los pondré a prueba» [...] Gedeón hizo bajar la gente al agua y Yahveh le dijo: «A todos los que lamieren el agua con la lengua como lame un perro, los pondrás a un lado y a todos los que se arrodillen para beber, los pondrás al otro». El número de los que lamieron el agua con las manos a la boca resultó ser de trescientos. [...] Entonces Yahveh dijo a Gedeón: «Con los trescientos hombres [...] os salvaré [...] todos los demás vuelvan cada uno a su casa».

Jueces, 7, 2-7

Dos semanas después de llegar allí, nos quitaron los catres. Quiero decir que tuvimos el dudoso placer de plegarlos, cargarlos seis kilómetros y dejarlos en un almacén. Para entonces ya no nos importó; el suelo parecía mucho más cálido y blando, especialmente cuando la alerta sonaba a media noche y teníamos que salir a rastras y jugar a la guerra, cosa que ocurría unas tres veces por semana. Pero yo me dormía inmediatamente después de una de esas maniobras; había aprendido a dormir en cualquier lugar, en cualquier momento, sentado, de pie, incluso marchando en fila. Hasta podía dormir al formar en parada por la tarde, en posición de firmes, y disfrutar de la música sin que ésta me despertará... Pero podía despertarme instantáneamente en cuanto se oía la orden de pasar revista.

Hice un descubrimiento muy importante en el Campamento Currie. La felicidad consiste en dormir lo suficiente. Sólo eso; nada más. Todas las personas ricas y desgraciadas que uno conoce toman pastillas para dormir. Los de Infantería Móvil no las necesitan. Denle a un soldado un catre y tiempo para dormir y se sentirá tan feliz como un gusano en una manzana..., un gusano dormido.

Teóricamente, disfrutábamos de ocho buenas horas de sueño cada noche, y una hora y media después de la cena como tiempo libre. Pero en realidad las horas de sueño dependían de las alertas, el servicio nocturno, las marchas por el campo y la voluntad de Dios y el capricho de todos los que estaban por encima de uno. Y en cuanto al tiempo libre de la tarde, si no lo fastidiaba algún servicio extra por delitos de poca monta, lo más normal era tener que sacarle brillo a los zapatos, lavar la ropa, cortarse el pelo (algunos tuvimos suerte con los peluqueros, pero hasta una cabeza afeitada al rape resultaba agradable, y cualquiera puede hacer eso), por no mencionar otras mil faenas más relacionadas con el equipo, la persona o las exigencias de los sargentos. Por ejemplo, aprendimos a contestar:

«¡Bañado!» al pasar lista por la mañana, lo que quería decir que uno se había tomado un baño al menos desde la diana anterior. Cualquiera podía mentir y salirse con la suya (yo lo hice un par de veces), pero al menos uno de nuestra compañía, que soltó esa palabra cuando había pruebas palpables y convincentes de que no se había bañado desde hacía cierto tiempo, fue fregoteado con cepillos duros y con jabón del suelo por sus compañeros de

escuadrón mientras un cabo instructor vigilaba y soltaba sugerencias muy útiles.

Pero si no se tenía cosa más urgente que hacer después de la cena, cabía escribir una carta, tumbarse a la bartola, charlar, comentar sobre los mil y un fallos morales y mentales de los sargentos, y lo mejor de todo: hablar de la hembra de la especie (estábamos convencidos de que no existían tales criaturas, que sólo era un mito creado por la imaginación exacerbada; un chico de nuestra compañía afirmaba haber visto una chica allá en el cuartel general del regimiento, pero todos lo juzgaron un embustero y un fantasioso). O bien jugar a las cartas. Yo aprendí, y lo pagué bien caro, a no ir directamente al robo, y nunca lo he hecho desde entonces. En realidad, jamás he jugado a las cartas desde entonces.

O bien, si realmente se disponía de veinte minutos, se podía dormir. A eso se dedicaba la mayoría; casi siempre íbamos varias semanas atrasados en cuanto al sueño.

Tal vez haya dado la impresión de que el campamento era más duro de lo necesario. No es cierto.

Era lo mas duro posible, y además a propósito.

Todo recluta estaba convencido de que se trataba de puro egoísmo, sadismo calculado, el gozo diabólico de unos tarados mentales al hacernos sufrir a los demás.

No era cierto. Estaba demasiado programado, era demasiado intelectual, estaba organizado con un exceso de eficiencia e impersonalidad, para ser crueldad por el puro placer de la crueldad. Se había planeado como una operación, y con propósitos tan carentes de emociones como los de un cirujano. Sí, admito que tal vez algunos instructores disfrutaban con ello, pero tampoco me consta que lo hicieran; y en cambio si sé ahora que los oficiales de psicología trataban de rechazar a los déspotas al elegir instructores. Buscaban personas bien adiestradas en el arte de hacer la vida lo más dura posible para un recluta. Un déspota es alguien demasiado estúpido y demasiado involucrado emocionalmente para que resulte eficiente, y es probable que se canse de su diversión y acabe siendo demasiado blando.

Sin embargo, tal vez hubiera algún déspota entre ellos. Al fin y al cabo he oído decir que ciertos cirujanos (y no necesariamente los malos) disfrutan con los cortes y la sangre que acompañan al arte humano de la cirugía.

De eso se trataba: de cirugía. Su propósito inmediato consistía en librarse lo antes posible de aquellos reclutas que fueran demasiado blandos o demasiado infantiles para llegar a ser miembros de la Infantería Móvil. ¡Y vaya si se libraban de ellos a manadas! (Casi me tiraron a mí.) Nuestra compañía se redujo al tamaño de una patrulla en las primeras seis semanas. A algunos se les dejó ir y se les permitió que, si lo deseaban, cumplieran su plazo de servicio en las unidades de no-combatientes; a otros se les despidió acusados de Mala Conducta, o de Actuación Insatisfactoria, o por Consejo Médico.

Generalmente, uno no sabía por qué se marchaba un hombre, a menos que le viera irse y él ofreciera voluntariamente esa información. Pero algunos de ellos se hartaban, lo expresaban en voz alta y presentaban la renuncia, perdiendo para siempre la posibilidad de disfrutar de privilegios políticos. Otros, en especial hombres maduros, no podían soportar el esfuerzo físico por mucho que lo intentaran. Me acuerdo de uno de ellos, un tipo agradable

llamado Carruthers, que debía tener treinta y cinco años. Se lo llevaron en una camilla mientras seguía gritando, casi sin voz, que aquello no era justo... y que volvería.

Fue un poco triste porque apreciábamos a Carruthers y él lo había intentado de verdad, así que tratamos de apartar la vista y dimos por sentado que ya no le veríamos de nuevo, que era un firme candidato a las ropas civiles como inútil para el servicio. Sólo que si le vimos de nuevo mucho después. Había rechazado la licencia (no estábamos obligados a aceptar la decisión médica) y nos lo encontramos como tercer cocinero en un transporte de tropas. El se acordaba de mí y no paraba de hablar de los viejos tiempos, tan orgulloso de haber sido alumno del Campamento Currie como lo estaba mi padre de su acento de Harvard. Se juzgaba así un poco mejor que el marinero corriente. Bien, tal vez lo fuera.

Pero más importante que el propósito de quitarnos toda grasa superflua, y de ahorrar al gobierno los costes de entrenamiento de los que no servían para ello, estaba el propósito primordial de asegurarse, hasta donde fuera humanamente posible, de que ningún soldado entrara en una cápsula de bajada de combate a menos que estuviera preparado para ello: en forma, resuelto, disciplinado y entrenado. De lo contrario, no era justo para la Federación; desde luego, no era justo para sus compañeros de equipo y, lo peor de todo, no era justo para él mismo.

Pero ¿era acaso el campamento más duro de lo necesario?

Todo lo que puedo decir es esto: la próxima vez que tenga que hacer una bajada de combate quiero que los hombres que estén junto a mí sean graduados del Campamento Currie, o de su equivalente en Siberia. De otro modo me negaré a entrar en la cápsula.

Por supuesto, entonces yo pensaba que todo aquello era un montón de estupideces cargadas de malicia. Por ejemplo, cuando llevábamos allí una semana nos dieron una especie de uniforme marrón de desfile a cambio del traje de faena que habíamos soportado todo ese tiempo (los uniformes completos vinieron mucho más tarde). Me fui con la chaqueta al almacén y me quejé al sargento de aprovisionamiento. Como sólo tenía ese cargo y unos modales bastante paternales, le juzgué semi-civil. Aún no sabía leer entonces las cintas que llevaba en el pecho, o no me habría atrevido a hablarle.

—Mi sargento, esta chaqueta es demasiado larga. El comandante de mi compañía dice que me sienta como si fuera una tienda de campaña.

Miró la pieza del uniforme pero no la tocó.

—¿De veras?

—Sí. Quiero una que me siente bien.

Ni siquiera entonces se movió.

—Voy a decirte una cosa. hijito. Sólo hay dos tamaños en este ejército. Demasiado grande y demasiado pequeño.

—Sin embargo, el oficial de mi compañía...

—No lo dudo.

—Pero ¿qué voy a hacer?

—¡Ah! ¿Es un consejo lo que quieres? Bien. eso es lo que tenemos en el almacén..., y acabamos de recibirlo. Verás lo que haré. Te daré una aguja, incluso te daré una bobina de hilo. No necesitas tijeras; una hoja de afeitar es mucho mejor. Puedes estrecharla por las caderas, pero deja tela hacia los hombros porque habrás de ensancharla más adelante.

El único comentario del sargento Zim al ver mi obra fue:

—Puedes hacerlo bastante mejor. Dos horas de servicio extra.

De modo que lo arreglé para la revista siguiente.

Aquellas primeras seis semanas se dedicaron a endurecernos a base de ejercicios de desfile de tropas y de muchas marchas. Eventualmente, así como fueron aclarándose las filas por los que se iban a casa, o adonde fuera, llegamos al punto en que podíamos caminar ochenta kilómetros en diez horas sin agotamos, lo que es una buena marca para un caballo, en caso de que usted nunca haya utilizado las piernas. Y no descansábamos deteniéndonos, sino cambiando el paso: marcha lenta, marcha rápida y trote. A veces recorríamos toda esa distancia, vivaqueábamos, comíamos las raciones de campaña, dormíamos en sacos de dormir y regresábamos al día siguiente..., marchando, por supuesto.

Un día partimos para una marcha diurna corriente, sin el saco de dormir sobre los hombros, sin raciones. No me sorprendió que no nos detuviéramos a almorzar; ya había aprendido a robar azúcar y pan duro de la cantina y a ocultármelo en los bolsillos pero, cuando seguimos alejándonos del campamento por la tarde, empecé a preocuparme. Sin embargo, había aprendido a no hacer preguntas tontas.

Nos detuvimos poco antes de anochecer, tres compañías ahora algo reducidas. Formamos un batallón y desfilamos sin música, se montó la guardia y se disolvió la formación. Inmediatamente alcé la vista hacia el cabo instructor Bronski porque era un poco más fácil tratar con él que con los demás, y porque yo sentía cierta responsabilidad. Daba la casualidad de que, en ese momento, yo era un caso cabo-recluta. Esas sardinetas no significaban demasiado —aparte del privilegio de llevarse las broncas por lo que hacía la propia escuadra además de por lo que hacía uno mismo—, y solían desvanecerse con la misma rapidez con que aparecían. Zim había probado primero a todos los de más edad como cabos, y yo había heredado un brazalete con las sardinetas dos días antes, cuando nuestro jefe de escuadra no pudo aguantar más y tuvo que ser llevado al hospital.

Así que dije:

—Cabo Bronski, ¿cuándo darán el pienso? ¿A qué hora comemos?

Me sonrió.

—Llevo un par de galletas. ¿Quieres que las comparta contigo?

—¿Cómo? ¡Oh!, no, señor; gracias. —Yo llevaba mucho más que un par de galletas; ya estaba aprendiendo—. ¿Acaso no van a tocar fajina?

—A mi tampoco me lo han dicho, hijo. Pero no veo que lleguen helicópteros. Ahora bien, si yo estuviera en tu lugar reuniría a mi escuadra y discurriría algo. Tal vez uno de vosotros consiga darle a un conejo con una piedra.

—Si, señor, pero... ¿vamos a quedarnos aquí toda la noche? No tenemos sacos de dormir.

Sus cejas se alzaron.

—¿Que no hay sacos de dormir? ¡Vaya, si que es cosa...! —Pareció meditarlo—. Hum... ¿Has visto alguna vez cómo se apretujan las ovejas unas contra otras bajo una tormenta de nieve?

—No, señor.

—Puedes probar. Ellas no se hielan, quizá vosotros tampoco. O bien, si no te gusta la compañía, prueba a caminar por ahí toda la noche. Nadie te molestará mientras sigas dentro de los límites de los centinelas. No te

helarás si no paras de moverte. Claro que mañana tal vez estés un poco cansado... —dijo, y sonrió otra vez.

Saludé y me volví a mi escuadra. Reunimos las provisiones que llevábamos y nos las repartimos, así que acabé con menos comida de lo que tenía antes. Algunos idiotas ni siquiera se habían llevado nada, o se habían comido todo lo que llevaban durante la marcha. Pero unas cuantas galletas y un par de ciruelas hacen milagros para acallar ese despertador que es el estómago.

Y además, ese truco de las ovejas da buenos resultados. Toda nuestra sección, tres escuadras, lo puso en práctica. Claro que no lo recomiendo como el mejor modo de dormir, pues o uno está en el círculo exterior, helado por un lado y tratando de calentarse por el otro, o se encuentra en el interior más caliente pero sufriendo las patadas, los codazos y la halitosis de los demás. Uno va pasando de una posición a otra durante toda la noche, como si estuviera en un asador, sin despertar del todo pero sin estar profundamente dormido. Lo cual hace que una noche se alargue hasta parecer una eternidad.

Nos despertamos al amanecer al grito familiar de: «¡Arriba! ¡A paso ligero!», animados por los bastones que los instructores aplicaban con destreza sobre los que destacaban del montón, y luego hicimos ejercicios de calistenia. Me sentía como si fuera ya cadáver, y apenas comprendía que pudiera tocarme los pies. Pero lo hice a pesar del dolor y, veinte minutos más tarde, ya de nuevo en camino, sólo me sentía más viejo. El sargento Zim ni siquiera tenía arrugado el uniforme, y el muy canalla incluso se las había arreglado para afeitarse.

El sol nos calentaba la espalda mientras marchábamos, y Zim nos hizo cantar; música antigua al principio, como «Le Régiment de Sambre et Meuse», y «Caissons» y «Halls of Montezuma», y luego nuestra propia «Polca de las tropas», que lanza al paso rápido y luego al trote. El sargento Zim era incapaz de cantar afinado; todo lo que tenía era mucha voz. Pero Breckinridge si tenía un oído estupendo y nos arrastraba a todos, a pesar de las terribles notas desafinadas de Zim. Ya nos sentíamos otra vez orgullosos y satisfechos de nosotros mismos.

Pero no nos sentimos tan orgullosos ochenta kilómetros más tarde. Había sido una noche muy larga, y un día interminable, y Zim nos pegó una bronca por nuestro aspecto en la revista y algunos se llevaron un paquete por no haberse afeitado en los nueve minutos justos entre el término de la marcha y la presencia en la revista. Varios reclutas presentaron la renuncia esa noche, y yo pensé en ello, pero no lo hice porque llevaba aquellas sardinetas y no me habían degradado todavía.

Esa noche hubo una alerta de dos horas.

Más tarde aprendí a apreciar aquel lujo casi hogareño de sentirse escudado por dos o tres docenas de cuerpos cálidos porque, doce semanas después, me bajaron en cueros vivos en una zona primitiva de las Rocosas del Canadá, y tuve que encontrar el camino, más de sesenta kilómetros a través de las montañas. Lo hice, odiando al ejército a cada paso que daba.

Sin embargo, no estaba en demasiada mala forma cuando me presenté. Un par de conejos se habían despistado algo más que yo, de modo que no llegué muerto de hambre, ni completamente desnudo. Llevaba sobre el cuerpo una buena capa de grasa de conejo y de suciedad, y mocasines en los pies, ya que los conejos no necesitaban la piel para nada. Es curioso lo que

Librodot

se puede hacer con una astilla de roca si se dispone de una. Supongo que nuestros antepasados cavernícolas no eran tan torpes como a veces pensamos.

Otros lo consiguieron también, los que aún quedaban por allí para intentarlo y no quisieron renunciar antes que aceptar la prueba; todos excepto dos chicos, que murieron en ella. Todos volvimos a las montañas y nos pasamos trece días buscándolos, trabajando con helicópteros para dirigirnos desde arriba y el mejor equipo de comunicación para ayudarnos, y con los instructores con trajes electrónicos para supervisar y comprobar cualquier rumor, porque la Infantería Móvil no abandona a los suyos mientras quede una mínima esperanza.

Luego los enterramos con todos los honores a los sones de Esta tierra es nuestra y con el rango póstumo de capitán, los primeros de nuestro regimiento que llegaron tan alto. Porque de un capitán no se espera necesariamente que siga vivo (morir es parte de su oficio), pero si les preocupa mucho cómo muere. Ha de ser con la cabeza alta, a paso ligero y sin dejar de esforzarse.

Breckinridge fue uno de ellos; el otro era un australiano que no conocía. No fueron los primeros en morir en el adiestramiento, ni los últimos.

Capítulo 5

Tiene que ser culpable, de lo contrario no estaría aquí.
Cañón de estribor: ¡FUEGO!
El disparo es demasiado bueno para ese piojoso, ¡lárgale una patada!
Cañón de babor: ¡FUEGO!
Canto antiguo utilizado para dirigir el ritmo de las salvas de los cañones.

Pero eso fue después de que salimos del Campamento Currie, y en nuestra estancia en él habían ocurrido muchas cosas. Entrenamiento de combate, sobre todo; ejercicios de combate y maniobras de combate, con las manos desnudas, o un simulacro de armas nucleares. Jamás habría pensado que hubiese tantos modos diferentes de luchar. Para empezar, con las manos y los pies, y si usted cree que eso no son armas, es que no ha visto al sargento Zim y al capitán Frankel (oficial al mando de nuestro batallón) haciendo una demostración de boxeo francés, o al pequeño Shujumi trabajando con las manos y con una amplia sonrisa. Zim lo nombró inmediatamente instructor con este propósito, y nos exigió que aceptáramos sus órdenes, aunque no teníamos que saludarle ni decir «señor».

A medida que fueron aclarándose las filas, Zim dejó de molestarse en acudir personalmente a la formación, excepto en el momento de la revista, y cada vez dedicaba más tiempo a la instrucción, completando la labor de los instructores. Era mortal de necesidad con cualquier arma, pero sobre todo le encantaban los cuchillos y usaba el de su propia confección en vez de utilizar el modelo general, que era muy bueno. Era un poco más humano como profesor individual, o sea sencillamente insoportable en vez de un repugnante bicho. Incluso era muy paciente con las preguntas tontas.

Una vez, durante uno de los descansos de dos minutos que se concedían a lo largo de todo un día de faena, uno de los chicos, un muchacho llamado Ted Hendrick, le preguntó:

—Mi sargento, supongo que esto de lanzar el cuchillo es divertido, pero ¿por qué tenemos que aprenderlo? ¿De qué va a servirnos?

—Bien —contestó Zim—. Supongamos que todo lo que tienes es un cuchillo. O ni siquiera eso. ¿Qué haces? ¿Decir tus oraciones y morir? ¿O cargarte al enemigo como sea? Hijo, esto es algo auténtico, no es un juego en el que puedas rendirte si ves que vas muy retrasado.

—Pero eso es precisamente lo que quiero decir, señor. Supongamos que no tengo ningún arma. O sólo uno de esos mondadientes. Y que el hombre contra el que lucho tiene toda clase de armas peligrosas. No es posible hacer nada al respecto. El me tiene liquidado ya.

—Te equivocas por completo, hijo —respondió Zim casi amablemente—. No existe eso de «armas peligrosas».

—¿Cómo, señor?

—Que no hay armas peligrosas; sólo hombres peligrosos. Estamos tratando de enseñarte a ser peligroso... para el enemigo. Peligroso incluso sin cuchillo. Mortal mientras te quede una mano o un pie y aún estés vivo. Si no sabes lo que quiero decir debes leer Horacio en el puente o La muerte del bueno de Richard; los dos libros están en la biblioteca del campamento. Pero veamos ese caso que mencionaste anteriormente. Yo soy tú, y todo lo que tienes es un cuchillo. Ese blanco que está detrás de mi, ése que has fallado, el número tres, es un centinela armado con todo menos una bomba de hidrógeno. Tienes que matarle, en silencio, inmediatamente y sin darle tiempo a pedir ayuda. —Zim se volvió ligeramente y ¡ziuu! un cuchillo que ni siquiera tenía antes en la mano temblaba en el centro del blanco número tres—. ¿Lo ves? Vale más que lleves dos cuchillos, pero tienes que hacerte con él aunque sea con las manos desnudas.

—Pero...

—¿Aún te preocupa algo? Habla. Para eso estoy aquí, para contestar a tus preguntas.

—Sí, señor. Usted dijo que ese centinela no llevaba ninguna bomba H. Pero es que sí las llevan, ésa es la cuestión. Bueno, por lo menos nosotros las llevamos si somos centinelas, y es muy probable que el centinela al que ataquemos las lleve también. Es decir, no ese hombre precisamente, pero sí el enemigo que combatimos.

—Te comprendo.

—¿Lo ve, señor? Si podemos utilizar la bomba H y, como usted dice, no se trata de un juego sino de algo real, de una guerra, y nadie está bromeando, ¿no resulta ridículo todo esto de ir arrastrándose entre los matojos, lanzando cuchillos y exponiéndose uno a que lo maten, e incluso a perder la guerra, si dispone de un arma real que pueda utilizar para ganarla? ¿De qué sirve que todo un ejército de hombres arriesguen la vida con armas anticuadas, cuando uno de esos intelectuales puede hacer mucho más sólo con apretar un botón?

Zim no contestó en seguida, lo que era algo muy extraño en él. Luego dijo suavemente:

—¿Te encuentras a gusto en la infantería, Hendrick? Porque ya sabes que puedes presentar la renuncia.

Hendrick murmuró algo en voz baja. Zim dijo:

—¡Más alto!

—Yo no quiero renunciar, señor. Me propongo sudar hasta cumplir mi plazo de servicio.

—Comprendo. Bien, la pregunta que has hecho, ni tú deberías haberla hecho, ni un sargento está cualificado para contestarla. Se supone que ya sabías la respuesta antes de unirte a nosotros. O debías saberla. ¿No había en tu escuela un curso de historia y filosofía moral?

—¿Cómo? Claro que sí, señor.

—Entonces ya oíste la respuesta. Pero te daré mi propia opinión..., extraoficialmente, claro. Si quisieras enseñarle una lección a un bebé, ¿le abrirías la cabeza?

—¿Qué? ¡Caray! No, señor.

—Claro que no. Se la meterías en ella poco a poco. Hay circunstancias en que puede ser tan estúpido atacar una ciudad enemiga con bombas H como lo sería abrirle la cabeza a un niño con un hacha. La guerra no es, pura y simplemente, violencia y muerte; la guerra es la violencia controlada por un propósito. El propósito de la guerra consiste en mantener por la fuerza las decisiones de tu gobierno. El propósito no es matar al enemigo sólo por el hecho de matarle, sino obligarle a hacer lo que tú quieras que haga. No la muerte, sino la violencia controlada y con propósito. Ahora bien, no es asunto tuyo, ni mío, decidir el propósito o el control. Jamás corresponde a un soldado el decidir cuándo, dónde o cómo (o por qué) está luchando; eso corresponde a los estadistas y generales. Los estadistas deciden por qué y hasta qué punto; a partir de ahí, los generales nos dicen dónde, cuándo y cómo. Nosotros nos encargamos de la violencia; otras personas, «mentes más viejas y más sabias» según dicen, se encargan del control. Como debe ser. Esa es la mejor respuesta que puedo darte. Si no te satisface, te daré una notita para que vayas a hablar con el comandante del regimiento. Si él no consigue convencerte, entonces ¡vete a casa y sé un paisano! Porque, desde luego, en ese caso jamás serás un buen soldado.

Se puso en pie de un salto.

—Creo que me habéis hecho hablar demasiado con una excusa —dijo—. ¡Arriba, soldados! ¡A paso ligero! ¡Contra los blancos! Hendrick, tú el primero. Esta vez quiero que tires el cuchillo hacia el sur. El sur, ¿entiendes? No el norte. Ese blanco va a atacarte por el sur y quiero que el cuchillo vaya por lo menos en esa dirección. Sé que no darás en el blanco, pero a ver si puedes asustarle un poco. No vayas a rebanarte una oreja, ni a clavárselo al que viene detrás de ti, pero métete en esa cabezota tuya sin seso la idea del sur. ¿Dispuesto? Al blanco. ¡Ya!

Hendrick falló de nuevo.

Nos entrenábamos con palos, y con alambre (¡hay que ver cuántas cosas desagradables pueden hacerse con un alambre!), y aprendimos todo cuanto puede hacerse con armas realmente modernas, y cómo hacerlo, y cómo mantener el equipo: armas nucleares simuladas, cohetes de infantería y distintos tipos de gas, de veneno, de armas incendiarias y de demolición. Así como otras cosas que más vale no discutir aquí. Pero también aprendimos mucho de las armas «anticuadas». Por ejemplo, bayonetas en rifles falsos, o rifles que no eran falsos sino casi idénticos al rifle de infantería del Siglo XX, similares a los rifles deportivos que se usan para la caza; sólo que nosotros disparábamos balas sólidas, balas de plomo sobre blancos a distancias bien medidas y blancos móviles que simulaban emboscadas. Se suponía que eso

nos hacía aprender a utilizar cualquier arma que apuntase automáticamente y nos adiestraba a estar alerta, dispuestos a lo que fuera. Bien, supongo que lo conseguían. Estoy muy seguro de que sí.

Usábamos esos rifles en las maniobras en campo abierto para simular armas mortales y más desagradables también. Utilizábamos con profusión el simulacro; teníamos que hacerlo. Una bomba o granada «explosiva», contra el material o personal, sólo explotaba lo suficiente para soltar gran cantidad de humo negro; también había otras que soltaban un gas que hacía estornudar y llorar, lo cual significaba que uno ya estaba muerto o paralizado, y eso era tan desagradable que todos estábamos pendientes de las precauciones antigás, porque además le pegaban una bronca al que se había dejado pescar.

Todavía dormíamos menos, pues más de la mitad de las maniobras se hacían de noche, con visores, radar, equipo de audio y cosas por el estilo.

Los rifles que utilizábamos para simular armas que apuntaban automáticamente estaban cargados con cartuchos sin bala. Sólo una entre quinientas, al azar, era una bala auténtica. ¿Peligro? Sí y no. Ya el mero hecho de estar vivo es peligroso, y una bala no explosiva no mataría probablemente a menos que diera en la cabeza o en el corazón, y quizá ni siquiera entonces. Lo que hacía aquella «bala auténtica entre quinientas» era que nos preocupáramos por ponernos a cubierto, en especial porque sabíamos que los que disparaban esos rifles eran instructores, tiradores certeros, y que en realidad hacían todo lo posible por acertar. Nos aseguraban que no se proponían darle a un hombre en la cabeza, pero que a veces suceden accidentes.

Claro que este tipo de seguridad no resultaba muy tranquilizador. Aquella bala auténtica entre quinientas convertía las tediosas maniobras en una ruleta rusa a gran escala. Uno dejaba de aburrirse la primera vez que oía un «sssh» junto al oído antes de oír los disparos del rifle.

Pero nos fuimos confiando, ésa es la verdad, y entonces nos llegaron noticias del alto mando de que si no nos despabilábamos, esa incidencia de balas auténticas sería de una entre cien, y que si eso no funcionaba, de una entre cincuenta. No sé si ese cambio se llevó a cabo o no —no había forma de saberlo— pero sí sé que reaccionamos a toda prisa porque un chico de la compañía inmediata recibió en las nalgas una bala auténtica, lo que dio lugar a una cicatriz asombrosa y a muchos comentarios ingeniosos, y al renovado interés por parte de todos por ponerse a cubierto. Nos reímos de aquel chico porque recibió el disparo en ese sitio. pero todos sabíamos que podía haber sido en nuestra propia cabeza.

Los instructores que no disparaban no se ponían a cubierto. Vestían una camisa blanca y paseaban erguidos de un lado a otro con sus estúpidos bastones. muy seguros al parecer de que ni siquiera un recluta dispararía intencionadamente contra un instructor, lo que tal vez fuera exceso de confianza por parte de algunos. Sin embargo, sólo había una posibilidad entre quinientas de que incluso un disparo lanzado con toda intención asesina fuera real, y el factor de seguridad aumentaba si pensábamos que, de todos modos, el recluta no sabría disparar tan bien. Un rifle no es un arma fácil, no puede ajustarse automáticamente en absoluto. He oído decir que, incluso en aquellos tiempos en que las guerras se libraban y decidían con esos rifles, se necesitaban varios miles de tiros para matar a un hombre. Parece imposible, pero todas las historias militares están de acuerdo en que

Librodot

es cierto. Al parecer, la mayoría de las veces ni siquiera se apuntaba; sólo se disparaban para forzar al enemigo a mantener la cabeza baja e impedir que ellos disparasen.

En cualquier caso, ningún instructor resultó herido o muerto por disparos de rifle. Tampoco los reclutas murieron por las balas; todas las muertes fueron ocasionadas por otras armas, o por cualquier cosa que resultaba muy contraproducente si uno no la hacía según las reglas. Por ejemplo, un chico se rompió el cuello poniéndose a cubierto con demasiado entusiasmo cuando empezaron a dispararle, pero ninguna bala le alcanzó.

Sin embargo, y por una reacción en cadena, este asunto de las balas y de ponerse a cubierto me hundió hasta el fondo en el Campamento Currie. En primer lugar, ya había perdido mis sardinetas. no tanto por lo que yo hiciera sino por algo que hizo uno de mi escuadra cuando yo ni siquiera estaba allí, cosa que expliqué. Bronski me dijo que me callara la boca. De modo que fui a contárselo a Zim. Este me dijo fríamente que yo era responsable de lo que hicieran mis hombres, tanto si estaba con ellos como si no, y me impuso seis horas de trabajo extra, aparte de echarme una bronca por haberle hablado sin el permiso de Bronski. Luego recibí una carta que me trastornó mucho; mi madre se decidió al fin a escribirme. A continuación, me disloqué el hombro en mi primer ejercicio con traje acorazado (los que se utilizan en las prácticas llevan un dispositivo, de modo que el instructor pueda dañar el traje a voluntad por control remoto. Me caí y me disloqué el hombro), lo cual me dejó demasiado tiempo libre para pensar, en un momento en que tenía muchas razones, o así me lo parecía, para sentir pena de mí mismo.

Como estaba libre de trabajos pesados, aquella mañana era oficial de día en la oficina del comandante del batallón. Al principio me esforcé muchísimo, pues nunca había estado allí antes y deseaba causar una buena impresión. Pero descubrí que no era celo por el trabajo lo que quería el capitán Frankel, sino que me estuviera sentado y quieto, sin decir nada y sin molestarle. Lo cual también me dejó tiempo para compadecerme de mí mismo, ya que no me atrevía a dormirme.

Poco después del almuerzo, se me fue todo el sueño de repente. Entró el sargento Zim, seguido por tres hombres. Zim iba tan limpio y arreglado como de costumbre, pero la expresión de su rostro le asemejaba a la clásica figura de la muerte sobre el caballo fantasmal, y en el ojo derecho llevaba una señal como si alguien se lo hubiera puesto morado, cosa imposible, por supuesto. De los tres hombres que le acompañaban, el de en medio era Ted Hendrick. Iba muy sucio pero, claro, la compañía estaba de maniobras en el campo; nadie barre por allí y uno pasa mucho tiempo revolcándose en la porquería. Sin embargo, tenía también el labio partido y sangre en la barbilla y en la camisa, y le faltaba la gorra. Tenía una mirada salvaje.

Iba entre dos policías militares. Éstos llevaban rifles; Hendrick no. Uno de ellos era de mi escuadra, un tipo llamado Leivy. Parecía excitado y satisfecho, y me hizo un guiño cuando nadie nos miraba.

El capitán Frankel se mostró sorprendido:

—¿Qué ocurre, sargento?

Zim, firme y rígido, habló como si recitara algo de memoria:

—Señor, el oficial al mando de la compañía informa al oficial al mando del batallón. Disciplina. Articulo nueve mil ciento siete. Desprecio de las órdenes y normas tácticas, estando el equipo en simulacro de combate. Artículo

nueve mil ciento veinte. Desobediencia a las órdenes, en las mismas condiciones.

—¿Y me lo trae a mi, sargento? —El capitán Frankel estaba desconcertado—. ¿Oficialmente?

Aún no comprendo cómo un hombre puede parecer tan apurado como Zim cuando a la vez su rostro y su voz eran totalmente inexpresivos.

—Señor, si me permite que le explique... El hombre no aceptó la disciplina administrativa. Insistió en ver al oficial al mando del batallón.

—Comprendo. Un legalista. Bien, sigo sin entenderlo, sargento, pero técnicamente es su privilegio. ¿A qué se referían las órdenes y normas tácticas?

—Era una «congelación», señor.

Miré a Hendrick pensando: «Vaya, vaya, se la va a cargar». Se llama «congelación» a lo que debe hacer un soldado que se pone a cubierto todo lo aprisa que puede y luego se congela, es decir no se mueve en absoluto, ni siquiera eleva las cejas, hasta que le relevan de la orden. También se puede congelar a alguien que ya está a cubierto. Se cuentan historias de hombres que han sido heridos durante una congelación y han muerto lentamente, sin moverse siquiera, sin emitir un sonido.

Frankel alzó las cejas.

—¿Y en cuanto a la segunda parte?

—Lo mismo, señor. Tras fallar en la congelación, se negó a obedecer la orden de quedarse congelado de nuevo cuando se le mandó que lo hiciera.

—¿Nombre?

El capitán Frankel estaba ahora muy serio.

—Hendrick T.C., señor —contestó Zim—. Recluta siete nueve seis cero nueve dos cuatro.

—Muy bien, Hendrick, queda privado de todos los privilegios durante treinta días y recluido en su tienda cuando no esté de servicio o durante las comidas, con la única excepción de las necesidades sanitarias. Estará de servicio tres horas extra cada día a las órdenes del cabo de guardia: una hora antes de apagar las luces, una hora justo antes de diana y otra hora durante la comida de mediodía y en lugar de ella. Su cena consistirá en pan y agua, tanto pan como pueda comer. Estará de servicio diez horas extra cada domingo, y ya se ajustará al horario para que pueda asistir a los servicios religiosos si es que lo desea.

Yo pensé: «¡Madre mía, ya no puede haber más!»

El capitán Frankel continuó:

—Hendrick, la única razón por la que le tratamos con tanta benevolencia es que no se me permite otra cosa que no sea un consejo de guerra, y no quiero estropear la hoja de servicio de su compañía. Retírese.

Volvía la vista a los papeles sobre su mesa, con el incidente casi olvidado, cuando Hendrick aulló:

—¡Pero es que no ha oído lo que yo tengo que decir!

El capitán alzó los ojos.

—¡Vaya, lo siento! ¿Es que usted tiene algo que decir?

—Pues... ¡maldita sea, sí! El sargento Zim la ha tomado conmigo. Ha estado acosándome, acosándome, acosándome todo el día, desde el momento en que llegué. El...

—Es su trabajo —dijo el capitán fríamente—. ¿Niega las dos acusaciones en contra de usted?

—No, ¡pero él no le ha dicho que yo estaba echado sobre un hormiguero!

Frankel pareció asqueado.

—Ya, de modo que usted permitiría que le mataran, y quizás a sus compañeros de equipo también, por unas cuantas hormiguitas.

—No unas cuantas. Había cientos de hormigas. ¡Y de las que pican!

—¿De verdad? Jovencito, permítame que se lo explique bien claro. Aunque hubiera sido un nido de víboras, se suponía que se le exigía que usted siguiera congelado. —Hizo una pausa—. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

Hendrick seguía con la boca abierta.

—¡Claro que si! ¡El me golpeó! ¡Me puso las manos encima! Todos ellos están siempre golpeándonos con esos estúpidos bastoncitos, dándonos en el trasero y entre los hombros, y poniéndonos firmes, y lo he aguantado. Pero esta vez me ha pegado con las manos. Me derribó al suelo y gritó: «¡Congélate. imbécil!» ¿Qué le parece eso?

El capitán Frankel se miró las manos y volvió a alzar la vista a Hendrick.

—Joven, usted sufre una confusión muy común entre los civiles. Cree que a sus superiores no se les permite que «le pongan las manos encima», como dice. En condiciones puramente sociales eso es cierto. Por ejemplo, si coincidiéramos casualmente en un teatro o en una tienda, yo no tendría más derecho, siempre que usted me tratara con el debido respeto a mi rango, a darle una bofetada del que tendría usted a dármela a mí. Mas en lo referente al servicio, la regla es totalmente distinta...

Giró en su silla y señaló algunos libros bastante desencuadernados.

—Esas son las leyes bajo las cuales vive ahora. Puede examinar todos los artículos de esos libros, todos los casos de consejo de guerra que se han presentado, y no encontrará una sola palabra que diga, o implique, que un oficial superior no puede «ponerle las manos encima», o golpearle de cualquier otro modo, por cuestiones del servicio. Hendrick, yo podría romperle la mandíbula, y sólo tendría que responder ante mis oficiales superiores en cuanto a la necesidad de dicho acto. Pero no sería responsable ante usted. Podría hacer todavía más. Hay circunstancias en las que a un oficial superior, comisionado o no, no sólo se le permite, sino que se le exige que mate a un oficial o a un hombre a sus órdenes, sin demora y quizá sin previo aviso y, lejos de ser castigado, se ve felicitado por ello. Cuando se pone fin a una conducta cobarde frente al enemigo, por ejemplo. —Dio unos golpecitos en su mesa—. En cuanto a esos bastones, tienen dos razones de ser. En primer lugar, indican la autoridad de esos hombres. En segundo lugar, esperamos que los utilicen sobre ustedes para obligarles a ponerse firmes y a marchar a paso ligero. No hay posibilidad de que ustedes resulten heridos, tal como los usan; todo lo más les dolerá un poco. Pero ahorran miles de palabras. Digamos que usted no se presenta puntual a diana. Sin duda, el cabo de servicio podría ir a hablarle con todo cariño, preguntarle si desea tomar el desayuno en la cama esa mañana, si es que pudiéramos permitimos el lujo de tener un cabo que actuara de camarera. Pero no podemos; por eso le da un buen golpe a su cama portátil y sigue trotando por la fila, aplicando el castigo donde hace falta. Por supuesto, podría darle una patada, lo que sería igualmente legal, y casi tan efectivo. Pero el general a cargo del adiestramiento y la disciplina cree que es más digno, tanto para el cabo de servicio como para usted, sacar a un dormilón de la cama con ese

bastón impersonal de la autoridad. Y yo también. Aunque nada importa lo que usted y yo pensemos al respecto. Así es como lo hacemos y basta.

Hizo una pausa, suspiró y continuó:

—Hendrick, le explico todo esto porque es inútil castigar a un hombre a menos que éste sepa por qué se le castiga. Usted ha sido un mal chico (y digo «chico» porque evidentemente no es un hombre todavía, aunque seguiremos intentándolo), un chico demasiado malo teniendo en cuenta la etapa de su adiestramiento. Nada que haya dicho sirve de defensa, ni siquiera como circunstancias atenuantes. Usted no parece conocer las reglas, ni tener idea de su deber como soldado. Así que dígame con sus propias palabras por qué se siente maltratado. Quiero que todo quede claro. Podría haber algo en su favor, aunque confieso que no consigo imaginar qué pueda ser.

Yo había echado una miradita o dos al rostro de Hendrick mientras el capitán seguía haciéndole pedazos; en cierto modo, sus palabras suaves eran una bronca mucho peor que cualquiera de las de Zim. La expresión de Hendrick había pasado de la indignación al más puro asombro, y luego a la depresión.

—¡Hable! —gritó Frankel repentinamente.

—Yo..., bien, se dio la orden de congelación y yo me arrojé al suelo, y entonces descubrí que estaba sobre ese hormiguero. Así que me puse de rodillas para separarme como medio metro, y entonces me golpearon por detrás y caí de bruces, y él me gritó, y yo me levanté y le di un golpe, y él...

—¡CÁLLESE!

El capitán Frankel había saltado de la silla y parecía medir tres metros, aunque apenas era más alto que yo. Miraba fijamente a Hendrick.

—¿Que usted... golpeó... al oficial... de su compañía?

—¿Qué? Ya se lo he dicho. Pero él me dio primero. Por detrás. Yo ni siquiera le vi. Y eso no se lo aguanto a nadie. Así que le pegué, y él me golpeó otra vez, y entonces...

—¡Silencio!

Hendrick se detuvo. Luego añadió:

—Quiero salir de este asqueroso cuerpo.

—Creo que podemos darle ese gusto —dijo Frankel con voz gélida—. Y a toda prisa además.

—Pues denme un papel. Presento la renuncia.

—Un momento. Sargento Zim.

—Si, señor.

Zim no había hablado en todo ese tiempo. Seguía en pie, la mirada al frente, rígido como una estatua, inmóvil a excepción de los músculos de la mandíbula que se le contraían espasmódicamente. Le miré ahora y comprobé que tenía un ojo morado, algo precioso. Hendrick debía de haberle atizado de firme. Pero Zim no lo había mencionado, ni el capitán Frankel lo había preguntado, suponiendo quizá que el sargento había tropezado con una puerta y que ya se lo explicaría más tarde si lo deseaba.

—¿Se han hecho públicos los artículos pertinentes a su compañía, como es de rigor?

—Sí, señor. Se han dado a conocer, y se leen todos los domingos por la mañana.

—Lo sé muy bien. Sólo lo preguntaba para el informe.

Librodot

Todos los domingos, justo antes de la llamada para ir a la capilla, nos hacían formar y nos leían en voz alta los artículos disciplinarios de las Leyes y Ordenanzas de las Fuerzas Militares. Estaban colocados también en el tablón ante la tienda de los oficiales de servicio. Nadie hacía mucho caso de esa lectura; no era más que otro ejercicio. Uno podía ponerse firme y dormir mientras los leían. Lo único que entendíamos, si es que entendíamos algo, era lo que se denominaba «los treinta y un modos de dar en tierra». Después de todo, los instructores ya se ocupan de que uno se empape bien de todas las ordenanzas que necesita saber. Esos «treinta y un modos» eran un chiste viejo. Me refiero a las treinta y una ofensas capitales. De vez en cuando, alguien presumía, o acusaba a otro, de haber descubierto el modo treinta y dos, siempre algo ridículo y generalmente obsceno.

«Golpear a un oficial superior…»

De repente, aquello ya no resultaba divertido. ¿Pegar a Zim? ¿Colgar a un hombre por eso? Caray, casi todo el mundo en la compañía había probado a luchar con el sargento Zim, y algunos incluso le habíamos atizado cuando nos instruía en el combate cuerpo a cuerpo. Porque él se hacia cargo de nosotros personalmente cuando ya nos habían trabajado los demás instructores y empezábamos a creérnoslo. Entonces venía él a sacarnos brillo. En una ocasión vi como Shujumi le dejaba inconsciente. Bronski le tiró un cubo de agua y Zim se levantó, sonrió, le dio la mano a Shujumi… y lo lanzó volando hacia el horizonte.

El capitán Frankel miró en torno y me hizo una seña.

—Usted. Llame al cuartel general del regimiento.

Lo hice, aunque los dedos no me obedecían. Me eché atrás cuando el rostro del oficial apareció en la pantalla y el capitán se hizo cargo de la llamada.

—Ayudante —dijo aquel rostro.

—El oficial al mando del segundo batallón —dijo Frankel con voz tensa— presenta sus respetos al oficial al mando del regimiento. Solicito y exijo un oficial para actuar en un tribunal.

El rostro preguntó:

—¿Cuándo lo necesita, Ian?

—En cuanto pueda presentarse aquí.

—Inmediatamente. Estoy seguro de que Jake está en el cuartel general. ¿Artículo y nombre?

El capitán Frankel identificó a Hendrick y citó el número de un artículo. El rostro en la pantalla soltó un silbido y se puso grave.

—En seguida, Ian. Si no puedo encontrar a Jake, iré ahí personalmente, en cuanto se lo diga al Viejo.

El capitán Frankel se volvió hacia Zim.

—Esta escolta… ¿son testigos?

—Sí, señor.

—¿Lo vio también el jefe de su sección? —Zim vaciló un segundo.

—Creo que sí, señor.

—Tráigalo. ¿Hay alguien por ahí con traje electrónico?

—Si, señor.

Zim utilizó el teléfono mientras Frankel decía a Hendrick:

—¿Qué testigos puede aportar en su defensa?

—¿Cómo? Yo no necesito testigos. El sabe lo que hizo. Sólo quiero ese papel y largarme de aquí.

—Cada cosa a su tiempo.

Y en un tiempo muy rápido, me dije yo. Menos de cinco minutos después entró a paso ligero el cabo Jones en traje de comando, llevando al cabo Mahmud en brazos. Dejó caer, a Mahmud y se largó justo cuando entraba el teniente Spieksma. Este dijo:

—Buenas tardes, capitán. ¿Están aquí el acusado y los testigos?

—Todo dispuesto. Ya puede empezar, Jake.

—¿La grabadora en marcha?

—Lo está ahora.

—Muy bien. Hendrick, un paso al frente. —Hendrick obedeció con aire desconcertado, como si empezara a fallarle la seguridad en sí mismo. El teniente Spieksma continuó a toda prisa—: Consejo de guerra llevado a cabo por orden del mayor F. X. Malley, oficial al mando del tercer regimiento, Campamento Arthur Currie, bajo la Orden General Número Cuatro, publicada por el general al mando de las cuestiones de Adiestramiento y Disciplina, referente a las Leyes y Ordenanzas de las Fuerzas Militares, Federación Terrena. A petición del capitán Ian Frankel, asignado a la Infantería Móvil y al frente del Segundo Batallón, Tercer Regimiento. El tribunal: Teniente Jacques Spieksma, asignado a la Infantería Móvil y al frente del Primer Batallón, Tercer Regimiento. Acusado: Hendrick, Theodore C., recluta siete nueve seis cero nueve dos cuatro. Artículo nueve mil ochenta. Delito: golpear a su oficial superior, estando la Federación Terrena en estado de emergencia.

Lo que me dejó atónito fue la rapidez con que se hacía aquello. De pronto me vi nombrado «oficial del tribunal», y se me ordenó que «retirara» a los testigos y los tuviera dispuestos. No sabía cómo iba a llevarme al sargento Zim si a éste no le daba la gana, pero él echó una mirada a Mahmud y a los dos soldados y todos salieron, a fin de no oír lo que allí se decía. Zim se separó de los demás y se limitó a esperar. Mahmud se sentó en el suelo y encendió un cigarrillo que tuvo que apagar, ya que fue el primero al que llamaron. En menos de veinte minutos todos habían prestado declaración, relatando casi la misma historia que Hendrick. A Zim no le llamaron para nada.

El teniente Spieksma preguntó a Hendrick:

—¿Desea interrogar a los testigos? El tribunal le ayudará si lo desea.

—No.

—Póngase firme y diga «señor» cuando se dirija al tribunal.

—No, señor. —Y añadió—: Quiero un abogado.

—La ley no permite un abogado en un consejo de guerra. ¿Quiere declarar en su propia defensa? No se le exige que lo haga y, en vista de las pruebas presentadas, el tribunal no tomará nota judicial si decide no hacerlo. Pero se le avisa que cualquier declaración que haga puede ser utilizada en contra suya, y que será sometido a contrainterrogatorio.

—No tengo nada que decir. —Hendrick se encogió de hombros—. ¿De qué me serviría?

—El tribunal insiste: ¿desea declarar en su propia defensa?

—No, señor.

—El tribunal debe hacerle una pregunta técnica. El artículo según el cual se ve acusado ¿le fue dado a conocer antes del momento de la supuesta ofensa de que se le acusa? Puede contestar sí o no, o quedarse callado, pero

es responsable de su respuesta, según el artículo nueve mil ciento sesenta y siete, que se refiere al perjurio.

El acusado siguió mudo.

—Muy bien. El tribunal volverá a leerle el artículo de la acusación en voz alta, y le repetirá la pregunta. «Artículo nueve mil ochenta. Cualquier miembro de las Fuerzas Militares que ataque o golpee, o intente atacar o golpear...»

—Oh, supongo que sí. Nos leen todo eso cada domingo por la mañana, una lista de cosas que no puedes hacer.

—¿Le fue o no le fue leído ese artículo en particular?

—Pues..., sí, señor. Lo fue.

—Muy bien. Habiéndose negado a declarar, ¿tiene algo que decir como circunstancias atenuantes?

—¿Señor?

—¿Quiere decirle al tribunal algo al respecto? ¿Cualquier circunstancia que crea que tal vez afecte a las pruebas presentadas? ¿O algo que pueda mitigar la supuesta ofensa, como por ejemplo, que estaba enfermo, o drogado, o sometido a medicación? No está bajo juramento en este punto; puede decir lo que quiera que crea que vaya a ayudarle. Lo que el tribunal trata de descubrir es esto: ¿hay algo en este caso que le parezca injusto? Si es así, ¿por qué?

—¡Claro! ¡Claro que es injusto! ¡Todo el caso es injusto! ¡El me golpeó primero! ¿Me ha oído? ¡El me golpeó primero!

—¿Algo más?

—¿Qué? No, señor. ¿No es bastante?

—El juicio ha terminado. Soldado Theodore C. Hendrick, ¡un paso al frente!

El teniente Spieksma había estado en posición de firmes todo el tiempo; ahora, el capitán Frankel se levantó también. De pronto, aquel lugar pareció helado.

—Soldado Hendrick, se le declara culpable de la acusación.

El estómago se me revolvió de repente. Se lo iban a cargar. Iban a ahorcar a Ted Hendrick. Y yo había desayunado junto a él precisamente esa mañana...

—El tribunal le sentencia —continuó la voz, mientras yo temía vomitar— a diez latigazos y a expulsión por mala conducta.

Hendrick tragó saliva.

—Quiero presentar mi renuncia al ejército.

—El tribunal no se lo permite. El tribunal desea añadir que su castigo es muy leve, sencillamente porque este tribunal no tiene jurisdicción para asignar un mayor castigo. La autoridad que le presentó ante este tribunal especificó un consejo de guerra. y este tribunal no va a discutir sus razones. Pero si usted hubiera sido sometido a un consejo de guerra general, es casi seguro que, con las pruebas presentadas ante este tribunal, dicho consejo le hubiera condenado a ser colgado por el cuello hasta morir. Es usted afortunado, y la autoridad que nos lo sometió ha sido muy misericordiosa. —El teniente Spieksma hizo una pausa y continuó—: La sentencia será llevada a cabo en cuanto la autoridad competente haya revisado y aprobado el informe, si es que lo aprueba. El tribunal se retira. Sáquenlo de aquí y enciérrenlo.

Lo último iba dirigido a mí, pero en realidad no tuve que hacer nada más que telefonear a la tienda de la guardia, que me entregó un recibo por Hendrick cuando se lo llevaron.

A la llamada para los enfermos, esa tarde el capitán Frankel me libró de servicio y me envió a ver al médico, el cual volvió a declararme apto para el servicio. Regresé a mi compañía justo a tiempo para vestirme y formar para la revista, y para que Zim me insultara por llevar «manchas en el uniforme». Bueno, él tenía una mancha aún mayor sobre un ojo. pero no se lo mencioné.

Alguien había levantado un gran poste en el terreno de revista, justo donde estaba el ayudante. Cuando llegó el momento de leer las órdenes, en vez de la «orden de rutina del día», u otra tontería semejante, dieron a conocer el consejo de guerra de Hendrick.

Luego le sacaron entre dos guardias armados, con las manos esposadas ante él.

Nunca había visto azotar a nadie. Allá en casa, cuando lo hacen en público, claro, siempre lo llevan a cabo detrás del Edificio Federal, y mi padre me había dado órdenes estrictas de que me apartara de allí. Intenté desobedecerle una vez, pero lo fui dejando de un día para otro y ya no volví a intentarlo.

Una vez es demasiado.

Los guardias le levantaron los brazos y sujetaron las esposas a un gancho en la parte superior del poste. Luego le quitaron la camisa, y resultó que ya estaba preparado y no llevaba camiseta. El ayudante dijo:

—Lleven a cabo la sentencia del tribunal.

Un cabo instructor de otro batallón se adelantó con el látigo. El sargento de guardia llevó la cuenta.

Es una cuenta muy lenta, cinco segundos entre cada azote, y parece mucho más. Ted ni siquiera parpadeó hasta el tercero, luego empezó a sollozar.

Lo siguiente que supe fue que estaba mirando al cabo Bronski. Este me golpeaba en el rostro y su mirada era intensa. Se detuvo y preguntó:

—¿Ya se encuentra bien? De acuerdo, vuelva a las filas. A paso ligero. Estamos a punto de pasar revista.

Eso hicimos, y volvimos al área de nuestra compañía. No comí mucho esa noche en la cena, pero tampoco lo hizo la mayoría.

Nadie dijo una palabra acerca de mi desmayo. Descubrí después que no había sido el único, que un par de docenas de chicos se habían desmayado también.

Librodot

Capítulo 6

Lo que obtenemos por poco precio lo estimamos con demasiada ligereza...
Sería extraño en realidad que algo tan excelente como la libertad
no fuera tan caro.
Thomas Paine

La noche siguiente a la expulsión de Hendrick sufrí la mayor depresión durante mi estancia en el Campamento Currie. No podía dormir, y uno tiene que haber vivido en un campamento del ejército para comprender lo mal que ha de sentirse un recluta para que le ocurra eso. Sin embargo, no había hecho ejercicio en todo el día, de modo que no estaba físicamente cansado, y el hombro me dolía todavía, aunque me hubieran declarado apto para el servicio, y tenía aquella carta de mi madre en la cabeza, y cada vez que cerraba los ojos oía el «crack» del latigazo y veía a Ted lanzarse contra el poste.

No me deprimía el haber perdido las sardinetas. Eso ya no me importaba lo más mínimo porque estaba dispuesto a presentar la renuncia; decidido a hacerlo en realidad. De no haber ocurrido todo a medianoche, cuando no disponía de papel y pluma, lo habría hecho allí mismo.

Ted había cometido un gran error, de una duración de medio segundo. Y realmente había sido sólo un error porque, aunque odiaba la tropa (¿a quién le gustaba?), había estado tratando de ganarse a pulso sus privilegios políticos. Deseaba entrar en la política. Con frecuencia nos decía:

—Cuando consiga la ciudadanía, habrá algunos cambios. Esperad y veréis.

Bien, nunca ocuparía un cargo público. Se había despistado un solo instante y estaba acabado.

Si le había ocurrido a él, todavía podía ocurrirme a mí. ¿Y si yo cometía un error, al día siguiente o a la semana siguiente...? Ni siquiera me permitirían renunciar. Me azotarían a golpe de tambor.

Había llegado el momento de admitir que yo estaba equivocado, y que papá tenía razón; el momento de presentar aquel pedacito de papel, largarme a casa y decirle a mi padre que estaba dispuesto a ir a Harvard y a empezar después a trabajar en el negocio, si aún me lo permitía. El momento de ver al sargento Zim a primera hora de la mañana y decirle que ya estaba harto. Pero no hasta mañana, porque uno no despierta al sargento Zim a no ser por algo que con toda seguridad él deba considerar una emergencia. Créanme ¡no se le despierta! No al sargento Zim.

El sargento Zim...

Me preocupaba tanto como el caso de Ted. Una vez acabó el consejo de guerra y se llevaron a Ted, el sargento se había quedado en el despacho y preguntado al capitán Frankel:

—¿Puedo hablar con el oficial al mando del batallón, señor?

—Desde luego. Me proponía pedirle que se quedara para decirle unas palabras. Siéntese.

Zim me señaló con un gesto, el capitán me miró y no tuvieron que decirme que saliera. Me largué a toda prisa. Pero no había nadie en la oficina exterior, sólo un par de empleados civiles. No me atrevía a salir de allí por si el capitán me llamaba. Así que cogí una silla y me senté.

Les oía hablar a través de la partición en la que apoyaba la cabeza. El cuartel general era un edificio más que una tienda, ya que albergaba el equipo de comunicación y grabación de modo permanente, pero era lo mínimo, un barracón. Las particiones interiores no servían de nada. Dudo que los civiles les oyeran, pues ambos llevaban audífonos de trascripción y estaban inclinados sobre sus máquinas. Además, no me importaban ellos. Yo no pretendía espiar. Bueno, quizá sí.

Zim dijo:

—Señor, solicito ser transferido a un equipo de combate.

Frankel respondió:

—No le oigo, Charlie. El oído enfermo me molesta otra vez.

—Hablo completamente en serio, señor. Este no es mi tipo de servicio.

—Deje de venir a llorar por sus problemas, sargento —repuso Frankel, malhumorado—. Al menos espere hasta que hayamos acabado con los asuntos de rutina. ¿Qué diablos sucedió?

—Mi capitán, ese chico no se merece diez latigazos.

—Claro que no. Usted sabe quién cometió el error, y yo también.

—Sí, señor.

—¿Entonces? Usted sabe mejor que yo que, en esta etapa, estos chicos son como animales salvajes. Sabe cuándo puede volverles la espalda sin correr riesgos y cuándo no. Conoce las reglas y las ordenanzas sobre el artículo nueve mil ochenta, y nunca debe darles la oportunidad de violarlo. Por supuesto, algunos lo intentarán, si no fueran agresivos, no serían buen material para la Infantería Móvil. Son dóciles cuando están formados, y es bastante seguro darles la espalda cuando están comiendo o durmiendo, o sentados sobre el trasero en una conferencia. Pero sáquelos al campo en maniobras de combate, o algo que les lance a la acción rebosantes de adrenalina, y son tan explosivos como un montón de fulminato de mercurio. Eso lo sabe, todos los instructores lo saben. Y están adiestrados para ello; adiestrados para observarlo, adiestrados para reconocerlo antes de que ocurra. Explíqueme cómo es posible que un recluta no adiestrado le pusiera un ojo morado. Ese chico nunca debió ponerle la mano encima; usted debió dejarle inconsciente al comprender que iba a hacerlo. De modo que ¿por qué no reaccionó inmediatamente? ¿Se está ablandando acaso?

—No lo sé —contestó Zim lentamente—. Supongo que es así.

—Hum... Si eso es cierto, un equipo de combate es el último lugar para usted. Pero no es cierto. O no lo era la última vez que usted y yo salimos juntos hace tres días. Entonces, ¿qué pasó?

Zim fue lento en responder:

—Creo que lo había calificado mentalmente como uno de los seguros.

—Esos no existen.

—Sí, señor. Pero era tan responsable, estaba tan tercamente decidido a conseguirlo como fuera... (no tenía aptitudes, pero seguía intentándolo) que sin duda lo juzgué así inconscientemente. —Zim guardó silencio; luego añadió—: Supongo que le apreciaba.

—Un instructor no puede permitirse apreciar a uno de sus hombres.

—Lo sé, señor. Pero les aprecio. Son un grupo estupendo. A estas alturas ya nos hemos librado de los auténticos inútiles. El único problema de Hendrick, aparte de su torpeza, es que creía saber todas las respuestas. Eso no me importaba; también yo creía saberlas a su edad. Los inútiles se han ido a casa, y los que quedan están ansiosos, decididos a dar gusto, y son

rápidos..., tan encantadores como una camada de cachorros. Muchos serán buenos soldados.

—De modo que ése fue el punto débil. Que el chico le gustaba. Y por eso no consiguió detenerle a tiempo. Y él ha terminado con un consejo de guerra, los latigazos y la expulsión. Encantador.

—Ojalá hubiera podido recibir yo personalmente esos azotes, señor —dijo Zim ansiosamente.

—Tendrá que esperar su turno, pues yo soy su superior. ¿Qué cree que he estado deseando durante la última hora? ¿Qué cree que temí desde el momento en que le vi entrar aquí con un ojo morado? Hice todo lo posible por quitármelo de encima con un castigo administrativo, y el muy estúpido no me dejaba en paz. Sin embargo, nunca pensé que sería lo bastante loco como para chillar que le había atacado. Es un imbécil, y usted debía haberlo sacado de aquí hace semanas en vez de mimarle hasta que se metiera en problemas. Pero me lo dijo a gritos y delante de testigos, obligándome a tomar nota oficialmente..., y eso acabó con nosotros. Ya no había modo de eliminarlo de los informes, ni modo de evitar el consejo de guerra. Sólo podíamos seguir adelante, tomarnos la medicina y acabar con un civil más, que estará contra nosotros el resto de su vida. Porque un hombre así tiene que ser azotado; ni usted ni yo podemos aceptar el castigo por él, aunque la culpa sea nuestra. Porque el regimiento debe ver lo que ocurre cuando se viola el artículo nueve mil ochenta. Es culpa nuestra, mas el castigo lo recibe él.

—Culpa mía, capitán. Por eso quiero que me transfieran. Señor, creo que es mejor para el equipo.

—¿Sí, eh? Pues yo decido lo que es mejor para mi batallón y no usted, sargento. Charlie, ¿quién cree que sacó su nombre del sombrero? ¿Y por qué? Acuérdese de hace doce años. Era un cabo, ¿se acuerda? ¿Dónde estaba?

—Aquí, como usted sabe muy bien, capitán. Exactamente aquí, en esta pradera olvidada de Dios... ¡Y ojalá nunca hubiera vuelto a ella!

—Eso querríamos todos. Pero da la casualidad de que es el trabajo más importante y más delicado del ejército: convertir a esos cachorros mimados en soldados. ¿Quién era el crío más mimado de su sección?

—Hum... —contestó Zim lentamente—. No me atrevería a decir que usted fue el peor, capitán.

—¿No se atreve, eh? Pues tendría que pensar mucho para nombrar a otro candidato. Yo le odiaba a muerte, «cabo Zim».

Este pareció sorprendido y algo dolido.

—¿De verdad, capitán? Pues yo no le odiaba. Le apreciaba más bien.

—¿Sí? Bien, el odio es otro lujo que un instructor jamás puede permitirse. No debemos odiarles, ni debemos apreciarles. Debemos enseñarles. Pero si usted me apreciaba entonces..., ¡vaya!, creo recordar que tenía un modo muy raro de demostrarlo. ¿Todavía me aprecia? No, no me conteste. No me importa la respuesta o, mejor dicho, no quiero saberla, sea cual sea. Dejémoslo. Yo le despreciaba entonces, y soñaba con hallar el modo de atacarle. No obstante, usted siempre estaba alerta y jamás me dio la oportunidad de verme en un consejo de guerra por el nueve mil ochenta. Por eso sigo aquí, gracias a usted. Y ahora, en cuanto a su petición..., usted solía repetir mucho una orden que me dio una y otra vez cuando yo era un recluta. Tanto que llegué a odiarla más que cualquier otra cosa de las que

usted decía o hacía. ¿Lo recuerda? Yo sí, y ahora se la devuelvo: «Soldado, ¡cierre el pico y actúe como un militar!»

—Sí, señor.

—No se vaya aún. Todo este asunto no ha sido una pérdida total. Cualquier regimiento de reclutas necesita una buena lección sobre el significado del nueve cero ocho cero, como ambos sabemos. Aún no han aprendido a pensar, no quieren leer y pocas veces escuchan..., pero sí ven, y la desgracia del joven Hendrick tal vez salve algún día a uno de sus compañeros de ser colgado por el cuello hasta que muera. Sin embargo lamento que esa lección objetiva tuviera que ocurrir en mi batallón, y desde luego me propongo que este batallón no nos dé otra ocasión semejante. Reúna a sus instructores y hábleles. Durante veinticuatro horas, esos chicos estarán en estado de shock. Luego se pondrán melancólicos, y la tensión irá creciendo. Hacia el jueves o viernes algún chico que está a punto de largarse de todos modos empezará a pensar en el hecho de que Hendrick no fue tan castigado al fin y al cabo, que ni siquiera recibió el número de latigazos que se aplican por conducir borracho..., y tal vez imagine que vale la pena atacar al instructor que más odia. Sargento ¡ese golpe jamás ha de darse! ¿Me entiende?

—Sí, señor.

—Quiero que los instructores sean diez veces más prudentes que hasta ahora. Quiero que mantengan las distancias. Quiero que tengan ojos en la nuca, que estén tan alertas como un ratón en una jaula de gatos. Bronski..., dígale unas palabras a Bronski. Tiene tendencia a confraternizar.

—Le pondré en su sitio, señor.

—Cuídese de hacerlo. Porque al próximo chico que se engalle hay que dejarlo inconsciente, no darle un golpecito como hoy. Ha de caer inconsciente, y el instructor tiene que hacerlo antes de que el otro llegue a tocarle, o acabaré con él por incompetente. Que sepan eso. Han de demostrar a esos chicos que no sólo resulta caro, sino imposible, violar el artículo nueve mil ochenta. Que incluso el hecho de intentarlo les cuesta un puñetazo, un cubo de agua en la cara, una mandíbula rota... y nada más.

—Sí, señor. Así se hará.

—Más vale. Porque no sólo degradaré al instructor que se descuide, sino que personalmente me lo llevaré a la pradera y le atizaré a gusto, ya que no quiero a otro de mis muchachos colgado en el poste de los azotes por dejadez de los profesores. Retírese.

—Sí, señor. Buenas tardes, mi capitán.

—¿Qué hay de bueno en esta tarde? Ah, Charlie...

—¿Sí, señor?

—Si no está demasiado ocupado esta noche, ¿por qué no se trae las zapatillas y los guantes a la sala de oficiales y «danzamos» un poco? Digamos hacia las ocho.

—Sí, señor.

—No es una orden, es una invitación. Si realmente se está ablandando, a lo mejor puedo quitarle las insignias de una patada.

—¿Le gustaría apostar algo, mi capitán?

—¿Cómo? ¿Sentado siempre aquí, ante la mesa, y ya con barriga por no moverme de la silla? ¡Claro que no! A menos que usted esté dispuesto a luchar con un pie metido en un cubo de cemento. En serio, Charlie, hemos tenido un día asqueroso, y aún será peor antes de que termine. Si usted y yo

Librodot

sudamos un poco y nos damos unos cuantos golpes, tal vez podamos dormir esta noche a pesar de todos esos críos mimados por sus madres.

—Estaré allí, mi capitán. No cene demasiado. He de resolver un par de cosas por mí mismo.

—No voy a cenar. Voy a seguir sentado aquí y a sudar este informe que el oficial al mando del regimiento desea ver después de cenar y que alguien, cuyo nombre no quiero mencionar, me ha retrasado ya dos horas. De modo que tal vez llegue un poco tarde a nuestra sesión de baile. Váyase ahora, Charlie, y no me moleste más. Hasta luego.

El sargento Zim salió tan bruscamente que apenas tuve tiempo de inclinarme a atarme un zapato para estar fuera de la vista, tras el archivo, cuando él pasó por la oficina exterior. El capitán Frankel gritaba ya:

—¡Oficial de día! ¡Oficial! ¡OFICIAL! ¿Es que tengo que llamarle tres veces? ¿Cómo se llama? Pues asígnese una hora de trabajo extra, con el equipo completo. Busque a los oficiales al mando de las compañías E, F y G con mis saludos. Quiero verles antes de la revista. Después vaya a mi tienda y tráigame un uniforme de gala limpio: gorro, armas de cinto, zapatos, cintas..., pero no medallas. Déjemelo aquí. Luego acuda a la enfermería. Si es capaz de rascarse con ese brazo, como le he visto hacerlo, no puede tener tan mal el hombro. Dispone de treinta minutos antes de la llamada a los enfermos. ¡A paso ligero, soldado!

Conseguí hacerlo pescando a dos de ellos en las duchas de los instructores (un oficial de día puede ir donde sea) y al tercero en su mesa. Las órdenes que le dan a uno no son imposibles, sólo lo parecen porque casi lo son. Estaba preparando el uniforme de revista del capitán Frankel cuando sonó la llamada a los enfermos. Sin alzar la vista gruñó: «Deje este trabajo extra. Retírese», así que llegué a mi tienda justo a tiempo de que me castigaran por «Uniforme desastrado. Dos puntos», y ver los últimos y lastimosos minutos de Ted Hendrick en la Infantería Móvil.

Por eso tuve mucho en qué pensar mientras yacía despierto esa noche. Sabía que el sargento Zim trabajaba intensamente, pero jamás se me había ocurrido que pudiera no estar muy orgulloso y satisfecho de sí mismo con lo que hacía. Parecía tan altanero, tan seguro de sí, tan en paz con el mundo y consigo mismo...

La idea de que aquel robot invencible creyera que había fallado y se sintiera tan profunda y personalmente avergonzado que deseara escapar y ocultar su rostro entre desconocidos, dando como excusa que su marcha sería «mejor para el equipo», me había trastornado tanto, y en cierto modo incluso más, como ver azotar a Ted.

Y que el capitán Frankel estuviera de acuerdo con él, en cuanto a la gravedad del fallo, quiero decir, y que aún echara sal en la herida... ¡Vaya, vaya, vaya! Los sargentos no reciben las broncas. Las dan. Es ley de naturaleza.

Pero tuve que admitir que lo que el sargento Zim había tenido que oír y tragarse era tan humillante y tan degradante que cualquier cosa que nos dijera un sargento parecía, en comparación, una canción romántica. Y sin embargo, el capitán ni siquiera había alzado la voz.

Todo el incidente era tan ridículamente imposible que jamás sentí siquiera la tentación de mencionárselo a alguien.

Y el mismo capitán Frankel... A los oficiales no los veíamos muy a menudo. Aparecían para la revista de la tarde. llegando en el último

momento y sin hacer nada que supusiera un trabajo duro. Nos inspeccionaban una vez a la semana. haciendo comentarios en privado a los sargentos; comentarios que, invariablemente, implicaban molestias para alguien, no para ellos desde luego. Y decidían cada semana qué compañía había ganado el honor de llevar los colores del regimiento. Aparte de eso aparecían de vez en cuando para una inspección por sorpresa, planchados, inmaculados, remotos y oliendo débilmente a colonia desaparecían otra vez.

Claro, uno o dos nos acompañaban siempre en las marchas, y en dos ocasiones el capitán Frankel había demostrado su virtuosismo en el boxeo francés. Pero los oficiales no trabajaban, no hacían un auténtico trabajo, ni tenían preocupaciones, porque los sargentos estaban por debajo de ellos, no por encima de ellos.

Sin embargo, al parecer el capitán Frankel trabajaba tanto que perdía algunas comidas, estaba tan ocupado con una cosa u otra que se quejaba de falta de ejercicio, y había de dedicar su tiempo libre a sudar un poco.

En cuanto a preocupaciones, debo decir honradamente que parecía más trastornado por lo ocurrido con Hendrick que el mismo Zim. Sin embargo, no conocía a Hendrick ni de vista; se había visto obligado a preguntarle su nombre.

Tuve la molesta impresión de que yo había estado completamente equivocado en cuanto a la naturaleza misma del mundo en que vivía, como si todas sus partes fueran distintas de lo que parecían ser, como si uno descubriera que su propia madre no era la que siempre había visto, sino una desconocida con una máscara de goma.

Ahora bien. yo estaba seguro de una cosa: no quería averiguar qué era exactamente la Infantería Móvil. Si era tan dura que incluso los semidioses sargentos y oficiales se sentían desgraciados en ella, ¡desde luego era demasiado dura para Johnnie! ¿(Cómo evitar cometer errores en algo que uno ni siquiera entiende? Yo no quería que me colgaran del cuello hasta que muriese. Ni siquiera quería correr el riesgo de ser azotado, aunque siempre haya un médico presente para asegurarse de que no se hace daño permanente. Nadie de nuestra familia había sido azotado jamás (a excepción de unos golpecitos en el colegio, por supuesto, lo cual no es exactamente lo mismo). No había criminales en nuestra familia, ni por el lado materno ni por el paterno, nadie acusado de un crimen. Éramos una familia orgullosa; lo único que nos faltaba era la ciudadanía, y papá no consideraba eso como un auténtico honor, sino como algo vano e inútil. Pero si yo era azotado..., probablemente él sufriría un ataque.

Y sin embargo, Hendrick no había hecho nada que yo no hubiera pensado hacer mil veces. ¿Por qué no lo había hecho? Por timidez, supongo. Sabía que cualquiera de aquellos instructores podía acabar conmigo, de modo que había cerrado la boca y jamás lo había intentado. No tienes valor, Johnnie. Por lo menos Ted Hendrick sí había tenido agallas. Yo no, y un hombre sin agallas no sirve para el ejército, desde luego.

Aparte de eso, el capitán Frankel ni siquiera había aceptado que fuera culpa de Ted. Aunque yo no violara el nueve cero ocho cero por falta de agallas, ¿quién me aseguraba que no cometería otro día otra falta —que no fuese culpa mía— acabando de todos modos colgado en el poste de los azotes?

Es hora de irte, Johnnie, mientras aún tienes tiempo.

La carta de mi madre vino a confirmar mi decisión. Había podido endurecer mi corazón contra mis padres mientras éstos me rechazaban, pero ahora que empezaban a ablandarse no podía soportarlo. O al menos mamá se ablandaba. Así, me había escrito:

> ...aunque lo sienta debo decirte que tu padre todavía no permite que se mencione tu nombre. Pero, querido mío, ése es su modo de lamentarlo, ya que él no puede llorar. Debes entender, pequeño, que tu padre te ama más que a su vida, más que a mí, y que le has herido profundamente. Les dice a todos que ya eres un adulto capaz de tomar tus propias decisiones, y que se siente orgulloso de ti. Mas es su orgullo el que habla, el amargo dolor de un hombre orgulloso al que ha herido muy hondo en su corazón el ser que más ama. Debes entender, Johnnie, que él no habla de ti ni te ha escrito porque no puede. Todavía no, por lo menos hasta que su dolor sea soportable. Cuando eso ocurra yo lo sabré, y entonces intercederé por ti, y todos estaremos juntos otra vez.
>
> En cuanto a mí, ¿cómo puede enojarse una madre por algo que haga su pequeñín? Claro que me haces sufrir, pero no por eso te quiero menos. Estés donde estés, y hagas lo que quieras hacer, siempre serás mi pequeñín, el que se hace daño en una rodilla y viene corriendo a mi regazo para que le consuele. Mi regazo se ha hecho más pequeño o quizá tú hayas crecido (aunque yo no lo he creído nunca); sin embargo, mis brazos te estarán esperando siempre que los necesites. Los niños pequeños nunca dejan de necesitar el regazo de su madre, ¿verdad, cariño? Espero que no. Espero que me escribas y me lo digas.
>
> Sin embargo, debo añadir que, en vista del tiempo terriblemente largo que hace que no has escrito, será sin duda mejor (a menos que yo te haga saber lo contrario) que dirijas las cartas que me escribas a casa de tía Eleonora. Ella me las remitirá en seguida, sin originar más problemas. ¿Lo entiendes?
>
> Mil besos a mi nene.
>
> Tu MADRE

Claro que lo entendía, y muy bien. Y si mi padre no podía llorar, yo si. Y lloré.

Al fin logré dormirme, e inmediatamente me despertó una alerta. Corrimos todos al área de bombardeo, todo el regimiento, e hicimos un simulacro de ataque, sin municiones. Por otra parte, llevábamos el equipo completo, no acorazado, incluidos los audífonos, y apenas nos habíamos desplegado cuando llegó la orden de que nos congeláramos.

Aguantamos aquella congelación al menos una hora, y la aguantamos respirando apenas. Hasta un ratoncito que pasara de puntillas habría podido oírse. Algo sí pasó y por encima de mí, un coyote, creo. Ni parpadeé. Pasamos un frío terrible aguantando aquella congelación, pero no me importó. Sabía que era la última.

Ni siquiera oí el toque de diana al día siguiente; por primera vez en muchas semanas me tiraron del saco de dormir, y casi no llegué a la formación para los ejercicios de la mañana. De todos modos, no tenía por qué presentar la renuncia antes del desayuno, ya que, en primer lugar,

había de hablar con Zim. Pero éste no apareció en el desayuno. Pedí permiso a Bronski para ir a ver al oficial al mando de la compañía y me dijo: «Claro. Como quieras», sin preguntarme por qué.

Pero no se puede ver a un hombre que no está. Iniciamos una marcha después del desayuno, y yo aún no le había echado la vista encima. Fue ida y vuelta, y nos llevaron el almuerzo en helicóptero, un lujo inesperado. El que se olvidaran de darnos las raciones de campaña antes de la marcha significaba, por lo general, morirse de hambre, a no ser que uno hubiera cogido algo por su cuenta, y yo no había cogido nada. Tenía demasiadas cosas en qué pensar.

El sargento Zim vino con las raciones y nos llamó para entregarnos el correo allí mismo, lo que no era un lujo inesperado. Diré esto en favor de la Infantería Móvil: pueden quitarte la comida, el agua, el sueño o lo que sea, sin previo aviso, pero jamás te retienen el correo un minuto más de lo que exigen las circunstancias. Es algo tuyo, y te lo llevan por el primer transporte disponible, y puedes leerlo en el primer respiro, incluso durante las maniobras. Eso nunca había sido demasiado importante para mi, ya que (aparte de un par de cartas de Carl) no había recibido más que notitas tontas hasta que mi madre me escribió.

Ni siquiera me acerqué cuando Zim empezó a repartirlo. Decidí que no hablaría con él hasta que volviéramos; no quería darle razones para que se fijara en mí hasta que estuviésemos cerca del cuartel general. Así que me sorprendió oír mi nombre y ver que me entregaba una carta. Fui corriendo a recogerla.

Y lo que aún me sorprendió más es que era de Dubois, mi profesor de historia y filosofía moral en la escuela superior. Antes habría esperado una carta de Santa Claus.

Pero es que, al leerla, siguió pareciéndome un error. Tuve que comprobar la dirección y el remitente para convencerme de que sí la había escrito él, y de que era para mi.

> Mi querido muchacho:
>
> Te habría escrito mucho antes para expresarte mi satisfacción y orgullo al saber que no sólo te habías presentado voluntario al servicio, sino que también habías elegido mi propio cuerpo del ejército. Pero no para expresar sorpresa. Eso era lo que esperaba de ti, aparte de la satisfacción adicional, y muy personal, de que eligieras la Infantería Móvil. Ése es el tipo de logro que no tiene lugar con demasiada frecuencia y que, sin embargo, hace que valgan la pena todos los esfuerzos realizados por un profesor. Hemos de rechazar muchos guijarros, mucha arena, pero las pepitas de oro son nuestra recompensa.
>
> A estas horas ya habrás comprendido por qué no te escribí de inmediato. Muchos jóvenes, y no necesariamente por una falta reprensible, se ven rechazados durante el entrenamiento. Por eso he esperado (manteniéndome en contacto a través de mis relaciones) hasta que «has sudado el período de instrucción» (¡qué bien conocemos todos el período de instrucción!) y estás seguro de que, aparte de algún accidente o enfermedad, completarás el adiestramiento y tu plazo de servicio.

Ahora estás atravesando la parte más dura del mismo, no la más dura físicamente (pues esa dureza física ya no te molestará más; la tienes superada), sino la más dura espiritualmente. Me refiero a los profundos reajustes que trastornan el alma, y a las reevaluaciones precisas para transformar a un ciudadano en potencia en uno que ya lo es. O más bien debería decir que ya has pasado la parte más difícil a pesar de todas las tribulaciones que te aguardan todavía y las vallas, cada una más alta que la anterior, que aún debes saltar. Pero es la «cima» lo que cuenta y, conociéndote bien, muchacho, sé que he aguardado el tiempo suficiente para estar seguro de que ya has superado la «cima», o estarías en tu casa en este momento.

Cuando alcanzaste esa cima espiritual sentiste algo, algo nuevo. Quizá no puedas expresarlo con palabras (yo sé que no podía cuando era un recluta). De modo que permite que un viejo camarada te preste las palabras, ya que con frecuencia ayuda el saber expresarlo con discreción. Es sencillamente esto: el destino más noble al que un hombre puede aspirar consiste en poner su cuerpo mortal entre su amado hogar y la desolación de la guerra. Las palabras no son mías, por supuesto, como habrás adivinado. Las verdades fundamentales no cambian y, cuando un hombre de visión profunda expresa una de ellas, ya no es necesario formularlas de nuevo por mucho que el mundo cambie. Es una verdad inmutable y siempre cierta, en todos los tiempos, para todos los hombres y para todas las naciones.

Envíame noticias tuyas, por favor, si puedes dedicarle a este viejo parte de tu precioso tiempo libre y escribir una carta de vez en cuando. Y si por casualidad tropezaras con alguno de mis colegas de otros tiempos, transmítele mis más calurosos saludos.

¡Buena suerte, soldado! Estoy orgulloso de ti.

JEAN V. DUBOIS
Coronel retirado de la Infantería Móvil

La firma era tan sorprendente como la carta en sí. ¿El viejo Boca Amarga un coronel? ¡Vaya, el oficial al mando de nuestro regimiento era sólo un mayor! Dubois jamás había hecho alarde de su rango en la escuela. Nosotros habíamos supuesto (si es que pensábamos en ello) que debía de haber sido un cabo o algo así, al que retiraron cuando perdió la mano y al que habían dado un trabajo fácil, la enseñanza de un curso que no había que aprobar ni que aprender, sólo asistir a clase. Por supuesto, sabíamos que era un veterano, ya que la historia y filosofía moral ha de ser enseñada por un ciudadano. Pero ¿la Infantería Móvil? No lo parecía. Tan remilgado, siempre despectivo, meticuloso como un maestro de baile..., no uno de nosotros, los de la tropa, los micos.

Mas así había firmado la carta.

Durante el largo camino de regreso al campamento, estuve pensando en aquella carta asombrosa. No sonaba en absoluto a lo que él decía en clase. Bien, no quiero decir que se contradijera con las cosas que explicaba, pero el tono era completamente distinto. ¿Desde cuándo un coronel le llama «camarada» a un soldado?

Cuando era sólo «mister Dubois», y yo uno de los chicos que asistía a su clase, apenas parecía verme. Sólo una vez, cuando me echó una bronca,

diciéndome que yo tenía demasiado dinero y muy poco sentido común. (Bueno, el que mi viejo pudiera haber comprado toda la escuela para regalármela por Navidad ¿era acaso un crimen? Desde luego, no era asunto de Dubois.)

Siempre había estado insistiendo en «el valor», comparando la teoría marxista con la teoría ortodoxa de «el uso». Dubois había dicho:

—Por supuesto, la definición marxista del valor es ridícula. Por mucho esfuerzo y trabajo que uno ponga en ello, jamás conseguirá convertir una tarta de barro en una tarta de manzana; seguirá siendo una tarta de barro, que nada vale. Y como corolario, el trabajo mal realizado fácilmente puede restar valor: un cocinero sin talento puede transformar unas manzanas frescas y valiosas en algo incomible, que nada vale. Y a la inversa, un gran chef es capaz de realizar, con esos mismos materiales, algo de valor superior a la tarta de manzana ordinaria, sin más esfuerzo que el que realiza un cocinero vulgar para preparar un postre corriente.

»Estos ejemplos de cocina tiran por tierra la teoría marxista del valor, su falacia de la que se deriva ese gran fraude que es el comunismo, e ilustran la verdad de la definición que se mide en términos de uso, tan de sentido común.

Dubois había agitado furioso el muñón:

—Sin embargo, ¡y que se despierten esos de atrás!, sin embargo, digo, ese viejo místico del Das Kapital, torturado, confuso y neurótico, anticientífico e ilógico, ese fraude pomposo llamado Karl Marx, tuvo con todo la intuición de una verdad muy importante. Si hubiera tenido una mente analítica, tal vez hubiera formulado la primera definición adecuada de «valor», y le habría ahorrado muchísimo sufrimiento a este planeta.

»O tal vez no —añadió—. ¡Usted!

Me incorporé sobresaltado.

—Si no es capaz de escuchar, quizá pueda decirle a la clase si el valor es relativo, o si por el contrario es algo absoluto.

Yo había estado escuchando, pero no veía razón alguna para no escuchar con los ojos cerrados y en una postura cómoda. Sin embargo, su pregunta me cogió desprevenido. No había leído la lección de aquel día.

—Absoluto —contesté al azar.

—Se equivoca —dijo fríamente—. El «valor» no tiene significado si no es en relación con los seres vivientes. El valor de una cosa siempre es relativo a una persona en particular. Es algo completamente personal y distinto en cantidad para cada ser humano. Lo de «valor en el mercado» es una ficción; no es más que la suposición calculada de los valores personales medios, todos los cuales han de ser cuantitativamente distintos, o el comercio sería imposible.

Yo me había preguntado mientras él hablaba qué habría dicho mi padre si le hubiese oído llamar «ficción» al valor en el mercado... Probablemente habría soltado un gruñido de disgusto.

—Esta relación tan personal, «el valor» —prosiguió—, tiene dos factores para un ser humano: primero, lo que puede hacer con una cosa, su uso. Y segundo, qué deben hacer para conseguirla, su costo. Hay una antigua canción que asegura que «las mejores cosas de la vida son gratuitas». ¡No es cierto! ¡Es totalmente falso! Esa fue la falacia trágica que produjo la decadencia y el colapso de las democracias del Siglo XX. Esos nobles experimentos fallaron porque se había hecho creer a la gente que podían

Librodot

votar para pedir lo que querían, y conseguirlo sin esfuerzo, sin sudor, sin lágrimas.

»Nada de valor es gratuito. Incluso el aliento vital, la respiración, se obtiene en el nacimiento mediante el esfuerzo y el dolor.

—Todavía seguía mirándome, y ahora añadió—: Si todos ustedes tuvieran que luchar por sus juguetes como ha de luchar el recién nacido para vivir, serían más felices... y mucho más ricos. Tal como están las cosas para algunos de ustedes, les compadezco por la pobreza de su riqueza. ¡Usted! Le concedo en este instante el premio por la carrera de los cien metros. ¿Le hace eso feliz?

—¡Caray! Supongo que si lo sería.

—Sin bromas, por favor. Ya tiene el premio. Mire, aquí lo escribo: «Gran premio por el campeonato, el sprint de cien metros» —vino hasta mi asiento y me lo colocó sobre el pecho—. Ahí lo tiene. ¿Es feliz? ¿Lo valora o no?

Me sentí amargado. Primero su golpe bajo sobre los chicos ricos —el típico desdén de los que no tienen dinero— y ahora esa farsa. Me lo quité de un tirón y se lo devolví. Dubois pareció sorprendido.

—¿No le hace feliz?

—Sabe muy bien que llegué el cuarto.

—¡Exactamente! El primer premio no tiene valor para usted, porque no lo ha ganado. Pero sí disfruta de una modesta satisfacción al ser el cuarto; se lo ganó. Confío en que alguno de estos sonámbulos que tengo aquí entiendan esta pequeña moraleja. Supongo que el poeta que escribió la letra de aquella canción quería implicar que las mejores cosas de la vida han de comprarse con algo distinto del dinero, lo cual es cierto, lo mismo que el significado literal de sus palabras es falso. Las mejores cosas de la vida están por encima del dinero; su precio es la angustia, el sudor y la dedicación, y el precio que exige la más preciosa de todas las cosas en la vida es la vida misma, el costo definitivo para el valor perfecto.

Medité en las cosas que oyera decir a Dubois —coronel Dubois—, así como en su extraordinaria carta, mientras regresaba al campamento. Luego dejé de pensar porque la banda se colocó junto a mi grupo en la columna y cantamos durante un rato, el grupo francés La marsellesa, por supuesto, y Madelon e Hijos del afán y del peligro, y luego Légion étrangére y Mademoiselle d'Armentiéres.

Es agradable que toque la banda, porque anima cuando uno se encuentra arrastrándose por la pradera. No habíamos tenido más que música enlatada al principio, y eso sólo para la revista y las llamadas. Mas los de arriba habían descubierto muy pronto quién sabía tocar y quién no, de modo que se trajeron instrumentos y se organizó una banda del regimiento, toda nuestra. Incluso el director y el tambor eran reclutas.

Lo cual no significaba que se libraran de nada. ¡Oh, no! Sólo se les permitía y animaba a practicar en su tiempo libre por la noche, o los domingos y fiestas, pero llegaron a desfilar muy satisfechos y a pavonearse en la revista, en vez de estar en las filas con sus compañeros. Así se organizaban la mayoría de las cosas. Nuestro capellán, por ejemplo, era un recluta. Tenía más edad que la mayoría de nosotros, y había sido ordenado en alguna secta casi desconocida, de la que yo jamás había oído hablar. Sin embargo, ponía mucho fuego en sus sermones, tanto si su teología era ortodoxa como si no, y desde luego se hallaba en situación de comprender los problemas de un recluta. Y los cantos resultaban divertidos. Además, no

había otro sitio al que ir el domingo por la mañana, entre la limpieza y el almuerzo.

La banda tenía muchos problemas. pero los chicos se las arreglaban para que funcionara. El campamento tenía cuatro gaitas y algunos uniformes escoceses. donados por Lochiel de Cameron, cuyo hijo había muerto allí mismo, durante el entrenamiento, y resultó que uno de los reclutas sabía tocar la gaita: había aprendido con los boy-scouts escoceses. Pronto tuvimos cuatro: quizá no tocaran bien. pero sí muy fuerte. Las gaitas suenan muy raras cuando uno las oye por primera vez, y los dientes rechinan cuando se oye practicar a uno de ellos, porque es como si tuviera un gato bajo el brazo. y además le estuviera mordiendo el rabo.

No obstante, es algo que emociona. La primera vez que los gaiteros chocaron los tacones ante la banda y empezaron a tocar Los muertos de El Alamein se me pusieron los pelos tan de punta que hasta me levantaron el gorro. Ya lo creo que emociona..., hasta saltan las lágrimas.

No podíamos llevar a la banda en las marchas, por supuesto. porque no se les concedían privilegios especiales. Era imposible llevar las tubas y los tambores, porque los de la banda tenían que cargar con el equipo, como todo el mundo; sólo se las arreglaban con algún instrumento lo bastante pequeño para añadirlo a su carga. Pero la Infantería Móvil tiene instrumentos musicales que no creo que se encuentren en ninguna otra parte, como una cajita apenas mayor que una armónica, un truco electrónico que hace el mismo efecto que un cuerno impresionante, y que se toca del mismo modo. Suena la llamada para la banda cuando vamos de marcha. cada muchacho abre el equipo sin detenerse, los compañeros le sacan el instrumento, y él va trotando hacia su posición en la columna de la compañía y empieza a tocar.

Y eso ayuda.

La banda fue retrasándose. hasta que casi dejamos de oírla y por eso también dejamos de cantar, porque perdemos el ritmo si la música queda demasiado lejos.

De pronto comprendí que me sentía maravillosamente bien.

Intenté pensar por qué. ¿Porque llegaríamos dentro de un par de horas y entonces presentaría la renuncia? No. En realidad. cuando decidí hacerlo había experimentado una gran paz, se me habían calmado los nervios y había podido dormir. Pero esto era otra cosa, y no veía la razón...

Y entonces lo comprendí. ¡Había sobrepasado «la cima»!

Ya había acabado el «período de reajuste» de que hablara el coronel Dubois. Había cubierto la cima, y ahora iba hacia abajo, cantando alegremente. Aquella pradera era tan plana como una tarta, pero yo me había sentido como si ascendiera penosamente por una montaña. Y luego, en algún momento —creo que fue mientras cantábamos—, había cubierto la cima, y ahora todo era colina abajo. Mi equipo parecía más ligero, y ya no estaba preocupado.

No hablé con el sargento Zim cuando llegamos; ya no lo necesitaba. En cambio, él sí me habló, haciéndome señas de que me acercara cuando rompimos filas.

—¿Sí, señor?

—Voy a hacerte una pregunta personal, de modo que no respondas si no quieres.

Se detuvo y me pregunté si sospechaba que yo había oído la bronca que le echaran. Temblé de miedo.

—Cuando llegó hoy el correo —prosiguió— recibiste una carta. Por casualidad, ya que no es asunto mío, vi el nombre del remitente. Es un nombre bastante corriente en algunos lugares pero, ésta es la pregunta personal que no necesitas contestar, ¿sabes si la persona que escribió esa carta tiene por casualidad cortada la mano izquierda por la muñeca?

Supongo que me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo lo sabe, señor?

—Estaba muy cerca cuando sucedió. Es el coronel Dubois, ¿verdad?

—Sí, señor —y añadí—: Fue mi profesor de historia y filosofía moral en la escuela superior.

Creo que fue la única ocasión en que dejé algo impresionado al sargento Zim. Sus cejas se alzaron algunos milímetros y los ojos se agrandaron ligeramente.

—¿De veras? Pues tuviste una suerte extraordinaria. —Y continuó—: Cuando contestes a su carta, si no te importa, podrías decirle que el sargento Zim le envía sus respetos.

—Sí, señor. Bueno... creo que él también le envía un mensaje.

—¿Cómo?

—Bueno, no estoy seguro. —Saqué la carta y leí—: «Si por casualidad tropiezas con alguno de mis colegas, dale mis más calurosos saludos». ¿Se refiere a usted, señor?

Zim meditó un segundo; sus ojos parecían mirar a través de mí, a lo lejos.

—Pues... sí. A mí, entre otros. Muchas gracias. —Luego, de pronto, todo hubo acabado y dijo bruscamente—: Nueve minutos y a la revista. Y también tienes que ducharte y cambiarte. A paso ligero, soldado.

Capítulo 7

El joven recluta es tonto...; piensa en el suicidio.
Ha perdido sus agallas; ya no tiene orgullo.
Pero día a día le llevan a patadas, y eso le ayuda un poco.
Hasta que se encuentra una mañana con un equipo adecuado y completo.
Librándose de la suciedad, librándose de la compasión.
Y acabando para siempre de hacer las cosas más o menos bien.
Rudyard Kipling

No voy a hablar mucho más de mi adiestramiento. La mayor parte fue simplemente trabajo, pero al fin me sentí encajado, y eso es suficiente.

Sin embargo, deseo comentar algo acerca de los trajes electrónicos, en parte porque me sentía fascinado por ellos y también porque eso fue lo que me metió en problemas. No me quejo; recibí mi merecido.

Un miembro de la Infantería Móvil vive gracias a su traje, lo mismo que un miembro del K-9 vive con y para su socio perruno. Los trajes electrónicos son los responsables de que se nos llame «infantería móvil», y no «infantería» a secas. (Claro que también son responsables la nave espacial que nos suelta sobre el terreno, y las cápsulas en las que caemos.) Nuestros trajes nos proporcionan mejor vista, mejor oído, una espalda más fuerte (para llevar armas más pesadas y más municiones), mejores piernas, más inteligencia («inteligencia» en sentido militar: un hombre con ese traje puede

ser tan idiota como cualquiera. sólo que más le valdrá no serlo), más potencia de tiro, mayor resistencia y menor vulnerabilidad.

Ese traje no es un traje espacial, aunque puede servir. No es primordialmente una armadura, aunque los Caballeros de la Tabla Redonda no iban tan blindados como nosotros. No es un tanque, pero un solo soldado de Infantería Móvil podría coger todo un escuadrón de tanques y destrozarlo sin ayuda de nadie, si es que alguien fuera tan idiota como para lanzar tanques contra un I.M. El traje no es una nave, pero puede volar un poco; por otra parte, ni las naves espaciales, ni las armas, pueden luchar contra un hombre que lo lleve puesto, a no ser saturando de bombas el área en que se encuentra (lo cual sería como quemar una casa para matar una mosca). Y a la inversa. nosotros podemos hacer muchas cosas que resultan imposibles para una nave, aérea, sumergible o espacial.

Hay una docena de modos distintos de originar una destrucción impersonal por completo mediante naves y misiles de uno u otro tipo, con catástrofes tan inmensas y generales que la guerra termina porque esa nación, o planeta, ha cesado de existir. Lo que hacemos nosotros es totalmente distinto. Nosotros hacemos la guerra de un modo tan personal como pudiera serlo un puñetazo en la nariz. Podemos ser muy selectivos, aplicando exactamente la cantidad necesaria de presión en el punto especifico y en el momento preciso. Por supuesto, nunca nos han dicho que bajemos y matemos a todos los pelirrojos zurdos en un área particular, mas si nos lo dijeran lo haríamos. Y lo haremos.

Nosotros somos los que vamos a un lugar en especial, a la hora H, ocupamos el terreno indicado, nos instalamos en él, sacamos al enemigo de sus agujeros y les forzamos allí mismo a rendirse o morir. Somos la infantería sanguinaria, los rudos, los soldados de a pie que van donde está el enemigo y lo capturan personalmente. Llevamos haciendo esto, con cambios en el armamento pero no en nuestro oficio, al menos desde hace cinco mil años, cuando los soldados de a pie de Sargón el Grande obligaron a los sumerios a gritar: «¡Basta!»

Tal vez puedan prescindir de nosotros algún día. Tal vez algún genio loco y miope, con la frente abombada y una mente cibernética, invente un arma capaz de bajar por un agujero, hacer salir al enemigo y obligarle a rendirse o morir, sin matar a la vez a los compañeros que se hallan prisioneros allí. No lo sé; no soy un genio. Sólo soy un I.M. Mientras tanto, y hasta que construyan una máquina que nos reemplace, mis compañeros pueden encargarse de todo ese trabajo, y yo aportaré mi granito de arena.

Tal vez algún día quede todo ordenado y arreglado, y consigamos eso que cantamos en las marchas: «Ya no tendremos que estudiar más sobre la guerra». Es posible. Es posible que ese mismo día el leopardo se vea libre de sus manchas y se convierta en una vaca de Jersey. Pero, repito: no lo sé. No soy un profesor de cosmopolítica. Sólo soy un I.M. Cuando el gobierno me envía a la guerra, voy. Mientras tanto, hago muchas prácticas.

Pero, en tanto no dispongan de una máquina para reemplazarnos, se han preocupado de inventar cosas que nos ayudan. El traje en particular.

No hay necesidad de describir su aspecto, ya que ha sido fotografiado con mucha frecuencia. Vestido con él, uno parece un gran simio de acero, con armas de tamaño gorila. (Quizá por eso cualquier sargento suele iniciar todas sus observaciones con un: «Vosotros, micos...», aunque lo más probable es que los sargentos de César utilizaran el mismo apelativo.)

Librodot

No obstante, los trajes son muchísimo más fuertes que un gorila. Si un I.M. vestido con él luchara con un gorila, éste resultaría muerto, aplastado, y ni el I.M. ni su traje se verían afectados en lo más mínimo.

Los «músculos», la seudomusculatura, han tenido mucha publicidad, mas el mérito está realmente en el control de toda esa potencia. Lo más genial del diseño es que uno no tiene que controlar el traje; se limita a llevarlo como la ropa corriente, como la piel. En lo que se refiere a los distintos tipos de nave hay que aprender a pilotarlas, y se necesita mucho tiempo, todo un juego distinto de reflejos, una mentalidad diferente y artificial. Incluso montar en bicicleta exige un arte adquirido, algo muy distinto de caminar, y no digamos una nave espacial... Eso nunca será para mí. Las naves espaciales son para los acróbatas, que además son buenos matemáticos.

Pero en cuanto al traje, basta con ponérselo.

Pesa unos mil kilos, quizá, con todo el equipo; sin embargo, la primera vez que te meten en uno, inmediatamente puedes caminar, correr, saltar, echarte, coger un huevo sin romperlo (se necesita un poco de práctica. pero todo mejora con la práctica), bailar una jiga (si es que uno sabe bailarla, quiero decir sin el traje) y saltar sobre la casa contigua y aterrizar como una pluma.

El secreto está en la retroacción negativa y la amplificación.

No me pidan que les dibuje todos los circuitos de un traje; no puedo. No obstante, sé que hay violinistas magníficos, solistas de concierto, que tampoco son capaces de hacer un violín. Puedo encargarme del cuidado del traje en tierra, y de sus reparaciones en campaña, y comprobar los trescientos cuarenta y siete pasos, desde «frío» a «dispuesto a llevar», y eso es todo lo que se espera de un estúpido I.M. Pero si mi traje se estropea de verdad, lo que hago es llamar al médico, un doctor en ciencias (ingeniería electromecánica) que figura entre el personal de las naves, por lo general un teniente (léase «capitán» entre nosotros), formando parte de la compañía de la nave transporte de tropas, o que, para su desgracia, ha sido asignado a un cuartel general del regimiento en el Campamento Currie, un destino peor que la muerte para uno de la marina espacial.

Con todo, si realmente está usted interesado en las impresiones, estéreos y esquemática de la fisiología del traje, puede encontrar la mayoría de las respuestas, la parte no clasificada, en cualquier biblioteca pública de buen tamaño. En cuanto a la parte clasificada, puede acudir a un agente enemigo de confianza, y digo «de confianza» porque los espías son bastante pillos. A lo mejor, sólo le cuentan lo que usted podría averiguar gratis en la biblioteca.

Pero he aquí como funciona, exceptuando el diagrama. La parte interior del traje es una masa de receptores de presión, cientos de ellos. Se aprieta un botón con el dedo, el traje recibe la presión, la amplifica, y empuja a la vez para tomar la presión de todos los receptores que dieron la orden de apretar. Parece confuso, pero la retroacción negativa resulta siempre confusa la primera vez, aunque el cuerpo lo ha estado haciendo inconscientemente desde que uno dejó de patear como un bebé. Los niños aún lo están aprendiendo, por eso son tan torpes. Los adolescentes y adultos lo hacen sin saber cómo lo aprendieron. y un hombre con la enfermedad de Parkinson no puede hacerlo por tener estropeados los circuitos.

El traje está dotado de retroacción, lo que significa que se adapta a cualquier movimiento que uno haga, si bien con mucha más fuerza.

Librodot

Fuerza controlada, y controlada sin que uno tenga que pensar en ella. Se da un salto y ese traje tan pesado salta, pero más alto de lo que uno podría saltar. Se pega un salto mayor aún, y los propulsores del traje entran en acción, amplificando lo que hicieron los «músculos» de las piernas y dando un impulso de tres propulsores, cuyo eje de presión pasa por el centro de masa del usuario. De modo que saltas sobre la casa que está ante ti. Y te hace bajar con la misma rapidez con la que subiste, porque el traje advierte tu proximidad al punto de bajada (una especie de radar sencillo, similar a un fusible de proximidad) y por tanto corta los propulsores de nuevo, justo en la cantidad adecuada para ayudar al aterrizaje sin que uno tenga que pensar en ello.

Y ésa es la belleza de un traje electrónico, el no haber de pensar en él. No hay que conducirlo, ni hacerlo volar, ni dirigirlo; uno se limita a llevarlo y él recibe las órdenes directamente de los músculos y hace por su usuario lo que los músculos de éste tratan de hacer. Eso deja la mente libre para manejar las armas y observar lo que pasa en torno, lo cual es de suprema importancia para un soldado de infantería que desea morir en la cama. Si a éste se le carga con una serie de aparatos que está obligado a vigilar, cualquiera equipado con algo mucho más sencillo —digamos un hacha de piedra— se le echará encima y le romperá la cabeza mientras él esté tratando de leer un cuadrante.

«Ojos» y «oídos» están dispuestos para ayudar sin necesidad de que se les preste atención. Digamos que uno tiene tres audiocircuitos, comunes en un traje de merodeador. El control de frecuencia para mantener la seguridad táctica es muy complejo, con al menos dos frecuencias por cada circuito, las dos necesarias para cualquier señal; cada una de ellas oscila bajo el control de un reloj de cesio, conectado al microsegundo con el otro extremo, pero ése no es problema para el que lleva el traje. Si uno desea el circuito A con el jefe de su escuadra, da un mordisco; si quiere el circuito B, da dos, etc. El micro está colocado en la garganta, los audífonos en los oídos y no pueden fallar, así que sólo hay que hablar. Aparte de esto, los micrófonos exteriores, a cada lado del casco, dan la lectura biauricular del ambiente inmediato, lo mismo que si uno llevara la cabeza desnuda, o bien se pueden anular todos los ruidos del exterior que molesten —a fin de no perderse lo que dice el jefe de patrulla— moviendo simplemente la cabeza.

Como la cabeza es la única parte del cuerpo que no está involucrada en los receptores de presión que controlan los músculos del traje, se usa la cabeza (la mandíbula, la barbilla, el cuello) para conectar cuanto necesita, lo cual deja las manos libres para luchar. Una placa en la barbilla maneja toda la información visual, al igual que la mandíbula conecta los mandos del audio. Toda la información se lee en una pantalla delante de la frente, y ahí ve uno todo lo que está ocurriendo por arriba y por detrás de él. Ese enorme casco procura cierta semejanza con un gorila hidrocéfalo, mas, con suerte, el enemigo no vivirá lo suficiente para sentirse ofendido por ese aspecto, y es una disposición muy conveniente ya que permite ir pasando de una a otra información por radar con mayor rapidez que se cambia de canal para evitar los anuncios, captar una distancia, localizar al jefe, comprobar los dos flancos, y prácticamente todo.

Si uno agita la cabeza como un caballo al que le molesta una mosca, los visores infrarrojos se suben a la frente; basta con volver a agitarla y se bajan. Si se suelta el lanzador de bombas, el traje lo retiene hasta que uno lo

Librodot

necesita otra vez. No hace falta mencionar los turnos de aprovisionamiento de agua o de aire, los girostatos, etc. ya que el fin de todos estos aparatos es el mismo: dejar libertad para que uno ejecute su tarea: matar.

Por supuesto, todo requiere práctica. y uno sigue practicando hasta que la elección del circuito adecuado resulta algo tan automático como cepillarse los dientes. Con todo, el hecho de llevar el traje y de moverse con él, casi no requiere adiestramiento. Si se practican los saltos porque, aunque uno lo hace de modo totalmente natural, llega con ello a saltar más alto, más aprisa, a mayor distancia y durante más tiempo. Esto último supone un nuevo enfoque: Los segundos en el aire pueden utilizarse, pues los segundos son joyas inapreciables en un combate. Mientras uno se halla sobre el terreno en pleno salto, puede obtener la situación y distancia, elegir un blanco, hablar y escuchar, disparar un arma, volver a cargar, decidir saltar de nuevo sin caer en tierra, y anular el automático para utilizar los propulsores otra vez. Todo eso puede hacerse durante un salto, a fuerza de práctica.

No obstante, en general, el traje electrónico no requiere práctica; sencillamente, él lo hace todo por ti. Como lo haría uno mismo, pero mejor. Todo menos una cosa: no puedes rascarte donde te pica. Si alguna vez encuentro un traje que me permita rascarme entre las paletillas, me casaré con él.

Hay tres tipos principales de trajes I.M.: de merodeador, de comando y de explorador. Estos últimos son muy rápidos y de largo alcance, pero con poco armamento. Los trajes de comando son más pesados, con mayor potencia de marcha y de salto, y tienen el triple que los demás en cuanto a mecanismo de comunicación y radar, y un rastreador y contador de bajas que actúa por inercia. Los de merodeador son para esos chicos de mirada adormilada..., los verdugos.

Creo que ya he explicado que me enamoré de mi traje electrónico, aun cuando en la primera prueba me disloqué un hombro. A partir de entonces. cualquier día en que mi sección obtenía permiso para practicar con los trajes, era una fiesta para mí. El día en que sufrí el accidente yo actuaba como jefe de sección, sin serlo, armado con cohetes de bomba A simulados para utilizarlos en un simulacro de oscuridad contra un simulacro de ataque del enemigo. Ese era el problema, todo era un simulacro, pero uno había de actuar como si todo fuera auténtico.

Estábamos retirándonos, «avanzando hacia la retaguardia» quiero decir, cuando uno de los instructores le cortó la energía a uno de mis hombres por radio control, haciendo de él una baja indefensa. De acuerdo con las ordenanzas de la Infantería Móvil, yo ordené su recogida, sintiéndome muy satisfecho de haber lanzado esa orden antes de que mi número dos interviniera para decirlo, y me dediqué luego a lo que tenía que hacer, que era tirar una falsa bomba atómica para desanimar al supuesto enemigo que nos estaba dominando.

Nuestro flanco se movía de un lado a otro, y se suponía que yo había de disparar en diagonal, dejando espacio suficiente para proteger a mis hombres de la explosión, pero apuntando con la exactitud precisa para tumbar a los otros. Con toda rapidez, desde luego. Los movimientos sobre el terreno, y el problema en sí, se habían discutido por anticipado. Todavía éramos novatos, de modo que las únicas variaciones posibles serían las supuestas bajas.

Las normas me exigían que localizara exactamente, mediante la señal del radar, a mis hombres, a los cuales podría afectar la explosión. Pero todo tenía que hacerse a toda prisa, y yo no era sobresaliente en lectura de aquel radar diminuto. Fallé sólo un contacto, me subí los visores y miré con los ojos desnudos y a la luz del sol. Tenía mucho sitio. ¡Caray! Si hasta veía al único hombre afectado, a cosa de un kilómetro de distancia, y todo lo que yo tenía era una pequeña bomba R.E. sin otra función que despedir mucho humo y poco más... De modo que elegí un punto a ojo, cogí el lanzador de cohetes y lo dejé volar.

Entonces me alejé a paso ligero creyéndome muy listo. No había perdido ni un segundo.

Y me cortaron la energía en el aire. Eso no lastima... es una acción retardada, que acaba en el aterrizaje. Caí en tierra y allí me quedé, medio en cuclillas, sostenido por los girostatos pero incapaz de moverme. Nadie puede hacer un movimiento cuando está envuelto en una tonelada de metal y le han cortado la energía.

En cambio, empecé a soltar maldiciones. Jamás había pensado que harían de mí una baja cuando se suponía que yo estaba dirigiendo el asunto. Hubo tacos y demás comentarios.

Debería haber sabido que el sargento Zim actuaba como monitor del jefe de sección. Cayó sobre mí a paso ligero y me habló en privado, cara a cara. Me sugirió que debía dedicarme a barrer los suelos, ya que era demasiado estúpido, torpe y descuidado para lavar los platos sucios. Habló de mi pasado y de mi probable futuro, y de muchas otras cosas que yo no deseaba oír. Terminó diciendo con voz fría:

—¿Te gustaría que el coronel Dubois viera lo que has hecho? Entonces me dejó. Esperé allí, encogido, durante dos horas hasta que acabó el ejercicio. El traje, que antes me resultaba ligero como una pluma, las auténticas botas de siete leguas, me parecía ahora una apisonadora. Al fin volvió a recogerme, me conectó de nuevo la energía y ambos fuimos a toda velocidad al cuartel general del batallón.

El capitán Frankel me dijo menos, pero me hizo más daño. Después hizo una pausa y preguntó con esa voz monótona que utilizan los oficiales cuando citan el reglamento:

—Puede solicitar un juicio en consejo de guerra si lo desea. ¿Qué dice?

Tragué saliva y respondí:

—¡No señor!

Hasta ese momento no había comprendido hasta qué punto me había metido en un lío. El capitán Frankel pareció relajarse ligeramente:

—Entonces veremos qué tiene que decir el oficial al mando del regimiento. Sargento, escolte al prisionero.

Nos dirigimos rápidamente al cuartel general del regimiento y por primera vez vi cara a cara al oficial al mando. Para entonces ya estaba seguro de que iba a ir a juicio, pasara lo que pasara, pero recordaba muy bien lo que le ocurrió a Ted Hendrick por hablar. De modo que no dije nada.

El mayor Malloy sólo me dirigió un total de cinco palabras. Después de oír al sargento Zim, dijo tres:

—¿Es eso cierto?

Yo respondí con un «Si, señor», y ahí terminó mi actuación. Entonces el mayor Malloy preguntó al capitán Frankel:

—¿Hay alguna posibilidad de mejorar a este hombre?

Librodot

—Eso creo, señor —dijo el capitán Frankel.

—Entonces probaremos con un castigo —dijo el mayor Malloy. Se volvió hacia mi y añadió:

—Cinco latigazos.

Bien, desde luego no me hicieron esperar. Quince minutos después el doctor había comprobado ya a fondo el estado de mi corazón, y el sargento de guardia me colocaba esa camisa especial que pueden retirar sin sacarla por los brazos, es decir con una cremallera que baja desde el cuello hasta las manos. Acababa de sonar la llamada a revista, y yo me sentía como ausente de todo ello, algo que, según he descubierto, es un modo de estar muerto de miedo. La alucinación de una pesadilla.

Zim entró en la tienda de guardia justo al terminar la llamada. Miró al sargento de guardia —el cabo Jones— y éste salió. Zim se acercó a mí, me metió algo en la mano y murmuró:

—Muérdelo, que eso ayuda. Yo lo sé.

Era un bocado de goma, como el que solíamos ponernos para evitar los dientes rotos en los ejercicios de combate cuerpo a cuerpo. Se fue. Me lo metí en la boca. Luego me pusieron las esposas y salimos.

Leyeron la orden: «...en un simulacro de combate, grave negligencia que, en acción, habría causado la muerte de un compañero de equipo», y entonces me quitaron la camisa y me colgaron.

Ahora bien, es muy curioso: los azotes no son tan duros de aceptar como de ver. No quiero decir que sea un dulce. Me dolió más de lo que nada me doliera en la vida, y la espera entre los golpes es aún peor que los golpes en sí. Pero el bocado de goma me ayudó, y el único grito que solté no llegó a oírse.

Y otra cosa curiosa: nadie me lo mencionó, ni siquiera los compañeros. Por cuanto pude ver, Zim y los instructores me trataron después exactamente igual que antes. Desde el instante en que el doctor me pintó con algo las señales y me dijo que volviera al servicio, todo quedó olvidado. Incluso conseguí cenar un poco esa noche, y simular que tomaba parte en la charla general de la mesa.

Algo más acerca de esos castigos administrativos: no hay una mala nota permanente. Esos informes se destruyen al final del adiestramiento, y uno sale completamente limpio. Lo único que queda es lo que duele más.

Que uno no lo olvida.

Capítulo 8

Instruye al joven según sus disposiciones.
que luego, de viejo, no se apartará de ellos.
Proverbios, 22-6

Se azotó también a algunos otros, pero a muy pocos. Hendrick fue el único de nuestro regimiento que recibió los azotes por sentencia de un consejo de guerra; los demás fueron un castigo administrativo, como el mío, y para eso había que llegar hasta el oficial al mando del regimiento, cosa que un oficial subordinado juzga molesta, por decirlo suavemente. Incluso entonces era más probable que el mayor Malloy echara al hombre de una patada «por conducta indeseable» antes que mandara colocar el poste de los azotes. En cierto modo, ser azotado por castigo administrativo es casi un cumplido; significa que los superiores opinan que hay ciertas probabilidades de que uno llegue a adquirir eventualmente el carácter necesario para ser un soldado y un ciudadano, por extraño que parezca de momento.

Yo fui el único que recibió el máximo castigo administrativo; ninguno de los otros mereció más de tres azotes. Nadie estuvo tan cerca como yo de acabar con ropas de paisano, pero conseguí pasar. Eso es una distinción social. No la recomiendo.

En cambio, sí tuvimos otro caso mucho peor que el mío o el de Ted Hendrick. algo realmente nauseabundo. Una vez levantaron la horca.

Bueno, entendámonos. El caso no tuvo en realidad nada que ver con el ejército. El crimen no se cometió en el Campamento Currie, y el oficial de colocación que aceptara a aquel chico para la Infantería Móvil debió de estremecerse al saberlo.

El muchacho desertó dos días después de que llegáramos a Currie. Ridículo, por supuesto, mas en aquel caso nada tuvo lógica. ¿Por qué no presentó la renuncia? La deserción, naturalmente, es una de esas «treinta y una» ordenanzas que dan contigo en tierra, pero el ejército no pide para el culpable la pena de muerte, a menos que haya circunstancias especiales, como «deserción frente al enemigo» o algo que haga de ella, en vez de un modo bastante informal de renunciar, otra cosa imposible de pasar por alto.

El ejército no hace el menor esfuerzo por hallar a los desertores y traerlos de vuelta. Lo cual tiene cierta lógica absurda. Todos somos voluntarios. Somos I.M. porque queremos serlo, estamos orgullosos de ser I.M., y la Infantería Móvil está orgullosa de nosotros. Si un hombre no lo siente así, desde los pies llenos de callos hasta las orejas llenas de pelos, yo no le quiero a mi lado cuando haya problemas. Si estoy en peligro, quiero a mi alrededor hombres que vendrán a recogerme porque soy I.M. y mi piel significa para ellos tanto como la suya propia. No quiero soldaditos sintéticos, corriendo con el rabo entre las piernas en cuanto las cosas se ponen feas. Es mucho más seguro tener un espacio vacío al lado que un supuesto soldado que alimente el síndrome de «recluta a la fuerza». Por tanto, si alguien sale huyendo, se le deja huir. Es una pérdida de tiempo y de dinero el ir a buscarle.

No obstante, la mayoría de ellos vuelven —aunque a veces tarden años—, en cuyo caso el ejército les da desdeñosamente sus cincuenta azotes, en vez de colgarlos, y les deja en libertad. Supongo que debe de ser agotador para

los nervios de cualquiera el saberse un fugitivo cuando todo el mundo es ciudadano o residente legal, aunque la policía no esté tratando de encontrarle. «El malvado huye aunque nadie le persiga.» La tentación de presentarse de nuevo, aceptar los azotes y poder respirar tranquilo debe de ser abrumadora.

Pero este muchacho no regresó voluntariamente. Llevaba ya cuatro meses ausente, y dudo que ni su compañía le recordara, ya que sólo había estado con ellos un par de días. Probablemente no era más que un nombre sin rostro, «Dillinger, N. L.», del que se informaba a diario al pasar lista por la mañana: ausente sin permiso.

Y entonces mató a una niña.

Fue juzgado y condenado por un tribunal local, pero la tarjeta de identidad demostró que era un soldado no licenciado; hubo que notificarlo al ministerio, y nuestro general en jefe intervino en seguida. Entonces nos lo devolvieron, ya que la ley y la jurisdicción militar tienen precedencia sobre el código civil.

¿Por qué se molestó el general? ¿Por qué no dejó que el sheriff de la localidad hiciera el trabajo?

¿Para «darnos una lección»?

En absoluto. Estoy seguro de que nuestro general no creyó que ninguno de sus chicos necesitara sentirse asqueado para no andar por ahí matando niñas. Ahora estoy convencido de que nos habría evitado el espectáculo de haberle sido posible.

Aprendimos una lección, aunque nadie lo mencionara entonces, y una que cuesta mucho tiempo saber bien, hasta que llega a cobrar carta de naturaleza.

La Infantería Móvil cuida de los suyos, pase lo que pase.

Dillinger nos pertenecía a nosotros, aún estaba en nuestra nómina. Aunque no le quisiéramos en el cuerpo, aunque nunca debiéramos haberle aceptado, aunque nos habríamos alegrado de rechazarle, era miembro de nuestro regimiento. No podíamos renegar de él y dejar que un sheriff se encargara de matarle a dos mil kilómetros de nosotros. Cuando es necesario hacerlo, un hombre —un verdadero hombre— mata personalmente a su perro; no busca a otro para que lo haga.

Los informes del regimiento decían que Dillinger era nuestro, de modo que nuestro deber era ocuparnos de él.

Esa tarde fuimos al terreno de revista a marcha lenta, sesenta redobles por minuto (y es difícil mantener el paso cuando uno está acostumbrado a ciento cuarenta), mientras la banda tocaba Canto fúnebre por los que nadie ha llorado. Entonces sacaron a Dillinger, vestido con el uniforme completo de la I.M., como nosotros, y la banda tocó Danny Deever mientras le quitaban todo rastro de insignias, incluso los botones y la gorra, dejándole con un traje marrón y azul claro que ya no era el uniforme. Los tambores tocaron unos instantes sin parar y todo terminó.

Volvimos a las tiendas a trote rápido. No creo que nadie se desmayara, ni que nadie vomitara tampoco, aunque la mayoría apenas cenamos nada esa noche, y nunca he visto tan silenciosa la cantina. Por desagradable que resultara (era la primera vez que yo veía la muerte; la primera vez para la mayoría de nosotros), no fue el mismo shock de cuando azotaron a Ted Hendrick. Quiero decir que uno no podía ponerse en el lugar de Dillinger, ni se le ocurría pensar: «Podía haber sido yo». Aparte de la cuestión técnica de

la deserción, Dillinger había cometido al menos cuatro crímenes capitales. Aunque su víctima no hubiese muerto, él habría bailado a los sones de Danny Deever por cualquiera de los otros tres: secuestro, petición de rescate, negligencia criminal, etcétera.

No le compadecí entonces, ni ahora le compadezco. Ese viejo dicho de que «comprenderlo todo es perdonarlo todo» resulta muy falso. Porque hay cosas que, cuanto más las comprendes, más las odias. Reservo mi compasión para la pequeña Barbara Anne Enthwaite, a quien nunca he visto, y para sus padres, que nunca volverán a verla de nuevo.

Cuando la banda dejó sus instrumentos esa noche iniciamos los treinta días de luto por Barbara, y de vergüenza por nosotros, con las banderas con crespón negro, sin música en la revista y sin cantos en las marchas. Sólo una vez oí quejarse a alguien, y otro le preguntó de inmediato qué le parecería recibir unos cuantos golpes. Desde luego no había sido culpa nuestra, pero nuestro trabajo consiste en defender a las niñas, no en matarlas. Nuestro regimiento había sido deshonrado, y había que borrar esa mancha. Estábamos en desgracia, y nos sentíamos en desgracia.

Esa noche traté de imaginar cómo podría evitarse que sucedieran tales cosas. Por supuesto, apenas suceden en estos días, pero incluso una vez es demasiado. No conseguí encontrar una respuesta que me satisficiera. Ese Dillinger parecía un chico normal, y su conducta e informes no podían haber sido tan malos, pues de lo contrario jamás habría llegado al Campamento Currie, para empezar. Supongo que era una de esas personalidades patológicas sobre las que uno lee en los libros, y a las que no es posible reconocer.

Bien, si no habíamos podido evitar que sucediera una vez, sí había un medio de evitar que se repitiera. El que habíamos utilizado.

Si Dillinger comprendía bien lo que hacía (cosa que parecía increíble), entonces había recibido su merecido. Excepto que era una vergüenza que no hubiera sufrido tanto como la pequeña Barbara Anne. Prácticamente, no había sufrido en absoluto.

Pero supongamos, pues es lo que parecía más probable, que estuviera tan loco como para no darse cuenta de que estaba haciendo algo malo. Entonces ¿qué?

Bien, matamos a los perros rabiosos, ¿no?

Sí, pero estar tan loco es una enfermedad...

No veía más que dos alternativas: o bien era imposible que se recuperara, en cuyo caso mejor estaba muerto, por su propio bien y por la seguridad de los demás, o bien era posible tratarle y devolverle la salud. En cuyo caso, pensé, si alguna vez llegaba a estar lo bastante sano como para vivir en una sociedad civilizada, y meditaba en lo que hizo cuando estaba «enfermo»..., ¿qué le quedaba sino el suicidio?, ¿cómo podría vivir consigo mismo?

Sin embargo, supongamos que escapase antes de que le curaran y volviera a matar otra vez. Y quizás, incluso otra vez. ¿Cómo explicar eso a los abrumados padres de la víctima, y en vista de los antecedentes además?

Entonces sólo veía una respuesta.

Recordé de pronto una discusión en nuestra clase de historia y filosofía moral. Dubois hablaba sobre los desórdenes que precedieron al colapso de la república de Norteamérica, allá en el Siglo XX. Según él, antes de que todo se viniera abajo hubo un período en el que crímenes como el de Dillinger eran tan corrientes como las peleas de perros. El Terror no sólo se hallaba

Librodot

implantado en Norteamérica; Rusia y las Islas Británicas lo sufrían también, así como otros países. Pero llegó al colmo en Norteamérica poco antes de que la civilización se hiciera pedazos.

Las gentes cumplidoras de la ley —nos había dicho Dubois— apenas se atrevían a ir a un parque público por la noche. Hacerlo suponía correr el riesgo de verse atacados por jóvenes salvajes armados con cadenas, cuchillos, pistolas de fabricación casera o porras, y como mínimo resultar herido, robado con toda seguridad o quedar inválido de por vida, o muerto incluso. Tal estado de cosas duró muchos años, hasta que estalló la guerra entre la Alianza ruso-anglo-americana y la Hegemonía china. El asesinato, el vicio, las drogas, el robo, los asaltos y el vandalismo estaban a la orden del día. Y no sólo ocurría en los parques, sino también en las calles y a plena luz del día, en los alrededores de las escuelas, incluso en el interior de las mismas. Pero los parques, sobre todo, eran tan peligrosos que las gentes honradas se alejaban de ellos en cuanto caía la noche.

Yo había intentado imaginar que aquello ocurriera en nuestras escuelas, y sencillamente me había resultado imposible. Ni en nuestros parques. Un parque era un lugar para divertirse, no para que te atacaran. En cuanto a que te mataran en uno de ellos...

—Señor Dubois, ¿acaso no tenían policía? ¿Ni tribunales?

—Tenían mucha más policía que nosotros. Y más tribunales. Y todos sobrecargados de trabajo.

—Entonces no lo entiendo.

Si un chico de nuestra ciudad hiciera algo semejante, él y su padre serían azotados, uno junto a otro. Mas esas cosas no ocurrían ahora. Dubois me pidió entonces:

—Defina a un «delincuente juvenil».

—Pues... uno de esos chicos que solían pegar a la gente.

—Mal.

—¿Cómo? Pero el libro dice...

—Discúlpeme. El texto lo dice así. Sin embargo, llamar rabo a una pata no hace que el nombre encaje. «Delincuente juvenil» es una contradicción de términos, que expresa la clave del problema y el fallo en resolverlo. ¿Ha criado alguna vez un cachorro?

—Sí, señor.

—¿Le enseñó a comportarse bien dentro de casa?

—Pues... sí, señor. Precisamente, mi lentitud en domesticarlo fue lo que hizo que mi madre decidiera al final que los perros debían estar fuera de casa.

—¿Sí? Y cuando su perrito cometía algún error, ¿se enojaba usted?

—¿Por qué? Él no sabía hacerlo mejor. Sólo era un cachorro.

—¿Qué hacía usted?

—Bueno, le reñía, le frotaba el morro con aquello y le daba unos golpes.

—Con toda seguridad él no comprendía sus palabras.

—No, pero sí veía que yo le estaba riñendo.

—Sin embargo, acaba de decir que usted no estaba furioso.

Dubois tenía un modo muy molesto de confundirle a uno.

—No, pero tenía que hacerle pensar que lo estaba. Había de aprender, ¿no?

—Concedido. Pero, si ya había quedado bien claro que usted desaprobaba aquello, ¿cómo podía ser tan cruel como para pegarle además? Usted dijo

que el pobre animalito no sabía que obraba mal. No obstante, le bacía daño a propósito. ¡Justifíquese! ¿O acaso es un sádico?

No sabía entonces lo que era un «sádico», pero conocía a los cachorros.

—Señor Dubois, ¡el caso es que hay que hacerlo! Primero le riñes para que sepa que ha hecho algo malo, luego le metes el morro en la porquería para que sepa a qué te refieres y le pegas para que no vuelva a hacerlo otra vez. Y hay que hacerlo en seguida. No sirve de nada castigarle más tarde; eso sólo le confunde. Incluso así, el cachorro no aprende con una sola lección; de modo que se le vigila y se le coge otra vez y se le pega aún más. Pronto aprende. Pero limitarse a reñirle es una pérdida de tiempo. —Y entonces añadí—: Supongo que nunca ha educado cachorros.

—Muchos. Ahora estoy criando un pachón... según sus métodos. Volvamos a esos criminales juveniles. Los peores eran algo más jóvenes que ustedes, los de esta clase, y con frecuencia habían empezado de niños su carrera fuera de la ley. No nos olvidemos de ese cachorro. Los chicos eran capturados a menudo. La policía los arrestaba a puñados a diario. ¿Les reñían? Sí, y a veces con severidad. ¿Les frotaban el morro en lo que habían hecho? Raras veces. La prensa y los organismos oficiales solían mantener sus nombres en secreto; en muchos lugares, así lo exigía la ley para los criminales menores de dieciocho años. ¿Les pegaban? ¡Por supuesto que no! A la mayoría no les habían pegado ni de niños. Había una teoría, y muy extendida, según la cual los golpes, o cualquier castigo que supusiera dolor, causaban al niño un daño psíquico permanente.

(Pensé entonces que sin duda mi padre jamás había oído hablar de esa teoría.)

—El castigo corporal en las escuelas estaba prohibido por la ley —había continuado Dubois—. Los azotes, como sentencia de un tribunal, sólo se permitían en una pequeña provincia, Delaware, y únicamente por algunos crímenes, y rara vez se llevaban a efecto. Estaban considerados como un castigo «cruel y extraordinario». —Y Dubois había murmurado—: No comprendo esas objeciones al castigo «cruel y extraordinario». Aunque un juez haya de ser benévolo en sus propósitos, su sentencia ha de hacer que el criminal sufra o no hay castigo, y el dolor es el mecanismo básico, innato en nosotros merced a millones de años de evolución, que nos salvaguarda al avisarnos de que algo amenaza nuestra supervivencia. ¿Por qué ha de negarse la sociedad a utilizar un mecanismo de supervivencia tan altamente perfeccionado? Sin embargo, ese período estaba dominado por las teorías seudo-psicológicas y pre-científicas.

»En cuanto a lo de «extraordinario», el castigo debe ser extraordinario, o no sirve a sus propósitos. —Entonces señaló a otro chico con el muñón—: ¿Qué ocurriría si a un cachorro se le pegara cada hora?

—Pues... probablemente le volveríamos loco.

—Probablemente. Desde luego, no le enseñaríamos nada. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que el director de esta escuela tuvo que azotar a un alumno?

—No estoy seguro. Unos dos años. El chico había robado...

—No importa. Es suficiente tiempo. Significa que tal castigo resulta tan extraordinario como para tener un gran significado, e instruir. Volviendo a aquellos jóvenes criminales..., probablemente no les pegaban de niños; desde luego, no les azotaban por sus crímenes. La secuencia normal era: por una primera ofensa un aviso, una reprimenda, a menudo sin juicio. Después

de varias ofensas, una sentencia de confinamiento, pero una sentencia que podía suspenderse mientras el chico quedaba en libertad a prueba. Podía ser arrestado varias veces. incluso condenado varias veces, antes de ser castigado, un castigo que consistía simplemente en encerrarlo con otros como él, de los que aprendía más hábitos criminales. Si no se metía en líos durante su encierro, generalmente podía librarse de más de la mitad de la condena saliendo a prueba «bajo palabra», según la fraseología de la época.

»Esta secuencia increíble duraba años y años, mientras sus crímenes aumentaban en frecuencia y maldad, sin más castigos que esos encierros esporádicos, aburridos pero cómodos. De pronto, al cumplir los dieciocho años, y según la ley, este llamado «delincuente juvenil» se convertía en un criminal adulto. Y a veces, en cuestión de semanas o meses, acababa en la celda de la muerte esperando su ejecución por haber cometido un asesinato. ¡Usted!

Me había señalado de nuevo.

—Supongamos que se limita a reñir a su cachorro sin castigarlo nunca, que le deja seguir soltando porquería por la casa, que de vez en cuando le encierra en un edificio exterior, pero vuelve a dejarle entrar pronto en casa diciéndole tan sólo que no lo haga de nuevo. Luego, un día, se da cuenta de que ya es un perro crecido y que sin embargo no está educado para la casa, y usted coge un arma y le mata de un tiro. Comentarios, por favor.

—¡Vaya! En cuanto a educar a un perro, ése es el modo más absurdo del que he oído hablar.

—De acuerdo. O a un niño. ¿De quién sería la culpa?

—Pues... mía, supongo.

—De acuerdo otra vez. Mas yo no lo supongo. Lo sé.

—Señor Dubois —estalló una chica—, pero ¿por qué? ¿Por qué no pegaban a los niños cuando lo necesitaban, y usaban buenas dosis de correa con los mayores que lo merecían, una lección que jamás olvidarían? Me refiero a los que hacían algo realmente malo. ¿Por qué no?

—No lo sé —había contestado él secamente—, excepto que el método aprobado durante siglos para instilar la virtud social y el respeto a la ley en la mente de los jóvenes no atraía a la clase precientífica y seudoprofesional, los que se denominaban a sí mismos «asistentes sociales», o a veces «psicólogos infantiles». Era demasiado sencillo para ellos, al parecer, ya que cualquiera podía hacerlo echando mano tan sólo de la paciencia y la firmeza necesarias para adiestrar a un cachorro. A veces me he preguntado si no tendrían intereses creados en aquel desorden, pero es improbable; los adultos actúan casi siempre por «razones elevadas», sea cual sea su conducta.

—¡Pero santo cielo! —rebatió la chica—. A mi no me gustaban las zurras, como a ningún niño; no obstante. cuando la necesitaba, mi madre me daba una. La única vez que me dieron azotes en la escuela recibí otra buena tanda cuando llegué a casa, y eso fue hace años. Confío en que nunca me veré ante un juez que me sentencie a ser azotada; una se porta bien, y esas cosas no ocurren. No veo nada erróneo en nuestro sistema, es mucho mejor que no poder salir a la calle por miedo a que te maten. ¡Cielos, eso es horrible!

—Estoy de acuerdo. Jovencita, el trágico error de lo que hicieron aquellas gentes bien intencionadas, en contraste con lo que ellos creían hacer, tiene raíces muy profundas. Porque ellos no tenían una teoría científica de la moral. Sí tenían una teoría de valores morales, y trataban de vivir de

acuerdo con ella (no debería haberme burlado de sus motivos), pero su teoría era errónea: un cincuenta por ciento de sueños quiméricos y otro cincuenta por ciento de charlatanería racionalizada. Cuanto más ansiosos estaban de obrar bien, más se alejaban de la verdad. Verá, ellos suponían que el hombre tiene un instinto moral.

—¿Cómo, señor? Bueno, lo cierto es que sí lo tiene. ¡Yo lo tengo!

—No querida, usted tiene una conciencia cultivada, y muy cuidadosamente adiestrada. El hombre no tiene instinto moral. No nace con sentido moral. Usted no nació con él, ni yo, como no lo tiene el cachorro. Nosotros adquirimos el sentido moral, si es que lo adquirimos, mediante el adiestramiento, la experiencia y el sudor de la mente. Esos desgraciados criminales juveniles nacían sin sentido moral, igual que usted y que yo, pero no tenían oportunidades de adquirirlo; su experiencia no se lo permitía. ¿Qué es el sentido moral? Es una elaboración del instinto de supervivencia. El instinto de supervivencia está en la misma naturaleza humana, y todo aspecto de nuestra personalidad deriva de él. Todo lo que entra en conflicto con el instinto de supervivencia actúa, más pronto o más tarde, para eliminar al individuo, y por tanto deja de aparecer en las generaciones futuras. Esta verdad es matemáticamente demostrable, y comprobable en todas partes. Es el imperativo eterno que controla todo lo que hacemos.

»Pero el instinto de supervivencia puede cultivarse en motivaciones más sutiles y mucho más complejas que el instinto ciego y brutal del individuo por seguir vivo. Jovencita, lo que usted llamó «su instinto moral» no es más que lo que le enseñaron sus mayores: la verdad de que la supervivencia puede tener imperativos más fuertes que los de la suya personal. La supervivencia de su familia, por ejemplo. O de sus hijos, cuando los tenga. O de su nación si seguimos ascendiendo por la escala. Una teoría científicamente comprobable de los valores morales debe estar arraigada en el instinto de supervivencia del individuo, ¡y en nada más!, y debe describir correctamente la jerarquía de supervivencia, observar las motivaciones a cada nivel y resolver todos los conflictos.

»Nosotros disponemos ahora de esa teoría, y podemos resolver cualquier problema moral a cualquier nivel. El propio interés, el deber para con la familia, el deber hacia el país, la responsabilidad hacia la raza humana... Incluso estamos desarrollando una ética exacta para las relaciones extrahumanas. Pero todos los problemas morales pueden ilustrarse con esta cita: «Ningún hombre es capaz de más amor que una gata que muere por defender a sus gatitos». Una vez comprenda usted el problema al que se enfrenta esa gata, y cómo lo resuelve, entonces podrá examinarse y descubrir hasta qué punto de la escala moral está dispuesta a subir.

»Esos delincuentes juveniles estaban en el nivel mas bajo. Nacidos únicamente con el instinto de supervivencia, la moralidad mas elevada a la que llegaban era una débil lealtad hacia los grupos de sus pares, las pandillas callejeras. Pero aquellos «empeñados en hacer el bien» intentaban «apelar a sus mejores instintos» «llegar hasta ellos», «prender la chispa de su sentido moral». ¡Bobadas! Ellos no tenían «mejores instintos»; la experiencia les enseñaba que lo que hacían era su modo de sobrevivir. El cachorro jamás recibió su zurra; por tanto, lo que hacía con placer y con éxito debía de ser «moral».

»La base de toda moralidad es el deber, un concepto con la misma relación con respecto al grupo que el interés egoísta tiene con respecto al individuo.

Librodot

Nadie predicaba el deber a aquellos chicos de modo que pudieran entenderlo, es decir con una zurra. No obstante, la sociedad en que vivían les hablaba constantemente de sus «derechos».

»Y así los resultados hubieran podido predecirse, ya que un ser humano no tiene derechos naturales en absoluto.

Dubois había hecho una pausa. Y alguien mordió el anzuelo.

—¿Señor? ¿Qué opina entonces de lo de «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad»?

—Ah, sí, «los derechos inalienables». Cada año hay alguno que cita esa poesía magnífica. ¿La «vida»? ¿Qué derecho a la vida tiene un hombre que se está ahogando en el Pacífico? El océano no se apiadará de sus gritos. ¿Qué «derecho» a la vida tiene el hombre que debe morir si ha de salvar a sus hijos? Si él prefiere salvar la suya, ¿lo hará por cuestión de «derechos»? Si dos hombres están muriéndose de hambre, y el canibalismo es la única alternativa frente a la muerte, ¿a cuál de los dos pertenece ese «derecho inalienable»? ¿Y es de verdad un «derecho»? En cuanto a la libertad, los héroes que firmaron aquel gran documento se comprometieron a comprar la libertad con su vida. La libertad jamás es inalienable; debe redimirse con regularidad con la sangre de los patriotas, o se pierde para siempre. De todos los llamados «derechos humanos naturales» que se han inventado, la libertad es el más caro, desde luego, y jamás será gratuito.

»Y respecto al tercer derecho, la «búsqueda de la felicidad», en realidad sí es inalienable, pero no un derecho; es, sencillamente, una condición universal que los tiranos no nos pueden arrebatar, ni los patriotas restaurar. Tanto si me meten en una celda como si me queman en la hoguera o me coronan rey, yo puedo seguir «buscando la felicidad» mientras mi cerebro viva; mas ni los dioses, ni los santos, ni los sabios, ni las drogas sutiles pueden asegurar que la consiga.

Entonces Dubois se volvió hacia mí:

—Dije antes que «delincuente juvenil» era una contradicción de términos. «Delincuente» significa que ha fallado en el cumplimiento del deber. Ahora bien, el deber es una virtud de adultos. En realidad, un joven sólo se hace adulto cuando adquiere un conocimiento del deber y lo abraza con afecto idéntico al amor que ha sentido por sí mismo desde que nació. Nunca hubo, ni puede haber, un «delincuente juvenil». Por otra parte, por cada criminal joven hay siempre uno o más delincuentes adultos, gentes maduras que o no conocen su deber o, conociéndolo, fallan en cumplirlo. Y ése fue el punto débil que destruyó lo que durante muchos años fuera una cultura admirable. Los gamberros que asolaban las calles eran síntomas de una grave enfermedad; sus ciudadanos (todos eran ciudadanos entonces) glorificaron su mitología de los derechos... y se olvidaron por completo de sus deberes. Ninguna nación así constituida es capaz de perdurar.

Me pregunté si el coronel Dubois habría calificado a Dillinger como criminal juvenil que merecía piedad aunque tuviéramos que librarnos de él, o como delincuente adulto que sólo merecía el desprecio.

No lo sé. Nunca lo sabría. De lo único que estaba seguro es de que nunca volvería a matar a otra niña. Eso me satisfizo. Y así me dormí.

Librodot

Capítulo 9

No tenemos lugar en este cuerpo para los buenos perdedores.
Queremos hombres rudos, que vayan allí ¡y ganen!
Almirante Jonas Ingram, 1926

Cuando hubimos acabado con todos los ejercicios que un soldado puede hacer en tierra llana, nos llevaron a unas montañas terribles para hacer cosas más difíciles todavía: las Rocosas del Canadá, entre el monte de Buena Esperanza y el monte Waddington. El Campamento Sargento Spooky Smith era muy parecido al Campamento Currie (aparte de su situación más dura), pero era mucho más pequeño. Bien, el tercer regimiento también era ahora mucho más pequeño: menos de cuatrocientos hombres, cuando habíamos empezado con más de dos mil. La compañía H estaba organizada ahora como un simple pelotón, y el batallón como si fuera una compañía. Pero seguíamos llamándonos «la compañía R», y Zim era «oficial al mando de la compañía», y no Jefe de pelotón.

Lo que significaba aquel endurecimiento, realmente, era mucha más instrucción personal. Teníamos más cabos instructores que antes escuadras, y el sargento Zim, con sólo cincuenta hombres a su cargo en vez de los doscientos sesenta con que empezara, tenía sus vigilantes ojos fijos constantemente en cada uno de nosotros..., incluso cuando no estaba allí. Por lo menos, en el momento en que uno hacía algo mal resultaba que lo tenía precisamente a sus espaldas.

Sin embargo, las broncas que recibíamos tenían un aire casi amistoso, lo que resultaba horrible en cierto modo, porque nosotros habíamos cambiado también, no sólo el regimiento. Los que quedábamos —uno de cada cinco— éramos casi soldados, y Zim trataba de que lo fuéramos del todo, y no de fastidiarnos porque si.

Ahora también veíamos más al capitán Frankel. Se pasaba la mayor parte del tiempo enseñándonos, y no sentado ante una mesa; nos conocía a todos, de nombre y de vista, y parecía tener un archivo en la mente. Sabía exactamente qué progresos había hecho cada hombre con cada arma, con cada pieza de equipo, por no mencionar el trabajo extra que había hecho, los informes médicos o si había recibido carta de casa últimamente.

No era tan severo con nosotros como Zim; sus palabras eran suaves, y había que hacer una auténtica barbaridad para que se borrara la sonrisa amistosa de su rostro; sin embargo, no había que dejarse engañar por eso, ya que había pura armadura de berilo tras la sonrisa. Nunca llegué a decidir quién era mejor soldado, si Zim o el capitán Frankel; quiero decir si se prescindía del cargo y se pensaba en los dos como soldados. Indudablemente, ambos valían más que los demás instructores, pero ¿quién era el mejor? Zim lo hacía todo con precisión y estilo, como si estuviera pasando revista; el capitán Frankel hacía lo mismo con aire de divertirse, como si fuera un juego. Los resultados eran idénticos, mas nada resultaba tan fácil como parecía si era el capitán el que lo realizaba.

Necesitábamos esa abundancia de instructores. Saltar con el traje, como ya he dicho, resulta fácil en terreno llano. Bien, el traje salta a igual altura y con la misma facilidad en las montañas, pero supone una gran diferencia tener que saltar sobre un muro vertical de granito, entre dos árboles muy

juntos, y anular el control de propulsión en el último instante. Tuvimos tres bajas graves en la práctica en campo abierto, dos muertos y un licenciado por orden médica.

Con todo, esa muralla rocosa es todavía más dura sin el traje, equipados con cuerdas y picos. La verdad es que yo no comprendía qué utilidad podían tener aquellos ejercicios de alpinismo para las tropas espaciales, pero ya había aprendido a tener la boca cerrada y tratar de asimilar cuanto nos enseñaran. Lo aprendí y no fue tan difícil. Si alguien me hubiera dicho un año antes que sería capaz de trepar por una pared de roca, tan lisa y perpendicular como el muro de un edificio, sólo con un martillo, unos clavitos de acero y un rollo de cuerda, me habría reído en su cara. Soy un tipo de terreno llano. Corrijo: era un tipo de terreno llano. Ha habido algunos cambios.

Allí empecé a descubrir hasta qué punto había cambiado. En el Campamento Sargento Spooky Smith teníamos permiso, para ir a la ciudad, quiero decir. Bueno, también en el Campamento Currie habíamos tenido «permiso» después del primer mes. Lo cual significaba que un domingo por la tarde, si uno no estaba de servicio, podía identificarse en la tienda del oficial de día y alejarse paseando del campamento todo lo que quisiera, siempre que recordara que había de estar de regreso al pasar lista por la noche. Pero allí no había nada a esa distancia, si se exceptúa a los conejos: ni chicas, ni teatros, ni bailes, ni nada.

Sin embargo, el permiso, incluso en el Campamento Currie, no era mal privilegio. A veces puede ser muy importante, en realidad, el alejarse hasta no ver una tienda, ni un sargento, ni siquiera los rostros de los mejores amigos entre la tropa, y no tener que ir a paso ligero porque sí, y disponer de tiempo para examinar la propia alma. Podías perder ese privilegio según diversos grados: verte limitado al campamento, o a la calle de tu propia compañía, lo que significaba que ni siquiera podías ir a la biblioteca, ni a lo que llamaban cariñosamente «la tienda de recreo» (partidas de parchís y juergas semejantes). O bien te veías aislado, lo que quería decir que debías quedarte en tu tienda cuando no era requerida tu presencia en otra parte.

Esto último no tenía demasiada importancia. pues solía añadirse a horas de trabajo extra, tan agobiantes que no quedaba demasiado tiempo para estar solo, aparte de poder dormir. Era como un simple adorno, como una cereza sobre el pastel, para avisarte, a ti y al mundo, de que no sólo habías cometido una estupidez, sino algo indigno de un miembro de la Infantería Móvil, y por tanto no merecías reunirte con los demás soldados hasta haber limpiado la mancha.

En cambio, en el Campamento Spooky podíamos ir a la ciudad, si lo permitía el servicio, la buena conducta, etc., por supuesto. Salían naves de transporte hacia Vancouver todos los domingos por la mañana, justo después de los servicios religiosos (que se habían adelantado a treinta minutos después del desayuno), y volvían justo antes de la cena y también antes del toque de queda. Los instructores podían pasar el sábado por la noche en la ciudad, u obtener un pase de tres días si el servicio se lo permitía.

No había hecho más que salir de la nave en mi primer permiso cuando comprendí en parte que había cambiado. Johnnie ya no encajaba. En la vida civil, quiero decir. Todo me parecía absurdamente complejo, e increíblemente desordenado.

Librodot

No trato de criticar a Vancouver. Es una hermosa ciudad, en un marco precioso; las gentes son encantadoras, están acostumbradas a tener a la I.M. en la ciudad, y acogen muy bien a las tropas. Hay un centro social para nosotros en la misma ciudad, donde celebran bailes para los soldados cada semana y se ocupan de que haya jovencitas para que bailemos con ellas, y señoras mayores para asegurarse de que un muchacho tímido (yo, con gran asombro por mi parte, ¡pero prueben a estar unos cuantos meses sin más hembras alrededor que las conejas!) sea presentado a alguien y pueda bailar, por mal que lo haga.

Sin embargo, yo no fui al centro social en aquel primer permiso. Me dediqué a pasear y a mirarlo todo, los hermosos edificios, los escaparates llenos de todo tipo de cosas innecesarias (ni un arma entre ellas) y las gentes que iban de un lado a otro o paseaban haciendo exactamente lo que les daba la gana, sin ver a dos vestidos del mismo modo... Y a las chicas.

Especialmente a las chicas. Aún no había comprendido lo maravillosas que eran. Bueno, yo he sido un entusiasta de las chicas desde el día en que observé por primera vez que la diferencia consistía en algo más que en vestirse de modo distinto. Por cuanto recuerdo, jamás pasé por ese período que se supone pasan los chicos, cuando saben que las chicas son distintas y no les gustan. A mí siempre me han gustado las chicas.

Pero ese día comprendí que siempre las había mirado como algo, normal.

Las chicas son sencillamente maravillosas. El hecho de pararse en una esquina y verlas pasar ya resulta encantador. No caminan. Por lo menos no hacen lo que nosotros al caminar. No sé cómo describirlo pero es algo mucho más complejo y totalmente delicioso. No mueven sólo los pies, se mueve todo, y en distintas direcciones..., y todo con gracia.

Aún seguiría allí si no hubiera venido un policía. Se dirigió a nosotros y dijo:

—¿Qué tal, muchachos? ¿Os divertís?

Leí rápidamente las cintas sobre su pecho y quedé impresionado:

—¡Sí, señor!

—No tienes por qué decirme señor. Aquí no hay gran cosa que hacer. ¿Por qué no vais al centro de hospitalidad? —Nos dio la dirección, nos señaló el camino y partimos hacia allí: Pat Leivy, «Gatito» Smith y yo. Aún nos gritó: «¡Que lo paséis bien! ¡Y no os metáis en líos!», exactamente lo mismo que nos dijera el sargento Zim cuando entramos en la nave.

Pero no llegamos allí. Pat Leivy había vivido en Seattle cuando era pequeño, y quería echar una ojeada a su antigua ciudad. Tenía dinero, y se ofreció a pagarnos el trayecto en la nave si le acompañábamos. No me importó. Las naves salían cada veinte minutos y nuestros pases no se limitaban a Vancouver. Smith decidió venir también.

Seattle no era muy diferente de Vancouver, y las chicas abundaban asimismo. Me encantó. Sin embargo, Seattle no estaba tan acostumbrada a tener a la I.M. a manadas, y elegimos un mal sitio para cenar, en el que no se nos acogió bien, un bar-restaurante allá en los muelles.

Verán, no es que estuviéramos bebidos. Bueno, «Gatito» Smith había tomado dos cervezas con la cena, pero siempre se mostraba amistoso y amable. De ahí le venía el apodo. La primera vez que luchó cuerpo a cuerpo con el cabo John, éste le había dicho con disgusto: «Un gatito me habría dado más fuerte», de modo que se le quedó el nombre.

Librodot

Éramos los únicos uniformes del lugar, los demás clientes eran marineros, de la marina mercante. Seattle acoge muchísimas naves de superficie. Yo lo ignoraba entonces, pero los de la marina mercante no nos aprecian. Se debe en parte al hecho de que sus sindicatos han intentado una y otra vez que su profesión sea clasificada como equivalente al Servicio Federal, sin el menor éxito. Mas también sé que es algo más, algo que se remonta a siglos de historia.

Había por allí jóvenes de nuestra edad —la edad adecuada para servir un plazo, sólo que ellos no estaban en el ejército—, con el pelo largo, desaliñados, sucios. Bien, digamos con el aspecto que tenía yo antes de enrolarme.

De pronto empezamos a notar que, en la mesa detrás de la nuestra, dos de aquellos idiotas y dos marineros (a juzgar por la ropa) se dedicaban a comentar con el propósito de que los oyéramos. No voy a repetir sus palabras...

No dijimos nada. De pronto, cuando los comentarios se hacían ya más personales y las risotadas más fuertes, y todo el mundo se había callado y estaba escuchando, «Gatito» me susurró:

—Salgamos de aquí.

Capté la mirada de Pat Leivy; éste asintió. No teníamos ninguna cuestión que resolver. Se trataba de uno de esos lugares en los que pagas antes de tomar las copas. Nos levantamos y salimos. Ellos nos siguieron.

Pat me susurró: «Ten cuidado», y seguimos caminando sin mirar atrás.

Cargaron contra nosotros.

Le di al mío un golpe en el cuello al dar la vuelta, le dejé pasar a mi lado y giré para ayudar a mis compañeros. Pero todo había terminado. Cuatro atacantes. cuatro en el suelo. «Gatito» se había librado de dos, y Pat había enrollado al otro en torno a una farola por lanzarle un poco demasiado fuerte.

Alguien, el propietario supongo, debió de haber llamado a la policía en cuanto nos pusimos en pie para salir, puesto que llegaron casi en seguida mientras aún estábamos preguntándonos qué hacíamos con aquello. Dos policías. Era ese tipo de vecindario.

El más viejo de los dos quería que presentáramos una denuncia, pero no estábamos dispuestos. Zim había dicho que no nos metiéramos en problemas. «Gatito», con su carita de crío de quince años, dijo:

—Supongo que tropezaron.

—Claro —dijo el oficial de policía; retiró un cuchillo de la mano extendida de mi atacante. lo colocó contra el bordillo y rompió la hoja—. Bien, muchachos, será mejor que salgáis corriendo..., y de la ciudad.

Nos fuimos. Me alegré de que ni Pat ni «Gatito» quisieran llevar más lejos el asunto. Es muy grave que un civil ataque a un miembro de las Fuerzas Armadas pero, ¿qué diablos?, las cuentas estaban saldadas. Ellos nos atacaron y se llevaron los golpes. Empatados.

Sin embargo, es una buena medida la de no ir de permiso armados, y que nos hayan adiestrado a salir de apuros sin matar. Porque todo sucedió por reflejos. Nunca creí que saltarían contra nosotros hasta que lo hicieron, y no pensé nada en absoluto hasta que todo hubo terminado.

Pero así es como aprendí por primera vez hasta qué punto había cambiado.

Volvimos a la estación y tomamos la nave hacia Vancouver.

Empezamos a practicar bajadas de combate en cuanto nos trasladaron al Campamento Spooky. Un pelotón cada vez, en rotación (un pelotón completo, es decir una compañía), era transportado al norte de Walla Walla, subía a bordo, iba al espacio, hacía una bajada, pasaba por un ejercicio y volvía al campamento en otra nave. Un día de faena. Con ocho compañías eso nos daba casi una bajada por semana, y luego un poco más cuando se intensificaron los ejercicios y las bajadas se hicieron más difíciles: sobre montañas, en el hielo ártico. en el desierto australiano y, antes de graduarnos, en la Luna, donde la cápsula se coloca a sólo treinta metros y explota al lanzarte, y uno tiene que andar muy listo y aterrizar sólo con el traje (sin aire ni paracaídas), y donde un mal aterrizaje puede dejarte sin aire y sin vida.

Si menudearon más las bajadas fue por culpa de las bajas, muertos o heridos, y también porque algunos se negaron a entrar en las cápsulas. Lo hicieron y ahí acabo todo para ellos; ni siquiera les riñeron, sólo los retiraron a un lado, aquella noche se les pagó y fuera. Hasta un hombre que había hecho varias bajadas podía verse vencido por el pánico y negarse. Los instructores se mostraban amables con él, tratándole como a un amigo que está enfermo y no mejora.

Nunca me negué a entrar en la cápsula, pero desde luego sí sufrí pánico. Siempre temblaba. Estaba aterrado a más no poder cada vez. Y aún lo estoy.

Pero nunca pertenecerá a las tropas espaciales quien no haga esas bajadas.

Cuentan una historia, que probablemente será falsa, de un I.M. que estaba de visita turística en París. Visitó los Inválidos, miró la tumba de Napoleón y preguntó a un guardia francés:

—¿Quién es?

Lógicamente, el francés se mostró escandalizado.

—¿Es que monsieur no lo sabe? ¡Es la tumba de Napoleón! Napoleón Bonaparte, el soldado más grande que ha vivido jamás.

El I.M. pensó en ello. Luego preguntó:

—¿Sí? ¿En qué lugares bajó?

Casi con seguridad que es mentira, porque hay un gran letrero ante la puerta que dice exactamente quién era Napoleón. Pero así es como sienten al respecto las tropas espaciales.

Al fin nos graduamos.

Ahora veo que me he dejado por decir casi todo. Ni una palabra sobre la mayoría de nuestras armas, nada del día en que bajamos todos y estuvimos tres días para apagar un bosque incendiado; nada de aquella «alerta de prácticas» que resultó real, sólo que no lo supimos hasta que hubo terminado, ni del día en que voló la tienda del cocinero... En realidad, no he hablado del tiempo y, créanme, el tiempo es muy importante para un soldado de infantería, la lluvia y el barro especialmente. Pero, si bien es importante mientras sucede, parece demasiado aburrido hablar de ello. Pueden obtener descripciones de casi cualquier clase de tiempo en un almanaque, y encajarlas en cualquier pasaje. Probablemente acertarán.

El regimiento había empezado con 2.009 hombres; nos graduamos 187. De los otros, catorce habían muerto (uno ejecutado, y su nombre borrado) y los demás habían renunciado, habían sido despedidos, o transferidos o licenciados por los médicos, etc. El mayor Malloy hizo un discurso corto,

Librodot

todos recibimos el certificado, pasamos revista por última vez y se acabó el regimiento, guardándose su bandera hasta que se necesitara de nuevo (tres semanas más tarde) para enseñar a otro par de miles de civiles que eran un cuerpo de ejército, y no una multitud.

Ya era un «Soldado Adiestrado», con autorización de poner esas iniciales ante mi número de serie en vez de la «R» de recluta. Un gran día.

El más grande de mi vida hasta entonces.

Capítulo 10

El árbol de la libertad debe ser regado de vez en cuando con la sangre de los patriotas.
Thomas Jefferson, 1787

Es decir, creí que era un «Soldado Adiestrado» hasta que me presenté en mi nave. ¿Hay alguna ley por la que uno no pueda equivocarse?

Sé que no he mencionado en absoluto cómo la Federación Terrena pasó de la «paz» a un «estado de emergencia», y después a la «guerra». La verdad es que yo tampoco me di mucha cuenta de ello. Cuando me alisté, la «paz» era la condición normal; al menos, eso pensaba la gente (¿y quién espera jamás otra cosa?). Luego, estando yo en Currie, se pasó a «estado de emergencia», pero yo seguí sin advertirlo puesto que la opinión del cabo Bronski sobre mi corte de pelo, uniforme, ejercicios de combate y equipo era mucho más importante para mí, y lo que pensara el sargento Zim acerca de dichas cosas era terriblemente importante. En cualquier caso, la «emergencia» sigue siendo paz.

La «paz» es una situación en la que ningún civil presta atención a las bajas militares que no merecen una historia espectacular en primera página, a menos que dicho civil sea pariente próximo de una de las bajas. Pero si alguna vez hubo una época en la historia en que «paz» significara que no había guerras en marcha, yo he sido incapaz de descubrirla. Cuando me presenté en mi primer destino, «Los Gatos Monteses de Willie», también conocidos por la Compañía K, Tercer Regimiento, Primera División, Infantería Móvil, y me embarqué con ellos en el Valley Forge (con aquel certificado engañoso en mi mochila), la guerra llevaba varios años en marcha.

Los historiadores no se ponen de acuerdo, al parecer, en si esta guerra debería llamarse «Tercera Guerra Espacial» (o Cuarta), o si el de «Primera Guerra Interestelar» sería un nombre más adecuado. Nosotros sólo la llamamos la «Guerra de las Chinches» si es que hablamos de ella, cosa que no solemos hacer; en cualquier caso, los historiadores fijan el principio de la guerra después del día en que yo me uní a mi primer destino y nave. Para ellos, todo lo ocurrido hasta entonces, y aun después, fueron «incidentes», «patrullas» o «acciones de policía». Sin embargo, uno queda tan muerto si la palma en un «incidente» como si muere en una guerra declarada.

Pero, si he de ser sincero, un soldado no advierte la guerra mucho más que un civil, excepto en su pequeña parcela, y eso sólo en los días en que eso tiene lugar. El resto del tiempo está mucho más preocupado con el tiempo libre, los caprichos de los sargentos y las oportunidades de ganarse al cocinero entre las comidas. Sin embargo, cuando «Gatito» Smith, Al Jenkins y yo nos unimos a ellos en la base Luna, cada uno de los Gatos Monteses de Willie había hecho ya más de una bajada de combate; ellos eran soldados, y nosotros no. No nos sentíamos abrumados por ello —al menos yo— y era mucho más fácil tratar con los sargentos y cabos después del pánico calculado que infundían los instructores.

Necesitamos algún tiempo para descubrir que ese trato comparativamente amable significaba tan sólo que no éramos nadie, y que apenas valía la pena echarnos una bronca a menos que hubiéramos demostrado en una bajada —

una auténtica bajada de combate— que podíamos reemplazar a los verdaderos Gatos Monteses que ya habían luchado y habían muerto, y cuyas literas ocupábamos ahora nosotros.

Permítanme que les cuente hasta qué punto era yo novato.

Mientras el Valley Forge se hallaba todavía en la base Luna, me encontré por casualidad con mi jefe de sección vestido con uniforme de gala. Llevaba en la oreja izquierda un pequeño pendiente, una diminuta calavera de oro de hermosa talla, y bajo ella, en vez de las convencionales tibias cruzadas del antiguo diseño de la bandera pirata, había un manojo de huesecillos de oro, tan chiquitines que casi no se veían.

En casa, yo siempre me había puesto pendientes y otras joyas cuando salía a una cita. Tenía unos pendientes de clip preciosos. rubíes tan grandes como la uña del meñique, que habían pertenecido al abuelo de mi padre. Me gustan las joyas, y me había dolido bastante que me pidieran que las dejara antes de entrar en la Básica. Pero por lo visto había un tipo de joya que sí podía llevarse con el uniforme. Yo no tenía agujeros en las orejas —mi madre no lo aprobaba, para los chicos—, pero podía hacer que el joyero lo montara en un clip. Aún me quedaba parte del dinero de la paga de mi graduación, y estaba ansioso de gastarlo antes de que se enmoheciera.

—Oiga, mi sargento. ¿Dónde se compran esos pendientes? Son preciosos.

No me miró despectivamente, ni siquiera sonrió. Sólo dijo:

—¿Te gustan?

—¡Claro que sí! —El oro en bruto destacaba los dorados del uniforme mejor que lo harían las gemas. Estaba pensando que un par todavía sería más bonito. sólo que con los huesos cruzados en vez de toda aquella confusión que colgaba del pendiente—. ¿Los venden en la base?

—No, aquí nunca se venden. —Y añadió—: Al menos, no creo que puedas comprar uno aquí..., espero. Pero te diré una cosa: cuando lleguemos al lugar donde puedas comprarlo, yo me encargaré de que lo sepas. Es una promesa.

—Ah, gracias.

—De nada.

Vi después más calaveras de aquellas, unas con más huesecitos, otras con menos. Mi suposición había sido correcta: se permitía esa joya con el uniforme, al menos estando de permiso. Luego tuve mi oportunidad de «comprar» una, casi inmediatamente, y descubrí que el precio era irrazonablemente alto para un adorno tan sencillo.

Fue la Operación Casa de Chinches, la primera batalla de Klendathu según la llaman los libros de historia, poco después de que Buenos Aires fuera borrada del mapa. Se necesitó la pérdida de Buenos Aires para hacer que esos «marmotas civiles» comprendieran que estaba ocurriendo algo muy grave, porque la gente que no ha viajado no cree realmente en otros planetas, al menos aquí abajo que es donde cuenta. Yo sé que apenas había creído en ellos, y había estado obsesionado por el espacio desde que era un crío.

Pero lo de Buenos Aires aterró realmente a los civiles, que pidieron a gritos que todas las fuerzas volvieran a casa, desde todas partes, se pusieran en órbita en torno al planeta, prácticamente hombro con hombro, y defendieran el espacio que ocupa la Tierra.

Eso era una tontería, por supuesto, ya que no se gana una guerra mediante la defensa sino con el ataque. Ningún «Ministerio de Defensa» ganó jamás una guerra; compruébenlo en la historia. Pero el pedir a gritos tácticas de defensa en cuanto se advierte la amenaza de una guerra parece ser la reacción civil más normal. Luego se empeñan en dirigirla, como el pasajero que trata de quitarle los controles al piloto en una emergencia.

Sin embargo, nadie me pidió mi opinión entonces; me dieron órdenes. Aparte de la imposibilidad de llevar las tropas a casa en vista de nuestras obligaciones de los tratados, con todo lo que eso supondría para los planetas colonos de la Federación y para todos nuestros aliados, estábamos muy ocupados haciendo otra cosa mejor: llevar la guerra hasta las Chinches. Supongo que yo pensé en la destrucción de Buenos Aires mucho menos que la mayoría de los civiles. Ya estábamos a un par de parsecs según el impulso Cherenkov, y la noticia no nos llegó hasta que la recibimos de otra nave después de que acabó el impulso.

Recuerdo que pensé que era algo terrible, y que lo sentí por el único porteño de la nave. Pero Buenos Aires no era mi hogar, la Tierra estaba muy lejos, y yo me hallaba muy ocupado, ya que el ataque a Klendathu, el planeta de las Chinches, se inició inmediatamente después, y pasábamos el tiempo hasta el momento del ataque atados con correas a las literas, drogados e inconscientes, anulado el campo de gravedad interna del Valley Forge a fin de ahorrar energía y conseguir mayor velocidad.

Pero la pérdida de Buenos Aires significó mucho para mí en realidad, ya que transformó mi vida totalmente. Sin embargo, eso no lo supe hasta unos meses más tarde.

Cuando llegó el momento de bajar en Klendathu se me asignó a Dutch Bamburger como supernumerario. El se las arregló para ocultar su satisfacción ante la noticia y, en cuanto el sargento de pelotón estuvo fuera del alcance de su oído, me dijo:

—Escucha, chico, pégate a mí pero apártate de mi camino. Si me retrasas ahí abajo, te romperé tu estúpido cuello.

Me limité a asentir. Empezaba a comprender que aquélla no era una bajada de prácticas.

Luego me dieron los temblores por algún rato, y en seguida bajamos.

La Operación Casa de Chinches hubiera debido llamarse Casa de Locos. Todo salió mal. Se había planeado como un movimiento general para poner al enemigo de rodillas. ocupar la capital y los puntos clave de su planeta y terminar la guerra. En cambio, casi la perdimos nosotros.

No estoy criticando al general Diennes. No sé si es cierto o no que él exigió más tropas y más apoyo pero permitió que le anulara el mariscal en jefe. Tampoco era asunto mío. Además, dudo que alguno de esos sabelotodo conozca la totalidad de los hechos.

Lo que sí sé es que el general bajó con nosotros y nos dirigió sobre el terreno, y que cuando la situación se hizo imposible, él en persona dirigió los ataques de diversión que permitieron que alguno de nosotros (incluido yo) fuéramos recogidos, y que por eso recibió la muerte allí mismo. Ahora es un resto radiactivo en Klendathu, y es demasiado tarde para llevarlo a juicio, de modo que ¿para qué hablar de ello?

Sin embargo, tengo un comentario que hacer para cualquier estratega de sillón que jamás haya hecho una bajada. Sí, estoy de acuerdo en que el planeta de las Chinches podía haber sido aplastado con bombas H hasta que

Librodot

quedara cubierto de cristal radiactivo. Pero ¿habría ganado eso la guerra? Las Chinches no son como nosotros. Esos seudoarácnidos no son siquiera como las arañas. Son artrópodos que, por casualidad, se parecen a la idea que tendría un loco de una araña gigante e inteligente, pero su organización, psicológica y económica, es más semejante a la de las termitas. Son entidades comunales, la dictadura definitiva de la colmena. Asolar la superficie de su planeta habría matado soldados y obreros, pero no habría matado a la casta de los cerebros y de las reinas. Dudo que alguien pueda estar seguro de que incluso un disparo directo con una bomba H matara a una reina; no sabemos a cuánta profundidad están. Tampoco estoy ansioso por descubrirlo, pues ninguno de los chicos que bajaron por aquellos agujeros ha subido otra vez.

Entonces supongamos que destruimos la superficie productiva de Klendathu. Seguirían teniendo naves y colonias, y otros planetas, como tenemos nosotros, y su cuartel general estaría intacto, de modo que, a menos que se rindieran, la guerra no habría terminado. No teníamos bombas nova en aquella época. no podíamos hacer estallar en pedazos todo el planeta. Si aceptaban el castigo y no se rendían, la guerra debía continuar.

Si es que ellos pueden rendirse...

Los soldados no. Sus obreros no saben luchar (y se pierde mucho tiempo y municiones matando a obreros que no dicen ni pío), y su casta de soldados no sabe rendirse. Pero no cometan el error de pensar que las Chinches sólo son insectos estúpidos porque tienen ese aspecto y no saben rendirse. Sus guerreros son listos, muy diestros y agresivos, más listos que uno, según la regla universal, si la Chinche dispara primero. Puedes quemarle una pata, dos patas, tres patas, y ella sigue avanzando; le quemas las cuatro de un lado y cae..., pero sigue disparando. Has de divisar el centro nervioso y disparar allí, e incluso entonces seguirá trotando junto a uno, disparando a la nada, hasta estrellarse contra un muro o lo que sea.

La bajada fue un lío desde el principio. Cincuenta naves formaban nuestro grupo, y se suponía que dejarían el impulso de Cherenkov y tomarían el impulso de reacción con una coordinación tan perfecta que darían en la órbita y nos bajarían en formación donde se suponía que debíamos caer, sin hacer ni un circuito en torno al planeta para alinear su propia formación. Supongo que eso es difícil. Es más, sé que lo es. Pero cuando sale mal lo paga la I.M.

Nosotros tuvimos suerte porque el Valley Forge y todo lo que contenía desapareció antes de que diéramos en tierra. En aquella formación rápida y tensa (7,5 kilómetros por segundo de velocidad orbital no es un paseo) entró en colisión con el Ypres, y ambas naves quedaron destruidas. Tuvimos suerte de salir de los tubos..., los que salimos, claro, porque la nave seguía disparando cápsulas cuando quedó destruida. Pero no me di cuenta de ello. Estaba dentro de mi cápsula, y en dirección al suelo. Supongo que el oficial al mando de nuestra compañía sabía que la nave se había perdido (y la mitad de sus Gatos Monteses con ella) puesto que salió el primero y tuvo que comprenderlo al perder contacto de repente, por el circuito de comando, con el capitán de la nave.

Pero ya no hay modo de preguntárselo, porque él no fue recogido. Lo único que yo comprendí gradualmente fue que aquello iba de mal en peor.

Las siguientes dieciocho horas fueron una pesadilla. No voy a hablar mucho de ello porque no recuerdo demasiado, sólo escenas de horror. Nunca

me han gustado las arañas, venenosas o no; encontrarme una araña común en la cama me pone los pelos de punta. En las tarántulas no quiero ni pensar, y soy incapaz de comer langosta, cangrejos, ni nada parecido. En cuanto tuve la primera visión de una Chinche casi me estalló la cabeza. Pasaron unos segundos antes de comprender que la había matado, y que podía dejar de disparar. Supongo que sería un obrero; dudo que yo estuviera en forma para enfrentarme a un guerrero y ganar.

Pero de todos modos yo estaba en mejor forma que el cuerpo de K-9. Estos habían de bajar (si la bajada se hubiera hecho de modo correcto) en la periferia de nuestro blanco, y se suponía que los neo-perros se adelantarían y facilitarían inteligencia táctica a los escuadrones de interdicción, cuyo papel era asegurar la periferia. Esos Calebs no van armados, por supuesto, aparte de sus dientes. Se supone que un neo-perro oye, ve, huele y le dice a su socio lo que averigua por radio. Todo lo que lleva es una radio y una bomba de destrucción con la que él (o su socio) pueden hacer estallar al perro en caso de recibir una herida grave o ser capturado.

Esos pobres perros no esperaron a que los capturaran; al parecer, la mayoría de ellos se suicidaron en cuanto establecieron contacto. Sentían lo mismo que yo acerca de las Chinches, sólo que peor. Ahora hay neo-perros adoctrinados desde la infancia para observar y evadirse, sin volarse la cabeza ante la simple visión y olor de una Chinche. Pero aquellos no estaban adiestrados así.

No sólo eso fue mal. Pueden pensar lo que quieran, pero todo fue un lío. Yo no sabía lo que pasaba, por supuesto. Me limité a seguir junto a Dutch, tratando de disparar y abrasar a todo lo que se moviera, dejando caer una granada por un agujero en cuanto veía uno. Me acostumbré tan de prisa que pronto fui capaz de matar a una Chinche sin perder municiones ni el juicio, aunque todavía no sabía distinguir entre las que eran inofensivas y las que no. Sólo una entre cincuenta es un guerrero, pero ésa compensa por las otras cuarenta y nueve. Sus armas personales no son tan pesadas como las nuestras, pero sí igualmente letales: tienen un rayo que penetra el traje acorazado y saja la carne como si cortara un huevo duro, y cooperan entre ellas incluso mejor que nosotros... porque el cerebro que está pensando por toda una escuadra no está donde uno puede alcanzarlo, sino allá abajo, en uno de los agujeros.

Dutch y yo tuvimos suerte durante mucho tiempo, destruyendo en un área como de un par de kilómetros cuadrados, haciendo estallar los agujeros con bombas, matando lo que encontrábamos en la superficie y ahorrando los propulsores cuanto nos era posible para una emergencia. La idea era asegurar todo el blanco, y permitir que los refuerzos y la artillería pesada bajaran sin hallar oposición importante. No se trataba de un raid, sino de una batalla para establecer una cabeza de puente, quedarse en ella, asegurarla y permitir que las tropas de refresco y la artillería pesada capturaran o pacificaran todo el planeta.

Sólo que no lo conseguimos.

Nuestra sección sí lo estaba haciendo bien. Pero estaba en el punto erróneo, y fuera de contacto con la otra sección; el jefe y el sargento de pelotón habían muerto, y nadie formó de nuevo nuestras filas. Pero habíamos establecido nuestra posición, la escuadra de armas espaciales había establecido una posición fuerte, y estábamos dispuestos a entregar nuestra posición a las tropas de refresco en cuanto éstas aparecieran.

Librodot

Sólo que no aparecieron. Bajaron donde nosotros debíamos haber caído, hallaron nativos poco amistosos y ése fue su problema. Nunca los vimos. De modo que nos quedamos donde estábamos, recogiendo heridos de vez en cuando y pasándolos cuando había oportunidad..., mientras nos íbamos quedando sin municiones, sin el líquido para los saltos, e incluso sin energía para que los trajes continuaran moviéndose. Pareció durar algo así como un par de miles de años.

Dutch y yo íbamos corriendo junto a un muro, a fin de llegar a nuestro escuadrón de armas espaciales en respuesta a una llamada de auxilio, cuando la tierra se abrió de pronto delante de Dutch, salió una Chinche y mi compañero cayó.

Disparé el lanzallamas contra la Chinche y lancé una granada en el agujero, que se cerró, y me volví a ver qué le había ocurrido a Dutch. Estaba en el suelo pero no parecía herido. Un sargento de pelotón, a través de los monitores, puede averiguar el estado físico de cada uno de sus hombres, distinguir a los muertos de los que sencillamente no pueden valerse sin ayuda y hacer que los recojan. Pero también puede hacerse manualmente, con los conmutadores a la derecha del cinturón del traje.

Dutch no contestó cuando le llamé. La temperatura de su cuerpo era de 32 grados, la respiración, los latidos del corazón y el cerebro daban lectura cero... Aquello tenía muy mal aspecto pero, a lo mejor, lo que estaba muerto era el traje y no él. Quería convencerme a mí mismo, olvidando que el indicador de temperatura no habría dado lectura alguna en ese caso. De todos modos, cogí el abrelatas de mi propio cinturón y empecé a sacarle del traje. tratando a la vez de vigilar en torno.

Entonces oí una llamada general por el casco. llamada que deseo no volver a oír nunca más.

—¡Sauve qui peut! ¡A casa! ¡A casa! En cualquier nave que podáis. ¡Seis minutos! ¡Todos, salvaos y recoged a los camaradas! ¡A casa en cualquier nave! ¡Sauve qui peut!

Traté de darme prisa.

La cabeza se le separó del cuerpo cuando traté de sacarle del traje, de modo que le dejé caer y me largué de allí. En una bajada posterior habría tenido el sentido común suficiente para recoger sus municiones, pero estaba demasiado aterrado para pensar. Me largué sencillamente de un salto y traté de reunirme con los demás en la posición hacia la que nos encaminábamos.

Aquello ya estaba evacuado, y me creí perdido, perdido y abandonado. Entonces oí la llamada, no la que debería haber oído, Yankee Doodle (de haber sido una nave del Valley Forge), sino «Caña de azúcar» una música que no conocía. No importaba, era una nave. Me dirigí a ella, utilizando generosamente el líquido de saltos que me quedaba y llegué a bordo justo cuando estaban a punto de cerrar; poco después estaba en el Voortrek en tal estado de shock que ni podía recordar mi número de serie.

He oído decir que lo llamaron una «victoria estratégica», pero yo estaba allí y afirmo que nos dieron una buena paliza.

Seis semanas más tarde (y sintiéndome unos sesenta años más viejo), en la Base de la Flota en Santuario subí a otra nave y me presenté como miembro del servicio al sargento Jelal, del Rodger Young. En el lóbulo de la oreja izquierda yo llevaba una calavera con un huesecito. Al Jenkins estaba conmigo, y llevaba una exactamente igual («Gatito» jamás consiguió salir del

Librodot

tubo). Los pocos Gatos Monteses supervivientes estaban distribuidos por todas partes en la Flota; habíamos perdido la mitad de nuestras fuerzas en la colisión entre el Valley Forge y el Ypres; la desastrosa batalla en tierra había hecho ascender nuestras bajas al ochenta por Ciento, y los altos mandos decidieron que era imposible reunir de nuevo el equipo con los supervivientes, de modo que lo cancelaron, metieron los informes en los archivos y esperaron a que las heridas se hubieran curado antes de reactivar la Compañía K (Gatos Monteses) con nuevas caras y viejas tradiciones.

Además, había muchos huecos que llenar en otros equipos.

El sargento Jelal nos dio la bienvenida calurosamente, nos dijo que nos uníamos a un equipo fantástico, «el mejor de la Flota», en una nave perfecta, y ni siquiera pareció advertir las calaveras en las orejas. Más tarde, ese mismo día, nos llevó a conocer al teniente, que sonrió tímidamente y nos dijo unas palabritas paternales. Observé que Al Jenkins no llevaba la calavera de oro. Ni yo tampoco, porque ya había notado que nadie la llevaba en los Rufianes de Rasczak.

Y no lo hacían porque, entre los Rufianes de Rasczak no importaba en lo más mínimo cuántas bajadas de combate hubiera hecho uno, ni cuáles, o eras un Rufián o no lo eras..., y en ese caso no les importabas en absoluto. Puesto que no habíamos ido a ellos como reclutas, sino como veteranos de combate, nos concedieron el beneficio de la duda cuanto les fue posible, y nos dieron la bienvenida sin más que aquella pizca inevitable de formalidad que todo el mundo muestra ante un invitado que no es miembro de la familia.

Pero menos de una semana más tarde, una vez hecha una bajada de combate con ellos, ya fuimos del todo Rufianes, miembros de la familia. Todos nos tuteábamos, incluso reñíamos a veces pero sin que ningún bando sintiera que por ello éramos menos que hermanos de sangre; nos pedíamos y prestábamos cosas, nos incluían en las partidas de juego y gozábamos del privilegio de expresar nuestras propias opiniones, por tontas que fueran, con completa libertad..., y ver que las rechazaban con la misma libertad. Incluso tuteábamos a los suboficiales en muchas ocasiones, excepto estando de servicio. El sargento Jelal estaba siempre de servicio, por supuesto, a menos que uno tropezara con él de permiso, en cuyo caso era «Jelly», un hombre que hacía todos los esfuerzos posibles para comportarse como si su rango señorial no significara nada entre los Rufianes.

Pero el teniente era siempre «el teniente», nunca «mister Rasczak», ni siquiera «teniente Rasczak». Sencillamente «el teniente», al que se hablaba, y del que se hablaba, en tercera persona. No había más dios que el teniente, y el sargento Jelal era su profeta. Jelly podía decir «no» por su cuenta y tal vez le discutieran la decisión, al menos los sargentos inferiores, pero si decía: «Al teniente no le gustaría esto» estaba hablando ex-cátedra y el asunto quedaba liquidado. Nadie trató de comprobar jamás si al teniente le habría gustado o no. La Palabra había sido dicha.

El teniente era un padre para nosotros, y nos amaba y nos mimaba; sin embargo, estaba siempre bastante remoto a bordo de la nave..., e incluso en tierra, a menos que fuera en una bajada. Pero, claro, nadie va a pensar que, en una bajada, un oficial podría preocuparse por cada hombre del pelotón extendido sobre más de doscientos kilómetros cuadrados de terreno. Sin embargo, él sí. Él sí se preocupaba por cada uno de nosotros. No soy capaz de explicar cómo podía seguirnos la pista a todos, pero, en medio del

Librodot

estruendo, sonaba su voz por el circuito de mando: «¡Johnson! ¡Compruebe la escuadra seis! Smitty tiene problemas», y lo que más valía para nosotros era que el teniente lo había observado antes que el propio jefe de escuadra de Smith.

Aparte de eso, cada uno sabía, con una certeza absoluta, que, mientras aún siguiera vivo, el teniente no se retiraría a la nave sin él. En la guerra de las Chinches se han cogido prisioneros, pero ninguno de los Rufianes de Rasczak.

Jelly era como una madre para nosotros, siempre próximo a nosotros; nos cuidaba, pero no nos mimaba en absoluto. Sin embargo, nunca nos llevó ante el teniente para acusarnos, jamás hubo un consejo de guerra entre los Rufianes y ninguno fue ni siquiera azotado. Tampoco Jelly nos imponía servicio extra a menudo; tenía otros métodos para dominarnos. Te miraba de arriba a abajo en la revista diaria y decía simplemente: «En la marina tendrías buen aspecto. ¿Por qué no pides el traslado», y conseguía resultados, ya que era artículo de fe entre nosotros que los miembros de una tripulación de la marina dormían con el uniforme puesto y jamás se lavaban por debajo del cuello.

Pero Jelly no tenía que mantener la disciplina entre los soldados, porque la mantenía entre sus suboficiales y esperaba de éstos que hicieran lo mismo. Mi jefe de escuadra, cuando me uní a ellos, era Green «el Rojo». Después de un par de bajadas, cuando ya sabía lo magnífico que era ser un Rufián, se me subió el orgullo a la cabeza, me confié en exceso... y le contesté airadamente al «Rojo». El no me acusó ante Jelly, sólo me llevó a la lavandería, me dio un par de puñetazos y nos hicimos buenos amigos. En realidad, me recomendó para cabo segundo más adelante.

La verdad es que no sabíamos si los miembros de la tripulación dormían con la ropa puesta o no; nosotros nos manteníamos en nuestra parte de la nave y los marineros en la suya, porque no se les acogía precisamente bien si aparecían por nuestra sección como no fuese por razones de servicio... Después de todo, hay ciertas normas sociales y uno debe mantenerlas, ¿no? El teniente tenía su camarote en la sección de los oficiales varones, en la parte de la nave perteneciente a la marina, pero nosotros tampoco íbamos por allí más que de servicio y aun así en raras ocasiones. Sí que nos ofrecíamos, en cambio, para servicio de guardia, porque el Rodger Young era una nave mixta y el capitán y algunos oficiales eran mujeres; en la parte delantera del mamparo treinta estaba la sección de las damas, y día y noche dos I.M. armados hacían guardia ante la puerta. (Durante las batallas, esa puerta, como todas las demás cerradas a gas, quedaba asegurada; nadie se perdía una bajada.)

Los oficiales tenían el privilegio de ir a esa parte del mamparo treinta de servicio, y todos ellos, incluidos el teniente, comían en una cantina mixta, más allá. Pero no se entretenían allí; comían y se largaban. Tal vez algunas naves de transporte se dirijan de otro modo, pero así era como se llevaban las cosas en el Rodger Young. Tanto el teniente como la capitana Deladrier querían una nave en regla, y la conseguían.

Sin embargo, el servicio de guardia era un privilegio. Resultaba un gran descanso el estar de pie junto a aquella puerta, con los brazos cruzados y las piernas abiertas, medio adormilado y sin pensar en nada..., pero siempre bien consciente de que, en cualquier momento, uno podía ver a una mujer aunque no tuviera la oportunidad de hablarle mas que de asuntos del

servicio. En cierta ocasión, me llamaron al despacho de la sobrecargo, y ella me habló; me miró a los ojos y me dijo:

—Lleve esto al ingeniero jefe, por favor.

Mi trabajo diario en la nave, aparte de la limpieza, consistía en atender el equipo electrónico bajo la supervisión del «Padre» Migliaccio, jefe de sección en la primera sección, lo mismo que antes solía trabajar bajo la vigilancia de Carl. No hacíamos bajadas de combate con demasiada frecuencia, y todo el mundo trabajaba a diario. Si un hombre no tenía otro talento, siempre podía lavar los mamparos, pues nada estaba suficientemente limpio como para satisfacer al sargento Jelal. Seguíamos las reglas de la I.M.: todo el mundo lucha, todo el mundo trabaja. Nuestro cocinero principal era Johnson, sargento de la segunda sección, un amable muchacho de Georgia (la del hemisferio occidental, no la otra) y un chef de gran talento. También él era un tragón; le gustaba picar entre las comidas, y no veía razón para que los demás no lo hicieran.

Como el Padre dirigía una sección y el cocinero la otra, estábamos muy bien cuidados en cuerpo y alma, pero ¿y si se cargaban a uno de los dos? ¿Cuál de ellos preferiríamos que cayera? Una cuestión que jamás tratamos de resolver, pero que siempre podía discutirse.

El Rodger Young siguió estando muy ocupado, e hicimos cierto número de bajadas, todas diferentes. Cada bajada había de ser distinta, para que el enemigo no pudiera calcular lo que haríamos. Pero no hubo más batallas conjuntas. Operamos solos, patrullando y llevando a cabo incursiones. La verdad es que la Federación Terrena no podía organizar entonces una batalla a gran escala: el fracaso de la operación Casa de Chinches había costado demasiadas naves, y demasiados hombres adiestrados. Es necesario disponer de tiempo para reponerse y entrenar más hombres.

Mientras tanto, las pequeñas naves rápidas, entre ellas el Rodger Young y otras de transporte, trataban de estar en todas partes a la vez, inquietando al enemigo, causándole bajas y largándose a toda prisa. También nosotros teníamos bajas, y las cubríamos cuando volvíamos a Santuario a buscar más cápsulas. Yo seguía temblando de pánico en cada bajada, pero las batallas auténticas no ocurrían con demasiada frecuencia, ni eran demasiado largas, y entre una y otra había días y días de vida a bordo entre los Rufianes.

Fue el período más feliz de mi vida, aunque entonces no fuera plenamente consciente de ello. Yo hacía mi parte de trabajo, como los demás, y disfrutaba también.

No nos sentimos realmente mal hasta que cayó el teniente.

Supongo que ése fue el peor momento de mi vida. Yo estaba ya en baja forma por una razón personal: mi madre se hallaba en Buenos Aires cuando las Chinches destruyeron esa ciudad.

Lo descubrí una de las veces en que hicimos parada en Santuario a recoger cápsulas y nos repartieron el correo, gracias a una carta de mi tía Eleonora, que no fue puesta en clave y enviada como urgente porque ella se había olvidado de poner la señal adecuada, y que me llegó tal como la escribiera: apenas tres líneas cargadas de amargura. En cierto modo parecía culparme por la muerte de mi madre. No quedaba bien claro si era porque yo estaba en las Fuerzas Armadas, y por tanto debía haber impedido el raid, o porque ella opinaba que mi madre había hecho el viaje a Buenos Aires

Librodot

porque yo no estaba en casa, que era donde debía haber estado. Se las arreglaba para implicar ambas cosas en la misma frase.

La rompí e intenté olvidarme de ello. Pensé que mis padres habían muerto ya, los dos, pues papá jamás habría enviado sola a mi madre a un viaje tan largo. Tía Eleonora no lo decía, pero ella jamás habría mencionado a mi padre en cualquier caso; toda su devoción era para su hermana. Casi estaba en lo cierto, aunque luego me enteré de que papá había planeado ir con ella, pero había surgido algo importante y él se había quedado para arreglarlo con el propósito de viajar al día siguiente. Pero tía Eleonora no me lo dijo.

Un par de horas más tarde, el teniente envió a buscarme y me preguntó amablemente si me gustaría quedarme de permiso en Santuario mientras la nave seguía patrullando; me indicó que había acumulado mucho tiempo de Descanso y Recreo (D&R), y bien podía utilizarlo ahora. Ignoro cómo se había enterado de que yo había perdido a un miembro de mi familia, pero indudablemente lo sabía. Le dije que no, y que muchas gracias, señor. Prefería esperar a que todo el equipo disfrutáramos juntos del descanso.

Luego me alegré de haber actuado así, pues de lo contrario no habría estado en la nave cuando mataron al teniente, y eso me habría resultado demasiado duro de soportar. Sucedió muy de prisa, y justo antes de la recogida. Un hombre de la tercera escuadra estaba herido, no grave pero sí caído en tierra; el jefe ayudante de sección avanzó a recogerle... y recibió un buen tiro. El teniente, como de costumbre, lo estaba observando todo a la vez; sin duda había comprobado el estado físico de cada uno de ellos por control remoto. pero jamás lo sabremos. Lo que hizo fue asegurarse de que el jefe ayudante de sección aún estaba vivo. Entonces los recogió a ambos personalmente, uno en cada brazo.

Los arrastró en los últimos diez metros y ambos pudieron ser introducidos en la nave de recogida y, con todo el mundo dentro, desaparecido el escudo protector y sin interdicción, el teniente fue alcanzado y murió instantáneamente.

He omitido con todo propósito los nombres del soldado y del jefe ayudante de sección. El teniente estaba recogiéndonos a todos nosotros con su último aliento. Tal vez yo fuera el soldado. No importaba. Lo que sí importa es que nuestra familia se había quedado sin padre. Era el cabeza de familia, del que habíamos recibido el nombre, el padre que había hecho de nosotros lo que éramos.

Cuando el teniente nos dejó, la capitana Deladrier invitó al sargento Jelal a comer en la parte delantera, con los demás jefes de departamento, pero él pidió que le excusaran. ¿Han visto alguna vez a ese tipo de viuda, con gran firmeza de carácter, que conserva unida a su familia comportándose como si el cabeza de familia hubiera salido y fuera a regresar en cualquier momento? Eso es lo que Jelly hizo. Si acaso se mostró un poco más estricto con nosotros que antes y, si alguna vez tenía que decir: «Al teniente no le habría gustado eso», sus palabras eran casi más de lo que un hombre podía soportar. Jelly no lo decía muy a menudo.

Dejó nuestra organización de equipo de combate casi como estaba; en vez de cambiar a todo el mundo, se limitó a ascender al jefe ayudante de la segunda sección a sargento de pelotón (nominal), dejando a los jefes de sección donde eran necesarios —con sus mismas secciones—, y a mí me ascendió de jefe ayudante de sección a cabo, es decir, un jefe ayudante de sección algo más ornamental. Y el sargento siguió comportándose como si el

teniente estuviera simplemente ausente y él se limitara a pasarnos sus órdenes, como de costumbre.

Eso nos salvó.

Librodot

Capítulo 11

No tengo nada que ofrecer más que sangre, trabajo, lágrimas y sudor.
W. Churchill, Estadista y soldado del Siglo XX

Cuando volvimos a la nave después del raid contra los Huesudos, el mismo en el que murió Dizzy Flores, la primera bajada del sargento Jelal como jefe de pelotón, un artillero de la nave, que se encargaba de la cerradura del bote de recogida, me preguntó:

—¿Cómo fue?

—Rutina —contesté brevemente.

Supongo que su pregunta era amistosa, pero yo me sentía muy confuso y no tenía ganas de hablar. Triste por Dizzy, contento de que le hubiéramos recogido al menos, pero furioso porque hubiera sido inútil, y todo ello mezclado con esa impresión de agotamiento y de felicidad por estar de regreso en la nave otra vez, capaz de mover brazos y piernas y notar que todos están presentes. Además, ¿cómo puede hablarse de una bajada con un hombre que jamás ha hecho una?

—¿De verdad? —contestó—. Vosotros lo tenéis muy fácil. Descansáis treinta días y trabajáis treinta minutos. Yo tengo guardia cada tres y vuelta otra vez.

—Si, lo supongo —dije, y me alejé—. Algunos nacemos con suerte.

—Soldado, parece que estás en las nubes —dijo a mis espaldas.

Y sin embargo había mucho de verdad en lo que dijo el artillero de la marina. Las tropas espaciales somos como los aviadores de las guerras antiguas y mecanizadas: una carrera militar, larga y densa, podía suponer tan sólo unas cuantas horas de combate auténtico frente al enemigo, y el resto era entrenamiento, preparación, ataque y vuelta a la nave, arreglar lo deshecho, prepararse para otra batalla, y práctica, práctica, práctica en los intermedios. No hicimos otra bajada en casi tres semanas, y ésa en un planeta distinto y en torno a otra estrella, una colonia de Chinches. Incluso con el impulso Cherenkov, las estrellas están muy alejadas unas de otras.

Mientras tanto, recibí mis insignias de cabo, nombrado por Jelly y confirmado por la capitana Deladrier en ausencia de un oficial comisionado propio. En teoría, el rango no sería permanente hasta que se aprobara, ante una vacante, por el representante de la I.M. de la Flota, pero eso no significaba nada, ya que el índice de bajas era tan elevado que siempre había más vacantes en los oficiales de Transporte que cuerpos calientes para llenarlas. Yo era cabo cuando Jelly dijo que lo era; el resto era burocracia.

Pero el artillero no tenía razón del todo sobre lo del descanso, pues había cincuenta y tres trajes electrónicos que comprobar, el servicio, las reparaciones entre las bajadas, por no mencionar las armas y el equipo especial. A veces, Migliaccio rechazaba un traje, Jelly confirmaba la decisión, y el ingeniero de armas de la nave, el teniente Farley, decidía que no podía repararlo sin las facilidades de Base; entonces había que sacar un traje nuevo del almacén y pasarlo de «frío» a «caliente», proceso agotador que exigía veintiséis horas de trabajo, sin contar el tiempo del hombre al que se le estaba ajustando.

Sí que estábamos ocupados.

Pero nos divertíamos también. Siempre había varias competiciones en marcha, desde los dados a la Escuadra de Honor, y teníamos la mejor banda de jazz en muchos años luz en el espacio (la única quizá), con el sargento Johnson y su trompeta llevando un ritmo suave para los himnos o dándole al metal hasta que saltaban los mamparos si la ocasión lo requería. Después de aquella recogida fenomenal (¿o debería decir «femenina»?) sin una balística programada, el herrero del pelotón, Archie Campbell, hizo un modelo del Rodger Young para la capitana, y todos firmamos, y Archie grabó nuestras firmas en una placa: «A la piloto lvette Deladrier, con la gratitud de los Rufianes de Rasczak», y la invitamos a comer con nosotros, y el Rufián Downbeat Combo tocó durante la cena. y luego el soldado más joven se la entregó. Ella casi se echó a llorar y le besó, y besó también a Jelly, que se puso rojo como la grana.

Después de ser nombrado cabo, yo tenía que arreglar las cosas con Ace, porque Jelly me confirmó como jefe ayudante de sección. Aquello no estaba bien. Un hombre debería ir ascendiendo por etapas. Yo debía haber cumplido un período como jefe de escuadra en vez de saltar de cabo segundo y jefe ayudante de escuadra a cabo y jefe ayudante de sección. Jelly lo sabía, por supuesto, pero sé muy bien que estaba tratando de mantener el equipo lo más parecido posible a cuando vivía el teniente, lo que significaba que no debía cambiar los jefes de escuadra y de sección.

Ahora bien, eso me dejaba a mi con un problema difícil: los tres cabos a mis órdenes como jefes de escuadra eran en realidad más antiguos que yo, pero, si el sargento Johnson se la cargaba en la bajada siguiente, no sólo perderíamos un magnífico cocinero sino que eso me dejaría al frente de la sección. No debe haber la menor sombra de duda cuando se da una orden: al menos, no en un combate. Yo tenía que aclarar cualquier duda posible antes de que bajáramos de nuevo.

Ace era el problema. No sólo era el más antiguo de los tres, sino que era un cabo de carrera y además mayor que yo. Si Ace me aceptaba, no tendría problema alguno con las otras dos escuadras.

En realidad, yo no había tenido problemas con él a bordo. Después de que recogiéramos juntos a Flores, se había mostrado bastante correcto. Por otra parte, no había habido motivos de roce; nuestras tareas en la nave no nos permitían reunirnos, a no ser en la revista diaria y la guardia, y así todo es fácil. Pero había algo en el aire. El no me trataba como a alguien de quien tuviera que recibir órdenes.

Así que le busqué en mi tiempo libre. Estaba echado en la litera leyendo un libro, Los Rangers del espacio contra la Galaxia, un cuento bastante bueno, aunque dudo que un cuerpo militar tuviera jamás tantas aventuras y tan pocos fracasos. La nave disponía de una buena biblioteca.

—Ace, tengo que hablar contigo.

Alzó la vista.

—¿De veras? Acabo de dejar la nave. Estoy libre de servicio.

—Tengo que hablarte ahora. Suelta ese libro.

—Pero ¿qué es tan urgente? Quiero terminar este capítulo.

—Vamos, Ace. Si no puedes esperar, yo te diré cómo acaba.

—Hazlo y te mato.

Pero ya había dejado el libro y se incorporaba muy atento. Le dije:

—Ace, es acerca de ese asunto de la organización de la sección... Tú eres más antiguo que yo. Deberías ser el jefe ayudante de sección.

—¡Oh, es eso otra vez!

—Sí. Creo que tú y yo deberíamos ir a hablar con Johnson y hacer que éste arreglara las cosas con Jelly.

—Eso crees, ¿eh?

—Sí. Así es como debería ser.

—¿De veras? Mira, pequeñajo, voy a decirte algo. Yo no tenía nada contra ti. En realidad, acudiste aquel día a paso ligero para recoger a Dizzy, eso te lo concedo. Pero si quieres una escuadra, tendrás que buscarte una tú solito. No pienses en la mía. ¡Mis chicos ni siquiera pelarían patatas para ti!

—¿Es tu última palabra?

—Mi primera, única y última palabra.

Suspiré.

—Eso me figuraba. Pero tenía que estar seguro. Bien, eso lo arregla todo. Sin embargo, tengo otra cosa en la cabeza. Observé por casualidad que los lavabos necesitan una limpieza... y creo que tal vez tú y yo deberíamos hacerla. De modo que deja el libro, pues, como dice Jelly, los suboficiales siempre están de servicio.

No se movió de momento. Dijo en voz baja:

—¿Crees realmente que es necesario, pequeñajo? Como te he dicho, no tengo nada contra ti.

—Pues a mí me parece que sí.

—¿Crees que puedes hacerlo?

—Voy a intentarlo.

—De acuerdo. Vamos a ello.

Nos fuimos a los lavabos, sacamos a un soldado que estaba a punto de tomar una ducha, que en realidad no necesitaba, y cerramos la puerta. Ace dijo:

—¿Has pensado en alguna restricción, pequeñajo?

—Bueno, no me había propuesto matarte.

—De acuerdo. Tampoco huesos rotos, nada que nos impida a cualquiera de los dos bajar la próxima vez..., a no ser en caso de accidente. ¿Te va?

—Me va —acepté—. Bien, será mejor que me quite la camisa.

—No me gustaría manchártela de sangre —dijo, más relajado.

Empecé a quitármela y él me lanzó una coz dirigida a la rodilla. Sin advertir ni dar la menor señal de tensión.

Sólo que no encontró mi rodilla. porque yo ya había aprendido. Una auténtica pelea dura por lo general sólo un par de segundos, el tiempo que se necesita para matar a un hombre, o dejarle sin sentido o incapaz de pelear. Pero habíamos acordado no hacemos un daño permanente, y eso cambia las cosas. Los dos éramos jóvenes, estábamos en magníficas condiciones, bien entrenados y acostumbrados a aceptar castigos. Ace era más corpulento, yo quizás un poco más rápido. En tales condiciones, la estúpida pelea ha de continuar hasta que uno u otro se sienta demasiado agotado... a menos que las cosas se arreglen antes por casualidad. Pero ninguno de los dos iba a permitirlo; éramos profesionales y astutos.

De modo que la cosa siguió durante un tiempo muy largo, aburrido y penoso. Los detalles que pudiera dar resultarían triviales e inútiles; además no tuve tiempo de tomar notas.

Al cabo de todo ese tiempo me vi de espaldas en tierra mientras Ace me echaba agua en el rostro. Me miró, me ayudó a ponerme en pie y me apoyó en un mamparo para que me afirmara.

—¡Pégame! —dijo.

—¿Cómo?

Yo estaba mareado y veía doble.

—Johnnie..., pégame.

Su cara flotaba en el aire delante de mí. Apunté y me lancé con toda la fuerza posible, aunque apenas hubiera podido matar a un mosquito ya enfermo. Ace cerró los ojos y cayó al suelo, y yo tuve que cogerme a un puntal para no caer tras él. Se puso lentamente en pie.

—Muy bien, Johnnie —dijo, agitando la cabeza—. Ya he aprendido la lección. No tendrás más problemas conmigo..., ni con nadie de la sección. ¿De acuerdo?

Asentí; la cabeza me dolía horriblemente.

—¿Un apretón de manos? —preguntó.

Eso hicimos, y también me dolió.

Casi todo el mundo sabía más del desarrollo de la guerra que nosotros, aunque estuviéramos metidos en ella. Por supuesto, eso ocurría después de que las Chinches hubieran localizado nuestro planeta a través de los Huesudos y con sus incursiones hubieran destruido Buenos Aires, transformando los «problemas de contacto» en una guerra declarada, pero antes de que hubiéramos reunido las fuerzas, y antes de que los Huesudos se hubieran cambiado de bando, convirtiéndose de hecho en nuestros cobeligerantes y aliados. Una interdicción para la Tierra, efectiva en parte, había sido establecida desde Luna (nosotros no lo sabíamos), pero, hablando en términos generales, la Federación Terrena estaba perdiendo la guerra.

Tampoco sabíamos eso. E ignorábamos los terribles esfuerzos que se llevaban a cabo para alterar las alianzas contra nosotros y atraer a los Huesudos a nuestro lado. Lo más que nos dijeron al respecto, al darnos instrucciones antes del raid en el que mataron a Flores, fue que actuáramos sin violencia extremada con los Huesudos, que destruyéramos todas las propiedades posibles pero que sólo matáramos a los habitantes cuando fuera inevitable.

Lo que ignora un hombre no puede revelarlo si lo capturan: ni las drogas, ni la tortura, ni el lavado de cerebro, ni la falta de sueño, pueden arrancarte un secreto que no posees. Por eso nos dijeron únicamente lo que era imprescindible para los propósitos técnicos. En el pasado había ejércitos que se replegaban y abandonaban la batalla porque los hombres no sabían por qué luchaban ni contra qué, y por tanto les faltaba la voluntad de luchar. Pero en la I.M. no existe esa debilidad. Para empezar, todos y cada uno éramos voluntarios por una u otra razón, unas buenas, otras malas. Pero luchábamos porque pertenecíamos a la I.M. Éramos profesionales, con esprit de corps. Éramos los Rufianes de Rasczak, el mejor equipo de toda la I.M. ya expurgada; entrábamos en las cápsulas porque Jelly nos decía que era hora de hacerlo, y luchábamos al bajar porque eso es lo que hacen los Rufianes de Rasczak.

Desde luego, no sabíamos que estábamos perdiendo la guerra.

Las Chinches ponen huevos. Y no sólo los ponen, sino que los retienen como reserva y los incuban cuando los necesitan. Si matábamos a un guerrero, o a mil, o a diez mil, los que debían reemplazarles eran incubados y puestos en servicio casi antes de que nosotros volviéramos a la base.

Librodot

Imaginen, si les parece, a una Chinche supervisora de la población lanzando un telefonazo a alguien, allá abajo, y diciéndole:

—Joe, caliéntame diez mil guerreros y tenlos dispuestos para el miércoles..., y dile a los ingenieros que activen los incubadores de reserva N, O, P, Q y R, pues hay mucha demanda.

No digo que lo hicieran exactamente así, pero ésos eran los resultados. Sin embargo, no cometan el error de creer que actuaban puramente por instinto, como las termitas o las hormigas. Sus actos eran tan inteligentes como los nuestros (¡las razas torpes no construyen naves espaciales!), y estaban mucho mejor coordinados. Se necesita un mínimo de un año para adiestrar a un soldado y lograr que luche en coordinación con sus compañeros. Un guerrero Chinche nace ya sabiendo hacerlo.

Cada vez que matábamos mil Chinches a costa de un I.M. era como una victoria para ellos. Nosotros aprendíamos, ¡y a qué precio!, cuán eficiente puede ser un comunismo total si lo utilizan gentes adaptadas realmente a ello merced a la evolución. A los comisarios Chinches no les importaba más el perder soldados que a nosotros emplear municiones. Tal vez hubiéramos podido preverlo estudiando las derrotas que la Hegemonía china infligió a la Alianza ruso-anglo-americana; sin embargo, el problema con esas «lecciones de la historia» es que generalmente se leen mejor después de haber caído de bruces.

Pero sí estábamos aprendiendo. Las instrucciones técnicas y las órdenes tácticas resultantes de cada batalla con ellos se extendían por toda la Flota. Aprendimos a distinguir a los obreros de los guerreros; si uno tenía tiempo, podía averiguarlo por la forma del caparazón, pero la regla más segura era: si viene hacia ti, es un guerrero; si huye, puedes darle la espalda. Aprendimos a no malgastar municiones ni siquiera con los guerreros, excepto en defensa propia; en cambio íbamos tras ellos. Primero encontrar un agujero, luego arrojar una bomba de gas que explota pocos segundos más tarde liberando un líquido oleoso que se evapora en un gas nervioso letal para las Chinches (e inocuo para nosotros), más pesado que el aire y que tiende a bajar..., y entonces se puede utilizar una segunda granada de H. E. para cerrar el agujero.

No sabíamos todavía si esas bombas llegaban a suficiente profundidad para matar a las reinas, pero sí que a las Chinches no les gustaba esa táctica; nuestro servicio de espionaje a través de los Huesudos, y entre las mismas Chinches, era definitivo en ese punto. Además, de ese modo aniquilábamos a fondo su colonia. Tal vez se las arreglaran para evacuar a las reinas y cerebros..., pero al menos estábamos aprendiendo a hacerles daño.

Ahora bien, en cuanto a los Rufianes se refiere, esos bombardeos de gas eran sencillamente otro ejercicio que se hacia de acuerdo con las órdenes, por números y a paso ligero.

Al fin tuvimos que volver a Santuario a por más cápsulas. Éstas se agotan (bueno, y nosotros también), y cuando se acaban hay que volver a la Base, aunque los generadores Cherenkov aún pudieran llevar la nave dos veces en torno a la Galaxia. Poco antes de eso llegó un despacho nombrando a Jelly teniente, en el puesto de Rasczak. Jelly trató de mantenerlo en secreto, pero la capitana Deladrier lo publicó y luego le pidió que comiera en la parte delantera con los demás oficiales. Pero él siguió pasando el resto del tiempo con nosotros.

Para entonces ya habíamos hecho varias bajadas con él como jefe de pelotón, y el equipo se había acostumbrado a seguir adelante sin el teniente. Todavía nos dolía, pero ya era cosa de rutina. En cuanto Jelal recibió el nombramiento, hablamos entre nosotros y decidimos que ya era hora de que lleváramos el nombre de nuestro jefe, como hacían otros equipos.

Johnson era el más antiguo y fue a decírselo a Jelly, obligándome a acompañarle para prestarle apoyo moral.

—¿Sí? —gruñó Jelly.

—Verá, mi sar…, quiero decir, mi teniente. Hemos estado pensando.

—¿Sobre qué?

—Bueno, los chicos lo han hablado entre ellos y piensan… Bien, creen que el equipo debería llamarse «Los Jaguares de Jelly».

—Conque sí, ¿eh? ¿Cuántos están a favor de ese nombre?

—La decisión es unánime —dijo Johnson sencillamente.

—¿Y qué? Cincuenta y dos «sí»… y un «no». Gana el «no».

Y nadie volvió a sacar a relucir el tema.

Poco después nos colocaron en la órbita de Santuario. Me alegré de estar allí, ya que el campo de seudogravedad interna de la nave había sido previamente retirado durante más de dos días mientras el ingeniero jefe lo arreglaba, dejándonos en caída libre, cosa que odio. Nunca seré un auténtico astronauta. Sentir la tierra bajo los pies me parece estupendo. A todo el pelotón se le concedieron diez días de Descanso y Recreo, y fuimos transferidos a los barracones de la Base.

Nunca había aprendido las coordenadas de Santuario, ni el nombre o el número de catálogo de la estrella en torno a la cual gira, porque lo que uno ignora no lo puede decir. El lugar es ultrasecreto, sólo conocido de los capitanes de las naves, los oficiales que las pilotan y gentes así, y todos ellos bajo órdenes hipnóticas de suicidarse, si es necesario, para evitar que los capturen. De modo que yo prefería no saberlo. Con la posibilidad de que el enemigo pudiera tomar la base Luna, e incluso ocupar la Tierra, la Federación mantenía todas las fuerzas posibles en Santuario, de modo que un desastre en la Tierra no significara necesariamente la capitulación.

Pero si puede decirse qué tipo de planeta es. Como la Tierra, pero retrasado.

Literalmente retrasado, como el niño que necesita diez años para aprender a decir adiós, y que jamás se las arregla para saber comer correctamente. Es un planeta de lo más parecido a la Tierra, de la misma época según los planetólogos; y su estrella es de la misma edad que el Sol y del mismo tipo. según los astrofísicos. Tiene mucha flora y fauna, la misma atmósfera que la Tierra, o parecida, y casi el mismo clima; incluso tiene una luna de buen tamaño, y las mareas excepcionales de la Tierra.

A pesar de todas estas ventajas, apenas se ha desarrollado. Verán, el problema es que es escaso en mutaciones; no disfruta del elevado nivel de radiación natural de la Tierra.

Su flora más típica y más desarrollada es un helecho gigante y primitivo; su animal más característico es un protoinsecto que ni siquiera ha creado colonias. No estoy hablando de la flora y fauna trasplantadas; nuestras plantas se instalan allí y arrinconan a las nativas.

Con el progreso evolutivo casi a cero por falta de radiación y, en consecuencia, un radio de mutación muy bajo, las formas de vida nativa en Santuario no han tenido una oportunidad decente para evolucionar, y no

Librodot

están en condiciones de competir. Sus esquemas genéticos siguen fijos durante un tiempo relativamente largo. No son adaptables; es como si se vieran forzados a jugar con las mismas cartas una y otra vez, durante siglos y siglos, sin esperanzas de llegar a tener una mano mejor.

Mientras estuvieron solos, eso no les importó demasiado; eran deficientes mentales relacionándose con deficientes mentales, por así decirlo. Pero cuando las gentes que habían evolucionado en un planeta que disfruta de radiación elevada y de gran espíritu competitivo se instalaron allí, los nativos se vieron dominados.

Ahora bien, todo lo anterior era obvio para mí desde mis clases de biología en la escuela superior, pero el técnico de la Estación de Investigación del planeta que me lo estaba explicando sacó a relucir una cuestión en la que yo nunca había pensado.

¿Y los seres humanos que han colonizado Santuario?

No los transeúntes como yo, sino los colonos que viven en Santuario, muchos de los cuales nacieron allí, y cuyos descendientes seguirán viviendo allí hasta la enésima generación. ¿Qué hay de sus descendientes? A nadie le hace daño no recibir radiaciones; en realidad es un poco más sano. La leucemia, y ciertos tipos de cáncer, son casi desconocidos en Santuario. Aparte de eso, la situación económica, de momento, está a su favor, pues cuando plantan un campo de trigo (terreno) no necesitan siquiera quitar las malas hierbas. El trigo de la Tierra desplaza todo lo nativo.

Pero los descendientes de esos colonos no evolucionarán. No mucho por lo menos. Ese tipo me dijo que podían mejorar un poco merced a mutación por otras causas, por la sangre nueva que traen los inmigrantes, y por la selección natural entre los esquemas genéticos que ya tienen. Pero todo eso apenas tiene importancia comparado con el índice evolutivo de la Tierra y de cualquier planeta normal. Entonces ¿qué ocurre? ¿Se quedan en su nivel actual mientras el resto de la raza humana sigue adelantándose, hasta ser fósiles vivos, tan fuera de lugar como un pitecántropo en una nave espacial? ¿O acaso se preocupan por el destino de sus descendientes y se someten a rayos X con regularidad, o se dedican a las explosiones nucleares cada año a fin de tener una reserva de radiación en su atmósfera? (Aceptando, por supuesto, los peligros inmediatos de la radiación en sí mismos con objeto de proveer una herencia genética adecuada de mutaciones en beneficio de sus descendientes).

Dicho investigador predice que no harán nada. Afirma que la raza humana es demasiado individualista, demasiado egoísta, para preocuparse tanto por las generaciones futuras. Dice que el empobrecimiento genético de las generaciones distantes por falta de radiación es algo por lo que la mayoría de la gente es incapaz de preocuparse. Y, por supuesto, es una amenaza muy distante. La evolución funciona tan lentamente, incluso en la Tierra, que el desarrollo de nuevas especies es cuestión de muchos, muchos miles de años.

No lo sé. Caray, si la mitad del tiempo no sé ni lo que voy a hacer yo. ¿cómo voy a predecir lo que hará una colonia de extraños? Pero estoy seguro de esto: Santuario va a ser totalmente colonizado, por nosotros o por las Chinches. O por alguien más. Es una utopía en potencia, y estando las tierras tan escasas por esta parte de la Galaxia, no se le va a dejar en manos de las formas primitivas carentes de inteligencia.

Es un lugar encantador, mejor en muchos aspectos, para unos días de Descanso y Recreo, que la Tierra. En segundo lugar, y aunque tiene muchísimos civiles, más de un millón, éstos no son malos para ser civiles. Saben que hay una guerra en marcha. La mitad de ellos están empleados en la Base o en la industria de guerra; el resto cultiva alimentos y se los vende a la Flota. Podría decirse que tienen Intereses legales en la guerra pero, sean cuales fueren sus razones, respetan el uniforme y no les incomoda tener allí a los soldados. Muy al contrario Si un I.M. entra en una tienda, el propietario le llama «señor» y parece decirlo realmente en serio, aunque a la vez esté tratando de venderle algo inútil por un precio demasiado alto.

En primer lugar, la mitad de esos civiles son mujeres. Uno tiene que haber estado mucho tiempo de patrulla para apreciar eso como es debido. Tienes que haber estado soñando con el día de guardia, con el privilegio de estar dos horas de cada seis con la columna vertebral contra el mamparo y las orejas alzadas a la espera de captar una voz femenina. Supongo que será más fácil en las naves que tocan todos los puertos, pero yo prefiero el Rodger Young. Es algo bueno saber que la razón definitiva por la que uno lucha sí existe, y que no es sólo cosa de su imaginación.

Además de ese maravilloso cincuenta por ciento de los civiles, el cuarenta por ciento de las gentes del Servicio Federal en Santuario también lo constituyen mujeres. Añádase a todo ello que uno disfruta del paisaje más maravilloso de todo el universo explorado.

Y aparte de esas ventajas naturales insuperables, mucho se ha hecho artificialmente para que no se malgaste el tiempo de Descanso y Recreo. La mayoría de los civiles parecen tener dos empleos; incluso se les ve ojerosos por pasarse toda la noche de pie para hacer más agradable el permiso de un soldado. Churchill Road, que va desde la Base a la ciudad, está abarrotada a ambos lados de empresas destinadas a que un hombre se desprenda sin dolor de ese dinero que, de todas formas, no tiene en qué gastar, con el agradable acompañamiento de bebidas, diversiones y música.

Si uno es capaz de pasar ante esas trampas, y aunque ya le hayan sangrado de toda cosa de valor, todavía existen otros lugares en la ciudad casi tan satisfactorios (me refiero a que allí también hay chicas), y que el pueblo agradecido ofrece gratis; muy parecidos al centro social de Vancouver, pero con una acogida todavía mejor.

Santuario, y en especial la ciudad, Espíritu Santo, me pareció un lugar tan ideal que estuve meditando en la idea de retirarme allí cuando expirara mi plazo. Después de todo, nada me importaba realmente que mis descendientes (si es que los había) tuvieran veinticinco mil años después largos tentáculos verdes como todos los demás, o sólo el equipo normal con que yo me había visto forzado a cargar. Aquel profesor de la Estación de Investigación no era capaz de asustarme con su amenaza de la carencia de radiación. En mi opinión (y por lo que veo a mi alrededor), la raza humana ya había alcanzado su cima definitiva, de todos modos.

Sin duda el jabalí macho siente lo mismo por el jabalí hembra pero, si es así, ambos somos muy sinceros.

Hay otras oportunidades de diversión en ese lugar. Recuerdo con especial placer una noche en la que un grupo de Rufianes se enzarzó en una discusión amistosa con un grupo de marineros (no del Rodger Young) sentados en la mesa inmediata. Por culpa de las bebidas, la discusión fue algo escandalosa. De modo que acudió la Policía de la Base y le puso fin con

las porras cuando ya estábamos caldeándonos en la respuesta. No hubo consecuencias, aparte de que nosotros tuvimos que pagar los muebles rotos. El comandante de la Base opina que a un hombre que disfruta de D&R se le debe permitir algo de diversión mientras no falte a esas treinta y una normas que pueden acabar con él.

También los barracones donde nos acomodaban estaban bien, nada lujosos pero sí cómodos. y la cocina funciona veinticuatro horas al día, encargándose de todo el trabajo los civiles. No hay toque de diana, ni de queda. Realmente, uno está de permiso y no tiene por qué ir a los barracones si no quiere. Yo me quedé en ellos sin embargo, ya que me parecía ridículo gastarme el dinero en los hoteles cuando allí tenía una cama limpia, buena y gratis, y había mejores modos de gastar mis pagas acumuladas.

La hora extra de cada día resultaba agradable también, ya que podía dormir nueve horas y disponer luego de toda una jornada completa. Recuperé todo el tiempo de sueño que llevaba atrasado desde la Operación Casa de Chinches.

La verdad es que era como un hotel. Ace y yo teníamos un cuarto para nosotros solos, en la parte de los suboficiales de visita. Una mañana, cuando nuestro Descanso y Recreo se acercaba por desgracia a su fin, yo estaba durmiendo pacíficamente bajo la luna local cuando Ace casi me tira de la cama.

—¡A paso ligero, soldado! Las Chinches están atacando.

Le dije lo que podía hacer con las Chinches.

—Vámonos de juerga —insistió.

—No tengo dinero —dije.

La noche anterior había tenido una cita con una encantadora química de la Estación de Investigación. Había conocido a Carl en Plutón, y Carl me había escrito diciéndome que tratara de verla si alguna vez iba a Santuario. Era una pelirroja muy esbelta, con gustos caros. Al parecer, Carl le había insinuado que yo tenía más dinero del que necesitaba, ya que ella decidió la noche anterior que era precisamente su oportunidad de trabar conocimiento con el champaña local. No quise dejar mal a Carl confesando que todo lo que tenía era la paga de un soldado. De modo que la invité a beberlo mientras yo me tomaba lo que allí llaman (aunque no lo es) zumo de piña. El resultado fue que tuve que volver a pie después (los taxis no son gratuitos). Sin embargo, había valido la pena. Y, después de todo, ¿qué es el dinero? Hablo del dinero de las Chinches, claro.

—No es problema —dijo Ace—. Puedo invitarte. Anoche tuve suerte. Conocí a uno de la marina que no sabe nada de porcentajes.

De modo que me levanté, me afeité y me duché, y fuimos a la cocina en busca de media docena de huevos con algo semejante a patatas, jamón, pastelillos calientes, etc., y luego nos fuimos a la ciudad a tomar algo. El camino a lo largo de Churchill Road era caluroso, de modo que Ace decidió parar en una cantina. También yo entré para comprobar si allí el zumo de piña era auténtico. No lo era, pero estaba frío. No se puede pedir todo.

Hablamos de esto y de lo otro. y Ace pidió otra ronda. Probé con el zumo de fresas: lo mismo. Ace se quedó mirando el vaso y luego me preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en presentarte para oficial?

—¿Qué? ¿Estás loco? —exclamé.

—No. Mira, Johnnie, esta guerra puede durar mucho. A pesar de toda la propaganda enfocada a los de casa, tú y yo sabemos que las Chinches no están dispuestas a rendirse. Así que, ¿por qué no hacer planes? Como dice el refrán: si has de tocar en la banda, vale más que lleves la batuta que el tambor.

Estaba asombrado ante el giro que había tomado la conversación, especialmente viniendo de Ace.

—¿Y tú? ¿También tú buscas un cargo?

—¿Yo? —dijo asombrado—. Comprueba tus circuitos, hijo; estás sacando conclusiones erróneas. Yo no tengo cultura, y soy diez veces mayor que tú. Pero tú si tienes cultura suficiente para pasar los exámenes de la Escuela de Candidatos Oficiales, y además el coeficiente de inteligencia que a ellos les gusta. Te garantizo que, si te haces de carrera, serás sargento antes que yo, y te elegirán para la Escuela al día siguiente.

—¡Ahora sé que estás loco!

—Escucha a tu papaíto. Odio decirte esto, pero tú eres lo bastante estúpido, vehemente y sincero como para llegar a ser el tipo de oficial al que los hombres siguen encantados adonde sea. Ahora bien, yo..., bueno, yo soy suboficial por naturaleza, con la actitud pesimista idónea para contrarrestar el entusiasmo de las personas como tú. Algún día seré sargento, y luego cumpliré mis veinte años de servicio y me retiraré y conseguiré uno de esos trabajos de reserva, policía tal vez, y me casaré con una chica gorda y con los mismos gustos vulgares que yo, y me dedicaré al deporte, y a pescar, y a irme muriendo a gusto. —Se detuvo para aclararse la garganta y continuó—: Pero tú seguirás en el ejército, y probablemente alcanzarás un alto rango y morirás gloriosamente, y un día leeré algo acerca de ti en la prensa y diré con orgullo: «Yo le conocí. ¡Vaya, hasta solía prestarle dinero! Fuimos cabos juntos». ¿Bien?

—Nunca he pensado en ello —dije lentamente—. Sólo me proponía cumplir un plazo de servicio.

—¿Acaso ves que licencien ahora a los que ya lo han cumplido? —Sonrió amargamente—. ¿Y esperas conseguirlo en dos años?

Eso sí me daba que pensar. Mientras la guerra continuara, un «plazo» no se daba por finalizado. Al menos, no para las tropas espaciales. Era una diferencia de actitud sobre todo, al menos de momento. Los que estábamos cumpliendo un plazo podíamos pensar: «Cuando termine esta maldita guerra de los insectos...» Pero un oficial de carrera jamás pensaría así. No le esperaba nada, aparte del retiro... o la muerte.

Por otra parte, tampoco a nosotros. Pero si uno se hacia de «carrera» y no terminaba la guerra en veinte años... bueno, podían ponerse muy pesados acerca de sus privilegios políticos, aunque jamás retuvieran a un hombre que no quisiera quedarse.

—Quizá no en un plazo de dos años —admití—, pero la guerra no durará siempre.

—¿Que no?

—¿Cómo sería posible?

—Que me cuelguen si lo sé. A mi no me dicen esas cosas. Pero eso no es lo que te preocupa, Johnnie. ¿Acaso te espera alguna chica?

—No. Bueno, había una —contesté lentamente—. Pero no pasó de decirme «querido Johnnie».

Era una mentira, pero la dije porque Ace parecía esperarlo. Carmen no era mi chica, ni una chica que esperara a nadie, pero sí me escribía cartas y las empezaba con un «Querido Johnnie» en las raras ocasiones en que lo hacía.

—Es lo que hacen siempre —asintió Ace con sagacidad—. Prefieren casarse con civiles y tener a alguien con quien charlar cuando tienen ganas. No te importe, hijo; encontrarás muchas más que dispuestas a casarse contigo cuando te retires, y a esa edad estarás más capacitado para manejar a una esposa. El matrimonio es el desastre para un joven, y la comodidad para un viejo. —Miró el vaso—. Me da náuseas verte bebiendo esa porquería.

—A mí me ocurre lo mismo con lo que bebes tú —le dije.

—Como dices, hay gente para todo. —Se encogió de hombros—. Piensa en lo que te he dicho.

—Lo haré.

Ace se metió después en una partida de cartas, me prestó dinero y yo me fui a pasear. Necesitaba pensar.

¿Hacerme de carrera? Aparte de esas bobadas de conseguir un cargo, ¿deseaba yo seguir la carrera? Bueno, yo había pasado por todo esto para obtener mis privilegios políticos, ¿no?, y si seguía la carrera militar estaría tan lejos del privilegio de votar como si jamás me hubiera alistado, porque mientras uno lleva el uniforme no puede votar. Lo cual es como debe ser, por supuesto. Es que si dejaran votar a los Rufianes, ¡esos idiotas serían capaces de votar para que no se hiciera una bajada! No es posible. Sin embargo, yo me había enrolado con objeto de ganar el voto.

¿O no?

¿Me había preocupado alguna vez por votar? No. Era el prestigio, el orgullo, la situación social del ciudadano.

¿O no?

Ni por salvar mi vida era capaz de recordar por qué me había enrolado.

De todas formas, el proceso de votar no era lo que hacía a un ciudadano. El teniente había sido un ciudadano en el auténtico sentido de la palabra, aunque no hubiera vivido lo suficiente para emitir un voto. Porque había «votado» cada vez que hizo una bajada.

¡Y yo también!

Me parecía escuchar todavía al coronel Dubois:

—La ciudadanía es una actitud, un estado de la mente, una convicción emocional de que el todo es mayor que la parte, y que la parte debe sentirse humildemente orgullosa de sacrificarse para que el todo pueda vivir.

Ignoraba todavía si anhelaba colocar mi único cuerpo «entre el amado hogar y la desolación de la guerra», porque seguía sufriendo los temblores antes de cada bajada, y esa «desolación» podía ser muy desolada. Sin embargo, al fin comprendía lo que el coronel Dubois había querido decir. La I.M. era mía, y yo era de ella. Si eso era lo que la I.M. hacia para romper la monotonía, yo lo haría también. El patriotismo era algo esotérico para mí, una idea demasiado amplia para que yo la captara. Pero la I.M. era mi banda, a la que yo pertenecía. Ellos eran toda la familia que me quedaba, los hermanos que nunca había tenido, amigos más íntimos de lo que Carl fuese jamás. Si les dejara, estaría perdido.

Entonces, ¿por qué no convertirme en militar de carrera?

De acuerdo, de acuerdo, pero ¿y esa tontería de presentarme para un cargo? Eso era otra cosa. Podía imaginarme sirviendo veinte años y luego viviendo tranquilo, al modo en que Ace lo había descrito, con cintas en el

Librodot

pecho y zapatillas en los pies, y las veladas en el Club de Veteranos recordando viejos tiempos con otros que también estuvieron en el ejército. Pero ¿oficial de carrera? Aún me parecía oír a Al Jenkins en una de las discusiones que tuvimos al respecto:

—¡Yo soy un soldado! ¡Y voy a seguir siendo soldado! Si sólo eres un soldado, no esperan nada de ti. ¿Quién quiere ser oficial? ¡Ni siquiera sargento! Respiras el mismo aire que ellos ¿no? Y comes lo mismo. Y vas a los mismos lugares y haces las mismas bajadas. Pero sin preocupaciones.

También eso me daba en qué pensar. ¿Qué me habían proporcionado las sardinetas, aparte de alguna bronca?

Sin embargo, yo sabía que sería sargento si alguna vez me lo ofrecían. Uno no rehúsa nada; un I.M. no rehúsa nada. Se adelanta y lo acepta. Un ascenso también, supongo.

No, eso no ocurrirá. ¿Quién era yo para pensar que podía ser alguna vez lo que había sido el teniente Rasczak?

Paseando, me había acercado a la Escuela de Candidatos, aunque no creo que me propusiera ir allí. Una compañía de cadetes se encontraba en el terreno de revista, haciendo ejercicios al trote y con el mismo aspecto que los reclutas, en la Básica. El sol calentaba, y aquello parecía más incómodo que una sesión de pelea en la sala de bajadas del Rodger Young. Yo no había marchado de ese modo desde que terminé la Básica. Esa tontería de los ejercicios para agotar a los muchachos ya estaba superada.

Los observé un poco, sudando con los uniformes. Oí cómo les reñían..., los sargentos también. Lo de siempre. Agité la cabeza y me alejé de allí... y regresé a los barracones, fui al ala de los oficiales y busqué la habitación de Jelly.

Estaba con los pies sobre la mesa, y leyendo una revista. Di con los nudillos en el marco de la puerta. El alzó la vista y gruñó.

—¿Sí?

—Mi sarg..., quiero decir, mi teniente...

—¡Dilo de una vez!

—Señor, quiero seguir la carrera militar.

Bajó los pies de la mesa.

—Levanta la mano derecha.

Me tomó el juramento, buscó en el cajón de la mesa y sacó unos papeles.

Tenía mis documentos preparados, esperándome para que los firmara. Y ni siquiera se lo había dicho a Ace. ¿Qué les parece?

Capítulo 12

No basta en absoluto con que un oficial sea capaz [...] Debe ser también un caballero de educación liberal, modales refinados, cortesía perfecta y el mayor sentido del honor personal [...] Ningún acto meritorio por parte de un subordinado debe escapar a su atención, aunque la recompensa sea tan sólo una palabra de aprobación. Y, a la inversa, no debe pasar por alto una sola falta de cualquier subordinado.

Por muy ciertos que sean los principios políticos por los que ahora luchamos, las naves deben ser gobernadas bajo un sistema de absoluto despotismo.

Confío en que he dejado claro ante vosotros las tremendas responsabilidades [...] Debemos hacer cuanto podamos con todo lo que tenemos.

John Paul Jones
14 de septiembre de 1775.
Extractos de una carta al comité naval de los insurrectos de N.A.

El Rodger Young volvía de nuevo a la Base en busca de reemplazos, tanto de cápsulas como de hombres. Se habían cargado a Al Jenkins cuando cubría una recogida, que nos había costado el Padre también. Y además había que reemplazarme a mí. Llevaba ahora las insignias de sargento (por la muerte de Migliaccio), pero tenía la corazonada de que serían de Ace en cuanto yo dejara la nave. Sabía que había sido algo puramente honorario, ese ascenso sólo había sido una amable despedida por parte de Jelly, ya que yo me iba a la Escuela de Oficiales.

Pero eso no me impedía sentirme orgulloso de ellas. En el campo de aterrizaje de la Flota crucé la puerta de salida con la cabeza muy alta y me fui al mostrador de cuarentena para que me sellaran las órdenes. Mientras lo hacían, oí una voz cortés y respetuosa a mis espaldas.

—Disculpe, sargento, pero ese bote que acaba de bajar ¿es del Rodger...?

Me volví para ver quién hablaba; me fijé en las mangas, vi que era un cabo, un hombre bajo y ligeramente cargado de hombros, sin duda uno de nuestros...

—¡Padre!

Entonces el cabo me echó los brazos al cuello:

—¡John! ¡John! ¡Oh, mi pequeño Johnnie!

Le besé, le abracé y me eché a llorar. Tal vez el empleado civil del mostrador de cuarentena no hubiera visto nunca que dos suboficiales se besasen. Bien, sólo con que hubiera alzado una ceja en gesto de sorpresa le habría pateado. Pero ni eso vi. Estaba muy ocupado. El tuvo que recordarme que me llevara las órdenes.

Para entonces ya nos habíamos limpiado la nariz y secado las lágrimas. Ya no éramos un espectáculo. Le dije:

—Papá, busquemos un rincón tranquilo y sentémonos a hablar. Quiero que me lo cuentes todo —Inspiré profundamente—. Creí que habías muerto.

—No. Casi me mataron en una o dos ocasiones. Pero, hijo..., sargento, he de averiguar lo de ese bote de aterrizaje. Verás...

—¡Oh, ése! Sí, es del Rodger Young. Precisamente yo...

—Entonces tengo que largarme ahora mismo. —Parecía muy desilusionado—. He de presentarme allí. —Luego añadió ansiosamente—: Pero tú volverás pronto a bordo ¿no, Johnnie? ¿O es que estás de Descanso y Recreo?

—No, no. —Pensé a toda prisa. ¡Mira que ocurrir esto!—. Verás, padre, yo sé el horario del bote. No subirás a bordo por lo menos en una hora y pico. Ese bote no es de recogida rápida; tiene que encargarse del combustible cuando el Rodger complete este pase, si es que el piloto no ha de esperar al pase siguiente. Hay que cargar primero.

Me miró dudoso:

—Mis órdenes dicen que me presente de inmediato al piloto en el primer bote disponible de la nave.

—¡Padre, padre! ¿Por qué has de ser tan condenadamente reglamentario? A la chica que pilota eso no le importará que tú subas ahora o justo cuando vayan a largarse. De todas formas, harán la llamada por los altavoces diez minutos antes de salir. No puedes perderlo.

Me dejó que le llevara a un rincón tranquilo. Cuando nos sentamos repitió:

—¿Irás en el mismo bote, John? ¿O más tarde?

—Yo...

Le enseñé mis órdenes; me pareció el modo más sencillo de darle la noticia. Barcos que se cruzan en la noche, como en la historia de Evangeline... ¡caray, qué modo de salir mal las cosas!

El las leyó, vi lágrimas en sus ojos y dije a toda prisa:

—Mira, padre, voy a tratar de volver. No querría estar en otro equipo que con los Rufianes. Y más ahora que estás tú con ellos. Bueno, yo sé que es una desilusión, pero...

—No estoy desilusionado, John.

—¿Cómo?

—Es orgullo. Mi hijo va a ser oficial. Mi pequeño Johnnie... Claro, desilusión también. Había estado soñando con este día. Pero puedo esperar un poco más. —sonrió entre lágrimas—. Has crecido, muchacho. Y engordado también.

—Supongo que sí. Pero, papá, no soy oficial aún, y tal vez sólo pase unos días fuera del Rodger. Quiero decir que a veces nos despiden con toda rapidez y...

—¡Basta de eso, jovencito!

—¿Qué?

—Tú lograrás ser oficial. No vuelvas a hablar de que te despidan. —de pronto sonrió—. Es la primera vez que he podido decirle a un sargento que se callara.

—Bien..., desde luego lo intentaré, padre, y si lo consigo seguro que pediré ir al viejo Rodger. Pero...

—Sí, lo sé. Pero tu petición no significará nada a menos que haya una vacante para ti. No importa. Si esta hora es cuanto tenemos, vamos a sacarle el mayor partido posible. Estoy tan orgulloso de ti que me estallan las costuras. ¿Cómo te ha ido, Johnnie?

—¡Oh, estupendo, estupendo!

Yo pensaba que la cosa no era tan mala. Mi padre estaría mejor con los Rufianes que en cualquier otro equipo. Todos mis amigos cuidarían de él, le

conservarían vivo. Tenía que enviar un telegrama a Ace. Porque mi padre, desde luego, jamás revelaría que yo era su hijo.

—Papá. ¿Cuánto tiempo llevas en esto?

—Poco más de un año.

—¡Y ya eres cabo!

Sonrió amargamente.

—Los hacen a toda prisa en estos tiempos.

No tenía que preguntar a qué se refería. Las bajas. Siempre había vacantes en los Cuadros de Organización. Apenas se conseguían bastantes soldados adiestrados para llenarlas. En cambio. dije:

—Sí, pero papá, tú eres..., quiero decir, ¿no eres un poco viejo para el ejército? Podrías estar en la marina, o en logística, o...

—¡Yo quise la Infantería Móvil y lo conseguí! —replicó enfáticamente—. Y no soy más viejo que la mayoría de los sargentos, no tan viejo en realidad. Hijo, el simple hecho de que tenga veintidós años más que tú no me coloca en una silla de ruedas. Y la edad tiene sus ventajas también.

Había algo de cierto en eso. Recordé que el sargento Zim siempre había probado primero a los hombres maduros cuando se trataba de dar sardinetas a los soldados. Y papá jamás haría tonterías en la Básica como yo, nada de latigazos para él. Probablemente, ya le habían considerado para suboficial antes de que terminara la Básica. El ejército necesita muchos hombres maduros; es una organización paternalista.

No tenía que preguntarle por qué había elegido la I.M., ni por qué medios había venido a parar a mi nave. Me alegraba de ello, y me sentía más adulado que si me hubiera expresado todo su orgullo en palabras. Tampoco iba a preguntarle por qué se había alistado: creía saberlo ya. Por mamá. Ninguno de los dos la había mencionado, era demasiado penoso. De modo que cambié de tema bruscamente.

—Ponme al día. Dime dónde has estado, y qué has hecho.

—Bien, me adiestré en el Campamento San Martín.

—¿Cómo? ¿No en Currie?

—Es uno nuevo. Pero con el mismo régimen, según creo. Sólo que en él te adiestran dos meses más aprisa, porque no tienes los domingos libres. Luego pedí el Rodger Young, pero no lo conseguí, y terminé en los Voluntarios de McSlattery. Es un buen equipo.

—Sí, lo se —tenían fama de rudos, duros y desagradables, casi tan buenos como los Rufianes.

—Debería decir que era un buen equipo. Hice varias bajadas con ellos y mataron a algunos chicos, así que al cabo de algún tiempo conseguí éstas —y se miró las sardinetas—. Ya era cabo cuando bajamos en Sheel...

—¿Tú estabas allí? ¡Yo también!

Con una emoción repentina me sentí más cerca de mi padre de lo que había estado en mi vida.

—Lo sé. Al menos sabía que estaba allí tu equipo. Yo me hallaba a unos ochenta kilómetros al norte de tu posición, por lo que pude adivinar. Nos encargamos del contraataque cuando ellos empezaron a surgir del suelo como murciélagos de una cueva. —Se encogió de hombros—. De modo que, cuando acabó aquello, yo era un cabo sin equipo. No quedaba lo suficiente de nosotros como para un cuadro de jefes completo. Por eso me enviaron aquí. Podía haber ido con los Osos de Kodiak, pero dije unas palabritas al

encargado de las colocaciones y, por supuesto, el Rodger Young vino con una vacante para un cabo. Así que aquí estoy.

—¿Y cuándo te enrolaste?

Comprendí que era un error en cuanto hube hecho la pregunta, pero había que dejar el tema de los Voluntarios de McSlattery; el huérfano de un equipo muerto desea olvidarlo.

Papá respondió en voz baja:

—Poco después de lo de Buenos Aires.

—Ah, comprendo.

No habló durante unos segundos. Luego añadió suavemente:

—No estoy seguro de que lo comprendas, hijo.

—¿Cómo dices?

—No será fácil de explicar. Desde luego, la pérdida de tu madre tuvo mucho que ver en ello. Pero no me enrolé por vengarla, aunque también pensaba en eso. Tú tuviste mucho más que ver con ello.

—¿Yo?

—Sí, tú, hijo. Siempre comprendí lo que tú hacías mejor que tu madre. No la culpes. Ella jamás tuvo la oportunidad de entenderlo, lo mismo que un pájaro es incapaz de entender lo que significa nadar. Yo sabía incluso por qué lo hiciste, aunque entonces quería que tú lo supieras. Por lo menos la mitad de mi enfado contigo era puro resentimiento porque tú estabas haciendo algo que en el fondo de mi corazón, comprendía que también debía haber hecho. Pero tampoco tú fuiste la causa de que me enrolara. Sólo colaboraste en mi decisión, y no interviniste en el servicio que elegí. —Hizo una pausa—. Yo no estaba en buena forma cuando tú te enrolaste. Visitaba a mi hipnoterapeuta con bastante regularidad, jamás lo sospechaste, ¿verdad?, pero no habíamos llegado más que a la franca aceptación de que yo me sentía muy insatisfecho. Después de que te fuiste te eché la culpa, pero no era culpa tuya, y lo sabía, y supongo que mi terapeuta también. Creo que yo me enteré de que estábamos metidos en un gran problema antes que la mayoría, pues nos pidieron que nos dedicáramos al armamento militar más de un mes antes de que se anunciara el estado de emergencia. Estábamos dedicados casi enteramente a la producción de armamento mientras tú te hallabas aún en el campamento.

»Me sentí mejor durante ese período, trabajando hasta agotarme y demasiado ocupado para acudir al terapeuta. Luego me sentí más preocupado que nunca. —sonrió—. ¿Hijo, sabes mucho acerca de los civiles?

—Bien..., no hablamos el mismo lenguaje. Eso sí lo sé.

—Muy bien expresado. ¿Te acuerdas de la señora Ruitman? Tuve unos cuantos días de permiso en cuanto terminé la Básica y fui a casa. Vi a algunos de nuestros amigos para despedirme de ellos, y también a ella la visité. Estuvo hablando de muchas bobadas y al fin dijo: «¿De modo que se va? Bueno, si para en Faraway debe buscar a mis queridos amigos, los Regate».

»Le dije, con la mayor amabilidad posible, que no lo creía probable, ya que los arácnidos habían ocupado Faraway. Eso no la preocupó en absoluto. Se limitó a decir: «¡Oh, eso no importa! Ellos son civiles» y mi padre sonrió maliciosamente.

—Sí, lo sé.

—Pero me adelanto a mi historia. Te dije que entonces aún me sentía más preocupado. La muerte de tu madre me dejó libre para lo que tenía que

hacer, aunque ella y yo estábamos más unidos que la mayoría. Sin embargo, su muerte me liberó. Entregué el negocio a Morales.

—¿El viejo Morales? ¿Podrá manejarlo?

—Sí. Porque tiene que hacerlo. Muchos estamos haciendo cosas que jamás creímos que pudiéramos hacer. Le di un buen puñado de acciones, ya sabes el viejo dicho de la fuerza que mueve el mundo, y el resto lo dividí en dos partes, dejándolo en fideicomiso. La mitad para las Hijas de la Caridad; la mitad para ti cuando quieras volver y cogerlo. Si vuelves. No importa. Al menos había descubierto qué andaba mal en mí. —Hizo una pausa y añadió suavemente—: Tenía que hacer un acto de fe. Tenía que demostrarme a mí mismo que era un hombre. No sólo un animal dedicado a la economía, productor-consumidor, sino un hombre.

En ese momento, antes de que yo pudiera responderle nada, los altavoces del muro empezaron a cantar: «...brilla el nombre, brilla el nombre de Rodger Young», y una voz femenina añadió: «Personal para el Rodger Young, suban a bordo. Dársena H. Nueve minutos».

Mi padre se puso en pie de un salto y cogió su mochila.

—¡Ese es para mi! Cuídate, hijo, y aprueba esos exámenes. O descubrirás que aún no eres lo bastante mayor para valerte por ti mismo.

—Lo haré, padre.

Me abrazó a toda prisa.

—¡Te veré cuando volvamos! —dijo, y se largó a paso ligero.

En la oficina exterior de la comandancia me presenté a un sargento de Flota que se parecía muchísimo al sargento Ro; incluso le faltaba un brazo. Sin embargo, no tenía su sonrisa. Yo dije:

—Sargento de carrera, John Rico, desea presentarse al oficial al mando según sus órdenes.

Miró el reloj.

—Su bote bajó hace setenta y tres minutos. ¿Qué ha ocurrido?

Entonces se lo expliqué. Se mordió el labio inferior y me miró meditabundo.

—He oído todas las excusas posibles. Pero usted acaba de iniciar una nueva página. Su padre, su propio padre, ¿Iba realmente a presentarse en su nave justo cuando usted salía de ella?

—La pura verdad, sargento. Puede comprobarlo..., el cabo Emilio Rico.

—No comprobamos las declaraciones de los «jóvenes caballeros» aquí. Simplemente, las archivamos por si resulta que no han dicho la verdad. De acuerdo, un chico que no llegara tarde por despedir a su padre no valdría mucho en cualquier caso. Dejémoslo estar.

—Gracias, sargento. ¿Me presento ahora al oficial al mando?

—Ya se ha presentado a él. —Hizo una señal en una lista—. Quizá dentro de un mes, a partir de ahora, le enviará con otras dos docenas de oficiales. Aquí tiene sus órdenes, y una lista de las cosas que no debe hacer. Puede empezar por quitarse esas sardinetas. Pero guárdelas; tal vez las necesite más tarde. A partir de ahora, usted es «mister Rico» no «sargento».

—Sí, señor.

—No me llame «señor». Yo le llamaré «señor» a usted. Pero no le gustará.

No voy a describir la Escuela de Candidatos a Oficiales (E.C.O.). Es como la Básica pero al cubo, y con muchos libros. Por las mañanas nos

comportábamos como soldados, haciendo las cosas de siempre que ya hiciéramos en la Básica, y en combate, y recibiendo broncas por el modo en que lo hacíamos... de boca de los sargentos. Por las tardes éramos cadetes y «caballeros», y contestábamos preguntas y recibíamos clases referentes a una lista interminable de temas: matemáticas, ciencias, galactografía, xenología, hipnopedia, logística, estrategia y táctica, comunicaciones, ley militar, lectura de terrenos, armas especiales, psicología de mando, cualquier cosa, desde el cuidado y alimentación de los soldados a por qué Jerjes perdió la gran batalla. Sobre todo cómo convertirse en una catástrofe viviente a la vez que se cuida a cincuenta hombres, educándoles, apreciándoles, dirigiéndoles, salvándoles... pero jamás mimándoles.

Teníamos camas, que utilizábamos muy poco; teníamos habitaciones, duchas y baños, y cada cuatro candidatos disponíamos de un sirviente civil que nos hacía la cama, nos limpiaba las habitaciones y sacaba brillo a los zapatos, preparaba los uniformes y hacía cualquier recado. No se proponían que este servicio fuera un lujo; su propósito consistía en dar al estudiante más tiempo para cumplir lo que era realmente imposible al liberarle de todo aquello que cualquier graduado de Básica sabe ya hacer perfectamente.

Seis días trabajarás y harás todo lo posible,
el séptimo lo mismo y colgarás del cable.

O, como dice la versión del ejército: «y limpiarás el establo», lo que demuestra cuántos siglos tiene este refrán. Ojalá pudiera vérmelas con uno de esos civiles que creen que nosotros vivimos bien, y hacerle pasar un mes en la E.C.O.

Por las tardes, y todo el domingo, estudiábamos hasta quemarnos las pestañas y sentir dolor en los oídos; luego dormíamos (si es que dormíamos) con un altavoz hipnopédico sonando bajo la almohada.

Nuestras canciones de marcha eran adecuadamente derrotistas: «¡No quiero el ejército para mí, no quiero el ejército para mí! Preferiría estar tras el arado como en los viejos tiempos». O «No quiero estudiar más sobre guerra»; o «¡No hagáis un soldado de mi hijo!, gritó la madre llorosa», y —la favorita de todas— el viejo clásico «Los caballeros oficiales», con el estribillo sobre la pequeña oveja perdida: «¡Dios tenga piedad de aquellos como nosotros, oh, sí!».

Sin embargo, yo no recuerdo haberme sentido desgraciado. Demasiado ocupado, supongo. Allí no existía esa «rima» psicológica que había que escalar y con la que uno tropieza en la Básica. Allí sólo había, sencillamente, el temor constante a fracasar. Me preocupaba sobre todo la mala preparación que yo llevaba en matemáticas. Mi compañero de habitación, un colono de Hesperus con el nombre extrañamente adecuado de «Ángel», se quedaba en píe noche tras noche dándome clase.

La mayoría de los instructores, especialmente los oficiales, eran inválidos. Los únicos que recuerdo con el dominio completo de brazos, piernas, ojos, oídos. etc., eran algunos de los suboficiales instructores de combate, y tampoco todos. Nuestro profesor en las peleas sucias iba sentado en una silla electrónica, llevaba un collarín de plástico y estaba totalmente paralizado del cuello para abajo. Pero no tenía paralizada la lengua, su vista era fotográfica y la cólera con que podía analizar y criticar cuanto veía compensaba aquel impedimento de escasa importancia.

Librodot

Al principio me preguntaba por qué aquellos hombres, candidatos indudables al retiro físico y a la pensión completa, no se aprovechaban de ello y se iban a casa. Luego dejé de preguntármelo.

Supongo que la mayor emoción de toda mi carrera de cadete fue una visita de la alférez Ibáñez, la de los ojos oscuros, oficial de vigilancia y piloto bajo instrucción en la corbeta transporte Mannerheim. Apareció Carmencita con un aspecto increíble, con el traje blanco de la marina, y tan pequeña como un pisapapeles, mientras mi clase estaba formada por la revista de la cena. Pasó ante todos nosotros —se podía oír cómo estallaban los ojos a su paso— siguió en línea recta hasta el oficial de servicio y le preguntó por mí, diciendo mi nombre con voz clara y penetrante.

Del oficial de servicio, capitán Chandar, todos creíamos que no había sonreído en la vida, ni a su propia madre; pero ahora sonrió a la pequeña Carmen haciendo una extraña mueca y admitió mi existencia, ante lo cual ella le miró encantada agitando las pestañas, le explicó que su nave estaba a punto de salir y que, por favor, ¿podía llevárseme a cenar?

Así me encontré en posesión de un pase de tres horas, altamente irregular y que no tenía precedentes. Tal vez la marina haya desarrollado técnicas de hipnosis que aún no han llegado al ejército. O quizás el arma secreta de Carmencita sea más antigua, y no utilizable por la I.M. En cualquier caso, no sólo me lo pasé maravillosamente bien, sino que mi prestigio entre mis compañeros de clase, no demasiado alto hasta entonces, llegó a la cumbre.

Fue una noche gloriosa, y valió la pena fallar en dos clases al día siguiente. La ensombreció un poco el hecho de que los dos sabíamos lo de Carl —que murió cuando las Chinches destrozaron nuestra estación de reserva en Plutón—, pero sólo un poco, ya que ambos habíamos aprendido a vivir con esas cosas.

Algo si me dejó atónito. Carmen se relajó y se quitó la gorra mientras estábamos comiendo, y su cabello, negro como ala de cuervo, había desaparecido. Ya sé que muchas chicas de la marina se afeitan la cabeza; después de todo, no resulta práctico tener que preocuparse del cabello largo en un barco de guerra, y muy en especial un piloto no puede correr el riesgo de que el pelo se le ponga delante de los ojos en una maniobra de caída libre. Caray, yo me había afeitado también la cabeza sólo por comodidad y limpieza, pero mi imagen mental de la pequeña Carmen incluía su melena de pelo negro y espeso.

Ahora bien, ¿saben?, en cuanto uno se acostumbra a ello resulta incluso gracioso. Quiero decir que, si una chica es guapa, sigue siéndolo con la cabeza afeitada. Y eso sirve para distinguir a una chica de la marina de las civiles, como aquellas antiguas calaveras de las bajadas de combate. Hacía que Carmen tuviera un aire distinguido, le daba dignidad y, por primera vez, comprendí plenamente que era en verdad un oficial y un luchador..., aparte de ser una chica muy bonita.

Volví al cuartel con estrellas en los ojos y un ligero olor a perfume. Carmen me había dado un beso de despedida.

La única clase de la E.C.O. a cuyo contenido voy a referirme es la de historia y filosofía moral.

Me sorprendió descubrirla en el currículum. Dicha materia no tiene nada que ver con el combate ni con la dirección de un pelotón; su relación con la guerra (con lo que sí está relacionada) consiste en explicar por qué se lucha,

tema que ya ha decidido cualquier candidato mucho antes de llegar a la Escuela de Candidatos a Oficiales. Un I.M. lucha porque es I.M.

Decidí que esa clase debía de ser una repetición en beneficio de aquellos de nosotros (quizá la tercera parte) que no habían asistido a ella en el colegio. Más del veinte por ciento de mi clase de cadetes no provenían de la Tierra (siempre firma un porcentaje mucho mayor de gentes de las colonias que de la Tierra, lo que hace que uno se pregunte por qué), y de las tres cuartas partes de terrestres algunos eran de territorios asociados y de otros lugares donde tal vez no se enseñaba historia y filosofía moral. De modo que la juzgué como una clase de adorno que aliviaría un poco de las más difíciles, las de las notas con puntos decimales.

Me equivoqué. Al contrario que en la escuela superior, aquí había que aprobarla. No con exámenes, sin embargo. El curso los incluía, claro, más ejercicios preparados, tests y demás... pero sin notas. Lo que había que obtener era la opinión del instructor de que uno merecía la comisión.

Si su opinión era contraria, uno se hallaba sentado ante una junta que no sólo se preguntaba si podrías ser oficial, sino si pertenecías al ejército en cualquier rango, por rápido que uno fuera con las armas, y que decidía si debía darte instrucción extra o despacharte y condenarte a ser un civil.

La historia y filosofía moral actúa como una bomba de explosión retardada. Uno se despierta a media noche y piensa: «¿Pero qué diablos quiso decir con eso?». Lo mismo había ocurrido incluso con mi clase en la escuela superior. Muchas veces ni sabía de lo que hablaba el coronel Dubois. Cuando yo estudiaba creía que era una estupidez que esa asignatura estuviera en el departamento de ciencias. No era como la física o la química. ¿Por qué no la incluían en los otros estudios inútiles a los que pertenecía? La única razón por la que la seguía atentamente era por las discusiones tan deliciosas que se originaban.

No tenía idea de que «mister Dubois» trataba de enseñarme por qué luchar, incluso mucho después de que yo decidiera que, de todas formas, deseaba hacerlo.

Bueno, ¿por qué tenía yo que luchar en realidad? ¿No era ridículo que expusiera mi tierna piel a la violencia de unos desconocidos poco amistosos? ¿Especialmente si la paga, en el rango que fuera, no suponía siquiera un sueldo, y las horas terribles y las condiciones de trabajo eran peores aún? Cuando yo podía estar tranquilamente sentado en casa mientras se encargaban de esas cosas personas duras de cráneo que disfrutaban con ese juego. Especialmente, cuando los desconocidos contra los que luchaba jamás me habían hecho nada personalmente hasta que yo iba allí y empezaba a destrozarles su casa. Pero ¿qué clase de tontería es ésta?

¿Luchas porque eres un I.M.? Chico, estás tan loco como los perros del doctor Pavlov. Corta el rollo y empieza a pensar.

El mayor Reid, nuestro instructor, era ciego y tenía la desconcertante costumbre de mirar al frente y llamarte por tu nombre. Estábamos repasando los sucesos a raíz de la guerra entre la Alianza ruso-anglo-americana y la Hegemonía china, a partir de 1987. Pero ese día supimos la noticia de la destrucción de San Francisco y del Valle de San Joaquín. Yo pensé que él nos haría algunos comentarios. Después de todo, incluso un civil podía comprenderlo ahora: se trataba de las Chinches o nosotros. Luchar o morir.

Librodot

El mayor Reid no mencionó San Francisco. Hizo que uno de nosotros resumiera el tratado negociado en Nueva Delhi en el que se ignoró por completo a los prisioneros de guerra y, por implicación, ese tema se abandonó ya para siempre; luego, el armisticio quedó reducido a nada, y los prisioneros continuaron donde estaban; en un bando, porque en el otro se les dejó en libertad y, durante los Desórdenes, se volvieron a sus casas o no, según su voluntad.

La víctima del mayor Reid habló de los prisioneros no liberados: supervivientes de dos divisiones de paracaidistas británicos y unos cuantos miles de civiles capturados sobre todo en Japón, Filipinas y Rusia, y sentenciados por «crímenes» políticos.

—Aparte de ellos había otros muchos prisioneros militares —continuó la víctima del mayor Reid— capturados durante y antes de la guerra. Incluso se rumoreó que algunos habían sido capturados en otra guerra anterior, de la que tampoco fueron liberados. El total de prisioneros retenidos jamás se supo. Los cálculos más exactos dan el número de unos sesenta y cinco mil.

—¿Por qué los «más exactos»?

—Bueno, ése es el cálculo del libro de texto, señor.

—Por favor, sea más preciso al hablar. ¿El número era mayor o menor que cien mil?

—No lo sé, señor.

—Nadie lo sabe. ¿Era mayor que mil?

—Probablemente, señor. Casi seguro.

—Completamente seguro, porque muchos más llegaron a escapar, volvieron a casa y dieron sus nombres. Veo que no se ha leído la lección a fondo. ¡Señor Rico!

Ahora era yo la víctima.

—Sí, señor.

—¿Cree que mil prisioneros no liberados son razón suficiente para empezar o reanudar una guerra? Recuerde que millones de inocentes pueden morir, que morirán con seguridad, si la guerra se inicia o se reanuda.

No vacilé:

—¡Sí, señor! Es razón más que suficiente.

—«Más que suficiente». Muy bien. Y un prisionero no liberado por el enemigo, ¿es razón suficiente para iniciar o reanudar una guerra?

Vacilé. Sabía la respuesta de la I.M., pero no creí que fuera ésa la que él quería. Insistió bruscamente:

—¡Vamos, vamos, señor Rico! Tenemos un límite superior de mil; le invito a meditar en el límite inferior de uno solo. Nadie puede firmar un pagaré que diga «una cantidad entre una y mil libras», y empezar una guerra es algo mucho más serio que pagar dinero. ¿No sería criminal poner en peligro a todo un país, a dos países en realidad, para salvar a un hombre, especialmente si ese hombre tal vez no se lo merece? ¿Y si muere mientras tanto? Miles de personas mueren a diario por culpa de los accidentes; entonces, ¿por qué dudar por un solo hombre? ¡Conteste! Conteste sí o no. Está haciéndonos perder el tiempo.

Me tenía cogido. Le di la respuesta de las tropas espaciales.

—¡Sí, señor!

—Sí ¿qué?

—No importa si se trata de mil o de uno solo. Hay que luchar.

—¡Ajá! El número de prisioneros no importa. Muy bien. Ahora pruébeme esa respuesta.

Me quedé helado. Sabía que era la respuesta correcta. Pero no el por qué. El seguía atacando.

—Hable, señor Rico. Esta es una ciencia exacta. Usted ha hecho una declaración matemática; tiene que demostrarla. Alguien puede afirmar que usted ha asegurado, por analogía, que una patata tiene el mismo valor, ni más ni menos, que mil patatas, ¿no?

—¡No, señor!

—¿Por qué no? ¡Demuéstrelo!

—Los hombres no son patatas.

—Muy bien, señor Rico. Creo que ya hemos fatigado bastante su pobre cerebro por un día. Traiga mañana a clase una prueba escrita, en lógica simbólica, de su respuesta a mi pregunta original. Le daré una pista. Vea la referencia siete en el capítulo de hoy. ¡Señor Salomon! ¿Cómo surgió la presente organización política de los Desórdenes? ¿Y cuál es la justificación moral?

Salomon tropezó en la primera parte. Sin embargo, nadie puede describir con exactitud cómo llegó a existir la Federación, sólo sabemos qué ocurrió. Con los gobiernos nacionales inutilizados a finales del Siglo XX, algo tenía que llenar el vacío y, en muchos casos, eso supuso el regreso de los veteranos. Habían perdido una guerra, la mayoría no tenían empleo, muchos estaban amargados por el tratado de Nueva Delhi, especialmente por la cuestión de los Prisioneros de Guerra, un asunto feo, y todos sabían luchar. Pero no fue una revolución, sino más bien lo que sucedió en Rusia en 1917: cayó el Sistema existente y surgió otro.

El primer caso conocido en Aberdeen, Escocia, fue típico. Algunos veteranos se agruparon como vigilantes para evitar los motines y los saqueos, colgaron a varias personas (incluidos dos ex-combatientes) y decidieron que en su comité no habría más que veteranos. Algo arbitrario al principio. Confiaban un poco en sus camaradas, no confiaban en nadie más. Lo que empezó como una medida de emergencia se convirtió en práctica constitucional en un par de generaciones.

Probablemente, esos ex-combatientes escoceses, ya que juzgaron necesario ahorcar a otros veteranos de la guerra, decidieron que en caso necesario no iban a permitir que unos «malditos civiles, que se aprovechaban de la guerra y del mercado negro, y rehuían el servicio y se beneficiaban de todo» tuvieran nada que ver en ello, ¡Tendrían que hacer lo que se les dijera mientras nosotros, los «micos» del ejército, arreglábamos las cosas! Tal vez lo creo porque supongo que yo habría sentido lo mismo, y los historiadores están de acuerdo en que el antagonismo entre los civiles y los soldados que volvían de la guerra era mucho más intenso de lo que podamos imaginar hoy día.

Salomon no respondió según el libro. Finalmente, el mayor Reid le cortó:

—Traiga mañana a clase un resumen de tres mil palabras. Señor Salomon, ¿puede darme una razón, no histórica ni teórica sino práctica, de por qué la ciudadanía se limita hoy a los veteranos licenciados?

—Pues porque son hombres escogidos, señor. Son muy inteligentes.

—¡Ridículo!

—¿Señor?

—¿Acaso esta palabra es demasiado larga para que la entienda? Dije que eso era una majadería. Los hombres del ejército no son más inteligentes que los civiles. En muchos casos, los civiles lo son más. Esa fue la justificación que se buscó en el intento de golpe de estado justo antes del tratado de Nueva Delhi, la llamada «Rebelión de los científicos». Es decir: que la élite inteligente dirija las cosas y tendremos la utopía. Algo que se les cayó por su propio peso, naturalmente. Porque la investigación científica, a pesar de sus beneficios sociales, no es en sí una virtud social, y los que la practican pueden ser hombres tan egoístas que incluso carezcan de responsabilidad social. Le he dado una pista, señor. ¿No la ha captado?

Salomon contestó:

—Pues... porque los soldados son disciplinados, señor.

El mayor Reid se mostró amable con él.

—Lo siento. Una teoría atractiva que no está apoyada por los hechos. A usted y a mí no se nos permite votar mientras sigamos en el ejército, ni puede comprobarse que la disciplina militar haga a un hombre autodisciplinado una vez haya dejado el servicio, pues el índice de criminalidad entre los veteranos es muy similar al de los civiles. Y ha olvidado además que, en tiempo de paz, la mayoría de los veteranos proceden de servicios auxiliares no combatientes, y que no han estado sometidos a todos los rigores de la disciplina militar; sólo se han visto sometidos a molestias, a exceso de trabajo y a peligros. Y sin embargo, sus votos cuentan.

»Señor Salomon, le he hecho una pregunta con truco —sonrió—. La razón práctica para la continuación de nuestro sistema es la misma razón práctica que existe para que continúe cualquier cosa. Porque da resultados satisfactorios. Sin embargo, resulta instructivo observar los detalles. A través de la historia, los hombres han trabajado para poner la ciudadanía soberana en manos de aquellos que sabrían guardarla y utilizarla con prudencia en beneficio de todos. Un primer intento fue la monarquía absoluta, apasionadamente defendida como «el derecho divino de los reyes».

»A veces se hicieron intentos para elegir un buen monarca en vez de dejarlo en manos de Dios, como cuando los suecos eligieron a un francés, el general Bernadotte, para que les gobernara. La objeción que puede hacerse es que la provisión de Bernadottes es limitada.

»Los ejemplos históricos van de la monarquía absoluta a la anarquía absoluta. La humanidad ha probado casi todos los métodos, y aún se han propuesto algunos más, algunos horribles en extremo, como el comunismo tipo hormiguero animado por Platón bajo el título engañoso de La República. Pero el intento siempre ha sido moralista: aportar un gobierno estable y benévolo.

»Todos los sistemas han tratado de conseguirlo limitando los derechos de ciudadanía a aquellos a los que se juzgaba con la sabiduría suficiente para usarla con justicia. Repito: todos los sistemas, incluso las llamadas «democracias sin limites», excluían de los derechos de ciudadanía a no menos de la cuarta parte de su población por razones de edad, nacimiento, censo, antecedentes criminales u otras causas.

Sonrió cínicamente y prosiguió:

—Nunca he comprendido que un subnormal de treinta años pueda votar con mayor sabiduría que un genio de quince, pero ésa era la época del «derecho divino del hombre común». No importa. Ya pagaron por su locura.

»Los derechos soberanos de ciudadanía han sido concedidos mediante toda clase de reglas: lugar de nacimiento, origen familiar, raza, sexo, propiedades, cultura, edad, religión, etcétera. Todos esos sistemas funcionaron, pero ninguno bien. Todos fueron calificados de tiránicos por muchos, y al fin cayeron o fueron derribados.

»Ahora bien, aquí estamos nosotros con otro sistema, y el nuestro funciona muy bien. Muchos se quejan, pero nadie se rebela; la libertad personal para todos es la mayor en la historia, las leyes son pocas, los impuestos reducidos, el nivel de vida es tan alto como lo permite la productividad, el crimen apenas se conoce. ¿Por qué? No porque nuestros votantes sean más inteligentes que otros; ya hemos rechazado ese argumento. Señor Tammany, ¿puede decirnos por qué nuestro sistema funciona, y funciona mejor que cualquiera de los que utilizaron nuestros antepasados?

No sé de dónde sacó Clyde Tammany su nombre; yo le habría tomado por hindú. Contestó:

—Bien, creo adivinar que es porque los electores son un grupo pequeño; saben que las decisiones dependen de ellos, y estudian el tema a fondo.

—Nada de suposiciones, por favor; ésta es una ciencia exacta. Y su suposición es incorrecta. Los nobles gobernantes de otros muchos sistemas eran un grupo pequeño y muy consciente de todo su poder. Además, nuestros ciudadanos de pleno derecho no son una fracción pequeña en todas partes. Usted sabe, o debería saber, que el porcentaje de ciudadanos entre los adultos va de más del ochenta por ciento en Iskander a menos del tres por ciento en algunas naciones de la Tierra, y sin embargo el gobierno es muy parecido en todas partes. Tampoco los votantes son hombres elegidos; no tienen una sabiduría especial, ni talento o adiestramiento en cuanto a sus tareas soberanas. Por tanto, ¿qué diferencia hay entre nuestros votantes y los que votaban como ciudadanos en el pasado? Ya hemos supuesto bastantes cosas. Voy a declarar lo que es obvio: bajo nuestro sistema, todo votante, y todo el que tiene un cargo, es un hombre que ha demostrado, en el servicio voluntario y difícil, que pone el bienestar del grupo por delante de sus ventajas personales.

»Y ésa es la diferencia práctica.

»Puede fallarle la sabiduría, puede carecer de virtud cívica. Pero su actuación, en conjunto y por término medio, es mucho mejor que la de cualquier otra clase de gobernantes de la historia.

Hizo una pausa para tocar la esfera de un reloj antiguo y «leer» la hora con los dedos.

—Casi ha terminado la clase y aún hemos de decidir la razón moral para nuestro éxito en cuanto a gobernarnos a nosotros mismos. Ahora bien, el éxito continuado jamás es cuestión de suerte. Recuerden que aquí se trata de la ciencia, no de soñar despierto. El universo es lo que es, no lo que queremos que sea. Votar supone tener autoridad, la autoridad suprema de la que se deriva toda otra autoridad, como la mía para amargarles la vida una vez al día. Fuerza, si lo prefieren. El derecho de votar es fuerza, pura y simple, la fuerza del palo y el hacha. Tanto si es ejercida por diez hombres como por diez mil millones, la autoridad política es fuerza.

»Pero este universo consiste en dualidades emparejadas. ¿Cuál es el reverso de la autoridad, señor Rico?

Había elegido algo que si podía contestar:

Librodot

—La responsabilidad, señor.

—Un aplauso. Tanto por razones prácticas como por razones morales matemáticamente demostrables, la autoridad y la responsabilidad deben ser iguales, y así tiene lugar un equilibrio tan perfecto como el de una corriente que fluye entre puntos de distinta potencia. Permitir una autoridad irresponsable es sembrar el desastre; hacer a un hombre responsable de algo que no controla es comportarse con idiotez ciega. Las democracias sin límites eran inestables porque sus ciudadanos no eran responsables de su manera de ejercer su autoridad soberana, aparte de la lógica trágica de la historia. Este único «impuesto por votar» que nosotros debemos pagar no se conocía. No se hacían intentos para decidir si un votante era socialmente responsable al extremo de su autoridad literalmente ilimitada. Si él votaba por lo imposible, el desastroso posible ocurría de inmediato, y entonces se le hacía responsable a él, volis nolis, y no sólo era destruido él sino también su templo carente de fundamentos.

»Superficialmente, nuestro sistema apenas es ligeramente distinto: nosotros tenemos una democracia no limitada por la raza, el color, el credo, el nacimiento, la riqueza, el sexo o la convicción, y cualquiera puede ganar el poder soberano mediante un plazo de servicio, generalmente corto y no demasiado duro, en comparación con los esfuerzos de nuestros antepasados cavernícolas. Pero esa ligera diferencia supone un sistema que funciona, ya que está construido para encajar con los hechos frente a otro que es inestable por sí mismo. Puesto que la ciudadanía soberana es lo supremo en cuanto a autoridad humana, nos aseguramos de que todos los que la poseen acepten lo definitivo en cuanto a responsabilidad social. Exigimos que toda persona que desee ejercer el control sobre el estado ponga en peligro su propia vida, y la pierda si es necesario, para salvar la vida del estado. La máxima responsabilidad que un ser humano puede aceptar está así equilibrada con la autoridad suprema que un humano puede ejercer. Yin y Yang, perfectos e iguales.

Y el mayor añadió:

—¿Puede alguien aclarar por qué nunca ha habido una revolución contra nuestro sistema, a pesar del hecho de que todo gobierno de la historia las ha tenido? ¿A pesar del hecho notorio de que las quejas son constantes?

—Señor —uno de los cadetes mayores aprovechó la ocasión— la revolución es imposible.

—Sí, pero ¿por qué?

—Porque la revolución, el levantarse en armas, no sólo requiere la insatisfacción, sino también la agresividad. Un revolucionario ha de estar dispuesto a luchar y morir, o sólo es un exaltado de salón. Si usted separa a los agresivos y los convierte en guardianes de las ovejas, éstas nunca crearán problemas.

—¡Muy bien expresado! La analogía siempre es sospechosa, pero ésta se acerca mucho a la verdad. Tráigame una prueba matemática mañana. Hay tiempo para una pregunta más. Háganla y la contestaré. ¿Quién habla?

—Bien. señor... ¿Por qué no...? Bueno, ¿por qué no llegar al límite, exigiendo que todos sirvan en el ejército y dejando que todos voten?

—Joven, ¿puede usted devolverme la vista?

—¿Cómo? No. señor!

—Pues eso sería mucho más fácil que instilar virtud moral, responsabilidad social, en una persona que no la tenga, ni la quiera, y que

se resienta de que le echen esa carga encima. Por eso hacemos que sea tan difícil alistarse y tan fácil presentar la renuncia. La responsabilidad social por encima del nivel familiar, o al menos tribal, requiere imaginación, devoción, lealtad, todas las virtudes importantes que un hombre debe desarrollar por sí mismo. Si se le imponen, las rechazará con asco. El servicio obligatorio ya se probó en el pasado. Repase en la biblioteca los informes psiquiátricos de los prisioneros sometidos a un lavado de cerebro en la llamada «Guerra de Corea», hacia 1950, el Informe Mayer. Traiga un análisis a la clase. —Tocó de nuevo el reloj—. Retírense.

El mayor Reid sí nos hacía trabajar.

Pero era interesante. A mí me cayó uno de aquellos ejercicios de tesis maestras que él lanzaba con tanta liberalidad. Yo había sugerido que las Cruzadas fueron diferentes de la mayoría de las guerras. Casi me corta la cabeza, y además me entregó esto: «Se le exige que demuestre que la guerra y la perfección moral derivan de la misma herencia genética».

Lo resumiré así: todas las guerras surgen debido al crecimiento de población (sí, incluso las Cruzadas, aunque uno tiene que estudiar las rutas comerciales y el índice de natalidad, y varios otros aspectos, para demostrarlo). La moral social —todas las reglas morales correctas— deriva del instinto de supervivencia; la conducta moral es la conducta de supervivencia por encima del nivel individual, como en el caso del padre que muere por salvar a sus hijos. Pero como el crecimiento de la población resulta del proceso de supervivencia a través de los demás, entonces, la guerra, ya que resulta del crecimiento de la población, deriva del mismo instinto heredado que produce todas las reglas morales adecuadas a los seres humanos.

A comprobar: ¿Es posible abolir la guerra reduciendo el crecimiento de la población (acabando así con los males evidentes de la guerra) mediante la creación de un código moral bajo el cual la población quede limitada a los recursos?

Sin debatir la utilidad o moralidad de la paternidad planificada, puede comprobarse mediante la observación que cualquier raza que detiene su propio crecimiento es absorbida por las razas que se expanden. Algunos pueblos lo hicieron, según se lee en el historia de la Tierra, y otras razas avanzaron y se apoderaron de ellos.

Sin embargo, supongamos que la raza humana consigue equilibrar los nacimientos y las defunciones del modo más adecuado a sus propios planetas, y de ese modo reina la paz. ¿Qué ocurre entonces?

Pues que muy pronto (digamos el miércoles próximo) las Chinches vienen, acaban con esta raza que «ya no quiere estudiar más acerca de la guerra» y el universo se olvida de nosotros para siempre. Cosa que todavía puede suceder. O bien nosotros nos expandimos y borramos a las Chinches, o ellas aumentan en número y nos borran, porque ambas razas son fuertes e inteligentes, y desean el mismo espacio vital.

¿Saben ustedes con qué rapidez conseguiría el aumento de población que llenáramos todo el universo, hombro con hombro? La respuesta es asombrosa: es como el parpadeo de un ojo en términos de la edad de nuestra raza.

Pruébenlo. Es una expansión a interés compuesto.

Pero ¿tiene algún derecho el hombre a extenderse por el universo?

Librodot

El hombre es lo que es: un animal salvaje con voluntad de sobrevivir y (hasta ahora) con la capacidad necesaria para enfrentarse a cualquier competencia. A menos que uno lo acepte así, todo lo que se diga sobre la moral social, la guerra, la política —lo que sea— es pura tontería. La moral correcta surge de saber lo que el hombre es, y no lo que a esas viejas solteronas, a esos hombres de buenas intenciones y deseosos de obrar bien, les gustaría que fuera.

El universo nos hará saber —más adelante— si el hombre tiene o no algún «derecho» a expandirse a través de él.

Mientras tanto, la I.M. estará allí, a paso ligero y en movimiento constante, al lado de nuestra propia raza.

Hacia el final se nos fue embarcando a todos para que sirviéramos a las órdenes de un oficial de combate con experiencia. Se trataba de un examen semifinal, pues el instructor a bordo decidiría si uno tenía o no lo que se ha de tener. Cabía pedir la revisión de un tribunal, pero jamás supe de nadie que lo hiciera; o volvían con buenas notas o ya no volvíamos a verles.

Algunos no habían fallado el examen, lo que ocurre es que habían muerto, ya que se les enviaba a naves a punto de entrar en acción. Se nos exigía que tuviéramos siempre el equipaje preparado. Una vez, a la hora del almuerzo, se llamó a todos los oficiales cadetes de mi compañía; se marcharon sin comer y yo me encontré nombrado oficial al mando de la compañía de cadetes.

Como las sardinetas para los reclutas, éste es un honor algo incómodo, pero a los dos días vino mi llamada.

Fui a paso ligero al despacho del oficial al mando, con la mochila al hombro y sintiéndome rebosante de orgullo. Estaba harto de acostarme tarde y de quemarme las cejas con los libros sin llegar a dominar la materia, y harto de quedar mal en clase. ¡Unas cuantas semanas en la alegre compañía de un equipo de combate era justo lo que Johnnie necesitaba!

Pasé ante algunos cadetes recién llegados que trotaban hacia la clase en formación cerrada, todos con esa expresión seria que los candidatos a la E.C.O. tienen cuando comprenden que probablemente se equivocaron al presentarse para oficiales, y me puse a cantar tan contento. Callé al observar que ya podían oírme desde el despacho.

Había en él otros dos cadetes, Hassan y Byrd. Hassan el Asesino era el mayor de nuestra clase, y se parecía a un monstruo que algún pescador hubiera conservado en una botella, mientras que Birdie no era mucho mayor que un pajarito, y apenas más violento que él.

Nos hicieron entrar en el sanctasanctórum. El oficial al mando estaba en la silla de ruedas. Nunca le vimos sin ella, excepto en la inspección y revista del sábado. Supongo que le hacía mucho daño el caminar. Pero eso no significaba que no se le viera; uno podía estar trabajando en un problema en la pizarra, dar media vuelta, y descubrir la silla de ruedas detrás de él y al coronel Nielssen leyendo sus errores.

Jamás interrumpía, porque había la orden tácita de no gritar:«¡Atención!» pero resultaba desconcertante. Parecía capaz de hallarse en seis sitios a la vez.

Este oficial tenía el rango permanente de general de Flota (sí, se trataba de ese Nielssen); su rango de coronel era temporal, pendiente de un segundo retiro y eso le permitía actuar como oficial al mando. En una ocasión pregunté al pagador y él confirmó lo que las reglas estipulaban: el oficial al

mando sólo tenía la paga de coronel, pero recuperaría la paga de general de Flota el día en que decidiera retirarse de nuevo.

Bien, como dice Ace, hay gente para todo. A mí no se me ocurriría preferir media paga por el privilegio de adiestrar a una horda de cadetes.

El coronel Nielssen alzó la vista y dijo:

—Buenos días, caballeros. Pónganse cómodos.

Yo me senté, aunque no me sentía cómodo. Él se dirigió a una máquina de café, sacó cuatro tazas y Hassan le ayudó a repartirlas. No me apetecía el café, pero un cadete no rehúsa la hospitalidad de su oficial al mando.

Él tomó un sorbo.

—Tengo sus despachos, caballeros —anunció— y sus despachos provisionales pero quiero estar seguro de que comprenden su situación.

Ya nos habían dado conferencias al respecto. Íbamos a ser oficiales sólo el tiempo suficiente para la instrucción y las pruebas, «supernumerarios, a prueba y provisionales». Novatos, totalmente superfluos, con buena conducta y excesivamente provisionales. Seríamos de nuevo cadetes en cuanto volviéramos, y podíamos ser rechazados en cualquier momento por los oficiales que nos examinaran.

Seríamos «tercer teniente provisional» —un rango tan necesario como los pies para un pez—, en esa delgada línea entre sargentos de Flota y auténticos oficiales. Es lo más bajo en lo que uno puede estar aunque se le llame, sin embargo, «oficial». Si alguien saludaba alguna vez a un tercer teniente, era porque la luz era muy mala.

—Sus despachos dicen «tercer teniente» —continuó—, pero su paga seguirá siendo la misma, y se les seguirá llamando simplemente «señor». El único cambio en el uniforme serán unas estrellitas en el hombro, más pequeñas incluso que la insignia de cadete. Continuarán recibiendo instrucción, puesto que todavía no ha quedado establecido que estén preparados para ser oficiales. —Sonrió—. ¿Por qué llamarles entonces «tercer teniente»...?

También yo me lo había preguntado. ¿Por qué tanto cuento sobre unos «despachos» que no eran auténticos despachos?

Claro, ya sabía la respuesta del libro...

—¿Señor Byrd? —preguntó el coronel.

—Pues... para colocarnos en la línea de mando, señor.

—¡Exactamente! —Se volvió hacia el Cuadro de Mandos, en un muro. Era la pirámide habitual, con la cadena de mandos bien definida hasta la base—. Miren esto.

Señaló un recuadro unido al suyo por una línea horizontal. Decía: Ayudante del oficial al mando (Señorita Kendrick).

—Caballeros —continuó—, yo tendría muchos problemas para dirigir este lugar sin la señorita Kendrick. Su cabeza es un archivo de acceso rápido de todo lo que sucede por aquí. —Pulsó un control en su silla y habló al aire—. Señorita Kendrick, ¿qué nota sacó el cadete Byrd en ley militar el trimestre pasado?

La respuesta llegó en seguida:

—Noventa y tres por ciento, coronel.

—Gracias —dijo éste—. ¿Lo ven? Yo firmo cualquier cosa que lleve las iniciales de la señorita Kendrick. Me molestaría que un comité de investigación descubriera con qué frecuencia firma ella en mi nombre y yo ni

siquiera lo veo. Dígame, señor Byrd, si yo muriera de repente; ¿seguiría la señorita Kendrick llevando esto adelante?

—Pues... —Birdie parecía desconcertado—. Supongo que, con las cosas de rutina, ella haría lo que fuera neces...

—¡Ella no haría nada en absoluto! —tronó el coronel—. A menos que el coronel Chauncey le dijera lo que debía hacer..., y a su estilo. Es una mujer muy lista, y comprende lo que a usted, por lo visto, le resulta difícil, es decir: que ella no está en la línea de mando ni tiene autoridad.

Se detuvo. Luego prosiguió:

—La «línea de mando» no es sólo una frase. Es tan real como un bofetón en el rostro. Si yo le ordenara combatir como cadete, lo más que podría hacer sería pasar las órdenes de otro. Si mataran a su jefe de pelotón y usted diera entonces una orden a un soldado, una buena orden, sensata y prudente, obraría erróneamente, y el soldado cometería el mismo error si le obedeciese. Porque un cadete no pude estar en la línea de mando. Un cadete no tiene existencia militar ni rango, y no es un soldado. Es un estudiante que llegará a ser soldado, bien oficial o en su rango anterior. Mientras esté bajo la disciplina del ejército, no está en el ejército. Por eso...

Un cero. Un cero y sin adornos. Si un cadete no estaba siquiera en el ejército...

—¿Coronel?

—¿Cómo? Hable, jovencito. Señor Rico...

Estaba un poco asustado, pero tenía que decirlo:

—Pero..., si no estamos en el ejército..., entonces ¿no somos I.M., señor?

Me miró fijamente.

—¿Le preocupa eso?

—Pues no creo que me guste mucho, señor.

No me gustaba nada. Me sentía desnudo.

—Comprendo. —Pero no parecía enojado—. Deje que yo me preocupe por los aspectos de la ley espacial acerca de este asunto, hijo.

—Pero...

—Es una orden. Técnicamente, usted no es un I.M. Pero la I.M. no se ha olvidado de usted. La I.M. nunca olvida a los suyos, estén donde estén. Si usted cayera muerto en este instante sería incinerado como John Rico, segundo teniente, Infantería Móvil de... —Se detuvo—. Señorita Kendrick, ¿cuál era la nave del señor Rico?

—El Rodger Young.

—Gracias —y añadió—: de la nave de transporte y combate Rodger Young, asignado al equipo de combate móvil, segundo pelotón, de la compañía George, tercer regimiento, primera división, I.M., los «Rufianes».

Lo recitaba con toda facilidad y sin consultar nada, una vez le hubieron recordado mi nave.

—Un buen equipo de hombres, señor Rico, orgullosos y desagradables. Sus órdenes finales volverían a ellos en caso de defunción, y así figuraría su nombre en el Memorial Hall. Así se nombra siempre a un cadete muerto, hijo, para que podamos enviarlo con los suyos.

Sentí una emoción de alivio y nostalgia, y me perdí unas cuantas palabras.

...con los labios cerrados mientras yo hablo, les tendremos de vuelta en la I.M. donde pertenecen. Ustedes deben ser oficiales temporales para su crucero de prácticas, porque no hay lugar para los parásitos en una bajada

de combate. Ustedes lucharán y aceptarán órdenes, y darán órdenes. Ordenes legales, porque tienen el rango y se les ordena que sirvan en ese equipo. Lo cual hace que cualquier orden que ustedes den para llevar a cabo los deberes que se les han asignado sea tan obligatoria como una firmada por el comandante en jefe.

»Incluso más —continuó—. Una vez estén en la línea de mando deben hallarse instantáneamente dispuestos a asumir el más alto mando. Si alguno de ustedes está en un equipo de un solo pelotón, muy probable en el actual estado de la guerra, como ayudante del jefe de pelotón, si se cargan a su jefe pasa a serlo usted. —Agitó la cabeza—. No «jefe de pelotón en acción». No un cadete dirigiendo una maniobra. No un «oficial joven bajo instrucción». De pronto, usted es el Viejo, el Jefe, el oficial al mando, y descubre, con una terrible impresión, que los seres humanos dependen sólo de usted para que les diga qué deben hacer, cómo luchar, cómo completar la misión y salir vivos. Ellos esperan la voz segura del mando, mientras los segundos cuentan, y de usted depende dar esa voz y tomar las decisiones, y lanzar las órdenes adecuadas, y no sólo las más correctas, con voz serena y tranquila. Porque es seguro, caballeros, que su equipo está en apuros, ¡en un gran apuro!, y una voz extraña en la que se adivine el pánico puede convertir al mejor equipo de combate de la galaxia en una masa sin líder, sin ley y amenazada por el terror.

»Todo ese peso implacable caerá sin aviso. Deben actuar de inmediato, sin tener más que a Dios por encima de ustedes. No esperen de El que les dé los detalles tácticos; ésa es tarea, suya. Dios hará todo lo que un soldado tiene derecho a esperar de El, si les ayuda a evitar que su voz revele el pánico que de seguro sienten.

Hizo una pausa. Yo estaba muy serio, Birdie tenía un aspecto notablemente grave y muy joven, y Hassan sonreía despectivo. Deseé hallarme de regreso en la sala de bajadas del Rodger, sin sardinetas e incluso habiendo recibido una buena tunda. Había mucho que decir acerca del trabajo de ayudante de jefe de sección. Si bien se mira, es mucho más fácil morir que usar la cabeza. El coronel continuó:

—Ese es el momento de la verdad, caballeros. Lamentablemente, no hay otro método, conocido de la ciencia militar, para distinguir a un auténtico oficial de una mala imitación con insignias en los hombres que la prueba del fuego. Los auténticos la pasan... o mueren con gallardía; las imitaciones fracasan lamentablemente.

»A veces, al fracasar, esas malas imitaciones mueren. Pero la tragedia está en la pérdida de los otros, de los demás hombres buenos: sargentos, cabos y soldados, cuya única falta es su mala fortuna de hallarse bajo el mando de un incompetente.

»Intentamos evitarlo. Nuestra primera regla insoslayable es que todo candidato ha de ser un soldado adiestrado que haya pasado la prueba de fuego, un veterano de bajadas de combate. Ningún otro ejército de la historia cumplió a rajatabla esta regla, aunque algunos se aproximaron a ello. La mayoría de las grandes academias militares del pasado, Saint Cyr, West Point, Sandhurst, Colorado Springs, ni siquiera simularon seguirla. Aceptaban a los muchachos civiles, los adiestraban, les daban un despacho y los enviaban, sin la menor experiencia de combate, a dirigir hombres. Y a veces descubrían demasiado tarde que el elegante y joven «oficial» era un idiota, un cobarde o un histérico.

Librodot

»Al menos, nosotros no tenemos fracasados de ese tipo. Sabemos que ustedes son buenos soldados, valientes y capaces, ya duchos en la batalla, o no estarían aquí. Sabemos que su inteligencia y su cultura se ajustan a un mínimo aceptable. Con eso para empezar, eliminamos a la mayor cantidad posible de los no plenamente competentes y los devolvemos de inmediato a las filas, antes de estropear a unos buenos soldados al forzarles por encima de su capacidad. El curso es muy duro porque lo que más tarde se espera de ustedes todavía lo será más.

»Con el tiempo conseguimos un grupo pequeño cuyas probabilidades parecen bastante buenas. El criterio más importante y aún no demostrado es lo que no podemos probar aquí: ese algo indefinible que supone la diferencia entre un líder en la batalla y el hombre que simplemente tiene el cargo, pero no la vocación. Por eso hay que demostrarlo en el campo de batalla.

»Caballeros, ya han llegado a ese punto. ¿Están dispuestos a prestar el juramento?

Hubo un instante de silencio; luego, Hassan el Asesino contestó con firmeza: «¡Sí, mi coronel!», Birdie y yo lo repetimos como un eco.

Él frunció el ceño.

—Les he estado diciendo lo maravillosos que son, físicamente perfectos, mentalmente alertas, entrenados, disciplinados, probados. La viva imagen del elegante y joven oficial —gruñó—. ¡Tonterías! Tal vez sean oficiales algún día. Así lo espero. No sólo nos molesta malgastar dinero, tiempo y esfuerzo, sino que también, y lo que es mucho más importante, yo sufro angustias mortales cada vez que envío a uno de ustedes, oficiales a medio hacer, a la Flota, sabiendo que puedo estar dejando suelto a un Frankenstein entre un buen equipo de combate. Si comprendieran bien a lo que se enfrentan, no estarían tan dispuestos a prestar el juramento en cuanto se les hace la pregunta. Tal vez lo rechazarían, obligándome a devolverles a su rango permanente. Pero es que no lo comprenden.

»De modo que lo intentaré una vez más. Señor Rico, ¿ha pensado alguna vez lo que sería para usted verse ante un consejo de guerra por perder un regimiento?

Me quedé atónito.

—¿Cómo? No, señor, ¡jamás!

Hallarse ante un consejo de guerra (por cualquier razón) es muchísimo peor para un oficial que para un soldado. Esas ofensas que suponen el despido de los soldados —tal vez con azotes, posiblemente sin ellos— son la muerte para un oficial. ¡Más le valdría no haber nacido!

—Piense en ello —dijo el coronel secamente—. Cuando sugerí que tal vez mataran a su jefe de pelotón no estaba citando lo peor, ni mucho menos, en cuestión de desastres militares. ¡Señor Hassan! ¿Cuál es el mayor número de niveles de mando que cae en una sola batalla?

El Asesino habló con voz aún más dura.

—No estoy seguro, señor. ¿No hubo un breve período, durante la Operación Casa de Chinches, en que un mayor estuvo al mando de una brigada, antes del Sauve qui peut?

—Sí, lo hubo; y su nombre era Fredericks. Consiguió una condecoración y un ascenso. Si nos remontamos a la Segunda Guerra Global podemos hallar el caso en que un oficial naval recién nombrado tomó el mando de un barco importante, y no sólo luchó y lo dirigió, sino que envió señales como si fuera

un almirante. Y estaba justificado, aunque había oficiales superiores a él en la línea de mando que ni siquiera estaban heridos. Hubo circunstancias especiales, un corte en las comunicaciones. Pero yo pienso en un caso en que cuatro niveles fueron eliminados en seis minutos. Como si un jefe de pelotón cerrara los ojos y al abrirlos se encontrara al mando de una brigada. ¿Han oído la historia?

Silencio mortal.

—Muy bien. Fue en una de esas guerras de emboscadas que estallaron como consecuencia de las guerras napoleónicas. Ese joven oficial era el más novato en un navío, de la Flota de mar en realidad. Ese joven, poco más o menos de la edad de ustedes y los de su clase, no estaba comisionado. Llevaba el título de «tercer teniente, temporal». Observen que ése es el título que ustedes están a punto de obtener. No tenía experiencia de combate; había cuatro oficiales en la cadena de mando por encima de él. Cuando la batalla empezó, su oficial más directo fue herido. El chico lo recogió y lo quitó de la línea de fuego. Eso fue todo, la recogida de un camarada. Pero lo hizo sin que se le ordenara que dejara su puesto. Todos los demás oficiales resultaron muertos mientras él retiraba al herido, y el joven fue juzgado por «desertar de su puesto como oficial al mando en presencia del enemigo», condenado y degradado.

Me quedé sin voz.

—¿Por eso, señor?

—¿Por qué no? Cierto, también nosotros recogemos a los heridos. Pero lo hacemos en circunstancias muy distintas a las de un navío en el mar, y se dan órdenes al encargado de hacerlo. Sin embargo, la recogida jamás es una excusa para abandonar la batalla en presencia del enemigo. La familia de este chico trató, durante siglo y medio, de que se revisara su condena. Sin éxito, por supuesto. Existían dudas acerca de algunas circunstancias, mas ninguna de que hubiera dejado el puesto durante la batalla sin haber recibido la orden. Cierto, era un novato, pero tuvo suerte de que no le ahorcaran. —El coronel Nielssen me miró con ojos fríos—. Señor Rico, ¿podría ocurrirle lo mismo?

Tragué saliva:

—Espero que no, señor.

—Permítame decirle si sería posible en este crucero de prácticas. Supongamos que está en una operación de naves múltiples, con todo un regimiento en la bajada. Los oficiales bajan primero, por supuesto. Hay ventajas e inconvenientes en eso, pero lo hacemos por razones de moral; ningún soldado toca tierra en un planeta hostil sin un oficial. Supongamos que las Chinches lo saben..., y tal vez lo sepan. Supongamos que inventan algún truco para aniquilar a todos aquellos que llegan primero a tierra, pero no para acabar con todos los que siguen bajando. Ahora supongamos, ya que usted es un supernumerario, que tiene que ocupar cualquier cápsula vacante en vez de ser disparado con la primera oleada. ¿Dónde le deja eso?

—Pues..., no estoy seguro, señor.

—Acaba de heredar el mando de un regimiento. ¿Qué va a hacer con su mando, señor? Hable pronto..., ¡las Chinches no esperan!

—Yo... —Recordé la respuesta del libro y la repetí como un loro—: Tomaré el mando y actuaré como las circunstancias lo permitan, señor, según la situación táctica tal como yo la vea.

Librodot

—¿Conque sí, eh? —gruñó el coronel—. Y a usted le matarán también. Eso es lo único que conseguirá con semejante estupidez. —Sin embargo, yo confío en que usted baje sin parar de moverse y gritando órdenes a todo el mundo, tanto si tienen sentido como si no. No esperamos que los gatitos luchen con los tigres y ganen; sólo confiamos en que lo intenten. De acuerdo, pónganse en pie. Levanten la mano derecha.

Luchó él por ponerse en pie. Treinta segundos más tarde ya éramos oficiales «provisionales, a prueba y supernumerarios».

Pensé que ahora nos daría las insignias y nos dejaría ir. Se supone que no tenemos que comprarlas; son un préstamo, como esa comisión temporal que representan. Pero el hombre se retrepó en la silla y pareció casi humano.

—Miren, muchachos, ya les he dado una conferencia sobre lo malo que va a ser. Quiero que se preocupen por ello, que lo hagan por adelantado, que planeen los pasos que darán frente a cualquier combinación de malas noticias que les lleguen, plenamente conscientes de que su vida pertenece a sus hombres, y que no es suya para malgastarla en una búsqueda suicida de la gloria. Ni tampoco para salvarla, si la situación requiere que la sacrifiquen. Quiero que se preocupen por morir antes de una bajada, de modo que puedan sentirse tranquilos cuando empiece el lío.

»Imposible, claro. A no ser por una cosa: ¿cuál es el único factor que puede salvarles cuando la carga sea demasiado pesada? ¿Alguna respuesta?

Nadie contestó.

—¡Oh, vamos! —dijo el coronel Nielssen despectivamente—. No son reclutas. ¡Señor Hassan!

—El sargento al mando, señor —contestó el Asesino lentamente.

—Es obvio. Probablemente será mayor que ustedes, habrá hecho más bajadas y, desde luego, conocerá mejor al equipo. Como no llevará esa terrible carga del alto mando, podrá pensar con mayor claridad que ustedes. Pídanle consejo. Tienen un circuito sólo para eso.

»Ello no disminuirá su confianza en ustedes; está acostumbrado a que le consulten. Si no lo hacen pensará que son idiotas, unos malditos sabelotodo... y tendrá razón.

»Pero ustedes no necesitan seguir su consejo. Tanto si aprovechan su sugerencia como si se les ocurre algún plan distinto, tomen la decisión y lancen las órdenes. Lo único, ¡lo único!, que puede llenar de terror el corazón de un buen sargento de pelotón es descubrir que está trabajando para un jefe que no sabe tomar una decisión.

»Jamás ha habido un cuerpo de ejército en el que oficiales y soldados fueran más interdependientes que en la I.M., y los sargentos son el aglutinante que los mantiene unidos. No lo olviden nunca.

Giró la silla de ruedas hasta un armario junto a su mesa. Contenía fila tras fila de departamentos, cada uno con una cajita. Sacó una y la abrió.

—¿Señor Hassan?

—¿Señor?

—Estas insignias fueron llevadas por el capitán Terence O'Kelly en su crucero de prácticas. ¿Le parece bien llevarlas?

—Señor... —La voz del Asesino tembló y creí que aquel gigantón iba a estallar en llanto—. ¡Sí, señor!

—Venga. —El coronel Nielssen se las puso y luego dijo—: Llévelas con la misma bizarría que él..., pero devuélvalas. ¿Me entiende?

—Sí, señor. Haré todo lo posible.

—Estoy seguro. Hay un coche aéreo esperando en el tejado, y su nave sale dentro de veintiocho minutos. ¡Llévese su despacho, señor!

El Asesino saludó y salió. El coronel se volvió y tomó otra caja.

—Señor Byrd, ¿es usted supersticioso?

—No, señor.

—¿De veras? Pues yo sí. Supongo que no le importará llevar estas insignias, que a su vez llevaron cinco oficiales, todos ellos muertos en acción.

Birdie apenas vaciló:

—No, señor.

—Estupendo. Porque esos cinco oficiales acumularon diecisiete citaciones, desde la Medalla de Tierra al León Herido. Acérquese. Esta con la mancha marrón debe llevarla siempre en el hombro izquierdo. ¡Y no trate de limpiarla! Procure tan sólo que la otra no se manche del mismo modo. A menos que sea necesario, y usted sabrá cuándo lo es. Aquí tiene una lista de los que las llevaron. Tiene treinta minutos hasta que salga su transporte. Vaya al Memorial Hall y lea los informes de cada uno de ellos.

—Sí, señor.

—¡Llévese su despacho, señor!

Se volvió a mi, me miró al rostro y dijo bruscamente:

—¿Le preocupa algo, hijo? Hable.

—Verá... —Tenía que decirlo—. Señor, ese tercer teniente provisional, el que fue degradado... ¿Cómo averiguó usted lo que sucedió?

—¡Oh! Joven, yo no pretendía asustarle. Simplemente; me proponía alertarle. La batalla tuvo lugar en junio de mil ochocientos trece, al viejo estilo, entre el buque norteamericano Chesapeake y el británico Shannon. Busque en la Enciclopedia Naval, su nave la tendrá. —Se volvió hacia la caja de insignias y frunció el ceño. Luego dijo—: Señor Rico, tengo una carta de uno de sus profesores de la escuela superior, oficial retirado, en la que solicita que se le entreguen las insignias que él llevó como tercer teniente. Lamento decir que debo contestarle que no.

—¿Señor?

Estaba encantado al saber que el coronel Dubois todavía seguía mi pista, y desilusionado a la vez.

—¡Porque no puedo! Entregué esas insignias hace dos años... y jamás volvieron. Baja total. Hum... —Cogió otra caja y me miró—. Usted podría iniciar un par nuevo. El metal no es importante; la importancia de la petición está en el hecho de que su profesor solicitara que las llevase usted.

—Como usted diga, señor.

—O bien... —agitó la caja en la mano— podría aceptar éstas. Han sido llevadas cinco veces, y los últimos cuatro candidatos fallaron todos en su comisión. Nada deshonroso, sólo mala suerte. ¿Está dispuesto a tratar de romper el maleficio? ¿A transformarlas en insignias de la buena suerte?

Hubiera preferido acariciar a un tiburón. Pero contesté:

—De acuerdo, señor. Lo intentaré.

—Muy bien. —Me las puso—. Gracias, señor Rico. Verá, eran las mías. Yo las llevé el primero... y me gustaría muchísimo que me las devolvieran libres de esa mala suerte, y que usted se graduara.

Me sentí dos metros más alto.

—¡Lo intentaré, señor!

Librodot

—Sé que lo hará. Ahora puede llevarse su despacho, señor. El mismo coche aéreo les llevará a usted y a Byrd. Un momento... ¿Lleva los textos de matemáticas en la mochila?

—¿Cómo, señor? No, señor.

—Cójalos. Ya se ha avisado al encargado del peso de la nave de esa carga extra.

Saludé y me marché a paso ligero. Me había reducido de nuevo a mi tamaño en cuanto mencionó las matemáticas.

Tenía los libros sobre la mesa de mi estudio, atados y con una hoja de las asignaciones diarias, metida bajo el cordel. Tuve la impresión de que el coronel Nielssen jamás dejaba nada al azar..., pero eso ya lo sabía todo el mundo.

Birdie estaba esperando en el tejado junto al coche aéreo. Miró los libros y sonrió.

—Mala suerte. Bien, si estamos en la misma nave te daré clases. ¿Cuál es la tuya?

—Tours.

—Lo siento, yo me voy al Moskva. —Entramos, comprobé el piloto, vi que había sido fijado de antemano hacia el campo, cerré la puerta y el coche despegó. Birdie añadió—: Podía haber sido peor. El Asesino no sólo se llevó los libros de matemáticas, sino dos asignaturas más.

Birdie era indudablemente inteligente, y no había presumido cuando se ofreció para darme clases. Tenía todo el aspecto de un profesor, aunque sus insignias demostraban que era también un soldado.

En vez de estudiar matemáticas, Birdie las enseñaba. Durante una hora al día era miembro de la facultad, lo mismo que el pequeño Shujumi nos adiestraba en el judo en Campamento Currie. La I.M. no desperdicia nada, no puede permitírselo. Birdie obtuvo su licenciatura en matemáticas al cumplir los dieciocho años, de modo que, naturalmente, le asignaron trabajo extra como instructor, lo que no le impedía verse reprendido por lo que fuera el resto del tiempo.

Y no es que se llevara muchas broncas. Birdie poseía esa rara combinación de intelecto brillante, cultura sólida, sentido común y agallas, que hace que un cadete sea calificado de general en potencia. Todos opinábamos que tenía muchas probabilidades de verse al frente de una brigada para cuando cumpliera los treinta, y más con la guerra en marcha.

Pero mis ambiciones no llegaban tan lejos.

—Sería una vergüenza asquerosa que el Asesino fracasara —dije, aunque lo que en realidad pensaba era que sería una vergüenza asquerosa si me suspendían a mi.

—No lo hará —contestó Birdie alegremente—. Se lo harán sudar como sea, aunque tengan que meterle en una cabina hipnótica y alimentarle por un tubo. De todas formas, Hassan podría ser suspendido y, a la vez, recibir un ascenso.

—¿Cómo?

—¿No lo sabes? El rango permanente del Asesino es de primer teniente, con mando en activo, naturalmente. Si le suspenden, recupera su cargo. Mira el reglamento.

Conocía el reglamento. Si me suspendían en matemáticas, yo volvía a ser un simple sargento, lo que siempre es mejor que recibir un puñetazo en un

ojo, se mire como se mire. Ya lo había pensado, quedándome despierto noche tras noche después de fallar en un test. Pero esto era distinto.

—Espera —protesté—. ¿Dices que él cedió su grado permanente de primer teniente..., y ahora sólo es tercer teniente provisional..., con objeto de llegar a ser segundo teniente? ¿Estás loco? ¿O el loco es él?

Birdie sonrió.

—Sólo lo bastante para que los dos seamos buenos I.M.

—No lo comprendo...

—Claro que si. El Asesino no tiene más cultura que la recibida en la I.M. Por tanto, ¿cuáles son sus perspectivas de ascenso? Estoy seguro de que podría dirigir a todo un regimiento en batalla y hacer un trabajo magnífico, siempre que otro planeara la operación. Pero dirigir una batalla no es más que una fracción de lo que hace un oficial, especialmente un oficial maduro. Para mandar en una guerra, incluso para planear una sola batalla y montar la operación, has de saber la teoría del juego y conocer el análisis operacional, la lógica simbólica, la síntesis pesimista y otra docena más de materias abstrusas. Puedes aprenderlas por tu cuenta si tienes buena base. Pero has de dominarlas o nunca pasarás de capitán, o quizá de mayor. El Asesino sabe lo que se hace.

—Supongo que sí —dije lentamente—. Birdie, el coronel Nielssen debía de saber que Hassan era oficial; que es un oficial realmente.

—Por supuesto.

—Pues no habló como si lo supiera. A todos nos largó la misma conferencia.

—No del todo. ¿No te diste cuenta de que, cuando quería que se respondiera de cierto modo a una pregunta, siempre se dirigía al Asesino?

Decidí que era cierto.

—Birdie, ¿cuál es tu rango permanente?

El coche estaba aterrizando; él se detuvo un instante, ya con la mano en la portezuela y dijo:

—Soldado raso..., ¡y no puedo arriesgarme a que me suspendan!

—No fallarás —gruñí—. ¡No puedes!

Me sorprendió que ni siquiera fuese cabo, pero un chico tan listo y tan culto como Birdie iría a la Escuela de Oficiales con toda rapidez en cuanto se fogueara en combate, lo cual, con la guerra en marcha, podía ser unos meses después de cumplir los dieciocho.

—Veremos.

La sonrisa de Birdie aún era más amplia.

—Tú te graduarás. Hassan y yo tendremos que preocuparnos, pero tú no.

—¿Que no? Supongamos que la señorita Kendrick me coge manía. —Abrió la puerta y se sobresaltó—. ¡Eh, que está sonando mi llamada! Hasta la vista.

—Hasta la vista, Birdie.

Pero ya no volví a verle, y él no se graduó. Se le encargó una comisión dos semanas más tarde, y sus insignias volvieron con otra condecoración más, la número dieciocho... El León Herido, una condecoración póstuma.

Librodot

Capítulo 13

¿Creéis que este cuerpo de ejército tan baqueteado es un parvulario?
Bueno. ¡Pues no lo es! ¿Entendido?
Observación atribuida a un cabo de los ejércitos helenos ante las murallas de Troya. 1194 A.C.

El Rodger Young lleva un pelotón y está abarrotado; el Tours lleva seis... y aún hay sitio. Tiene los tubos suficientes para dejarlos caer a todos a la vez, y todavía queda sitio libre para llevar dos veces ese número y hacer una segunda bajada. Claro que entonces estaría más que abarrotado y habría que hacer las comidas en el cuarto de marchas, y poner literas en los pasillos y salas de bajada, y tomar aire cuando el de al lado no inspira, ¡y decirle que saque ese codo de mi ojo! Me alegro de que no doblaran el número mientras yo estaba en esa nave.

Pero la nave tiene velocidad e impulso suficientes para lanzar tropas numerosas y en buenas condiciones de lucha en cualquier punto del espacio de la Federación, y en gran parte del espacio de las Chinches. Con el impulso de los generadores Cherenkov puede hacer 400 parsecs, digamos de Sol a Capella, cuarenta y seis años luz, en menos de seis semanas.

Por supuesto, un transporte de seis pelotones no es mucho comparado con una nave de batalla, o una de pasajeros; tan enormes resultan problemáticas. La I.M. prefiere corbetas ligeras y rápidas de un pelotón, que dan flexibilidad a cualquier operación mientras que, si lo dejáramos en manos de la marina, sólo tendríamos transportes de regimientos. Se necesita casi tanto protocolo de la marina para dirigir una corbeta como para dirigir un monstruo lo bastante grande para un regimiento, aparte del mantenimiento y la limpieza, por supuesto, pero de eso se encargan los soldados. De todos modos, esos soldados perezosos no hacen nada más que dormir, comer y sacar brillo a los botones, así que les irá bien tener un poco de trabajo. Eso dice la marina.

La verdadera opinión de la marina aún es más extremada: el ejército está anticuado y debería ser abolido.

La marina no lo dice oficialmente, pero si uno habla con un oficial naval que esté de D&R, y pavoneándose, se enterará de muchas cosas. Ellos creen que pueden luchar en cualquier guerra, ganarla y enviar a unos cuantos de los suyos para mantener sojuzgado el planeta hasta que el Cuerpo Diplomático se haga cargo.

Admito que sus nuevos «juguetes» pueden borrar a cualquier planeta del cielo. Nunca lo he visto, pero lo creo. Tal vez yo esté tan anticuado como el Tyrannosaurus Rex. Pero no me siento anticuado, y nosotros, los micos, podemos hacer muchas cosas que le resultan imposibles al mejor navío. Si el gobierno no quiere que se hagan esas cosas, ya nos lo dirá sin duda alguna.

Quizá sea mejor que ni la marina ni la I.M. tengan la última palabra. Un hombre no puede aspirar a mariscal del espacio a menos que haya mandado un regimiento y una nave capital, haya pasado por la I.M., con todas sus dificultades, y luego sea oficial naval (creo que el pequeño Birdie pensaba en eso); o bien hacerse primero piloto espacial, y luego ir al Campamento Currie, etcétera.

Seguro que yo escucharía con todo respeto al hombre que hubiese hecho ambas cosas.

Como la mayoría de los transportes, el Tours es una nave mixta. El cambio más notable para mí fue que me permitieran el paso al «Norte del Treinta». El mamparo que separa la sección de las damas de la de los rudos personajes que se afeitan no es necesariamente el número 30 pero, por tradición, se le llama el «Mamparo Treinta» en cualquier nave mixta. La sala de oficiales está justo tras él, y más allá empieza el espacio reservado a las damas. En el Tours la sala de oficiales servía también como cantina para las mujeres, que comían justo antes que nosotros y, entre las comidas, se dividía —mediante una partición— en una sala de recreo para ellas, y un saloncito para sus oficiales. Los oficiales varones tenían un salón, llamado el salón de juego, justo detrás del treinta.

Además del hecho tan obvio de que la bajada y recogida exige los mejores pilotos (o sea mujeres), hay otra razón más de peso para asignar a los transportes esas oficiales navales. Es bueno para la moral de las tropas.

Olvidemos las tradiciones de la I.M. por un momento. ¿Se les ocurre algo más estúpido que permitir que le disparen a uno desde la nave en una cápsula, sin más perspectiva que las heridas y la muerte? Y en cambio, si alguien ha de cometer esa estupidez, ¿se les ocurre un medio más seguro de mantener a un hombre entusiasmado hasta el punto de hallarse dispuesto a hacerlo que recordarle de continuo que la única buena razón por la que los hombres luchan es una realidad viva y que respira a su lado?

En una nave mixta, lo último que oye un soldado antes de una bajada (quizá lo último que oiga en la vida) es una voz de mujer deseándole suerte. Si ustedes no creen que eso sea importante, probablemente es que ya no pertenecen a la raza humana.

El Tours tenía quince oficiales navales, ocho femeninos y siete masculinos, y ocho oficiales de I.M. incluido yo mismo (y me satisface mucho decirlo). No voy a admitir que el «Mamparo Treinta» me llevara a la Escuela de Oficiales, pero el privilegio de comer con las señoras es un incentivo mayor que el aumento de paga. La capitana era la presidenta de la cantina; mi jefe, el capitán Blackstone, el vicepresidente, no por el rango (tres oficiales navales iban por delante de él) pero, como oficial al mando de las fuerzas de ataque, tenía de facto más categoría que todo el mundo, excepto la capitana.

Todas las comidas eran formales. Esperábamos en la sala de juego hasta que sonaba la hora, entrábamos con el capitán Blackstone y aguardábamos de pie tras las sillas. Entonces llegaba la capitana seguida de sus damas y, cuando ella llegaba a la cabecera de la mesa, el capitán Blackstone se inclinaba y decía: «Señora presidenta..., señoras...», y ella contestaba: «Señor vicepresidente..., caballeros...», y el que estaba al lado de cada mujer la ayudaba a sentarse.

Este ritual establecía que se trataba de un acontecimiento social, no de una conferencia de oficiales; por tanto, se utilizaban rangos y títulos, excepto que a los oficiales navales más recientes, y a mí entre los I.M., se nos llamaba «señor» o «señorita», con una excepción que me desconcertó.

En mi primera comida a bordo, oí que llamaban «mayor» al capitán Blackstone, aunque las insignias de sus hombros decían claramente «capitán». Más tarde averigüé la verdad. No puede haber dos capitanes en un navío de la marina; por tanto, un capitán del ejército sube de rango

socialmente antes que cometer el error incalificable de ser llamado por el título reservado al monarca absoluto. Si un capitán de la marina está a bordo y no es la capitana, a él o a ella se le llama «comodoro», aunque la capitana sea una simple teniente.

La I.M. observa todo esto, evitando inconvenientes en la sala de oficiales y sin prestar atención a esa tonta costumbre en nuestra propia parte del barco.

La jerarquía se observaba rigurosamente en cada lado de la mesa, con la capitana a la cabecera y el oficial al mando de las fuerzas de combate al otro extremo, la cadete más joven a su derecha y yo a la derecha de la capitana. Con mucho gusto me habría sentado junto a la cadete más joven, pues era muy bonita, pero ese arreglo está cuidadosamente planeado. Ni siquiera llegué a saber nunca cómo se llamaba.

Yo sabía que, por ser el inferior de todos, debía sentarme a la derecha de la capitana, pero lo que ignoraba era que debía ayudarla a sentarse. En mi primera comida ella se quedó esperando, y nadie se sentó hasta que el tercer ingeniero ayudante me dio un codazo. En la vida me he visto más apurado, desde un incidente muy desgraciado en el jardín de infancia, aunque la capitana Jorgensen actuó como si nada hubiera sucedido.

Cuando la capitana se pone en pie, la comida ha terminado. Ella era bastante puntual, pero en una ocasión siguió sentada sólo unos minutos y el capitán Blackstone se enojó. Así que se puso en pie y dijo:

—Capitana...

—¿Sí, mayor?

—¿Querrá la capitana dar la orden de que se nos sirva a mis oficiales y a mi en la sala de juego?

—Ciertamente, señor —contestó ella fríamente.

Y nos sirvieron. Pero ningún oficial naval se unió a nosotros.

Al sábado siguiente, ella ejerció su privilegio de inspeccionar los I.M. a bordo, cosa que rara vez hacen las capitanas de una nave transporte. Se limitó, sin embargo, a recorrer las filas sin hacer comentarios. No era realmente una ordenancista, y tenía una sonrisa agradable cuando perdía su rigidez. El capitán Blackstone asignó al segundo teniente «Rusty» Graham para que me hiciera sudar las matemáticas; ella lo descubrió (no sé cómo) y dijo al capitán Blackstone que me enviara a su despacho después del almuerzo, una hora cada día, y allí me daba clase de matemáticas, e incluso me reñía cuando mis «deberes» no estaban correctos.

Nuestros seis pelotones eran dos compañías que formaban un batallón de choque. El capitán Blackstone mandaba la Compañía D los Bribones de Blackie, y también el batallón. El oficial al mando de nuestro batallón según el cuadro de mandos, el mayor Xera, iba con las Compañías A y B en la nave gemela del Tours, el Playa de Normandía, quizás a media galaxia de distancia. Sólo estaba al frente de nosotros cuando todo el batallón bajaba a la vez, salvo en el caso de que el capitán Blackie enviara ciertos informes y cartas a través de él. Otros asuntos iban directamente a la Flota, División o Base, y Blackie tenía un sargento que era un auténtico genio para ayudarle a tener las cosas en orden y a manejar tanto una compañía como un batallón de choque en combate.

Los detalles administrativos no son sencillos en un ejército extendido a través de cientos de naves y a través de muchos años luz. En el viejo Valley

Forge, en el Rodger Young y ahora en el Tours, yo estaba en el mismo regimiento: el Tercer Regimiento (los «Mimaditos») de la Primera División de I.M. (Polaris). Dos batallones formados por unidades disponibles habían recibido el nombre de «Tercer Regimiento» en la Operación Casa de Chinches, pero yo no vi a «mi» regimiento. Todo lo que vi fue al capitán Bamburger y a muchas Chinches.

Tal vez me enviaran con una comisión a los Mimaditos, me hiciera viejo y me jubilara, sin ver jamás al oficial al mando de la compañía, pero él también mandaba el primer pelotón (los «Moscardones») en otra corbeta. No supe su nombre hasta que lo vi en mi despacho de la E.C.O.

Hay una leyenda sobre un «pelotón perdido» que se fue de Descanso y Recreo cuando su corbeta quedó fuera de servicio. El oficial al mando de la compañía acababa de ser ascendido, y los otros pelotones habían sido distribuidos tácticamente en otros puntos.

He olvidado qué le sucedió al teniente del pelotón, pero el D&R es el momento de rutina para cambiar a un oficial, en teoría después de que alguien ha ido a relevarle, si bien los relevos siempre son escasos.

Dicen que ese pelotón disfrutó de un año local de vida feliz por la Churchill Road antes de que alguien los echara de menos. No me lo creo. Pero podría suceder.

La escasez crónica de oficiales afectaba mucho a mis deberes en los Bribones de Blackie. La I.M. tiene el porcentaje menor de oficiales de cualquier ejército, y este factor es precisamente parte del «prisma divisional» de la I.M. «Prisma divisional» es jerga militar, pero la idea es sencilla: si uno tiene 10.000 soldados, ¿cuántos luchan?, ¿y cuántos se limitan a pelar patatas, conducir camiones, contar tumbas y manejar el papeleo?

En la I.M. luchan 10.000 hombres.

En las guerras masivas del siglo XX se necesitaban a veces 70.000 hombres (¡es un hecho!) para que sólo 10.000 lucharan.

Admito que necesitamos a la marina para que nos coloque donde hemos de luchar; sin embargo, las fuerzas de ataque de la I.M., incluso en una corbeta, suponen al menos el triple de la tripulación de la nave. También se necesitan civiles para que nos faciliten las provisiones y nos sirvan. Un diez por ciento de la I.M. estamos de Descanso y Recreo en cualquier momento, y a los mejores se les envía en rotación como instructores a los campamentos de reclutas.

Aunque haya algunos I.M. en despachos, siempre verán ustedes que les falta un brazo, una pierna o algo semejante. Estos —como el sargento Ho y el coronel Nielssen— son los que se niegan a retirarse, y realmente valen por dos, ya que así permiten que haya más I.M. al ocupar esos puestos que requieren espíritu de lucha pero no perfección física. Realizan un trabajo que no pueden hacer los civiles, porque en ese caso contrataríamos civiles. Los civiles son como las judías; uno los compra cuando los necesita para cualquier trabajo que sólo requiera habilidad y sentido común.

Pero no se puede comprar el espíritu de lucha. Anda escaso. Nosotros lo usamos todo, y no malgastamos nada. El I.M. es el ejército más pequeño de la historia con relación a la población que defiende. No se puede comprar a un I.M., ni forzarle, ni coaccionarle, ni siquiera se le puede retener si él desea irse. Puede presentar la renuncia treinta segundos antes de una

Librodot

bajada, perder el valor y negarse a entrar en la cápsula, y lo único que ocurre es que se le paga y nunca puede votar.

En la E.C.O. estudiamos ejércitos que, a lo largo de la historia, eran conducidos como esclavos de galeras. Pero el I.M. es un hombre libre; lo que le impulsa surge de su interior, del respeto a sí mismo y de la necesidad del respeto de sus compañeros, y de ese orgullo al formar parte de ellos que se llama moral o esprit de corps.

La base de nuestra moral es «todo el mundo trabaja, todos luchan». Un I.M. no anda buscando influencias para conseguir un trabajo fácil y seguro; ésos no existen. Por supuesto, un soldado trata de buscar lo mejor, porque a cualquiera con el sentido común suficiente para marcar el paso se le ocurre si no debería estar limpiando compartimentos o arreglando los almacenes; es el viejo derecho del soldado.

Pero todos los puestos «fáciles y seguros» están cubiertos por civiles, y ese buen soldado está en su cápsula seguro de que todos, desde el general hasta el último mico, van con él. Tal vez a años luz, o en un día diferente, o quizás una hora más tarde, no importa. Lo que importa es que todo el mundo baja. Por eso entra en su cápsula, aunque no tenga conciencia de ello.

Si alguna vez nos desviamos de esto, la I.M. se hará pedazos. Todo lo que nos mantiene unidos es una idea, que une con más fuerza que el acero, pero cuyo poder mágico depende de que siga intacta.

Esta regla de que «todos luchan» es lo que permite que la I.M. siga adelante con tan pocos oficiales.

Sé de esto más de lo que quisiera porque hice una pregunta tonta en historia militar y me encargaron la realización de un trabajo que me obligó a averiguar casi todo lo ocurrido desde «De Bello Gallico» al «Colapso de la Hegemonía Dorada», el clásico de Tsing. Piensen en una división ideal de la I.M. (sobre el papel, porque no la encontrarán en parte alguna). ¿Cuántos oficiales requiere? No importan las unidades provenientes de otros cuerpos; tal vez no estén presentes en una trifulca y no son como la I.M. (los talentos especiales unidos a la Logística y Comunicaciones tienen todos el rango de oficial). Si a un tipo de memoria especial, como un telépata o un sensor, o un hombre de suerte, le hace feliz que yo le salude, estoy dispuesto a hacerlo. El es más valioso que yo, y jamás podría reemplazarle aunque viviera doscientos años. O bien cojan el cuerpo K-9; un cincuenta por ciento «oficiales», pero el otro cincuenta por ciento son neo-perros.

Ninguno de ésos está en la línea de mando, de modo que limitémonos a nosotros y a lo que se necesita para dirigirnos.

Esta división imaginaria tiene 10.800 hombres en 216 pelotones, cada uno con un teniente. Tres pelotones por compañía exigen 72 capitanes; cuatro compañías por un batallón exigen 18 mayores o tenientes coroneles. Seis regimientos con seis coroneles pueden formar dos o tres brigadas, cada una con un general de segunda más un general de primera, jefe supremo.

Y eso nos da 317 oficiales de un total, incluidos los mandos, de 11.117.

No hay lagunas, y cada oficial manda un equipo. Los oficiales suponen un total del tres por ciento, que es lo que tiene la I.M., pero dispuesto de un modo distinto. En realidad, muchos pelotones están mandados por sargentos, y muchos oficiales tienen más de un cargo con objeto de cumplir algunas tareas totalmente necesarias.

Incluso un jefe de pelotón ha de tener su personal: su sargento de pelotón.

Pero puede pasarse sin uno, y su sargento puede pasarse sin él.

Sin embargo, un general ha de tener su plantilla; el trabajo es demasiado amplio para realizarlo solo. Necesita un buen personal de planeamiento, y un personal más reducido de combate. Como nunca hay suficientes oficiales, en su transporte los oficiales doblan como personal de planificación, y son elegidos entre los mejores matemáticos en logística de la I.M. Y luego bajan a luchar con sus propios equipos. El general baja con su personal de combate, más un pequeño equipo de las tropas más duras de la I.M. La tarea de éstas consiste en impedir que el general sea molestado por los extraños mientras dirige la batalla. A veces lo consiguen.

Además de ese personal necesario, cualquier equipo superior a un pelotón debería tener un oficial delegado. Pero nunca hay suficientes oficiales, así que nos las arreglamos con lo que tenemos. Llenar cada puesto necesario de combate, una tarea para un oficial, exigiría un promedio de oficiales del cinco por ciento; pero el tres por ciento es todo lo que tenemos.

En vez de ese óptimo cinco por ciento, que la I.M. jamás puede alcanzar, en el pasado muchos ejércitos comisionaban al diez por ciento de su número, o incluso al quince por ciento... ¡y en ocasiones un ridículo veinte por ciento! Esto suena como un cuento de hadas, pero fue realidad, especialmente durante el Siglo XX.

¿Qué clase de ejército tiene más oficiales que cabos? (¡Y más suboficiales que soldados!)

Un ejército organizado para perder las guerras, si es que la historia significa algo. Un ejército que es, sobre todo, organización, burocracia y altos cargos, y la mayoría de cuyos soldados jamás luchan.

Pero ¿qué hacen los oficiales que no mandan a los que luchan?

Tocar el violón al parecer: oficial del club de oficiales, oficial de moral, oficial de atletismo, oficial de información pública, oficial de recreo, oficial de transporte, oficial legal, capellán, capellán ayudante, segundo ayudante del capellán, oficial al cargo de cualquier cosa que se les ocurra, incluso, sí, ¡oficial de la guardería!

En la I.M. todas esas cosas son trabajo extra para los oficiales de combate o, si son auténticos trabajos, se realizan mejor, de modo más barato y sin desmoralizar a un equipo de lucha, contratando civiles. Pero la situación llegó a ser tan decadente en una de las mayores potencias del Siglo XX que a los verdaderos oficiales, los que mandaban a los hombres en la batalla, les dieron insignias especiales para distinguirlos de las hordas de húsares de salón.

La escasez de oficiales empeoró a medida que avanzaba la guerra, porque el índice de bajas siempre es mayor entre los oficiales, y la I.M. jamás da un mando a un hombre sólo para llenar una vacante. A la larga, cada regimiento debe proveer su parte de oficiales. Las fuerzas de ataque en el Tours necesitaban treinta oficiales: seis jefes de pelotón, dos oficiales al mando de una compañía y dos ayudantes, y un oficial al mando de las fuerzas de ataque con su personal: un delegado y un ayudante.

Lo que tenían eran seis... y yo.

Cuadro de Mandos
Batallón de choque - Fuerzas de ataque
Capitán Blackstone
(«primer cargo»)
Sargento de Flota

Librodot

Compañía C Compañía D
«Los Walaby de Warren» «Los Bribones de Blackie»
Primer teniente Warren Capitán Blackstone

(«segundo cargo»)
Primer pelotón Primer pelotón
Primer teniente Bayonne (Primer teniente Silva - Hospital)

Segundo pelotón Segundo pelotón
Segundo teniente Sukarno Segundo teniente Khoroshen

Tercer pelotón Tercer pelotón
Segundo teniente N'gam Segundo teniente Graham

Yo debía haber estado a las órdenes del teniente Silva, pero él salió para el hospital el día en que yo me presenté, enfermo con algún tipo de trastorno nervioso. Sin embargo, eso no significaba necesariamente que yo recibiera su pelotón. Un tercer teniente temporal no está considerado como una baza. El capitán Blackstone podía colocarme a las órdenes del teniente Bayonne, y poner a un sargento a cargo de su primer pelotón, e incluso aceptar un «tercer cargo» y dirigir el pelotón personalmente.

En realidad hizo ambas cosas, aunque a la vez me asignara como jefe de pelotón del primer pelotón de los Bribones. Lo consiguió tomando al mejor sargento de los Walaby para que actuara como su personal de batallón, y luego puso a su sargento de flota como sargento de pelotón de su primer pelotón, un trabajo dos grados por debajo de sus insignias. Entonces el capitán Blackstone me lo explicó en una conferencia pesadísima: yo figuraría en el cuadro de mandos como jefe de pelotón, pero el mismo Blackie y el sargento de Flota lo dirigirían.

Mientras yo me portara bien, podría seguir actuando; incluso se me permitiría bajar como jefe de pelotón, pero una palabra de mi sargento al oficial al mando de mi compañía y las tenazas se cerrarían sobre mí.

Me pareció muy bien. Sería mi pelotón mientras pudiera dirigirlo y, si no era capaz, cuanto antes me retiraran mejor para todo el mundo. Además, no destrozaba tanto los nervios el conseguir así un pelotón en vez de por una catástrofe repentina en la batalla.

Me tomé mi trabajo muy en serio porque era mí pelotón, pero aún no había aprendido a delegar autoridad y, durante una semana, estuve en la sección de las tropas mucho más de lo conveniente para un equipo. Blackie me llamó a su despacho.

—Hijo, ¿qué diablos cree que está haciendo?

Contesté rígidamente que trataba de que mi pelotón estuviera dispuesto para la acción.

—¿De veras? Pues no es eso lo que consigue. Los tiene más nerviosos que una colmena de abejas enloquecidas. ¿Por qué demonios cree que le entregué al mejor sargento de la flota? Si se va a su camarote, se cuelga de un gancho ¡y se queda allí...! hasta que suene el «Preparados para la acción», él le entregará el pelotón tan afinado como un violín.

—Como el capitán quiera —contesté bruscamente.

—Y otra cosa..., no puedo soportar a un oficial que actúe como un maldito cadete. Olvide esa estupidez de hablarme en tercera persona. Guárdesela

Librodot

para los generales y la capitana. Deje de cuadrar los hombros y chocar los talones. Se supone que los oficiales han de mostrarse relajados, hijo.

—Sí, señor.

—Y que sea la última vez que me dice «señor» durante toda una semana. Lo mismo digo del saludo. Quítese ese aire de cadete malhumorado y trate de sonreír.

—Si, se... De acuerdo.

—Así está mejor. Apóyese en la pared. Rásquese. Bostece. Lo que sea, menos esa actitud de soldadito de plomo.

Lo intenté... y sonreí tontamente al descubrir que no es fácil romper un hábito. Apoyarse es mucho más difícil que mantenerse firme. El capitán Blackstone me estudió.

—Practíquelo —dijo—. Un oficial no puede parecer asustado ni tenso. Eso es contagioso. Ahora dígame, Johnnie, qué necesita su pelotón. No importan las trivialidades; no me interesa saber si cada hombre tiene el número reglamentario de calcetines en el armario.

—Hum... —Pensé a toda prisa—. ¿Sabe, por casualidad, si el teniente Silva se proponía ascender a Brumby a sargento?

—Da la casualidad de que si lo sé. ¿Cuál es su opinión?

—Bien..., el informe dice que ha estado actuando como jefe de sección durante los dos últimos meses. Sus notas de eficiencia son buenas.

—Le he pedido su opinión, Rico.

—Pues, se... Lo siento. Nunca le he visto trabajar sobre el terreno, de modo que no puedo tener una auténtica opinión; todo el mundo puede actuar bien en la sala de bajadas. Pero, tal como lo veo, él ha estado actuando como sargento demasiado tiempo para rebajarle ahora y promover a un jefe de escuadra por encima de él. Debería conseguir esa tercera sardineta antes de que bajemos, o ser transferido cuando volvamos. Antes incluso, si hay oportunidades de transferencia espacial.

Blackie gruñó:

—Se muestra usted muy generoso al ceder a mis Bribones..., para ser un tercer teniente.

Me puse rojo.

—Sin embargo —dije—, es un punto débil en mi pelotón. Brumby debería ser ascendido o transferido. No le quiero de nuevo en su antiguo puesto con alguien ascendido por encima de él. Es posible que se sienta amargado, y entonces habría otro punto débil. Si no puede conseguir esa otra sardineta, debería ir a presentarse en el Departamento de Reemplazos. Así no se sentirá humillado y tendrá la oportunidad de llegar a ser sargento en otro equipo, en vez de quedarse aquí, en un callejón sin salida.

—¿De veras? —No sonaba burlón en realidad—. Después de ese análisis maestro, aplique sus poderes de deducción y dígame por qué el teniente Silva no lo transfirió hace tres semanas, cuando llegamos a Santuario.

Ya me lo había preguntado yo. El momento de transferir a un hombre es lo antes posible en cuanto uno decide dejar que se marche... y sin aviso. «Es mejor para el hombre y para el equipo», dice el libro. Contesté lentamente:

—¿Estaba ya enfermo el teniente Silva en ese momento, mi capitán?

—No.

Las piezas encajaban.

—Capitán, recomiendo a Brumby para el ascenso inmediato.

—Hace un momento estaba a punto de prescindir de él como inútil —replicó enarcando las cejas.

—Oh, no lo es ni mucho menos. Dije que tenía que ser una cosa u otra pero no sabía cuál. Ahora si lo sé.

—Continúe.

—Bien, eso supone que el teniente Silva es un oficial eficiente...

—Le diré, para su información, que Silva «el Rápido» tiene un historial de «Excelente, Recomendado para el Ascenso» en su Formulario Treinta y Uno.

—Pero yo sabía ya que él era bueno —continué—, porque he heredado un magnífico pelotón. Tal vez un buen oficial no ascienda a un hombre por..., bueno, por muchas razones, y sin embargo no pone sus dudas por escrito. Sin embargo, en este caso, de no haber podido recomendarle para sargento, no le habría retenido en el equipo a fin de poder sacarle de la nave a la primera oportunidad. Pero no lo hizo. Por tanto, sé que se proponía ascender a Brumby. —Y añadí—: Pero no comprendo por qué no lo hizo hace tres semanas, para que Brumby pudiera haber lucido su tercera sardineta en el D&R.

El capitán Blackstone sonrió.

—Eso es porque usted no me considera eficiente a mí.

—¿Cómo dice, señor?

—No importa. Usted ha sabido desentrañar esta maraña, y yo no espero nunca que un cadete todavía tierno conozca todos los trucos. Pero escuche y aprenda, hijo. Mientras dure esta guerra, no ascienda jamás a un hombre justo antes de volver a la Base.

—¿Por qué no, mi capitán?

—Me habló de enviar a Brumby al Departamento de Reemplazo si no iba a ser ascendido. Pues ahí es, exactamente, adonde habría ido a parar si le hubiéramos ascendido hace tres semanas. Usted no sabe lo ansiosos que se muestran ahí, en el departamento de suboficiales. Repase los archivos y encontrará la petición de que enviemos dos sargentos por cuadro. Con un sargento de pelotón enviado a la E.C.O. y un puesto de sargento vacante, yo estaba bajo en mi plantilla y podía rehusar. —Sonrió sarcástico—. Es una guerra muy dura, hijo, y ellos te roban a tus hombres si no les vigilas. —Sacó dos hojas de papel de un cajón—. Mire.

Uno era una carta de Silva al capitán Blackie, recomendando a Brumby para sargento. Llevaba fecha de hacía más de un mes.

El otro era el despacho de Brumby para sargento, fechado el día siguiente a nuestra salida de Santuario.

—¿Eso le convence? —preguntó.

—¿Cómo? ¡Claro que sí!

—He estado esperando a que usted descubriera el punto débil de su equipo y me dijera lo que había que hacer. Me satisface que lo adivinara, aunque sólo a medias, porque un oficial con experiencia lo habría analizado de inmediato con el cuerpo de mando y los informes del servicio. No importa, así es como se gana experiencia. Ahora veamos lo que debe hacer. Escríbame una carta como la de Silva, con fecha de ayer. Encargue a su sargento de pelotón que le diga a Brumby que usted le ha propuesto para una tercera sardineta, sin mencionar que Silva lo hizo. Usted no lo sabía cuando hizo la recomendación, de modo que lo dejaremos así. Cuando yo le tome el juramento a Brumby, le haré saber que sus dos oficiales le

recomendaron por separado, lo que hará que se sienta eufórico. ¿De acuerdo? ¿Algo más?

—Pues..., no en la organización, a menos que el teniente Silva planeara ascender a Naidi, segundo de Brumby. En cuyo caso podríamos ascender a un suboficial a aspirante, y eso nos permitiría ascender a cuatro soldados a suboficiales, incluidos tres vacantes que existen ahora. No sé si es política suya el mantener el cuerpo de mando (C.D.M.) lleno, o no.

—Podríamos hacerlo —repuso amablemente Blackie—, puesto que usted y yo sabemos que algunos de esos chicos no van a tener muchos días para disfrutarlo. Recuerde tan sólo que nunca ascendemos a un hombre a menos que haya entrado en combate, por lo menos no en los Bribones de Blackie. Discurra el modo de hacerlo con su sargento de pelotón y comuníquemelo. No hay prisa. En cualquier momento antes de que me acueste hoy. ¿Algo más?

—Bien, mi capitán, estoy preocupado por los trajes.

—Y yo también. Y todos los pelotones.

—No sé de los demás pelotones pero, con cinco reclutas que vestir, más cuatro trajes dañados, y dos más retirados esta semana pasada y reemplazados por el almacén... No sé cómo Cunha y Navarre podrán calentar tantos y hacer los tests de rutina en los otros cuarenta y uno, y que todo esté dispuesto para la fecha calculada. Aunque no surjan problemas...

—Siempre surgen problemas.

—Sí, mi capitán. Pero se requieren doscientas ochenta y seis horas de trabajo sólo para calentar y probar, más ciento veintitrés horas de comprobaciones de rutina. Y siempre se necesita algo más de tiempo.

—Bien, ¿qué cree usted que puede hacerse? Los demás pelotones le ayudarán si terminan con sus propios trajes por anticipado. Cosa que dudo. No espere que le ayuden los Walaby; es más probable que tengamos que ayudarles.

—Ya... Mi capitán, no sé qué opinará usted de esto, ya que me dijo que permaneciera alejado de la sección de tropas, pero cuando yo era cabo fui ayudante del sargento de Artillería y Armaduras.

—Siga.

—Bien, al final yo mismo era el sargento de A. y A. Pero sólo ocupaba el puesto de otro hombre, ya que no soy un mecánico cualificado en A. y A. Sin embargo, sí soy un ayudante bastante bueno y, si me lo permitiera..., bueno, podría calentar los trajes nuevos o hacer las comprobaciones de rutina. Así Cunha y Navarre tendrían más tiempo para los auténticos problemas.

Blackie se echó atrás y sonrió.

—Señor Rico, he revisado las ordenanzas cuidadosamente, y no encuentro ninguna que diga que un oficial no deba ensuciarse las manos. —Y añadió—: Menciono esto porque algunos de los «jóvenes caballeros» que nos han sido asignados han leído, al parecer, esa ordenanza que no existe. De acuerdo, coja un mono de trabajo, pues no hay necesidad de que se ensucie el uniforme además de las manos. Vaya a buscar a su sargento de pelotón, háblele de lo de Brumby y ordénele que prepare las recomendaciones para llenar esos vacíos en el C.D.M., por si yo decidiera confirmar su recomendación de Brumby. Luego dígale que usted va a dedicar todo su tiempo al trabajo en Artillería y Armaduras, y que desea que él se encargue de todo lo demás. Dígale que, si tiene algún problema, le busque a usted en la Armería. No le diga que me consultó; sólo déle órdenes. ¿Me sigue?

Librodot

—Sí, se... Sí.

—De acuerdo, adelante. Al pasar por la sala de juego, presente por favor mis respetos a «Rusty» y dígale que venga a verme.

Jamás estuve tan ocupado como durante las dos semanas siguientes, ni siquiera en el campamento de reclutas. Trabajar como mecánico de Artillería y Armaduras unas diez horas al día no era mi única tarea. Estaban las matemáticas, por supuesto, y no había modo de saltárselo, puesto que me daba clases la capitana. Y las comidas, digamos hora y media al día. Más el trabajo de mantenerme en forma, afeitarme, ducharme, abotonarme los uniformes y tratar de encontrar al sargento de marina y obligarle a abrir la lavandería para sacar un uniforme limpio diez minutos antes de la inspección. (Es una ley no escrita de la marina la de que todo debe estar siempre cerrado cuando más se necesita.)

Montar guardia, la revista, la inspección y un mínimo de rutina de pelotón suponía otra hora al día. Pero además, yo era «George». Cada equipo tiene un «George». Es el oficial más joven, al que se encargan todos los trabajos adicionales: monitor de atletismo, censor del correo, árbitro en las competiciones, oficial de escuela, encargado de cursos por correspondencia, fiscal en un consejo de guerra, tesorero del fondo de préstamos mutuos, custodio de las publicaciones registradas, oficial de almacén, oficial de la cantina de tropa, y un interminable etcétera.

«Rusty» Graham había sido «George» hasta que me pasó alegremente el muerto. No se sintió tan alegre cuando yo insistí en el inventario de todo aquello que debía hacer. Me sugirió que, si no tenía el sentido común suficiente para aceptar el inventario firmado por un oficial comisionado, tal vez entonces una orden directa me hiciera cambiar de opinión. Pero me mostré firme y le dije que pusiera sus órdenes por escrito, y con una copia certificada, de modo que yo pudiera conservar el original y entregar la copia al oficial al mando del equipo.

«Rusty» se echó atrás, furioso (ni siquiera un segundo teniente es tan tonto como para poner tales órdenes por escrito). Aquello no me alegró ni mucho menos, puesto que «Rusty» era mi compañero de habitación y me ayudaba con las matemáticas, pero aún así hicimos el inventario. Me llevé una bronca del teniente Warren por ser tan estúpidamente oficioso, pero abrió su caja y me permitió ver los partes registrados. El capitán Blackstone abrió la suya sin comentarios, y no sería yo capaz de decir si él aprobó que yo hiciera el inventario o no.

Los partes estaban bien, pero no lo referente a las cuentas. ¡Pobre «Rusty»! Había aceptado las cuentas de su predecesor y ahora no cuadraban... Y no sólo el otro oficial no estaba en la nave, sino que había muerto. «Rusty» se pasó una noche sin dormir (¡y yo también!) y luego se presentó a Blackie y le dijo la verdad.

Este le pegó una bronca, luego repasó lo que faltaba y halló el modo de describir la mayor parte como «perdido en combate». Lo cual redujo el abono de «Rusty» a unos cuantos días de paga, pero Blackie le obligó a seguir con ese trabajo, posponiendo por tanto indefinidamente la liquidación en efectivo.

No todos los trabajos de «George» daban tantos dolores de cabeza. No hubo ningún consejo de guerra, ya que no suele haberlos en un buen equipo de combate. Tampoco había correo que censurar, ya que el barco iba con impulso Cherenkov. Y lo mismo ocurría con los préstamos, por razones

similares. Delegué en Brumby la cuestión del atletismo, y la del arbitraje dependía de si había competiciones o no. La cantina de la tropa era excelente; yo ponía la inicial en los menús y a veces inspeccionaba la cocina, es decir abría un bocadillo sin quitarme siquiera el mono cuando trabajaba hasta tarde en la Armería. Los cursos de correspondencia significaban mucho papeleo, ya que algunos continuaban con sus estudios —tanto si había guerra como si no—. pero los delegué en mi sargento de pelotón, y el suboficial, que era su ayudante, llevaba los informes.

Sin embargo, los trabajos de «George» sumaban unas dos horas al día, ya que había muchísimos.

Calculen cómo me dejaba todo esto: diez horas de A. y A.; tres horas de matemáticas; comidas: hora y media; aseo personal: una hora; papeleo militar: una hora; «George»: dos horas; dormir: ocho horas. Total: veintiséis horas y media. La nave ni siquiera se regía según el día de Santuario, de veinticinco horas, porque una vez en marcha, seguíamos la hora de Greenwich y el calendario universal.

Por tanto, sólo podía privarme de horas de sueño.

Estaba sentado en la sala de juego, hacia la una de la madrugada, luchando con las matemáticas, cuando entró el capitán Blackstone.

—Buenas noches, mi capitán —le dije.

—Buenos días, querrá decir. ¿Qué demonios le pasa, hijo? ¿Insomnio?

—No exactamente.

Cogió el montón de hojas, diciendo:

—¿No puede encargarse su sargento de todos estos papeles? Ah, ya comprendo. Váyase a la cama.

—Pero, mi capitán...

—Vuelva a sentarse, Johnnie. Me proponía hablarle. Nunca le veo aquí, en la sala de juego, por las tardes. Paso ante su habitación y siempre está trabajando en su mesa. Cuando su compañero se acuesta, usted se traslada aquí. ¿Cuál es el problema?

—Bueno..., parece que no consigo ponerme al día.

—Eso no lo consigue nadie. ¿Cómo va su trabajo en la Armería?

—Muy bien. Creo que lo completaremos.

—También yo lo creo. Mire, hijo, usted ha de tener sentido de la proporción. Tiene dos deberes primordiales. El primero cuidarse de que el equipo de su pelotón esté a punto, y eso ya lo hace. No tiene que preocuparse por el pelotón en sí, como le dije. El segundo, y tan importante como el otro, es que se encuentre dispuesto para luchar. Se olvida de eso.

—Estaré dispuesto, mi capitán.

—Tonterías. No está haciendo ejercicio, y pierde sueño. ¿Es así como se prepara una bajada? Cuando uno dirige un pelotón, hijo, ha de estar en forma. De aquí en adelante, hará ejercicio desde las cuatro y media a las seis todos los días. Estará en la cama y con la luz apagada a las once y, si tarda en dormirse quince minutos dos noches seguidas, informará al médico para que le imponga un tratamiento. Es una orden.

—Si, señor. —Sentí que los mamparos caían sobre mi y añadí desesperado—: Mi capitán, no veo cómo puedo acostarme a las once y a la vez encargarme de que se haga todo.

—Entonces, que no se haga. Como le dije. muchacho, ha de tener sentido de la proporción. Dígame en qué emplea su tiempo.

Se lo dije y asintió.

Librodot

—Lo que me figuraba. —Recogió el cuaderno de «deberes» de matemáticas y volvió a dejarlo—. Esto, por ejemplo. Desde luego, quiere trabajar en ello, pero ¿por qué ha de hacerlo con tanta intensidad antes de que nos metamos en acción?

—Bueno, yo pensé...

—Lo que no hizo precisamente fue pensar. Hay cuatro posibilidades, y sólo una le exige que termine esos deberes. Primera: podrían matarle. Segunda: podría recibir una herida y retirarse con una comisión honoraria. Tercera: podría salir bien, pero que le suspendiera en su Formulario Treinta y Uno su examinador, es decir yo. Lo cual es precisamente lo que tanto teme de momento. Pero, hijo, yo ni siquiera le permitiré bajar si usted aparece con los ojos enrojecidos por falta de sueño y los músculos fláccidos por falta de ejercicio. La cuarta posibilidad es que usted comprenda bien su deber, en cuyo caso tal vez le deje dirigir un pelotón. Entonces supongamos que lo hace y que nos ofrece la mejor actuación desde que Aquiles mató a Héctor, y yo le apruebo. Sólo en ese caso habría de terminar sus ejercicios de matemáticas. De modo que puede realizarlos en el viaje de regreso.

»Con esto queda liquidado el asunto: ya hablaré yo con la capitana. Y ahora mismo le relevo del resto de sus tareas. En el camino de vuelta a casa podrá dedicar tiempo a las matemáticas. Si es que volvemos a casa. Pero jamás llegará a ninguna parte si no aprende a establecer prioridades. ¡Váyase a la cama!

Una semana más tarde hicimos un reencuentro, dejando el impulso Cherenkov y reduciendo la velocidad de la luz mientras la flota intercambiaba señales. Se nos enviaron Instrucciones, el Plan de Batalla, nuestra Misión y Ordenes —un montón de palabras tan largo como una novela— y nos dijeron que no bajáramos en cápsulas.

Sí, estaríamos en la operación, pero marcharíamos como caballeros resguardados en botes de retirada. La razón de ello era que la Federación dominaba ya la superficie: las Divisiones Segunda, Tercera y Quinta de I.M. lo habían hecho..., y pagando en efectivo.

Aquel lugar no parecía digno de ese precio. El Planeta P es más pequeño que la Tierra, con una gravedad de superficie de 0,7, compuesto sobre todo de mares fríos como el hielo y rocas, con una flora a base de líquenes y ninguna fauna de interés. Es imposible respirar la atmósfera durante mucho tiempo, pues está contaminada con óxido nitroso y demasiado ozono. Su único continente es poco más o menos la mitad de Australia, aparte de unas islas que carecen de valor. Probablemente, requeriría tanta formación de tierras como Venus antes de que pudiéramos utilizarlo.

Sin embargo, no estábamos comprando una finca para vivir en ella. Si habíamos ido a ese lugar era porque las Chinches estaban allí, y lo habían ocupado para luchar contra nosotros, según pensaba el Alto Mando. Este nos comunicó que el Planeta P era una base de avance incompleta (87 +/- 6%) para utilizarla en contra nuestra.

Como el planeta no valía la pena, la solución de rutina para librarse de la base de las Chinches sería que las naves quedaran a una distancia segura y convirtieran aquella esfera en inhabitable, tanto para el hombre como para la Chinche. Pero el comandante en jefe tenía otras ideas.

La operación estaba planeada como una incursión. Resulta increíble llamar incursión a una batalla que supone cientos de naves y miles de bajas, sobre todo teniendo en cuenta que, mientras tanto, la marina y muchas

otras tropas mantenían la guerra en marcha a muchos años luz, en el espacio de las Chinches, con objeto de impedirles que acudieran a defender este planeta.

Pero el comandante en jefe no malgastaba hombres. Este raid gigante decidiría tal vez quién iba a ganar la guerra, ya fuera al año siguiente o treinta años más tarde. Necesitábamos aprender más cosas sobre la psicología de las Chinches. ¿Habría que borrarlas a todas de la Galaxia? ¿O era posible derrotarlas e imponer la paz? No lo sabíamos. Las comprendíamos tan poco como entendíamos a las termitas.

Para aprender su psicología habíamos de entrar en comunicación con ellas, saber sus motivaciones, descubrir por qué luchaban y en qué condiciones se detendrían. Y, para eso, el Cuerpo de Guerra Psicológica necesitaba prisioneros.

Los obreros son fáciles de capturar, pero un obrero Chinche apenas es algo más que una máquina animada. Los guerreros pueden capturarse quemándoles bastantes patas como para dejarlos inválidos; pero son casi tan estúpidos, sin el que los dirige, como los obreros. De tales prisioneros nuestros investigadores habían aprendido cosas muy importantes: la invención de aquel gas aceitoso que mataba a las Chinches pero no a nosotros surgió del análisis de la bioquímica de los obreros y guerreros, y de sus investigaciones habían surgido otras armas nuevas incluso en el breve tiempo que llevaba yo en el ejército. Sin embargo, para descubrir por qué luchaban las Chinches, necesitábamos estudiar a los miembros de su casta de cerebros. Y también confiábamos en intercambiar prisioneros.

Hasta ese momento, jamás habíamos cogido a una Chinche viva. O bien habíamos liquidado sus colonias de la superficie, como en Sheol, o (con demasiada frecuencia) las tropas se habían introducido por sus agujeros y no habían vuelto a salir. Muchos hombres valientes se habían perdido de ese modo.

Sin embargo, aún habíamos perdido más por fallos en la recogida. A veces, un equipo sobre el terreno veía cómo barrían del cielo a sus naves. ¿Qué le sucedía a tal equipo? Que probablemente moría hasta el último hombre. Con seguridad, seguía luchando hasta haber agotado la energía y las municiones, y entonces los supervivientes eran capturados con la misma facilidad que un insecto caído de espaldas.

Por nuestros cobeligerantes, los Huesudos, sabíamos que muchos soldados desaparecidos seguían vivos y prisioneros (confiábamos en que fuesen miles; al menos estábamos seguros de que eran centenares). Los del Servicio de Inteligencia opinaban que los prisioneros eran llevados siempre a Klendathu. Las Chinches sienten la misma curiosidad acerca de nosotros que nosotros acerca de ellas, una raza de individuos capaces de construir ciudades, naves espaciales y ejércitos puede ser incluso más misteriosa para una colmena que estos bichos lo son para nosotros.

Fuera como fuese, ¡deseábamos recuperar a los prisioneros!

Según la lógica severa del universo, quizás eso parezca una debilidad. Tal vez alguna raza que no se moleste en rescatar a uno de los suyos explote esa característica humana para borramos del universo. Los Huesudos apenas cuentan con esa característica, y las Chinches no la conocen en absoluto, al parecer. Nadie ha visto jamás que una Chinche acudiera en ayuda de un camarada herido. Cooperan perfectamente en la lucha, pero abandonan a sus unidades en el instante en que ya no les resultan útiles.

Nuestra conducta es diferente. Cuántas veces se ha podido leer este titular: DOS HOMBRES MURIERON AL TRATAR DE RESCATAR A UN NIÑO QUE SE AHOGABA. Si un hombre se pierde en las montañas, cientos saldrán a buscarle, aunque tal vez algunos mueran. Sin embargo, cuando de nuevo alguien se pierde, otros tantos voluntarios aparecen.

Mala aritmética..., pero muy humana. Pervive en todas nuestras tradiciones, en todas las religiones humanas y en toda nuestra literatura la convicción racial de que, cuando un ser humano necesita ayuda, nadie debe pensar en el precio.

¿Debilidad? Tal vez sea ésa la única fuerza que nos permita ganar una galaxia.

Sea debilidad o fuerza, las Chinches no la tienen. Y no habría posibilidad de intercambiar guerreros por guerreros.

Pero, en una poliarquía de colmena, algunas castas son valiosas. Así lo esperaba al menos el Cuerpo de Guerra Psicológica. Si pudiéramos capturar a las Chinches cerebro, vivas y sin heridas, tal vez lográramos comerciar en buenos términos.

¿Y si capturásemos a una reina?

¿Cuál sería el valor de intercambio por una reina? ¿Todo un regimiento? Nadie lo sabía, pero el Plan de Batalla nos ordenaba que capturáramos a la «aristocracia» de las Chinches, reinas y cerebros, a cualquier precio, apostando a que podríamos intercambiarlos por seres humanos.

El tercer propósito de la Operación Realeza consistía en desarrollar métodos: cómo bajar a sus agujeros, cómo sacarlos de allí, cómo vencerlos sin aniquilarlos por completo. A soldado por guerrero podíamos ahora derrotarles sobre el terreno; a nave por nave, nuestra marina era mejor, pero hasta el momento no habíamos tenido suerte al tratar de bajar por sus agujeros.

Si fallábamos en este intercambio de los prisioneros en los términos que fuese, entonces todavía teníamos que: a) ganar la guerra; b) hacerlo de tal modo que pudiéramos recuperar a los nuestros o c) (había que admitirlo) morir intentándolo y perder. El Planeta P era el terreno de pruebas para decidir si era posible aprender a exterminarlos.

Se leyeron las Instrucciones a los soldados, y cada uno siguió oyéndolas en sueños durante la preparación por hipnosis. De modo que, aunque todos sabíamos que la Operación Realeza estaba preparando el terreno para el rescate eventual de nuestros compañeros, también sabíamos que en el Planeta P no había prisioneros humanos, ya que nunca habíamos bajado allí. De modo que nadie necesitaba tratar de ganar una medalla con la esperanza de efectuar personalmente un rescate. No era sino otra caza de Chinches. pero con fuerzas masivas y con nuevas técnicas. Íbamos a pelar ese planeta como si fuera una cebolla, hasta que todas las Chinches hubieran salido a la superficie.

La marina había asolado las islas y la parte no ocupada del continente hasta que todo quedó lleno de radiactividad. Podíamos perseguir a las Chinches sin preocuparnos por la retaguardia. La marina mantenía asimismo toda una red de naves en órbita en torno al planeta, para escoltar a las de transporte y mantener la vigilancia de la superficie, a fin de asegurarse de que las Chinches no nos atacaran por detrás a pesar de aquella destrucción.

Librodot

Según el plan de batalla, las órdenes para los Bribones de Blackie eran que apoyáramos a la misión principal cuando se nos dijera, cuando se presentara la oportunidad, relevando a otra compañía en una zona capturada, protegiendo a las unidades de otros cuerpos en esa zona, manteniendo el contacto con las unidades de I.M. en torno a nosotros... y destruyendo a cualquier Chinche que asomara su maldita cabeza.

De modo que nos bajaron cómodamente en una nave y aterrizamos sin oposición. Me llevé a mi pelotón al trote, con los trajes electrónicos. Blackie iba por delante para encontrarse con el oficial al mando de la compañía, al que había que relevar, captar la situación y estudiar el terreno. Así que echó a correr hacia el horizonte como un conejo al que persiguen.

Hice que Cunha enviara a los exploradores de la primera sección para localizar los ángulos delanteros del área de mi pelotón, y envié al sargento hacia la izquierda para que estableciera contacto con un pelotón del Quinto Regimiento. Nosotros, el Tercer Regimiento, teníamos que mantener una extensión de quinientos kilómetros de anchura y ciento treinta de longitud; mi parte en ella era un rectángulo de setenta kilómetros de longitud y veinticinco de anchura en el flanco izquierdo del ángulo delantero. Los Walaby estaban detrás de nosotros, el pelotón del teniente Khoroshen a la derecha, y «Rusty» tras él.

Nuestro Primer Regimiento ya había relevado a un regimiento de la Quinta División delante de nosotros, con un «salto» que les colocó en mi ángulo y por delante. «Vanguardia» y «retaguardia», «flanco derecho» e «izquierdo» se referían a la orientación establecida en las señales de reconocimiento de cada traje de comando, que se ajustaban a la red de señales del plan de batalla. No teníamos un auténtico frente, simplemente un área, y de momento la única lucha se llevaba a cabo a varios cientos de kilómetros a nuestra arbitraria derecha y retaguardia.

En algún punto de esa zona, probablemente a unos trescientos kilómetros, debía de estar el segundo pelotón, Compañía G, Segundo Batallón, Tercer Regimiento..., comúnmente conocido como los Rufianes.

O tal vez estuvieran a cuarenta años luz de distancia. La organización táctica nunca encaja con el Cuadro de Organización. Todo lo que yo sabía del Plan es que algo llamado «el Segundo Batallón» estaba a nuestra derecha, más allá de los muchachos del Playa de Normandía. Pero ese batallón podía pertenecer a otra división. El mariscal del Espacio juega al ajedrez sin consultar con las piezas.

De todos modos, yo no debía pensar ahora en los Rufianes. Tenía mi tarea como miembro de los Bribones. Mi pelotón estaba bien de momento —todo lo seguro que puede estarse en un planeta hostil— pero yo tenía mucho que hacer antes de que el primer escuadrón de Cunha llegara al extremo más lejano. Necesitaba:

1. Localizar al jefe de pelotón que había estado defendiendo esta zona.
2. Fijar los ángulos e identificarlos para los jefes de sección y de escuadra.
3. Establecer contacto con ocho jefes de pelotón en los flancos y en los ángulos, cinco de los cuales deberían estar ya en posición (los del Quinto y Primer Regimiento), y tres (Khoroshen, de los Bribones, y Bayone y Sukarno, de los Walaby) que ahora avanzaban hacia su posición.
4. Conseguir que mis propios muchachos se extendieran hasta sus puntos iniciales con la mayor rapidez posible y por la ruta más corta.

Librodot

Esos puntos debían establecerse en primer lugar, ya que la columna abierta en que desembarcamos no lo haría. La última escuadra de Brumby debía desplazarse hacia el flanco izquierdo; la escuadra líder de Cunha tenía que extenderse desde la vanguardia a la izquierda, en oblicuo; las otras cuatro escuadras habían de abrirse en abanico en el centro.

Ese es el despliegue normal, y habíamos hecho prácticas para realizarlo con rapidez en la sala de bajadas.

—¡Cunha! ¡Brumby! Tiempo para desplegarlos —grité, utilizando el circuito de los suboficiales.

—¡Entendido, uno! ¡Entendido, dos!

—Jefes de sección, tomen el mando y avisen a cada recluta. Van a pasar muchos Chalados. No quiero que les disparen por error.

—Pasé a mi circuito privado y dije—: Sargento, ¿ha establecido contacto con la izquierda?

—Sí, señor. Me ven a mí y a usted.

—Bien. no veo una señal luminosa en nuestro ángulo de anclaje..

—Falta.

—…así que dirija a Cunha por D.R. Lo mismo para el explorador jefe —ése era Hugues— y que éste fije una nueva señal.

Me pregunté por qué el Tercero o el Quinto no habrían reemplazado aquella señal de anclaje en mi ángulo izquierdo, donde tres regimientos se unían, pero era inútil hablar de ello y continué:

—D.R. Conteste. Tienen dos siete cinco. doce kilómetros.

—Señor. El cambio de dirección es nueve seis, límite doce kilómetros.

—Bastante cerca. No he encontrado todavía a mi número opuesto, de modo que estoy adelantando al máximo. Cuidado con las tropas.

—Lo tengo, señor Rico.

Avancé a toda velocidad mientras seguía hablando por el circuito de oficiales:

—Cuadro Negro Uno, conteste Negro Uno... Chalados de Chang..., ¿me oyen? Contesten.

Quería hablar con el jefe de patrulla que íbamos a relevar, y no por cumplir simplemente, sino para conseguir información.

No me gustaba lo que había visto.

O bien los jefes supremos eran demasiado optimistas al creer que habíamos montado unas fuerzas invencibles contra una pequeña base de Chinches, todavía no desarrollada, o los Bribones habían ido a caer en un punto donde todo era un caos. En los pocos momentos que llevaba fuera de la nave había visto ya media docena de trajes electrónicos por el suelo; confiaba en que estuvieran vacíos, hombres muertos posiblemente, pero de todas formas eran demasiados.

Aparte de eso, mi radar táctico mostraba todo un pelotón (el mío) avanzando en posición, pero sólo algunos dirigiéndose a la recogida o aún en posición. Tampoco veía yo sistema alguno en sus movimientos.

Yo era responsable de 1.250 kilómetros cuadrados de terreno hostil, y deseaba ardientemente descubrir cuanto pudiera, antes de que mis escuadras se metieran en el lío. El plan de batalla había ordenado una nueva doctrina táctica que yo hallaba deprimente: no cierren los túneles de las Chinches. Blackie nos lo había explicado como si se le hubiera ocurrido a él y le gustara, pero yo lo dudaba.

Librodot

La estrategia era sencilla y supongo que lógica... si podíamos permitirnos las pérdidas. Que salgan las Chinches. Buscarlas y matarlas en la superficie. Que siguieran saliendo. No bombardeen los agujeros, no arrojen gas... Que salgan. Al cabo de algún tiempo —un día, dos días, una semana—, si realmente nuestras fuerzas eran abrumadoras, dejarían de salir. El personal de Planeamiento había calculado (¡no me pregunten cómo!) que las Chinches permitirían que muriera de un setenta a un noventa por ciento de sus guerreros antes de renunciar a borrarnos de la superficie.

Entonces empezaríamos a introducirnos en el interior, matando a los guerreros supervivientes al bajar, y tratando de capturar viva a la «realeza». Sabíamos el aspecto que tenía la casta de los cerebros, los habíamos visto muertos (en fotografía) y sabíamos que no podían correr: unas patas apenas funcionales y un cuerpo hinchado que era, sobre todo, sistema nervioso. A las reinas jamás las habíamos visto los humanos, pero el Cuerpo de Guerra Biológica había hecho unos diseños de lo que se suponía que sería su aspecto: monstruos obscenos, más grandes que un caballo y totalmente inmóviles.

Aparte de los cerebros y reinas, podía haber otras castas en la realeza. Si así fuera había que animar a los guerreros a salir y morir, y luego capturar viva cualquier cosa, excepto guerreros y obreros.

Un plan preciso y precioso... sobre el papel. Lo que significaba para mí era que yo tenía un área de 25 x 70 kilómetros tal vez, abarrotada de agujeros de Chinches sin cerrar. Deseaba las coordenadas de cada uno de ellos.

Si había demasiados..., bueno, podía cegar algunos por accidente y dejar que mis chicos se concentraran en la vigilancia del resto. Un soldado con traje de merodeador puede cubrir mucho terreno, pero no puede vigilar dos cosas a la vez. No es un ser sobrehumano.

Salté varios kilómetros por delante de la primera escuadra sin dejar de llamar al jefe del pelotón de Chalados, llamando a la vez a cualquiera de sus oficiales y describiendo la nota de mi transmisión de señal (da, di, da, da).

No hubo respuesta.

Al fin fue mi jefe el que me contestó:

—¡Johnnie! Corte ese ruido. Contésteme por el circuito de conferencia.

Eso hice, y Blackie me dijo secamente que dejara de buscar al jefe de los Chalados por el Cuadro Negro Uno. Ya no existían. Oh, tal vez quedara algún suboficial vivo en alguna parte, pero la cadena de mando se había roto.

Según el libro, alguien asciende siempre. Pero eso sucede cuando se han roto demasiados eslabones. Como el coronel Nielssen me dijera en una ocasión allá en el remoto pasado, es decir hacía casi un mes.

El capitán Chang había entrado en acción con tres oficiales además de él; sólo quedaba uno ahora (mi compañero de clase, Abe Moise) y Blackie trataba de averiguar por él la situación. Abe no fue de mucha ayuda. Cuando yo me uní a la conferencia y me identifiqué, Abe pensó que yo era el oficial al mando de su batallón y me dio un informe abrumadoramente preciso, al tiempo que carente de todo sentido.

Blackie interrumpió y me ordenó que continuara.

—Olvídese de las órdenes de relevo. La situación será tal como usted la vea, de modo que siga moviéndose y observe.

Librodot

—¡De acuerdo, jefe! —Crucé mi propia área hacia el extremo más lejano, el ángulo de anclaje, a toda velocidad posible, abriendo los circuitos en mi primer salto—: ¡Sargento! ¿Qué hay de esa señal para el anclaje?

—En ese ángulo no hay lugar para colocarla, señor. Hay allí un nuevo cráter, escala seis.

Solté un silbido. Podría meterse todo el Tours en un cráter de tamaño seis. Uno de los trucos que las Chinches utilizaban contra nosotros, si estábamos en la superficie y ellos bajo tierra, era hacer estallar minas. (Nunca usaban misiles, excepto desde las naves espaciales.) Si uno estaba próximo al punto de explosión, el shock de ésta acababa con él; si estaba en el aire al estallar la mina, la onda expansiva alteraba los girostatos y dejaba el traje sin control.

Nunca había visto un cráter mayor que los de la escala cuatro. La teoría era que jamás originarían una explosión demasiado intensa por el daño que supondría para sus hábitats trogloditas, aunque los reforzaran.

—Coloque otra señal —le dije—. Comuníqueselo a los jefes de sección y de escuadra.

—Ya lo he hecho, señor. Ángulo uno, uno, cero; kilómetros uno punto tres. Da, dit, dit. Debería poder leerlo, ya que está a unos tres, cinco, de donde está usted.

Hablaba con la serenidad de un sargento instructor de maniobras, y me pregunté si habría notado algún nerviosismo exagerado en mi voz.

Lo encontré en mi radar, sobre la ceja izquierda: uno largo y dos cortos.

—De acuerdo. Veo que la primera escuadra de Cunha está casi en posición. Disperse esa escuadra y que patrulle en el cráter. Iguale las áreas. Brumby tendrá que tomar seis kilómetros más de longitud.

Me dije, muy enojado, que cada hombre tenía ya que patrullar treinta kilómetros cuadrados; si ahora lo extendíamos tanto significaría treinta y cinco por hombre. y una Chinche puede salir por un agujero de menos de un metro y medio de ancho.

—Está muy caliente ese cráter? —añadí.

—Rojo ámbar en el borde. No he estado en su interior, señor.

—Manténgase fuera. Lo comprobará más tarde. —Rojo ámbar mataría a un humano sin protección, pero un soldado con el traje electrónico puede soportarlo por algún tiempo. Si había tanta radiación en el borde, sin duda el fondo nos freiría los ojos. Dígale a Naidi que envíe a Malan y Bjork a la zona ámbar, y que ellos fijen escuchas en tierra.

Dos de mis cinco reclutas iban en aquella primera escuadra, y los reclutas son como cachorros curiosos: meten la nariz en todo.

—Dígale a Naidi que me interesan dos cosas: el movimiento dentro del cráter y los ruidos en el terreno alrededor. —Nosotros no íbamos a enviar tropas por un agujero tan radiactivo que sólo la salida los matara. Pero las Chinches sí lo harían, si con ello lograban alcanzarnos—. Que Naidi me dé el informe. Que nos lo dé a los dos, quiero decir.

—Sí, señor. —Y mi sargento de pelotón añadió—: ¿Puedo hacer una sugerencia?

—Por supuesto. Y no espere a pedir permiso la próxima vez.

—Navarre puede manejar el resto de la primera sección. El sargento Cunha podría llevar la escuadra al cráter y dejar a Naidi libre para supervisar la vigilancia de los escuchas en tierra.

Sabía lo que él estaba pensando. Naidi, un cabo reciente que jamás había tenido una escuadra sobre el terreno, no era realmente el hombre para cubrir lo que parecía el punto de mayor peligro en el Cuadro Negro Uno. El sargento quería retirar de allí a Naidi por las mismas razones por las que yo retirara a los reclutas.

Me pregunté si él sabría lo que yo estaba pensando. El tipo usaba el traje que llevara como personal del batallón de Blackie; tenía un circuito más que yo, uno privado con el capitán Blackstone.

Probablemente Blackie estaba escuchándonos por ese circuito extra. Era indudable que el sargento de mi pelotón no estaba de acuerdo con la disposición que yo daba al mismo. Si no seguía su consejo tal vez oyera de inmediato la voz de Blackie interrumpiéndome y diciendo:

«Sargento, tome el mando. Señor Rico, está relevado»

Pero, ¡maldita sea!, un cabo al que no se le permitiera mandar su escuadra no era un cabo, y un jefe de pelotón que sólo repitiera las sugerencias de su sargento era un traje vacío.

No lo medité demasiado. La idea cruzó como un rayo por mi cabeza y contesté de inmediato:

—No puedo perder a un cabo para que se dedique a cuidar a dos reclutas. Ni a un sargento para que dirija a cuatro soldados y un cabo segundo...

—Pero...

—Aguarde. Quiero que se releve la vigilancia del cráter cada hora. Quiero que nuestro primer pelotón revise los agujeros rápidamente. Los jefes de escuadra comprobarán cualquier agujero del que se informe y darán señales indicando las coordenadas, de modo que los jefes de sección, el sargento de pelotón y el jefe de pelotón puedan inspeccionarías a medida que vayan llegando. Si no hay demasiados, pondremos guardia en cada uno. Lo decidiré más tarde.

—Sí, señor.

—En el segundo turno quiero que un pelotón, con todos los hombres posibles y lentamente, revise los agujeros que nos saltamos en la primera pasada. Los ayudantes de los jefes de escuadra utilizarán los visores en esa pasada. Los jefes de escuadra observarán la posición de cualquier soldado o traje sobre el terreno. Tal vez queden algunos Chalados, heridos pero vivos. Pero nadie ha de detenerse, ni para comprobar el estado físico, a menos que yo lo ordene. Primero hemos de conocer la situación de las Chinches.

—Sí, señor.

—¿Alguna sugerencia?

—Sólo una —contestó—. Creo que los ayudantes de escuadra deberían usar los visores en esa primera pasada.

—Bien, hágalo de ese modo.

Su sugerencia tenía sentido, ya que la temperatura del aire en la superficie era mucho más baja que la que las Chinches tienen en sus túneles; un agujero camuflado dejaría salir aire que se vería como un géiser con los rayos infrarrojos. Miré el radar.

—Los chicos de Cunha están casi al límite —proseguí—. Inicie el desfile.

—¡Muy bien, señor!

—Corto.

Apagué el amplio circuito y continué hacia el cráter mientras escuchaba a todo el mundo a la vez. El sargento ya revisaba el plan dispuesto, interceptando a una escuadra y dirigiéndola hacia el cráter, distribuyendo el

resto de la primera sección en una contramarcha de dos escuadras, a la vez que mantenía a la segunda sección en una barrida de rotación según lo previsto, pero con seis kilómetros más de profundidad. También hacía que avanzaran las secciones, luego las dejaba y cogía la primera escuadra cuando ésta llegaba al ángulo de anclaje en el cráter y le daba instrucciones, y después hablaba a los jefes de sección con el tiempo suficiente para darles la nueva posición de las señales a las que dirigirse.

Lo hizo con la misma precisión que el tambor en un desfile, y con más rapidez y menos palabras de lo que lo habría hecho yo. Un ejercicio de emisión de órdenes con el traje energético, y con un pelotón extendido sobre muchos kilómetros de terreno, es mucho más difícil que la precisión exacta de un desfile, pero tiene que ser así o de lo contrario se les vuela la cabeza a los compañeros en la acción o, como en este caso, se barre dos veces una parte del terreno y se salta la otra.

Pero el maestro de maniobras sólo tiene un radar de la situación de su formación; puede ver únicamente con sus ojos a los que tiene cerca. Mientras yo escuchaba, los veía en mi propio radar, como luciérnagas que pasaran ante mi rostro en líneas precisas, «deslizándose a rastras» porque, incluso sesenta kilómetros por hora es una marcha lenta si se comprime una formación de treinta kilómetros en un radar que un hombre pueda ver.

Escuchaba a todo el mundo a la vez, porque quería oír lo que se decía en las escuadras.

Nadie hablaba. Cunha y Brumby dieron sus órdenes secundarias y se callaron. Los cabos repitieron los cambios de escuadra que eran necesarios; los ayudantes de escuadra y sección repitieron las correcciones ocasionales de intervalo o alineación, y los soldados no dijeron nada en absoluto.

Oía la respiración de cincuenta hombres como el rumor silencioso de la marea, roto exclusivamente por las órdenes imprescindibles y con las menos palabras posibles. Blackie había tenido razón: al pelotón lo habían puesto en mis manos «tan afinado como un violín».

¡No me necesitaban! Yo podía irme a casa, y mi pelotón seguiría adelante tan bien como ahora.

Quizá mejor...

No estaba seguro de haber acertado al destacar a Cunha para guardar el cráter: si estallaba allí el lío, y no llegábamos a tiempo hasta aquellos chicos, la excusa de que yo lo había hecho «según el libro» sería inútil. Si te matan, o si dejas que otro muera «según el libro», la muerte sigue siendo irremediable.

Me pregunté si los Rufianes tendrían alguna vacante para un sargento fracasado.

La mayoría del Cuadro Negro Uno era tan llano como la pradera en torno al Campamento Currie, y mucho más desnudo. Me alegré por ello, pues nos daba la oportunidad de ver a una Chinche saliendo de la tierra y disparar primero. Cubríamos tanto terreno que los intervalos de seis kilómetros entre los hombres, y de unos seis minutos entre las oleadas de una barrida, representaban toda la densidad con la que podía funcionar el pelotón. No era suficiente; cualquier punto estaría libre de vigilancia al menos durante tres o cuatro minutos entre las pasadas del pelotón, y pueden salir muchas Chinches de un pequeño agujero en tres o cuatro minutos.

El radar ve más rápido que el ojo, por supuesto, pero no con tanta exactitud.

Además, no nos atrevíamos a utilizar sino armas selectivas de corto alcance, porque nuestros hombres se extendían en torno y en todas direcciones. Si una Chinche asomaba la cabeza, y se le lanzaba un disparo letal, seguro que no demasiado lejos de ella había un soldado. Eso limita mucho el alcance y la fuerza del armamento que uno se atreve a utilizar. En esta operación, sólo los oficiales y sargentos iban armados con cohetes-bomba, pero es que, además, no se esperaba que los usáramos. Si un cohete-bomba no encuentra su blanco, tiene la desagradable costumbre de seguir y seguir buscando hasta encontrar uno, y no sabe distinguir al amigo del enemigo. El cerebro que puede introducirse en un cohete de tamaño reducido es bastante torpe.

Hubiera preferido cambiar mi función en aquella zona con miles de I.M. en torno a nosotros, por el simple ataque con un pelotón en el que uno sabe dónde están los suyos y todo lo demás es un blanco enemigo.

No perdí el tiempo quejándome. No dejaba de saltar hacia el cráter mientras observaba el terreno y trataba de mirar por el radar también. No encontré agujeros de Chinches, pero salté sobre un lecho seco, casi un cañón, que podía ocultar algunos. No me detuve a verlo; sencillamente, di sus coordenadas a mi sargento de pelotón y le ordené que alguien los comprobara.

El cráter era incluso mayor de lo que yo había imaginado; el Tours se habría perdido dentro de él. Pasé el contador de radiación a la cascada direccional, tomé la lectura del fondo y los lados: de rojo a rojo múltiple, hasta el limite de la escala; peligroso para una larga exposición, incluso para un hombre con el traje acorazado. Calculé su anchura y profundidad mediante el contador de amplio alcance del casco, y luego giré en torno y traté de distinguir alguna abertura que llevase bajo tierra. No encontré ninguna, pero sí hallé aparatos de observación del cráter colocados allí por los pelotones de los regimientos quinto y primero, de modo que dividí la vigilancia por sectores, a fin de que los aparatos solicitaran ayuda de los tres pelotones, coordinados a través del primer teniente Do Campo, de los Cazadores de Cabezas, a nuestra izquierda. Entonces saqué de allí a Naidi y la mitad de su escuadra (incluidos los reclutas) y los envié de nuevo al pelotón, informando de esto a mi jefe y a mi sargento de pelotón.

—Mi capitán —dije a Blackie—, no recibimos vibraciones del suelo. Voy a bajar ahí y comprobar si hay agujeros. Las lecturas demuestran que no tendré demasiada radiación si yo...

—Joven, aléjese de ese cráter.

—Pero, mi capitán, yo sólo quería...

—Cállese. No puede aprender nada útil. Aléjese.

—Sí, señor.

Las nueve horas siguientes fueron tediosas. Habíamos sido condicionados de antemano para cuarenta horas de servicio (dos revoluciones del Planeta P) mediante el sueño forzado, la elevación del azúcar en la sangre y la adoctrinación por hipnotismo y, por supuesto, los trajes son autónomos en lo referente a las necesidades personales. Los trajes no pueden durar tanto tiempo, pero cada hombre llevaba unidades de energía extra, y cartuchos de aire para recargar. Sin embargo, un pelotón que no actúa resulta aburrido, y es fácil distraerse.

Hice cuanto se me ocurrió, ordenando a Cunha y a Brumby que se turnaran como sargentos de maniobras (dejando así al sargento y al jefe de

Librodot

pelotón libres para circular a su antojo). Ordené que no se repitieran las pasadas según el mismo esquema, a fin de que cada hombre comprobara cada vez un terreno nuevo para él. Hay una variación enorme de esquemas para cubrir un área dada, si se alternan las combinaciones. Aparte de eso, consulté con mi sargento de pelotón y anuncié que se concederían puntos para una mención de honor por el primer agujero descubierto, la primera Chinche aniquilada, etc. Trucos de campamento, pero estar alerta significa seguir vivo, de modo que cualquier cosa es buena para evitar el aburrimiento.

Finalmente, recibimos la visita de una unidad especial —tres ingenieros de combate en un coche aéreo utilitario— que escoltaba a un dotado, un sensor especial. Blackie me avisó de que llegaban.

—Protéjalos y déles lo que pidan.

—Sí, señor. ¿Qué necesitarán?

—¿Cómo voy a saberlo? Si el mayor Landry desea que usted se quite la piel y baile sin ella, tiene que complacerle.

—Sí, señor. El mayor Landry.

Hice correr la voz y preparé guardaespaldas por subzonas. Luego fui a recibirlos cuando llegaron porque sentía curiosidad. Nunca había visto a un dotado espacial en su trabajo. Aterrizaron en la retaguardia de mi flanco derecho y salieron del vehículo. El mayor Landry y dos oficiales llevaban traje acorazado y lanzallamas de mano, pero el sensor no, ni armas tampoco; sólo una mascarilla de oxígeno. Iba vestido con uniforme de faena sin insignias, y parecía terriblemente aburrido por todo aquello. No me lo presentaron. Tenía el aspecto de un chico de dieciocho años..., hasta que me acerqué y vi la red de arrugas en torno a sus ojos cansados.

Al bajar se quitó la mascarilla. Me quedé horrorizado y hablé al mayor Landry de casco a casco, sin radio.

—Mayor, aquí el aire está «caliente». Además, se nos ha avisado de que...

—Cállese —dijo el mayor—. El lo sabe.

Me callé. El dotado se alejó a poca distancia, dio media vuelta y se tiró del labio inferior. Tenía los ojos cerrados y parecía sumido en sus pensamientos. Luego los abrió y dijo, malhumorado:

—¿Cómo esperan que uno trabaje con todos esos idiotas saltando alrededor?

El mayor Landry ordenó bruscamente:

—Que el pelotón baje a tierra.

Tragué saliva y empecé a discutir... Luego hablé por el circuito que todos podían oír:

—Primer pelotón de los Bribones..., ¡al suelo y congelados!

Diré en favor del teniente Silva que todo lo que oí fue el eco de mi orden. tal como la repetía a la escuadra. Entonces pregunté:

—Mayor. ¿puedo dejarles que se muevan en tierra?

—No. Y cállese.

De pronto el sensor regresó al coche y se puso la máscara. No había sitio para mí, pero me permitieron —me ordenaron en realidad— que me agarrara al vehículo y me elevara con ellos. Nos alejamos un par de kilómetros. De nuevo, el sensor se quitó la mascara y se paseó un rato. Esta vez habló a uno de los ingenieros de combate, que inclinó la cabeza y empezó a hacer dibujos en un cuaderno.

Librodot

Esa unidad de misión especial aterrizó una docena de veces en mi área. repitiendo cada vez la misma rutina aparentemente sin sentido: luego se trasladaron al terreno del Quinto Regimiento.

Justo antes de irse, el oficial que había estado escribiendo arrancó una hoja del cuaderno y me la entregó.

—Aquí tiene el mapa subterráneo. La banda roja y ancha es el único bulevar de las Chinches en su área. Está casi a trescientos metros de profundidad al comienzo, pero sube hacia la retaguardia izquierda y sale a menos de ciento cincuenta. Esa red de líneas azules que se une a ella es una gran colonia de Chinches. He marcado los únicos lugares en los que se halla a unos treinta metros de la superficie. Podrá poner en ellos unos escuchas hasta que vengamos aquí a resolverlo.

Me quedé mirándole:

—¿Este mapa es digno de crédito?

El oficial ingeniero miró al sensor y luego me dijo en voz baja:

—¡Por supuesto que sí, idiota! ¿Qué intenta hacer? ¿Trastornarle?

Se marcharon mientras yo lo estudiaba. Aquel artista ingeniero había hecho un doble diseño, y la caja los había combinado en una pintura estereográfica de los primeros trescientos metros bajo la superficie. Me quedé tan abstraído mirándolo que tuvieron que recordarme que anulara la orden de «congelación». Entonces retiré a los escuchas de tierra del cráter, saqué a dos hombres de cada escuadra y les di la situación de aquel mapa infernal para que escucharan a lo largo del camino principal de las Chinches y por toda la ciudad.

Informé a Blackie. Éste me cortó en cuanto empecé a describir los túneles de las Chinches según las coordenadas.

—El mayor Landry ya me envió un facsímil. Déme únicamente las coordenadas de sus puestos de escucha.

Eso hice. Entonces me dijo:

—No está mal, Johnnie. Pero tampoco es eso lo que yo quiero. Ha puesto más escuchas de lo que necesita sobre esos túneles. Coloque a cuatro a lo largo del bulevar de las Chinches, y ponga cuatro más en círculo en torno a su ciudad. Eso le deja otros cuatro. Sitúe a uno en el triángulo formado por el ángulo de su retaguardia derecha y el túnel principal, y los otros tres en el área mayor al otro lado del túnel.

—Si, señor. —Y añadí—: Mi capitán, ¿podemos confiar en ese mapa?

—¿Qué le preocupa?

—Bueno..., parece magia. Magia negra.

—Ya. Mire, hijo, tengo un mensaje especial del mariscal del Espacio para usted. Me ordena que le diga que este mapa es oficial, y que él se preocupará de todo lo demás a fin de que usted dedique todo su tiempo al pelotón. ¿Me sigue?

—Sí, mi capitán.

—Pero las Chinches pueden desplazarse a toda prisa, de modo que preste una atención especial a los puestos de escucha fuera del área de los túneles. Cualquier ruido que, en esos cuatro puestos exteriores, sea más alto que el suspiro de una mariposa, ha de ser comunicado de inmediato, sea lo que sea.

—Sí, señor.

—Cuando se desplazan hacen un ruido semejante al tocino que se está friendo, por si nunca lo ha oído. Detenga esas patrullas de su pelotón. Deje a

Librodot

un hombre en observación visual del cráter. Que la mitad del pelotón duerma dos horas, mientras la otra mitad hace turnos de dos en dos para escuchar.

—Sí, señor.

—Tal vez le visiten más ingenieros de combate. Aquí está el plan revisado. Una compañía de zapadores hará estallar y cerrará ese túnel principal donde se halla más cerca de la superficie, ya sea en su flanco izquierdo o más allá, en el territorio de los Cazadores de Cabezas. A la vez, otra compañía de ingenieros hará lo mismo en el punto en que el túnel se bifurca, a unos cincuenta kilómetros a su derecha, en el territorio del Primer Regimiento. Cuando se hayan llevado a cabo las voladuras, una gran parte de su calle principal, y otra parte aún mayor de su ciudad, quedarán cortadas. Mientras tanto, se estará haciendo lo mismo en otros muchos lugares. Después... ya veremos, O bien las Chinches salen a la superficie y tenemos una batalla campal, o se quedan quietecitas y tendremos que bajar a buscarlas, por secciones.

—Comprendo.

No estaba muy seguro, pero sí había comprendido mi cometido: disponer de nuevo los puestos de escucha y que durmiera la mitad del pelotón. Luego la caza de Chinches, en la superficie si teníamos suerte, o abajo si era preciso hacerlo.

—Que su flanco establezca contacto con esa compañía de zapadores cuando llegue. Ayúdeles si lo necesitan.

—De acuerdo, mi capitán —dije de corazón.

Los ingenieros de combate son casi tan buen equipo como la infantería; es un placer trabajar con ellos. En caso de apuro luchan, quizá no con arte pero sí con valor. O bien siguen adelante con su trabajo sin alzar siquiera la cabeza mientras la batalla se desarrolla en torno a ellos. Tienen un lema extraoficial, muy cínico y muy antiguo: «Primero hacemos los agujeros, luego morimos en ellos», que viene a complementar el lema oficial: «¡Podemos hacerlo!» Ambos son literalmente ciertos.

—Adelante, hijo.

Doce puestos de escucha significaban que podía situar media escuadra en cada puesto, o un cabo y un subcabo más tres soldados, y permitir que dos de cada grupo de cuatro durmieran mientras los otros dos se turnaban para escuchar. Navarre y el otro ayudante de sección podían observar el cráter, dormir y cambiar de turno, mientras los sargentos de sección se turnaban para encargarse del pelotón. La redistribución no necesitó más de diez minutos, una vez hube detallado el plan y dado a conocer la situación a los sargentos. Nadie había de desplazarse demasiado. Avisé a todos de que estuvieran alerta a la llegada de una compañía de ingenieros. En cuanto cada sección me informó de que su puesto de escucha ya estaba en marcha, hablé por el circuito general:

—Números impares. Échense y prepárense a dormir. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., ¡duerman!

Un traje no es una cama, pero sirve. Lo mejor de la preparación hipnótica para el combate es que, en el caso improbable de que haya oportunidad de descansar, puede dormirse a un hombre de inmediato merced a una orden poshipnótica y despertarlo con la misma rapidez, teniéndolo alerta y dispuesto a luchar. Eso salva muchas vidas, porque un hombre puede

agotarse de tal modo en la batalla que empiece a disparar contra cosas que ni siquiera existen, y en cambio no ve aquello que debería atacar.

Pero yo no tenía intenciones de dormir. No me habían dicho que lo hiciera, ni yo lo había pedido. La misma idea de dormir sabiendo que tal vez muchos miles de Chinches estaban apenas a unas docenas de metros me revolvía el estómago. Tal vez aquel sensor fuera infalible; quizá las Chinches no pudieran alcanzarnos sin alertar a los puestos de escucha.

Quizá..., pero no quería correr el riesgo.

Abrí el circuito privado:

—Sargento.

—Sí, señor.

—También usted podría echarse una siesta. Yo me quedaré de vigilancia. Échese y prepárese para dormir. Uno..., dos...

—Disculpe, señor. Tengo una sugerencia.

—¿Sí?

—Si he comprendido bien el plan revisado, no se espera acción alguna durante las próximas cuatro horas. Usted podría dormir ahora, y luego...

—Olvídelo, sargento. Yo no voy a dormir. Voy a hacer la ronda de los puestos de escucha y esperar a esa compañía de zapadores.

—Muy bien, señor.

—Comprobaré el número tres, ya que estoy aquí. Quédese usted con Brumby y descanse un poco mientras...

—¡Johnnie!

Corté la conversación.

—Sí, mi capitán.

¿Habría estado escuchando el Viejo?

—¿Ha establecido ya todos los puestos?

—Sí, mi capitán, y los números impares están durmiendo. Estoy a punto de inspeccionar cada puesto. Luego...

—Que lo haga el sargento. Quiero que usted descanse.

—Pero mi capitán...

—Échese. Es una orden directa. Prepárese para dormir. Uno..., dos..., tres... —¡Johnnie!

—Mi capitán, con su permiso me gustaría inspeccionar mis puestos primero. Luego descansaré, si usted lo dice, pero preferiría seguir despierto. Yo...

Oí una risita de Blackie.

—Mire, hijo, ya ha dormido una hora y diez minutos.

—¿Cómo?

—Compruebe el reloj. —Lo hice, y me sentí como un idiota—. ¿Esta bien despierto, hijo?

—Sí, señor. Así lo creo.

—Las cosas se han animado. Despierte a los impares y ponga a los números pares a dormir. Con suerte, tal vez dispongan de una hora. Así que duérmalos, inspeccione los puestos y vuelva a llamarme.

Lo hice e inicié la ronda sin decir una palabra a mi sargento de pelotón. Estaba enojado, tanto con él como con Blackie... Con el oficial al mando de mi compañía porque me molestaba que me hubiera hecho dormir contra mi voluntad, y en cuanto al sargento, tenía la molesta sospecha de que eso no habría ocurrido de no haber sido él el auténtico jefe y yo tan sólo un figurón.

Librodot

Pero después de comprobar los puestos número tres y uno (no había ruidos de ninguna clase; los dos estaban por delante del área de las Chinches) me fui calmando. Después de todo, era una tontería echar la culpa a un sargento, incluso a un sargento de Flota, por algo que hiciera el capitán.

—Sargento...

—¿Sí, señor Rico?

—¿Quiere dormir ahora con los números pares? Le despertaré un minuto o dos antes que a ellos.

Vaciló ligeramente.

—Señor, me gustaría inspeccionar los puestos de escucha.

—¿No lo ha hecho ya?

—No, señor. He dormido la última hora.

—¿Cómo?

Su voz sonaba apurada.

—El capitán me pidió que lo hiciera. Puso a Brumby temporalmente al mando y me durmió inmediatamente después de relevarle a usted.

Empecé a hablar... y me eché a reír sin poder evitarlo.

—Sargento, podemos irnos donde sea y dormir otro ratito. Estamos perdiendo el tiempo. El capitán Blackie es el que dirige este pelotón.

—He descubierto, señor —contestó rígidamente— que el capitán Blackstone siempre tiene una buena razón para todo lo que hace.

Asentí pensativo, olvidando que estaba a quince kilómetros de mi interlocutor.

—Sí, es cierto. Siempre tiene una buena razón. y como nos hizo dormir a los dos, probablemente nos quiere a ambos despiertos y alerta ahora.

—Creo que ésa es la verdad.

—Y... ¿tiene alguna idea de por qué?

Fue bastante lento en responder.

—Señor Rico —dijo lentamente—, si el capitán lo supiera nos lo diría. Jamás he visto que él retuviera información. Pero hace a veces las cosas de cierto modo sin poder explicar por qué. Las corazonadas del capitán..., bueno, he aprendido a respetarlas.

—Sí. Los jefes de escuadra son todos números pares. ¿Están dormidos?

—Sí, señor.

—Alerte al cabo segundo de cada escuadra. No despertaremos ahora a nadie, pero cuando lo hagamos, los instantes pueden ser importantes.

—Inmediatamente.

Comprobé el puesto adelantado que me faltaba, luego cubrí los cuatro puestos que cerraban la ciudad de las Chinches, puse mis audífonos en la onda de cada escucha. Tenía que forzarme a escuchar porque se les oía allá abajo, hablando entre ellos. Yo deseaba salir corriendo, y escuchar era todo lo que podía hacer para que no se me notara el miedo.

Me pregunté si aquel «talento especial» no sería tan sólo un hombre con un oído increíblemente agudo.

Bien, no sé cómo lo hizo pero el caso es que las Chinches estaban donde él dijo que estarían. Allá en la Escuela de Oficiales nos habían hecho demostraciones con una grabación del sonido de las Chinches. Los cuatro puestos de escucha estaban recogiendo los sonidos típicos de una gran ciudad, ese chirrido que tal vez sea su conversación (aunque ¿para qué necesitan hablar si todos están controlados, y por control remoto, por la

casta de los cerebros?), algo semejante al crujir de ramitas y hojas secas, y un susurro de fondo que siempre se oye en una ciudad y que tal vez sea maquinaria, el acondicionador de aire quizás.

Pero no se oía ese ruido siseante que hacen al cortar por la roca.

Los sonidos a lo largo del bulevar de las Chinches no eran los típicos de una gran ciudad, sino un ronquido vago que se incrementaba cada pocos minutos, como si pasara mucho tráfico por él. Escuché en el puesto número cinco y luego tuve una idea y la comprobé haciendo que cada hombre de guardia, en cada uno de los cuatro puestos a lo largo del túnel, me gritara: «¡Ahora!» cada vez que el rugido se hacía más fuerte.

Entonces informé:

—¿Mi capitán?

—¿Si, Johnnie?

—El tráfico por esa carretera Chinche va en una dirección, desde donde yo estoy hacia usted. La velocidad es, aproximadamente, de ciento ochenta kilómetros por hora, y pasa una carga cada minuto poco más o menos.

—Bastante aproximado —concedió—. Yo lo calculé en ciento setenta y cinco, con una carga cada cincuenta y ocho segundos.

—¡Oh! —Me sentí algo apurado y cambié de tema—. No he visto a la compañía de zapadores.

—Ni la verá. Eligieron un punto en la retaguardia del área de los Cazadores de Cabezas. Lo siento. Debería habérselo dicho. ¿Algo más?

—No, señor.

Desconecté y me sentí mejor. Incluso Blackie podía olvidarse de algo, y mi idea no había sido errónea. Dejé la zona del túnel para inspeccionar el puesto de escucha a derecha y a retaguardia del área Chinche, el puesto ocho.

Como en los demás, había dos hombres dormidos, uno escuchando y uno de guardia. Pregunté a éste:

—¿Recibe algo?

—No, señor.

El hombre que escuchaba, uno de mis cinco reclutas, alzó la vista y dijo:

—Señor Rico, creo que este aparato acaba de estropearse.

—Lo comprobaré —dije.

Se movió a un lado para permitirme escuchar por él. «¡Tocino frito!» y tan alto que casi me parecía olerlo! Pulsé todos los botones de bandas del circuito:

—¡Primer pelotón, arriba! ¡Despierten, llamen e informen!

Y luego, por el circuito de los oficiales:

—¡Capitán! ¡Capitán Blackstone! ¡Urgente!

—Tranquilo, Johnnie. Informe.

—Sonidos de «tocino frito», señor —contesté, tratando desesperadamente de mantener firme la voz—. Puesto doce, en coordenadas Este Nueve, Cuadro Negro Uno.

—Este Nueve —asintió—. ¿Decibelios?

Miré apresuradamente el contador sobre el radar:

—No lo sé, mi capitán. Fuera de escala y en el punto máximo. ¡Parece ser que los tengo justo bajo los pies!

—¡Estupendo! —estalló, y yo me pregunté como podía sentirse así—. ¡La mejor noticia que he tenido hoy! Ahora escuche, hijo. Despierte a sus muchachos...

Librodot

—¡Ya lo he hecho, señor!

—Muy bien. Retire a dos escuchas y qué vayan a comprobar en torno al puesto doce. Trate de imaginar por dónde van a salir las Chinches. Y apodérese de ese punto. ¿Me entiende?

—Le oigo, señor —dije cuidadosamente, pero no le entiendo.

Suspiró:

—Johnnie, va a hacer que me salgan canas. Mire, hijo, nosotros queremos que salgan, y cuantos más mejor. Usted no tiene armamento para hacerles frente, aparte de hacer estallar su túnel cuando lleguen a la superficie... ¡y eso es precisamente lo que no debe hacer! Si salen como un ejército, ni un regimiento es capaz de dominarlos. Pero eso es exactamente lo que quiere el general, y tiene una brigada de armas pesadas en órbita aguardando el instante. De modo que usted observa el punto de salida, se retira y lo mantiene bajo observación. Si tiene la suerte de que se realice una salida importante en su área, se merecerá un reconocimiento que le llevará hasta la cumbre. Así que ¡suerte y siga vivo! ¿Lo ha entendido ya?

—Observar la salida, retirarme y evitar el contacto.

—Sí.

—Observar e informar.

—Eso es.

Retiré a los escuchas nueve y diez del tramo medio del «bulevar de las Chinches» y les ordené que se acercaran a las coordenadas Este Nueve desde la derecha y la izquierda, deteniéndose cada kilómetro para comprobar si oían ruidos de «tocino frito». Al mismo tiempo, corrí el puesto doce y lo llevé hacia la retaguardia, a la vez que constataba cómo iba desapareciendo el sonido.

Mientras tanto, mi sargento iba reagrupando al pelotón en el área delantera, entre la ciudad Chinche y el cráter, todos menos los doce hombres que escuchaban sobre el terreno. Como teníamos la orden de no atacar, ambos nos preocupábamos ante la perspectiva de tener al pelotón demasiado extendido para que los hombres pudieran prestarse ayuda. De modo que los reagrupamos en una línea compacta de ocho kilómetros de longitud, con la sección de Brumby a la izquierda, más cerca de la ciudad Chinche. Eso dejaba a los hombres con una separación de menos de trescientos metros (casi hombro con hombro para las tropas espaciales), así que coloqué a nueve hombres en puestos de escucha a distancia de apoyo de un flanco o del otro. Sólo los tres escuchas que trabajaban conmigo estaban fuera del alcance de una pronta ayuda.

Dije a Bayonne, de los Walaby, y a Do Campo, de los Cazadores de Cabezas, que ya no estaba patrullando y porqué, e informé de nuestra reagrupación al capitán Blackstone, quien gruñó:

—Como prefiera. ¿Ha calculado ya ese punto de salida?

—Parece encontrarse en Este Diez, mi capitán, pero es difícil fijarlo. Los sonidos son muy altos en un área de unos cinco kilómetros, y parece que se incrementan. Estoy intentando rodearla en un nivel de intensidad que apenas se halla en la escala. —Y añadí—: ¿Podrían estar haciendo un nuevo túnel horizontal, justo bajo la superficie?

Pareció sorprendido.

—Es posible, mas espero que no... Queremos que salgan. —Luego continuó—: Hágame saber si el centro del ruido se mueve. Compruébelo.

—Sí, señor. Mi capitán...

—Diga.

—Usted nos dijo que no atacáramos cuando salieran. Si es que salen. Entonces ¿qué hemos de hacer? ¿Vamos a ser sólo espectadores?

Hubo un largo silencio, quince o veinte segundos; tal vez estuviera consultando «a los de arriba». Al fin dijo:

—Señor Rico, usted no tiene que atacar ni en Este Diez ni cerca de ese punto, sino en cualquier otro sitio. El propósito es cazar Chinches.

—Sí, señor —dije alegremente—. Cazaremos Chinches.

—¡Johnnie! —exclamó bruscamente—. Si trata de cazar medallas en vez de Chinches, y yo lo averiguo, ¡se encontrará con un Formulario Treinta y Uno de muy mal aspecto!

—Mi capitán —repliqué ansioso— ni siquiera quiero ganar una medalla. La idea es cazar Chinches.

—De acuerdo. Ahora, deje de molestarme.

Llamé a mi sargento de pelotón, explicándole los nuevos limites de nuestra tarea, y le dije que corriera la voz, y que se asegurara de que el traje de cada hombre tuviese una carga suficiente de energía, aire y potencia.

—Acabamos de hacerlo, señor. Sugiero que relevemos a los soldados que están con usted —y nombró a tres hombres.

Era razonable, ya que mis escuchas en tierra no habían tenido tiempo de recargar. Pero los relevos que él había nombrado eran todos ellos exploradores.

Me maldije en silencio por mi estupidez, El traje de un explorador es tan rápido como el de un comando, y tiene dos veces la velocidad del de merodeador. Yo había tenido la molesta sensación de que algo quedaba por hacer, y lo había atribuido al nerviosismo que sentía siempre que estaba cerca de las Chinches.

Ahora lo sabía. Aquí estaba yo, a quince kilómetros de mi pelotón, con un grupo de tres hombres... con traje de merodeador. Cuando las Chinches salieran, iba a verme enfrentado a una decisión imposible, a menos que los hombres que me acompañaban pudieran correr a la misma velocidad que yo.

—Está bien —dije—, pero ya no necesito a esos tres hombres. Envíe a Hughes inmediatamente. Que él releve a Nyberg. Utilice a los otros tres exploradores para relevar a los puestos de escucha más adelante.

—¿Sólo Hughes? —preguntó, dudoso.

—Hughes es suficiente. Yo mismo me encargaré de la escucha. Dos de nosotros podemos vigilar el área. Ahora sabemos dónde están ellos. —Y añadí—: Que venga Hughes a paso ligero.

Durante los siguientes treinta y siete minutos nada sucedió. Hughes y yo fuimos de un lado a otro por la vanguardia y retaguardia de la zona en torno a Este Diez, escuchando cinco segundos cada vez y avanzando luego. Ya no era necesario instalar el micrófono en la roca; bastaba con que tocara el suelo para recoger el ruido de «tocino frito», fuerte y claro. El área de ruido se expandía, pero su centro no cambiaba. En una ocasión llamé al capitán Blackstone para decirle que el sonido había cesado en seco, y tres minutos después para decirle que ya se había reanudado. Aparte de eso utilicé el circuito de los exploradores e hice que mi sargento se ocupara del pelotón y de los puestos de escucha junto al mismo.

Al cabo de ese tiempo, todo sucedió a la vez.

Una voz gritó por el circuito de exploradores:

—Tocino frito! ¡Albert Dos!

Librodot

Lo abrí y grité:

—¡Capitán! ¡Tocino frito en Albert Dos, Negro Uno! —Y establecí contacto con los pelotones que me rodeaban—: ¡Informen! ¡Tocino frito en Albert Dos, Cuadro Negro Uno.!

Inmediatamente, oí a Do Campo informando:

—Sonidos de tocino frito en Adolf Tres, Verde Doce.

Se lo pasé a Blackie y, al conectar de nuevo el circuito de mis exploradores, oí:

—¡Chinches! ¡Chinches! ¡Socorro!

—¿Dónde?

No hubo respuesta. Volví a preguntar:

—¡Sargento! ¿Quién informó de Chinches?

Contestó al instante:

—Están saliendo de su ciudad..., hacia Bangkok Seis.

—¡Atáqueles! —Pasé a Blackie—: Chinches en Bangkok Seis, Negro Uno... ¡Estoy atacando!

—Ya le oí ordenarlo —contestó sereno—. ¿Qué hay de Este Diez?

—Este Diez esta...

De pronto, el terreno se hundió bajo mis pies y me vi rodeado de Chinches.

No sabía qué había ocurrido. No estaba herido; había sido como caer entre las ramas de los árboles..., sólo que estas ramas estaban vivas y me atacaban a empellones mientras mis girostatos protestaban y trataban de mantenerme en pie. Una caída de tres o cuatro metros, a profundidad suficiente para no ver la luz del día.

Y de repente la salida de los monstruos vivientes me hizo subir de nuevo a la superficie, y el adiestramiento recibido dio buenos resultados. Estuve al instante en pie, hablando y luchando:

—La salida principal por Este Diez..., no, Este Once, donde estoy ahora. Un agujero enorme por el que salen a centenares..., a más que centenares.

Llevaba un lanzallamas en cada mano y los iba quemando a la vez que informaba.

—¡Salga de ahí, Johnnie!

—¡Ya! —y empecé a saltar.

Y me detuve. Detuve el salto a tiempo, dejé de lanzar llamas y los miré bien..., porque de pronto comprendí que yo debía de estar muerto.

—Corrijo —dije, sin apenas poder creerlo—. La salida por Este Once es un camuflaje. No hay guerreros.

—Repita.

—Este Once, Negro Uno. En este ataque no hay más que obreros hasta el momento. No hay guerreros. Esto rodeado de Chinches, y todavía siguen saliendo, pero ninguna de ellas va armada, y las que están más próximas a mí tienen los rasgos típicos del obrero. No he sido atacado. —Y añadí—: Mi capitán, ¿cree que éste podría ser un movimiento de diversión? ¿Con el ataque auténtico por otro punto?

—Podría ser —admitió—. Su informe ya ha sido enviado a la división, de modo que deje que sean ellos los que discurran. Siga por ahí y compruebe lo que ha informado. No dé por sentado que todas son obreros; puede descubrir la verdad del modo peor para usted.

—De acuerdo, mi capitán.

Di un salto enorme, muy amplio, tratando de salir de aquella masa de monstruos inofensivos pero asquerosos.

La llanura reseca estaba cubierta de formas negras que reptaban en todas direcciones. Puse al máximo los controles de los propulsores y aumenté el salto gritando:

—¡Hughes! ¡Informe!

—¡Chinches, señor Rico! Millones y millones de ellas. ¡Estoy quemándolas!

—Hughes, eche una buena mirada a esas Chinches. ¿Algunas devuelven el ataque? ¿No son todas obreros?

—¿Cómo? —Di en tierra y salté de nuevo. El continuó—: ¡Eh! Tiene razón, señor. ¿Cómo lo supo?

—Únase de nuevo a su escuadra, Hughes. —Cambié de circuito—. Mi capitán, varios miles de Chinches han salido cerca de aquí en cierto número de agujeros aún no calculado. No me han atacado. Repito: no me han atacado en absoluto. Si hay algún guerrero entre ellas, deben estar aguardando la orden de hacer fuego y utilizando a los obreros como camuflaje.

No me contestó.

Hubo un vivo resplandor muy brillante a la izquierda, seguido de inmediato por otro similar pero más lejos, a la derecha. Automáticamente anoté el tiempo y las posiciones.

—Capitán Blackstone..., responda.

En la parte alta del salto intenté captar su señal, pero el horizonte estaba lleno de colinas bajas en Cuadro Negro Dos. Cambié y grité:

—¡Sargento! ¿Puede buscar por mí al capitán?

En ese mismo instante se apagó la señal de mi sargento.

Me dirigí allí a toda la velocidad que fui capaz de sacarle al traje. No había estado observando el radar cuidadosamente; el sargento tenía el pelotón y yo había estado muy ocupado, primero con los escuchas y luego con unos centenares de Chinches. Había suprimido todas las señales, excepto las de los suboficiales, para ver mejor.

Estudié ahora el radar, capté a Brumby y a Cunha, sus jefes de escuadra y los ayudantes de sección.

—Cunha ¿dónde está mi sargento de pelotón?

—Reconociendo un agujero, señor.

—Dígale que estoy en camino y voy a reunirme con ellos. —Cambié de circuito sin esperar—. Primer pelotón de los Bribones a segundo pelotón..., ¡respondan!

—¿Qué quiere? —gruñó el teniente Koroshen.

—No encuentro al capitán.

—Ni lo encontrará. No está.

—¿Muerto?

—No. Pero ha perdido la energía, así que ya no cuenta.

—Oh, entonces ¿es usted el oficial al mando de la compañía?

—Sí, ¿y qué? ¿Acaso quiere ayuda?

—No, señor.

—Entonces cállese, a menos que la necesite. Tenemos aquí mucho más de lo que podemos manejar.

—Muy bien —y de pronto comprendí que también yo tenía mucho más de lo que podía manejar.

A la vez que informaba a Koroshen, cambié a visión completa y a corto alcance, ya que estaba casi al lado de mi pelotón, y ahora vi que mi primera sección desaparecía, un hombre tras otro. La señal de Brumby fue la primera en desaparecer.

—¡Cunha! ¿Qué sucede con mi primera sección?

Su voz sonó tensa:

—Están bajando todos, tras el sargento de pelotón.

Si hay algo en el libro que sirva para esta situación, no lo conozco. ¿Había actuado Brumby sin órdenes? ¿O se las habían dado sin que yo las oyera? Bueno, el hombre estaba ya bajando por un agujero de las Chinches, fuera de la vista y del oído... ¿Era el momento para andar con legalismos? Ya hablaríamos de todo eso mañana. Si alguno de nosotros tenía un mañana...

—Muy bien —dije—. Regreso ahora. Informe.

Mi último salto me llevó entre ellos. Vi una Chinche a mi derecha y le di antes de bajar. Esta no era un obrero; había estado disparando mientras se movía.

—He perdido tres hombres —contestó Cunha entrecortadamente. No sé cuántos habrá perdido Brumby. Estallaron por tres lugares a la vez. Ahí es donde tuvimos las bajas. Pero estamos diezmándolos...

Una tremenda onda expansiva me alcanzó justo cuando saltaba de nuevo, desviándome en el aire. Tres minutos treinta y siete segundos..., o sea cincuenta kilómetros. ¿Serían los zapadores que hacían estallar los agujeros?

—¡Primeras secciones! ¡Prepárense para otra onda expansiva! —y aterricé torpemente casi sobre un grupo de tres o cuatro Chinches. No estaban muertas, pero tampoco luchaban; sólo se retorcían. Les lancé una granada y salté de nuevo. ¡Atizadles ahora! —grité—. Están casi fuera de combate. ¡Y cuidado con esa siguiente...!

La segunda explosión resonó cuando lo estaba diciendo. No fue tan violenta.

—¡Cunha! Recoja a su sección. Que todos ataquen a paso ligero.

La recogida fue lenta y desordenada; faltaban demasiados hombres, como comprobé en el radar. Pero el ataque fue preciso y rápido. Yo disparaba en el borde y cacé a media docena de Chinches. La última se mostró activa de pronto, justo antes de que la quemara. ¿Por qué les afectaban los golpes más que a nosotros? ¿Porque no llevaban armadura? ¿O era su cerebro Chinche, allá abajo, en algún punto, el que estaba afectado?

La recogida general totalizó diecinueve hombres efectivos, más dos muertos, dos heridos y tres fuera de acción por fallo del traje. A dos de estos últimos les estaba reparando Navarre el traje, recogiendo unidades de energía de los muertos y heridos. El tercero era imposible de arreglar, por tener dañada la radio y el radar, de modo que Navarre le encargó que cuidara a los heridos, lo más próximo a una recogida que podíamos hacer hasta que fuéramos relevados.

Mientras tanto, yo estaba inspeccionando, con el sargento Cunha, los tres puntos por donde habían salido las Chinches de su hábitat inferior. La comparación con el mapa subterráneo demostraba, como cualquiera podía haber adivinado, que habían hecho nuevos agujeros en los puntos donde sus túneles estaban más próximos a la superficie.

Un agujero estaba ya cerrado; era un montón de rocas sueltas. El segundo no mostraba actividad alguna de Chinches. Le dije a Cunha que dejara allí a

un cabo y un soldado con órdenes de matar a cualquier Chinche y de cerrar el agujero con una bomba si empezaban a salir. Estaba muy bien que el mariscal del Espacio siguiera sentado y decidiendo qué agujeros debían cerrarse, pero yo tenía allí una situación, no una teoría.

Luego examiné el tercer agujero, el que se había tragado a mi sargento y a medio pelotón de mis hombres.

Había un corredor a seis metros de la superficie, y las Chinches se habían limitado a retirar el tejado a lo largo de unos quince metros. Adónde había ido a parar esa roca, y si eso fue lo que originó el ruido de tocino frito mientras lo hacían, no lo sabía. El tejado de roca había desaparecido, y los lados del agujero estaban inclinados y acanalados. El mapa mostraba lo que debía haber sucedido; los otros dos agujeros provenían de pequeños túneles laterales, pero éste era parte de su laberinto principal, de modo que los otros dos habían sido movimientos de diversión, y el ataque principal había surgido de aquí.

¿Acaso aquellas Chinches eran capaces de ver a través de la roca sólida?

No había nada a la vista en el agujero, ni Chinche ni humano. Cunha me indicó la dirección por donde se había adentrado la segunda sección. Ya habían pasado siete minutos y cuarenta segundos desde que el sargento se introdujera por el agujero, y algo más de siete desde que le siguiera Brumby. Miré hacia la oscuridad, tragué saliva y se me revolvió el estómago.

—Sargento, tome el mando de su sección —dije, tratando de que mi voz sonara despreocupada—. Si necesita ayuda, llame al teniente Koroshen.

—¿Órdenes, señor?

—Ninguna. A menos que vengan de arriba. Voy a bajar y a buscar a la segunda sección, y tal vez quede fuera de contacto por algún tiempo.

Luego me lancé a toda prisa al agujero porque ya me fallaban los nervios.

A mis espaldas oí:

—¡Sección! ¡Primera escuadra! ¡Segunda escuadra! ¡Tercera escuadra! ¡Por escuadras, síganme! —y Cunha saltó al agujero también.

Así no me sentí tan solo.

Hice que Cunha dejara dos hombres en la boca para cubrir la retaguardia, uno en el suelo del túnel y el otro a nivel de la superficie. Entonces les dirigí por el túnel que había seguido la segunda sección, avanzando con la mayor rapidez posible, que no era excesiva, ya que el tejado del túnel estaba justo sobre nuestra cabeza. Un hombre puede moverse como si patinara con un traje acorazado y sin alzar los pies, pero no es fácil ni natural. Sin el traje, podríamos haber avanzado mucho más aprisa.

Utilizamos de inmediato los visores y eso nos confirmó algo que habíamos aprendido en teoría: las Chinches ven mediante infrarrojos. Aquel túnel oscuro estaba bien iluminado si se miraba con los visores. De momento, no tenía rasgos especiales; eran simples muros de roca que se arqueaban sobre un suelo uniforme y nivelado.

Llegamos a otro túnel que cruzaba aquél en el que estábamos, y me detuve. Hay reglas sobre el modo de disponer las fuerzas de ataque bajo tierra, pero ¿de qué sirven? Lo único seguro era que el hombre que había escrito aquellas reglas jamás las había probado, porque, antes de la Operación Realeza, nadie había vuelto para decir lo que había funcionado y lo que había sido inútil.

Una de las reglas exigía que se pusieran guardias en cada intersección semejante a ésta. Pero yo ya había dejado dos hombres guardando nuestro

Librodot

punto de salida. Si dejaba el diez por ciento de mis fuerzas en cada intersección, pronto estaría diez veces más cerca de la muerte.

Decidí que nos mantendríamos unidos, y decidí también que ninguno de nosotros sería capturado. No por las Chinches. Era mejor una muerte limpia y noble, y con esa decisión mi mente se liberó de un gran peso y ya no me sentí preocupado.

Miré con cautela en la intersección, examiné ambos lados: no se veían Chinches. De modo que grité por el circuito de los suboficiales:

—¡Brumby!

El resultado fue asombroso. Uno apenas oye su propia voz cuando habla por la radio del traje, ya que se está escudado de todo sonido. Pero allí abajo, en aquella red de corredores, mi voz volvió hacia mí como si todo el complejo fuera un enorme amplificador de ondas:

—¡BRRRUMMBY!

Sentí un gran dolor en los oídos:

Y al instante lo sufrí de nuevo:

—¡SEÑORR RRRICCCO!

—No tan fuerte —dije, tratando también yo de hablar muy bajito—. ¿Dónde está?

Brumby contestó en un tono menos ensordecedor:

—Señor, no lo sé. Estamos perdidos.

—Bien, tómelo con calma. Vamos a buscarles. No pueden hallarse muy lejos. ¿Está el sargento de pelotón con usted?

—No, señor. Nosotros nunca...

—Espere. —Cambié a mi circuito privado—: Sargento...

—Le oigo, señor. —Su voz sonaba serena, y había reducido el volumen al máximo—. Brumby y yo estamos en contacto por radio, pero aún no hemos podido reunirnos.

—¿Dónde está usted?

Vaciló ligeramente:

—Señor, mi consejo es que se reúnan con la sección de Brumby y luego regresen a la superficie.

—Responda a mi pregunta.

—Señor Rico, podría pasarse toda una semana aquí y no me encontraría. Además, no puedo moverme. Usted debe...

—¡Cállese, sargento! ¿Está herido?

—No, señor, pero...

—Entonces ¿por qué no puede moverse? ¿Hay Chinches?

—Muchísimas. Ahora no pueden llegar hasta mí, pero tampoco yo puedo salir. Por eso creo que será mejor que usted...

—Sargento, ¡está perdiendo el tiempo! Estoy seguro de que sabe exactamente el camino que siguió. Dígamelo mientras yo miro el mapa. Y deme una lectura de vernier de su rastreador. Es una orden directa. Informe.

Lo hizo, con precisión y concisión. Encendí la lámpara de la cabeza, me quité los visores y lo fui siguiendo en el mapa.

—De acuerdo —dije en seguida—. Usted se halla directamente debajo de nosotros, en otros dos niveles inferiores, y ya sé qué camino tomar. Estaremos ahí en cuanto recojamos a la segunda sección. Espere —y pasé a Brumby.

—Diga, señor.

—Cuando llegó a la primera intersección del túnel, ¿continuó hacia la derecha, la izquierda o siguió adelante?

—Seguí recto hacia adelante, señor.

—De acuerdo. Cunha, tráigalos a todos. Brumby, ¿tiene problemas con las Chinches?

—Ahora no, señor. Pero así es como nos perdimos. Nos enredamos con un puñados de ellos y, cuando terminó, vimos que nos habían obligado a dar la vuelta.

Empecé a preguntar por las bajas; luego decidí que las malas noticias podían esperar. Quería reunir a mi pelotón y salir de allí. Una ciudad de Chinches, sin Chinches a la vista, me preocupaba mucho más que los habitantes que habíamos supuesto que íbamos a encontrar. Brumby nos dirigió en las dos intersecciones siguientes, y yo fui tirando bombas «paralizadoras» en cada corredor que no utilizábamos. Las bombas «paralizadoras» son un derivado del gas nervioso que habíamos utilizado contra las Chinches en el pasado; en vez de matarlas, origina en las Chinches una especie de parálisis temblorosa. Nos las habían entregado para esta operación, pero habría cambiado toda una tonelada de éstas por algunas bombas auténticas. Sin embargo, tal vez nos protegieran los flancos.

En un túnel muy largo perdí el contacto con Brumby; algún problema con la reflexión de las ondas de radio, supongo, pues le cogí de nuevo en la intersección siguiente.

Pero allí ya no podía decirme a qué lado debía volverme. Era el lugar donde las Chinches les habían atacado.

Y entonces cayeron sobre nosotros.

No sé de dónde salieron. Un segundo todo estaba tranquilo... y al segundo siguiente oí el grito de «¡Chinches! ¡Chinches!», procedente de los hombres que me seguían. Me volví y de pronto aquello se llenó de Chinches. Sospecho que ésas paredes pulidas no son tan sólidas como parecen. Es el único modo de explicar cómo aparecieron repentinamente a nuestro alrededor y entre nosotros.

No podíamos usar lanzallamas, ni podíamos lanzar bombas; había demasiado peligro de matarnos entre nosotros. Pero las Chinches no tenían tantos remilgos sobre sus congéneres, con tal de matar a uno de nosotros. Sin embargo, teníamos manos, y teníamos pies...

No pudo haber durado más de un minuto, y desaparecieron con la misma rapidez. Sólo quedaron sus restos en el suelo..., y también cuatro de mis hombres.

Uno era el sargento Brumby, muerto. Durante la escaramuza se nos había unido la segunda sección. No estaban muy lejos, se mantenían agrupados para no perderse todavía más en aquel laberinto, y habían oído la lucha. Nos habían localizado por el estruendo, ya que les era imposible por radio.

Cunha y yo nos aseguramos de que los caídos estaban realmente muertos y entonces consolidamos las dos secciones en una de cuatro escuadras y seguimos bajando..., hasta hallar a las Chinches que habían tenido sitiado a nuestro sargento de pelotón.

La lucha no fue tal, porque él ya me había avisado de lo que podía esperar. Había capturado a una Chinche cerebro y estaba utilizando su hinchado cuerpo como escudo. El no podía salir, pero tampoco ellos podían atacarle sin suicidarse (literalmente) al matar a su propio cerebro.

Como no teníamos esa desventaja, los atacamos por detrás.

Estaba yo mirando aquella cosa horrible que él retenía, y me sentía satisfecho a pesar de nuestras pérdidas, cuando de pronto oí muy cerca el ruido de «tocino frito». Un gran trozo del techo cayó sobre mí, y la Operación Realeza terminó para Johnnie Rico.

Me desperté en la cama y pensé que estaba de vuelta en la E.C.O. y que había tenido una pesadilla espantosa acerca de las Chinches. Pero no estaba en la Escuela de Candidatos a Oficiales, sino en una enfermería temporal de la nave transporte Argonne, y realmente había tenido un pelotón a mi cargo durante casi doce horas.

Ahora ya no era sino un paciente más que padecía envenenamiento de óxido nitroso y exposición excesiva a la radiación por haber estado sin el traje acorazado durante más de una hora antes de que me retiraran, más unas costillas rotas y el golpe en la cabeza que me dejara fuera de acción.

Pasó mucho tiempo antes de que me enterara de todo lo referente a la Operación Realeza, aunque algunos detalles jamás los sabré. Por qué Brumby se metió en el agujero con su sección, por ejemplo. Brumby está muerto, y Naidi murió también después de él, y lo que de verdad me alegra es que ambos consiguieran sus sardinetas y las llevaran aquel día en el Planeta P cuando nada salió según el plan.

Lo que sí llegué a saber eventualmente fue por qué mi sargento de pelotón decidió bajar a aquella ciudad de las Chinches. Había sido mi informe al capitán Blackstone, cuando le dije que aquella salida espectacular no había sido más que un movimiento de diversión: obreros enviados a la muerte. Cuando los auténticos guerreros Chinches surgieron donde él estaba, el sargento decidió (correctamente, y minutos antes de que el alto mando llegara a la misma conclusión) que las Chinches estaban actuando a la desesperada, o no utilizarían a sus obreros simplemente para que recibieran nuestros disparos.

Vio que el contraataque dirigido desde la ciudad de las Chinches no tenía fuerza suficiente, y decidió que el enemigo carecía ahora de reservas. Entonces pensó que, en ese preciso momento, un hombre que actuara solo quizá tuviera la oportunidad de efectuar una incursión, hallar a la «realeza» y capturarla. Recuerden: ése era el propósito de la operación. Teníamos abundancia de fuerzas para esterilizar sencillamente el Planeta P, pero nuestro objetivo era capturar las castas de la realeza y aprender a introducirnos en su ciudad. De modo que él lo intentó, aprovechó ese momento... y triunfó en ambas cosas.

Lo cual supuso la mención de «misión cumplida» para el primer pelotón de los Bribones. No eran muchos los otros pelotones, entre varios centenares de ellos, que podían decir lo mismo. No se capturaron reinas (las Chinches las mataron primero), y sólo seis cerebros. Ninguno de los seis fueron intercambiados, porque no vivieron lo suficiente. Pero los chicos del Departamento de Guerra Psicológica consiguieron especímenes vivos, de modo que supongo que la Operación Realeza sí fue un éxito.

Mi sargento de pelotón recibió un ascenso por mérito de campaña. A mí no me ofrecieron uno (ni yo lo habría aceptado), pero no me sorprendió saber que él sí había sido ascendido. El capitán Blackie me había dicho que yo tenía «al mejor sargento de la flota», y jamás tuve duda de que su opinión fuera correcta. Había conocido antes a mi sargento de pelotón. No creo que ningún otro Bribón lo supiera; no por mí, y desde luego no por él. Dudo que

Librodot

el mismo Blackie lo supiera. Pero yo había conocido a mi sargento de pelotón desde mi primer día como recluta.

Se llama Zim.

Mi papel en la Operación Realeza no me pareció un gran éxito. Estuve en el Argonne más de un mes, primero como paciente, luego como baja de reemplazo, antes de que se decidieran a dejarme, con algunos otros, en Santuario. Eso me dio demasiado tiempo para pensar, sobre todo en las bajas, y en lo mal que yo había actuado durante mi breve período en el terreno como jefe de pelotón. Sabía que no lo había mantenido todo en orden al modo en que el teniente solía hacerlo. Ni siquiera me las había arreglado para que me hirieran luchando; había permitido que me cayera encima un trozo de roca.

En cuanto a las bajas..., no sabía cuántas eran, pero si que, cuando yo cerré filas, sólo quedaban cuatro escuadras, y yo había empezado con seis. Ignoraba cuántas más podía haber habido antes de que Zim los sacara a la superficie, antes de que los Bribones fueran relevados o recogidos.

Ni siquiera sabía si el capitán Blackstone seguía vivo (en realidad si lo estaba; se había hecho cargo del mando en el momento en que yo me metía bajo tierra), y no tenía idea del procedimiento a seguir si un candidato a oficial estaba vivo y su examinador muerto. Pero estaba convencido de que el Formulario Treinta y Uno volvería a hacer de mí, con toda seguridad, un sargento. Realmente, ya no me parecía importante que el libro de matemáticas se hubiera quedado en otra nave.

Sin embargo, cuando me permitieron levantarme de la cama la primera semana que estuve en el Argonne, y después de andar meditabundo y tristón todo un día, pedí prestados unos libros a uno de los oficiales y me puse a trabajar. Las matemáticas suponen un trabajo duro y que ocupa la mente, y no viene mal aprender todo lo posible al respecto, sea cual fuere el rango que uno tenga. Todas las cosas importantes se basan en las matemáticas.

Cuando al fin me presenté en la E.C.O. y devolví mis insignias, me enteré de que era un cadete de nuevo, y no un sargento. Supongo que Blackie me concedió el beneficio de la duda.

Mi compañero de cuarto, Angel, estaba en nuestra habitación con los pies sobre la mesa y ante ellos un paquete: mis libros de matemáticas. Me miró y pareció sorprendido.

—¡Eh, John! ¡Creíamos que se te habían cargado!

—¿A mí? Las Chinches no me quieren tanto. ¿Cuándo te vas?

—¡Vaya, ya he salido de aquí! —protestó Angel—. Me fui un día después que tú, hice tres bajadas y regresé hace una semana. ¿Qué te retrasó tanto?

—Volví por el camino más largo. Estuve un mes como pasajero.

—Algunos tienen suerte. ¿Qué bajadas hiciste?

—Ninguna —admití.

Sonrió:

—¡Algunos tienen suerte de veras!

Quizás Ángel tuviera razón, porque finalmente me gradué. Pero él tuvo parte del mérito, por su paciencia al darme clases. Supongo que mi «suerte» se ha basado generalmente en los demás: Angel y Jelly, y el teniente, y Carl, y el coronel Dubois, sí, y mi padre, y Blackie..., y Brumby, y Ace... y, sobre

Librodot

todo y siempre, el sargento Zim. Capitán de grado Zim ahora, con rango permanente de primer teniente. No habría sido correcto que yo acabara con un rango superior al suyo.

Bennie Montez, compañero mío de clase, y yo estábamos en el campo de aterrizaje de la flota el día siguiente a la graduación, esperando subir a nuestras naves. Éramos aún unos segundos tenientes tan novatos que el hecho de que nos saludaran nos ponía nerviosos, y yo lo disimulaba leyendo la lista de naves en órbita en torno a Santuario, una lista tan larga que estaba bien claro que algo importante se preparaba, aunque nadie había juzgado correcto mencionármelo. Me sentía excitado. Se habían cumplido a la vez mis dos deseos más ardientes: me enviaban a mi antiguo equipo, y mientras mi padre aún estaba allí. Y lo que se estaba preparando, fuera lo que fuera, significaba que el teniente Jelal pronto me daría la última cepillada imprescindible, con alguna bajada importante en perspectiva.

Estaba tan entusiasmado que no podía hablar de ello, así que me dedicaba a estudiar las listas. ¡Caray, qué cantidad de naves! Las habían colocado según el tipo a que pertenecían, eran demasiadas para situarlas de otro modo. Empecé por leer los transportes de tropas, lo único que le importaba a un I.M.

¡Y estaba el Mannerheim! ¿Habría alguna posibilidad de ver a Carmen? Casi seguro que no, pero podía enviar un despacho y averiguarlo.

Grandes naves: el nuevo Valley Forge, y el nuevo Ypres. Y Maraton, El Alamein, Iwo, Gallipoli, Layte, Mame, Tours, Gettysburg, Hastings, Alamo, Waterloo..., todos aquellos lugares cuyos nombres brillaban merced a los soldados que lucharan allí, cubiertos de barro.

Y pequeñas naves, las que recibieron sus nombres de las tropas de infantería: Horacio, Alvin York, Swamp Fox, el mismo Rodger Young, ¡bendito sea!, el Coronel Bowie, Devereux, Vercingetorix, Sandino, Aubréy Causens, Kamehameha, Audie Murphy, Xenofon, Aguinaldo...

Dije:

—Debería haber una llamada Magsaysay.

—¿Por qué? —preguntó Bennie.

—¿Por Ramón Magsaysay —le expliqué—. Un gran hombre, un gran soldado, y probablemente el jefe de la guerra psicológica si viviera hoy. ¿No estudiaste historia?

—Bueno... —admitió Bennie—, aprendí que Simón Bolívar construyó las Pirámides, se cargó a la Armada e hizo el primer viaje a la Luna.

—Olvidaste que se casó con Cleopatra.

—¡Oh, eso! Bien, supongo que cada país tiene su propia versión de la historia.

—Estoy seguro de ello.

Añadí algo entre dientes y Bennie preguntó;

—¿Qué has dicho?

—Lo siento, Bennie, no es más que un antiguo refrán, en mi propio idioma. Supongo que podría traducirse, más o menos, por «El hogar está donde está tu corazón».

—Pero ¿qué idioma es ése?

—Tagalo. Mi lengua nativa.

—¿No hablan inglés estándar en tu tierra?

—Por supuesto que sí. Para los negocios, la escuela y cosas así. Sólo en casa hablamos un poco nuestra lengua. Por tradición, ya sabes.

—Sí, lo sé. Los míos hablan en español por idéntica razón. Pero ¿dónde...? —En el altavoz empezó a sonar Meadowland, y Bennie me lanzó una amplia sonrisa—: ¡Tengo una cita con una nave! Cuídate, amigo. Ya nos veremos.

—Cuidado con las Chinches.

Me volví y continué leyendo nombres de las naves: Pal Maleter. Montgomery, Tchaka, Jeronimo...

Y entonces oí el sonido más dulce del mundo: «¡... brilla el nombre, brilla el nombre de Rodger Young!»

Agarré la mochila y salí corriendo. «El hogar está donde está tu corazón»..., y yo volvía a mi hogar.

Capítulo 14

¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?
Génesis, 4-9

¿Qué os parece? Sí un hombre tiene cien ovejas y se le descarría una de ellas. ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada?
Mateo, 18-12

Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja!
Mateo, 12-12

En el nombre de Dios, el Benéfico, el Misericordioso..., el que salve la vida de uno será como si hubiera salvado la vida de toda la humanidad.
El Corán. Sura V. 32

Cada año ganamos un poco. Hay que mantener el sentido de la proporción.

—La hora, señor.

Mi oficial más joven bajo instrucción, Candidato o «tercer teniente» Bearpaw (Garra de Oso) estaba justo ante mi puerta. Tenía un aspecto terriblemente joven, y era casi tan inocente como cualquiera de sus antepasados, los cazadores de cabelleras.

—De acuerdo, Jimmie. —Yo ya llevaba el traje acorazado. Ambos nos fuimos a la sala de bajadas y le dije mientras caminábamos—: Una cosa más, Jimmie. Pégate a mí pero no te entrometas en mi camino. Pásatelo bien y gasta todas las municiones. Si por casualidad me matan, tú eres el jefe, pero si eres listo, dejarás que tu sargento de pelotón dé las señales.

—Sí, señor.

Cuando entramos, el sargento de pelotón los puso firmes a todos y me saludó. Le devolví el saludo y dije: «Descansen», empezando a recorrer la primera sección mientras Jimmie lo hacía con la segunda. Luego inspeccioné la segunda sección también, comprobándolo todo en cada hombre. Mi sargento de pelotón es mucho más cuidadoso qué yo, de modo que no encontré nada erróneo. Jamás lo encuentro. Pero los hombres se siente mejor si el Viejo lo examina todo... Y además, es mi deber.

Luego avancé hasta el centro.

—Otra caza de Chinches, muchachos. Esta es un poco distinta, como sabéis. Puesto que aún retienen prisioneros de los nuestros no podemos utilizar la bomba nova en Klendathu, de modo que esta vez bajamos, nos quedamos, nos hacemos fuertes y les arrebatamos su posición. No bajará una nave a recogernos; en cambio, nos enviarán más municiones y raciones. Si os cogen prisioneros, mantened la cabeza bien alta y seguid las reglas, porque tenéis a todo el equipo que os apoya, y a toda la Federación a vuestras espaldas. Iremos y os rescataremos. De eso dependen los muchachos del Swamp Fox y el Montgomery. Los que aún están vivos siguen esperando, sabiendo bien que apareceremos. Y aquí estamos. Ahora hemos de rescatarles.

»No olvidéis que recibiremos ayuda de todos lados, incluso de encima de nosotros. Sólo hemos de preocuparnos de nuestra pequeña parte, para realizar nuestro papel como lo hemos ensayado.

»Una última cosa. Recibí una carta del capitán Jelal justo antes de que saliéramos. Dice que sus nuevas piernas le funcionan estupendamente. Pero también me pidió que os dijera que piensa en vosotros... ¡y que espera que vuestros nombres reluzcan!

»Y yo también. Cinco minutos para el Padre.

Sentí que empezaba a temblar. Fue un alivio cuando de nuevo pude ponerlos firmes y añadir:

—Por secciones..., a babor y estribor..., ¡preparados para la bajada!

Ya me encontraba bien entonces, cuando empecé a vigilar cómo entraba cada hombre en su cápsula, por un lado, mientras Jimmie y el sargento de pelotón lo hacían por el otro. Luego metimos a Jimmie en la cápsula número 3 de la línea central. Una vez su rostro quedó cubierto, el temblor se apoderó de mí.

El sargento de pelotón me pasó el brazo sobre los hombros, ya con armadura.

—Sólo es un ejercicio, hijo.

—Lo sé, papá. —Dejé de temblar en seguida—. No es más que la espera; eso es todo.

—Comprendo. Cuatro minutos. ¿Nos metemos, señor?

—Por supuesto, padre. —Le di un rápido abrazo y dejé que la tripulación me metiera en la cápsula. Ya no volvieron los temblores. Pronto fui capaz de informar—: ¡Puente! Los Rufianes de Rico... ¡dispuestos a bajar!

—Treinta y un segundos, teniente. —Y ella añadió—: ¡Buena suerte, muchachos! Esta vez los cogeremos.

—De acuerdo, capitana.

—Comprobemos. ¿Un poco de música mientras esperan? —y la puso en marcha.

«A la gloria eterna de la infantería...»

NOTA HISTÓRICA

Rodger Young, soldado de infantería 148, División de Infantería 37 (Los Castaños de Indias de Ohio), nació en Tiffin, Ohio, el 28 de abril de 1918, y murió el 31 de julio de 1943 en la isla Nueva Georgia, del archipiélago de las Salomón, al sur del Pacífico, mientras atacaba y destruía él sólo un nido de

ametralladoras enemigo. Su pelotón había sido diezmado por el intenso fuego de esas ametralladoras. El soldado Young resultó herido por las primeras ráfagas. Se arrastró hacia el fortín, fue herido por segunda vez, pero continuó avanzando, disparando su rifle al hacerlo. Se aproximó al nido de ametralladoras y lo atacó y destruyó con granadas de mano, pero entonces le hirieron por tercera vez y murió.

Su acción osada y valerosa en circunstancias de abrumador peligro permitió que sus camaradas escaparan sin más bajas, y se le concedió la Medalla del Honor a título póstumo.

FIN